



de

El Rey de Amarillo

Relatos macabros y terroríficos

ROBERT W. CHAMBERS

Robert William Chambers (1865-1933) nació en Brooklyn en una familia de terratenientes de origen escocés. Estudió en el New York Art Student's League y en 1886 se trasladó a París, donde convivió con la bohemia artística del fin de siglo. Cuando Chambers regresa a Nueva York, su vocación de ilustrador cede a su pasión por contar historias y publica un primer libro, «In the Quarter» (1894), sobre sus experiencias en París. Le seguirá un año después una colección de relatos, *El Rey de Amarillo*, que le convierte en un maestro indiscutible del moderno cuento de terror, capaz de aportar una visión del mal, el horror y lo sobrenatural, alejada por completo del monstruo y el fantasma gótico clásico.

En *El Rey de Amarillo. Relatos macabros y terroríficos* –título que hace referencia a una obra imaginaria, «El Rey de Amarillo», cuya lectura provoca estupor, locura y tragedia espectral, y de la que el *Necronomicón* lovecraftiano es deudor– hemos seleccionado los cinco relatos de corte fantástico de la colección original (dejando de lado los que no lo son): *La máscara*, *En el Pasaje del Dragón*, *El Reparador de Reputaciones*, *La demoiselle d'Ys* y, el más famoso, *El Signo Amarillo* –obra maestra del cuento macabro de suspense, con un final escalofriante–. El volumen se completa con *El Creador de Lunas* y *Una velada placentera*, procedentes de «The Maker of Moons» (1896); y *El Emperador Púrpura*, *El Mensajero* y *La Llave del Dolor*, de «The Mystery of Choice» (1897).

En estos relatos, precursores de los *Mitos de Chtulhu*, se respira una atmósfera eminentemente pesadillesca, alucinatoria y onírica. *El Rey de Amarillo. Relatos macabros y terroríficos* invoca un mundo de caos y perdición, fascinante y repugnante al tiempo, que nos recuerda algunas obras de Meyrink e incluso del propio Kafka.



Robert William Chambers

El Rey de Amarillo. Relatos macabros y terroríficos

Valdemar: Gótica - 87

ePub r1.4

Titivillus 07.01.2019

Robert William Chambers, 2011

Traducción: Marta Lila Murillo

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: el nota, Stonian y Watcher

ePub base r2.0



EL COLOR DE LA LOCURA

– Robert W. Chambers y *El Rey de Amarillo* –

¡Literatura! ¡Una palabra que me pone enfermo!

Robert W. Chambers

I

El amarillo es el color de la luz solar, uno de los colores primarios, si bien el ojo humano percibe la mezcla del rojo y el verde como amarillo. Su nombre procede del latín *amarus*, que significa amargo, triste, posiblemente debido al tono amarillento que producen enfermedades como la tisis, el paludismo —o fiebre amarilla— y las afecciones hepáticas, que dan a la piel del paciente un tinte icterico cercano al amarillo. Sin embargo, el amarillo es además, lógicamente, un color alegre, fuerte, optimista y viril, que se identifica con el Sol y con arquetipos masculinos de poder y dominación. El amarillo es el color de la realeza china, cuyo emperador vestía una túnica tradicional de este color, si bien también representa entre los chinos la crueldad y la traición, de forma quizá muy coherente. En el mundo teatral, una tradición bien arraigada asegura que el amarillo da mala suerte, y existe la prohibición tácita entre los actores de llevar prenda alguna de este color sobre el escenario. Se cuenta que esta peculiar superstición procede de la muerte de Molière, quien vestía de amarillo

cuando falleció sobre las tablas, representando su propia obra *El enfermo imaginario*. En italiano, *giallo* —amarillo— es el color característico de la novela policíaca y criminal, deviniendo sobre las pantallas cinematográficas en un peculiar subgénero terrorífico, perverso y sangriento. «Prensa amarilla» es aquella que apela sin escrúpulos al sensacionalismo barato, el morbo e incluso la mentira. *The Yellow Book* —«El libro amarillo»— fue la revista literaria y artística inglesa adalid del decadentismo y el esteticismo del *fin de siècle*. Con portadas de Aubrey Beardsley, editada de 1894 a 1897 por Elkin Mathews y John Lane, publicó textos de escritores modernistas, hedonistas y perversos como Max Beerbohm, el Barón Corvo, Henry James, Arthur Symons o Yeats, entre otros. Los especialistas atribuyen la elección de su nombre al papel que desempeña un cierto *yellow book* para la educación en la perversidad del Dorian Gray de Wilde, quien lo recibe de manos de su iniciador, Lord Henry. Esos mismos expertos en decadencias varias identifican a su vez este «libro amarillo» con la célebre e infame novela *À rebours* —«Al revés», «A contracorriente», «A la inversa»...— de Joris-Karl Huysmans, la Biblia del decadentismo, que arrastró a toda una generación hacia el esteticismo aristocrático, el cinismo ilustrado, el hedonismo descarado, la sexualidad invertida y polimorfa, el diabolismo de salón, el artificio y el nihilismo sin remisión. Tanto *À rebours*, publicada en 1884, como el *magazine The Yellow Book*, o el librito de cuentos *El Rey de la Máscara de Oro* —oro: el metal amarillo— de Marcel Schwob, editado en 1892, eran bien conocidos por Robert W. Chambers, que vivió varios años entre la bohemia artística parisina de la época. También era un experto conocedor del arte y la cultura chinos. Puede que todo ello influyera decisivamente en la que sería su gran creación literaria: *El Rey de Amarillo*, obra maestra de la literatura fantástica anglosajona, y prácticamente el único libro por el que se le recuerda hoy. El amarillo fue también para Chambers el color del éxito, del dinero, el poder y la inmortalidad... tanto como del amargo olvido al que relegó el resto de sus obras, a las que el fulgor dorado de *El Rey de Amarillo* ha dejado sumidas en la oscuridad, enterradas para siempre en las catacumbas del tiempo perdido. Vaya color el amarillo...

II

Robert William Chambers (1865-1933) es un ejemplo casi pluscuamperfecto del escritor de éxito, cuyo nombre queda prácticamente asociado a una única obra, cayendo el resto de sus otrora populares novelas en el más absoluto olvido y abandono. Perteneció a una generación de autores americanos de literatura popular como W. C. Morrow, Gertrude Atherton o F. Marion Crawford, que gozaron en su día del profuso beneplácito de las masas lectoras —más raramente de la crítica—, cultivaron la literatura fantástica y de terror, pero abundaron también en otros géneros más accesibles, como la novela histórica y el romance sentimental, que, especialmente en el caso de Chambers, les conquistaron fama y notables ingresos económicos.

Chambers, vilipendiado a menudo por los críticos y medios literarios de su época, no escondía en modo alguno su falta de pretensiones, y, en cierto modo, puede decirse que la escritura era para él una suerte de hobby que, para su propia sorpresa, se convirtió en profesión a tiempo completo, procurándole éxito y abundantes ganancias. Procedía de una familia de clase alta, lo más parecida posible a una auténtica aristocracia norteamericana. Su padre, William P. Chambers, era un famoso juez, y su madre, Caroline Chambers, nacida Boughton, descendía en línea directa de Roger Williams, amigo de John Milton y fundador de Rhode Island —lo que, sin duda, debía hacer las delicias de Lovecraft—. De origen escocés por el lado Chambers, su familia poseía notables propiedades en el Estado de Nueva York. Por tanto, Robert recibió, como era de esperar, una educación esmerada y liberal, matriculándose primero en el Brooklyn Polytechnic Institute, pero mostrando mucha mayor inclinación por el dibujo artístico... Así como por los deportes y la caza de mariposas.

Inevitablemente, abandonó pronto los estudios técnicos para convertirse, hacia 1885, en uno de los primeros estudiantes de la prestigiosa New York Art Student's League, donde compartió clases y amistad con el dibujante Charles Dana Gibson. De hecho, ambos mantuvieron buenas relaciones a lo largo de sus respectivas carreras, llegando a rivalizar en la ilustración de revistas y periódicos, ilustrando Gibson varias obras literarias

de su amigo y colega. Por su parte, Chambers fue a su vez muy reconocido por su labor artística, y las famosas «*Gibson Girls*», modelo de la feminidad característico de la época, fueron también conocidas en aquellos años como «*Chambers Girls*». En 1886, el futuro escritor se trasladó a París, la meca del arte, para perfeccionar sus estudios en la École des Beaux-Arts y la Académie Julian. Aunque pronto se integró en aquel ambiente artístico, exponiendo en 1889 en el Salón de París, fueron sus experiencias entre la bohemia finisecular de la capital francesa, capital también del vicio, la decadencia y el libertinaje considerados como bellas artes, las que le indujeron a tomar algunas notas escritas, llevando varios cuadernos donde apuntar las anécdotas, propias y ajenas, del día y de la noche de los callejones parisinos. Así fue fraguando su intención de publicar alguna obra que reflejara sus experiencias personales en París.

En 1893, finalizados sus estudios, Chambers regresó a Nueva York, donde comenzó casi de inmediato a publicar ilustraciones en prestigiosas publicaciones como *Life*, *Vogue* o *Truth*, y donde encontró también el tiempo necesario para escribir y publicar su primer libro: *In the Quarter* (1894). Se trataba de una reelaboración de sus apuntes parisinos, una sucesión de estampas anecdóticas sobre la vida artística y bohemia, visiblemente influenciada por el *Trilby* de George Du Maurier. Resulta interesante remarcar que aquellas afrancesadas veleidades bohemias, más o menos perversas y decadentistas, aparecerían también después a menudo en sus relatos de fantasía y horror sobrenatural —por ejemplo, en *La máscara* o *El Signo Amarillo*—, al igual que su profesión primera como dibujante es frecuentemente invocada en los mismos a través de algunos de sus personajes —como en “Una velada placentera”—. El libro, que no aparecía firmado por su autor, pasó sin pena ni gloria... hasta que una segunda obra, titulada *El Rey de Amarillo*, publicada al año siguiente, se convirtió en sorprendente éxito de ventas, reconocida por público y crítica al tiempo. Entonces, *In the Quarter* fue reeditado con el nombre de Chambers en portada, comenzando también una buena carrera comercial por su cuenta.

¿Por qué se convirtió Chambers, exitoso ilustrador y artista, en escritor a tiempo completo, dejando de lado prácticamente su primera vocación? Difícil es decirlo hoy a ciencia cierta, pero según quienes le conocieron, su

facilidad para contar historias, para mantener la atención de los oyentes, primero, y de los lectores, después, con un estilo aparentemente sencillo pero en absoluto carente de elegancia, y convirtiendo sus experiencias personales en argumento fabuloso, influyeron decisivamente en su cambio de dirección. Chambers pareció descubrir que escribir se le daba especialmente bien, que tenía una facilidad innata para ello, y que, para su sorpresa, podía vender las historias producto de su imaginación tanto como de su vida personal, convirtiéndolas en un medio de vida desahogado.

Prácticamente todos los historiadores y críticos literarios parecen coincidir en que lo mejor de su obra fue escrito durante los diez años, más o menos, que siguieron a la publicación de su primer libro. Sin duda, fue entonces cuando aportó sus relatos más personales y apreciados hoy día, especialmente los recogidos en *El Rey de Amarillo* y otros de carácter sobrenatural. Sin embargo, Chambers, con la despreocupación y facilidad del diletante de clase alta, que para nada parecía considerar su trabajo literario como una empresa de altura intelectual o artística, pronto se especializó en romances sentimentales y novelas de costumbres, teñidas de emociones románticas e intrigas amorosas, que le consagraron como «Scherezade de las tenderas» —*the shopgirl Scherezade*—, al decir de la época. En breve tiempo, y con una larga sucesión de novelas románticas, el Chambers escritor se convirtió en proveedor de sueños y deseos para las mismas *Chambers Girls* que había retratado como ilustrador.

No quiere decir esto, ni mucho menos, que de las casi noventa novelas de Chambers que nos son conocidas, todas carezcan hoy de interés o valores literarios. Chambers fue también un amante de la Historia, especialmente de la época de la Revolución y la Independencia americanas, y dedicó numerosas novelas a esta convulsa época, que viera el nacimiento de una nueva nación —en especial la serie de «Cardigan», iniciada en 1901 con *Cardigan; a Novel*—, así como a otros temas y argumentos de tipo histórico y de aventuras. Como genuino autor de *best-sellers*, aunque sus novelas aparecieran sólo ocasionalmente en estas listas, nuestro escritor tocó prácticamente todos los géneros populares de su tiempo —y del nuestro, en realidad—: historias detectivescas *The Tracer of Lost Person*; (1906), *The Younger Set* (1907), etc.—, biografías de personajes históricos

The Man they Hanged (1926), sobre el Capitán Kidd—, ciencia ficción —*In Search of the Unknown* (1904), *Police!!!* (1915)—, romances con toque sobrenatural —*Athalie* (1915), *The Talkers* (1923)—... Aparte, claro, de sus numerosas novelas sentimentales, sátiras, libros de cuentos y poemas, historias para niños y libretos de opereta. No son pocos los defensores de algunas de estas obras que, en los últimos tiempos, han intentado reivindicar a Chambers como escritor, y situarlo en el lugar que con justicia debería ocupar dentro de la historia de la literatura norteamericana moderna, ya que, independientemente de sus valores artísticos o intelectuales, no se puede negar que sus libros gozaron de inmensa popularidad y moldearon en alguna medida ciertos usos y costumbres, cierta mentalidad de la época, influyendo sobre la sociedad americana, de forma parecida a como lo hicieran sus ilustraciones y las de Gibson... O a como lo harían poco después las obras, sin duda superiores literariamente, de un Scott Fitzgerald.

Chambers, pese a sus devaneos juveniles con la bohemia y a los toques perversos de sus relatos más decadentes, era un hombre profundamente tranquilo y hasta convencional, cuya vida transcurrió con la sencillez y placidez de un alma victoriana, inmune a los peligros de la fama y amante de su familia y orígenes aristocráticos. Casado en 1898 con Elsa Vaughn Moller, con la que tendría un único hijo y heredero, buena parte de sus ganancias literarias las invirtió en restaurar sus propiedades hereditarias al pie de los Adirondacks, y su mansión decimonónica de Broadalbin. El 13 de diciembre de 1933, en el Doctor's Hospital de Nueva York, Chambers fue intervenido de una dolencia intestinal, que venía arrastrando ya desde septiembre, falleciendo esa misma noche. A su funeral, una ceremonia simple y en familia, acudieron también, sin embargo, muchos de los más notables ciudadanos neoyorquinos, que destacaron la sencillez y humildad del autor, quien nunca se había considerado a sí mismo como un genio, ni mucho menos, de la literatura, sino como un «simple» proveedor de historias para miles de lectores de clase media y alta, ansiosos de emociones.

III

Injustamente o no, lo cierto es que Robert W. Chambers es hoy recordado, mucho y bien, casi exclusivamente por sus relatos de fantasía y horror sobrenatural, y muy especialmente por los reunidos en su segundo libro, *El Rey de Amarillo*. No es de extrañar.

La aparición de *El Rey de Amarillo* en 1895 representa la entrada en escena de un nuevo nombre en el apasionante y nunca suficientemente bien ponderado panorama de la narrativa fantástica de finales del siglo XIX y principios del XX. Un panorama caracterizado por la definitiva mutación del relato clásico de fantasmas y los modos típicos del gótico en el cuento de terror moderno, ejemplificado por autores como Arthur Machen, Algernon Blackwood o William Hope Hodgson, a los que cabría añadir también los nombres de Arthur Conan Doyle, Lord Dunsany, Fitz James O'Brien y otros contemporáneos. La mayoría de estos llevarían el cuento de horror sobrenatural al terreno de lo esotérico, pseudo-científico y cósmico, abandonando los tópicos y personajes característicos del género hasta entonces, para sustituirlos por un sentimiento de vacío e indefensión del ser humano frente a lo inaprensible, inexplicable e infinitamente grande de un universo amenazador e implacable. Al mismo tiempo, utilizarían en sus argumentos un aparato ocultista y/o científico, capaz de aportar una visión del mal, el horror y lo sobrenatural, alejada por completo del folklore del monstruo y el fantasma, teñida de verosimilitud y explicaciones aparentemente racionales. Había nacido lo que, muy apropiadamente, bautizaría Jacques Bergier como «el cuento materialista de terror», concepto posteriormente ampliado e ilustrado por Rafael Llopis^[1]. Modalidad que encontraría en la figura y obra de H. P. Lovecraft su cúspide y perfección, aunque trabajando, en definitiva, con los elementos heredados de varios de los autores ya citados, que le precedieron en una o varias décadas.

Es en este contexto, también, en el que hemos de situar los relatos de *El Rey de Amarillo*, así como el resto de la producción fantástica de su autor. De hecho, como es bien sabido, el propio Lovecraft era un admirador

entusiasta de este libro: «*The King in Yellow*, una serie de relatos cortos vagamente relacionados entre sí con el trasfondo de un libro monstruoso y prohibido cuya lectura provoca sobresalto, locura y tragedia espectral, logra un notable grado de miedo cósmico...»^[2] Como nosotros, el genio de Providence deplora también que Chambers abandonara después prácticamente el género: «Uno no puede por menos de lamentar que no continuara explotando esa vena en la que tan fácilmente podría haber llegado a ser un acreditado maestro»^[3]. Pero, como señala también HPL, *The King in Yellow* no fue el único libro de relatos fantásticos de Chambers. Al año siguiente, en 1896, publicaría *The Maker of Moons* —*El Creador de Lunas*—, y después *The Mystery of Choice* (1897). Más tardíamente seguirían *The Tree of Heaven* (1907), colección de cinco historias fantásticas mas que de terror (aunque muy bien consideradas por el experto T. Joshi), y la novela *The Slayer of Souls* (1920), ampliación del relato “The Maker of Moons”, que diera título a su segundo libro, aparte de algunas otras novelas de corte esotérico como *The Talkers*, sobre los experimentos de un hipnotizador —otro elemento presente también en *Trilby*, por cierto—, los relatos de ciencia ficción ya citados, amén de algunas fábulas distópicas y fantasías satíricas. Pero es, ante todo y sobre todo, en *The King in Kellow*, *The Maker of Moon*; y *The Mystery of Choice*, donde se concentran las mejores historias de horror de su autor, caracterizadas por esa impresionante captación del horror cósmico y la fragilidad de la mente y comprensión humanas que tanto admiraría Lovecraft.

Es común acuerdo destacar en los cuentos de horror de Chambers la aparición de un elemento que da unicidad a varios de ellos, apareciendo también episódicamente en otros muchos, y que no es sino la invención del enigmático y fatídico libro *El Rey de Amarillo*. Éste, y un cierto número de elementos con él relacionados, aparecen en los relatos “El Reparador de Reputaciones”, “La máscara”, “En el Pasaje del Dragón” y el más famoso “El Signo Amarillo”, ampliamente elogiado por Lovecraft en su conocido ensayo *El horror sobrenatural en la literatura*. Es obvio que la idea de un libro cuya lectura conduce indefectiblemente a la locura y la muerte, encontraría en el *Necronomicón* lovecraftiano su continuidad y perfección, pero cabe reflexionar que también podemos seguir su rastro en otras

novelas tan interesantes como *El maestro del juicio final*, de Leo Perutz, o *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco. Curiosamente, *El Rey de Amarillo* no es ningún tratado de demonología, ningún texto esotérico o metafísico, sino una «simple» obra de teatro en verso, la lectura de cuyo segundo acto lleva, tarde o temprano, a la demencia, ante las escenas de perversidad antinatural que en él se describen. Chambers, como haría también después Lovecraft con la supuesta obra del árabe loco Abdul Alhazred, nos da a menudo epígrafes y citas del libro maldito, que posteriormente algunos modernos autores de fantasía han intentado articular en una historia coherente, pero que, sobre todo, traen a la memoria del lector atento los tonos trágicos y perversos del clásico de Poe “La máscara de la muerte roja”, e incluso de obras teatrales escandalosas en la época, como el *Salomé* de Wilde.

Otro aspecto premonitorio y definitorio que aparece a menudo en los relatos de Chambers, especialmente en aquellos pertenecientes al «ciclo» de *El Rey de Amarillo*, es su utilización desprejuiciada de varios conceptos y nombres fantásticos, previamente imaginados por Ambrose Bierce en algunos de sus cuentos más célebres. Así, retoma los exóticos nombres de Carcosa, Hali y Hastur, que aparecen en los relatos “Un habitante de Carcosa” y “Haïta, el pastor”, de Bierce^[4], aunque dándoles matices bien distintos. Nombres que, después, Lovecraft y sus continuadores incorporarán a su vez a los Mitos de Chtulhu. Chambers resulta ser, pues, pionero de la intertextualidad y la inteligente y desprejuiciada apropiación de determinados elementos desarrollados por autores anteriores, a los que rinde así homenaje al tiempo que consigue reificarlos, convirtiéndolos en parte de un escenario más amplio: una telaraña de conexiones literarias que atraviesa el tiempo y el espacio. Que, de hecho, incluye y supera al propio Chambers, a su vez reutilizado más tarde por otros muchos autores del género. *El Rey de Amarillo*, libro real y libro ficticio, se erige por tanto en pionero artefacto posmoderno, que juega conscientemente con la referencialidad y la metaliteratura, construyendo un universo autónomo, prácticamente independiente de quienes le aportan existencia, voluntaria e involuntariamente.

Pero si los méritos de Chambers fueran tan sólo —y no serían pocos— haber concebido un libro mítico que vuelve loco a quien se atreve a leerlo, y una ingeniosa y premonitoria capacidad para jugar con elementos literarios tomados de la obra de autores anteriores, sus cuentos de horror apenas serían algo más que meras curiosidades. Sin embargo, lo cierto es que la mayoría de sus primeras historias fantásticas poseen una altura abisal incomparable, que las sitúa al mismo nivel que las mejores de Machen, Blackwood o Hodgson. De partida, nos encontramos en estos relatos con un componente eminentemente pesadillesco, alucinatorio, onírico, que las aleja un tanto, en primera instancia, del nuevo cuento de terror materialista, con sus elementos pseudo-científicos y aparentemente racionalistas, que explican, de una u otra forma, la naturaleza de sus horrores o, al menos, nos dan pistas al respecto. Pero no estamos tampoco, naturalmente, de vuelta al mundo del cuento de fantasmas tradicional o el gótico Victoriano. No hay monstruos sobrenaturales —ni vampiros, ni espectros, momias o aparecidos en sentido estricto— ni villanos criminales. A cambio, Chambers nos sumerge en una atmósfera inestable, insegura, que se mueve entre la realidad y la otredad, sin permitir al lector que se afiance en una u otra. Así, en “El Reparador de Reputaciones” (atención: algún que otro *spoiler*), situado en los Estados Unidos de unos hipotéticos y futuros años 20 que hoy tienen aroma *steampunk*, la lógica de la narración se rige por un personaje demente, cuyo cerebro trastornado por la lectura de *El Rey de Amarillo* le lleva a convertirse prácticamente en asesino en serie, en pos de un supuesto trono del Imperio Americano, posiblemente producto de su mente paranoide... Pero lo más incómodo y perturbador del relato es la imposibilidad del lector para discernir, para diferenciar tranquilizadoramente, la auténtica realidad objetiva de la morbosa realidad producto de la locura de su protagonista, hasta el punto de que uno llega a cuestionarse, finalmente, si el escenario futurista del relato no será también producto de la fantasía enfermiza y desbocada del narrador criminal.

“La máscara”, donde *El Rey de Amarillo* aparece sólo incidentalmente, dejando su inquietante marca en el relato, está mucho más cerca del cuento materialista de terror, pero este se combina aquí con un tufillo decadentista y perverso, que no procede sólo de su ambientación parisina y sus jóvenes

protagonistas artistas, sino de la obvia influencia que Wilde, Schwob o Villiers debieron causar en el joven Chambers. En “En el Pasaje del Dragón”, volvemos a encontrar un tono alucinatorio, angustioso y obsesivo que se apodera de protagonista y lector por igual, hasta llevarlos a una conclusión fatídica pero inaprensible, prácticamente incomprensible. Por fin, “El Signo Amarillo”, favorito de Lovecraft, mezcla tanto la atmósfera alucinante como la estructura en *crescendo* del mejor cuento macabro de suspense, para conducir de nuevo a sus protagonistas y al lector hasta una conclusión escalofriante, en la que se unen el horror cósmico y el más netamente físico, en un final inolvidable.

Aunque no aparezca en él nuestro fatídico *Rey de Amarillo*, el relato largo “El Creador de Lunas”, que diera título al segundo libro de cuentos publicado por su autor, apunta modos y maneras típicos de la novela fantástica y de terror de la época, con un primer andamiaje narrativo que parece perfectamente coherente y propio del folletín o la historia de aventuras *pulp*: un grupo de cazadores y amigos, varios de ellos agentes secretos del gobierno de los Estados Unidos, se desplazan a una misteriosa región en la frontera canadiense, donde una banda de facinerosos parecen haber encontrado una fuente inagotable de oro artificial, cuya introducción en el mercado podría hundir al Gobierno mismo... Hasta aquí, todo normal. De hecho, “El Creador de Lunas” participa también del tópico, característico en aquellos años, del «peligro amarillo», no el peligro cósmico y metafísico del libro maldito y su Signo, sino el del amenazador despertar de la China milenaria, siempre dispuesta a destruir Occidente. Sin embargo, no podríamos estar más lejos de Nick Carter o del Dr. Fu Manchú. Pronto el lector vuelve a sentir cómo la realidad se desliza bajo sus pies, para acabar chapoteando en un estanque misterioso, sin fondo. Una tierra mítica poblada por extraños dioses y ciudades lejanas, malditas y hermosas. Un lugar atravesado por agujeros en el tejido del espacio/tiempo, por los que se pierden protagonistas y lectores. Estamos, de repente, en medio de una batalla cósmica, de dimensiones épicas y místicas, pero descrita con los colores de la paleta más onírica e inquietante. Extrañas criaturas (una suerte de arañas-cangrejo primigenias), ciegas y babeantes, demonios monstruosos capaces de destruir universos enteros, viejos dioses orientales y ciudades de

ensueño, reencarnación y amores prohibidos, progenies infernales y luchas entre poderes cósmicos inmensurables... Al fondo, resuenan varios disparos y algunos bandidos traficantes, meros peones en un tablero de ajedrez sin reglas conocidas, caen muertos o prisioneros de los valerosos agentes del gobierno.

Chambers no sólo dominó —y hasta cierto punto creó— un estilo peculiarmente onírico y atípico en sus mejores relatos, sino que también cultivó otras modalidades del género con talento superior. En “La Llave del Dolor” encontramos un mundo fantástico, una ensoñación poética digna de Dunsany, enraizada en los mitos aborígenes de los indios americanos, de cuyas costumbres y lenguajes fue también experto conocedor, y que deriva hacia la tragedia en la tradición del célebre “Suceso en el puente sobre el río Owl” de su admirado Bierce. “El Mensajero” pertenece a un pequeño ciclo de historias relacionadas —sobre todo con “El Emperador Púrpura”, incluido en la presente selección—, en las que las leyendas y el folklore bretón, por el que Chambers se interesó no sólo en sus años parisinos, sino a lo largo de toda su vida, juegan un papel esencial, estando presentes también —su nombre lo dice todo— en el relato “La demoiselle d’Ys”. Mientras que “Una velada placentera” es una bien construida y agradable historia de fantasmas, en vena más clásica. Pero, sin duda, son sus historias relacionadas con *El Rey de Amarillo* y otras de parecido corte las que le hacen plenamente merecedor de un nicho propio entre los grandes clásicos modernos del género.

IV

*Que el rojo amanecer adivine
qué vamos a hacer,
cuando esta luz azul de estrellas muera
y todo haya acabado.*

Son muchos los autores que han expresado su admiración por *El Rey de Amarillo*, y unos cuantos los que, incluso ya en vida de Chambers, utilizaron sus motivos para construir otras historias, poemas y relatos.

Aunque *El Rey de Amarillo*, sus referencias a Bierce y otras nuevas, originales de su autor, pasaron rápidamente a incorporarse dentro de los Mitos de Cthulhu lovecraftianos, ha habido también un buen número de escritores que han intentado crear un universo literario autónomo en torno al libro maldito imaginado por Chambers, aparte de constantes y conspicuos homenajes en algunas obras de Karl Edward Wagner, Marion Zimmer Bradley, James Blish, Lin Carter, Heinlein, Stephen King, Joseph S. Pulver y otros cultivadores posteriores del terror, la fantasía y la ciencia ficción. Considerado uno de los principales antecedentes de Lovecraft, este y otros méritos propios le han consagrado, sin duda, como uno de los grandes clásicos de la ficción fantástica anglosajona del siglo pasado.

Sin embargo, quizá con la excepción de algún crítico más avisado, como Robert M. Price, los aspectos (pre)lovecraftianos de sus relatos más famosos han desviado un tanto a los aficionados y exégetas de sus obras de la que quizá sea su característica más sorprendente y reseñable: su modernidad. Una modernidad que va más allá de lo meramente incidental y superficial —como pueda ser la utilización de recursos y efectos periodísticos, científicos o esotéricos en la literatura de terror materialista—, para encontrarse inextricablemente ligada a la naturaleza de su obra, desde su técnica narrativa a su contenido y profundo significado. En efecto, Chambers, con un ojo puesto en la tradición francesa, decadente y europea, y otro en maestros americanos como Poe y Bierce, utiliza en sus relatos de horror una suerte de *mise en abyme* que desorienta por completo al lector, dejándole indefenso ante un universo esquivo, de superficies irregulares y agujeros imprevistos. Al utilizar narradores dementes, como en el caso de “El Reparador de Reputaciones”, o, simplemente, al retratar personajes y escenarios que oscilan entre nuestra frágil realidad y otras realidades insospechadas, apenas entrevistas, Chambers se ampara en su visión distorsionada —o en la imposibilidad humana para «ver» y «explicar» la auténtica realidad—, arrastrando al lector desconcertado por un meandro interminable de alusiones inconclusas, atisbos impredecibles y destellos entrevistos por el rabillo del ojo. Su prosa resulta entonces hipnótica y molesta al tiempo. Reduce al lector a la condición de frustrado *voyeur*, que nunca consigue ver del todo la escena completa... Tal vez afortunadamente.

Es evidente que para Chambers el ser humano es incapaz de transcribir en palabras la naturaleza del extraño mundo en el que se ven sumergidos sus protagonistas, y con ellos el desprevenido lector. Como metáfora de la indefensión cósmica del hombre, de la alucinatória materia de que está hecha la realidad misma, y de la capacidad destructiva que conlleva su visión desnuda, una vez se derrumban los muros de la lógica aparente y el banal sentido común —una vez que se ha leído, claro, el segundo acto de *El Rey de Amarillo*—, los cuentos de horror de Chambers funcionan de manera más elegante, sofisticada y sutil que los del propio Lovecraft, al prescindir casi por completo del armazón lógico de la historia y sus accesorios más vulgares.

Rey de Amarillo, quizás a través de su inequívoca ligazón con la tradición del decadentismo, invoca un mundo de caos y perdición, fascinante y repugnante al tiempo, que hace pensar, incluso por su extraña y onírica factura técnica, en algunas obras de Gustav Meyrink e incluso del propio Kafka, inevitablemente modernas en su concepción y desarrollo, para, a través suyo, llegar a surrealistas, pánicos y grotescos europeos, y hasta, ¿por qué no?, a escritores-límite, escrutadores de las fronteras de la realidad y de la construcción literaria de la misma, como Robbe-Grillet o Borges^[5]. En cierto modo, Chambers se separa, se individualiza frente al cuento de terror materialista moderno, al prescindir de enfoques y artificios supuestamente científicos o racionalistas, para, sin recurrir tampoco a supuestos religiosos, escatológicos o sobrenaturales tradicionales, mostrar al lector el abismo infinito de caos, locura e indefensión sobre el que flotan los hombres y sus vidas.

Vivimos tranquilos y sumisos, preocupados tan sólo por nuestros problemas cotidianos, por el inmediato futuro que nos aguarda. Por el trabajo, el dinero —el engañoso amarillo brillante del oro—, la familia, la pareja o nuestras cada vez más reducidas posibilidades de irnos de vacaciones al destino soñado... Pero basta pasar más allá del segundo acto de *El Libro Amarillo* para que el extranjero no invitado a nuestra macabra fiesta de disfraces se quite la máscara... Que no era tal. Entonces, vislumbraremos por un momento la realidad —«porque habíamos entendido el misterio de Hades y el Fantasma de la Verdad se nos había

revelado»— y sólo nos quedará el refugio último de la locura. De la huida al infinito, bajo las lunas de Carcosa, en pos del Lago de Hali y allende Hastur y las Pléyades, donde nada ni nadie pueda encontrarnos.



Esta antología no es una traducción literal de *El Rey de Amarillo*, tal y como fue publicado en 1895 y reeditado a menudo posteriormente. El libro original, además de las conocidas narraciones de terror y fantasía, incluía un buen número de historias no fantásticas, principalmente sobre la vida parisina, que ya el propio Lovecraft encontró poco remarcables. Por tanto, de la edición de 1895 se incluyen aquí, específicamente, aquellos relatos relacionados con *El Rey de Amarillo* —la obra teatral inventada por Chambers—: “El Reparador de Reputaciones”, “La máscara”, “En el Pasaje del Dragón” y “El Signo Amarillo”, además de “La demoiselle d’Ys”, no perteneciente al ciclo de *El Rey de Amarillo*, pero sí al libro original. Por su parte, “El Emperador Púrpura”, “El Mensajero” y “La Llave del Dolor” proceden de *The Mystery of Choice* (1897), y “El Creador de Lunas” y “Una velada placentera” de *The Maker of Moons* (1896), ofreciéndose de esta forma al lector actual una aproximación selectiva y selecta a lo mejor y más representativo de la obra fantástica y de horror de Robert W. Chambers.

JESÚS PALACIOS

Gijón, 8 de noviembre, 2011

EL REY DE AMARILLO

(DEDICADO A MI HERMANO)

A lo largo de la orilla rompen olas turbulentas,
los soles gemelos se hunden tras el lago,
las sombras se alargan
en Carcosa.

Extraña es la noche donde brotan las negras
estrellas,
y extrañas lunas orbitan a través de los cielos,
pero aún más extraña es
perdida Carcosa.

Las canciones que las Híades han de entonar,
donde flamean los andrajos del Rey,
deben morir sin haberse escuchado
en la sombría Carcosa.

Canción de mi alma, mi voz está muerta,
muere tú, sin ser cantada, como lágrimas
derramadas
se secará y perecerá en
la perdida Carcosa.

La Canción de Cassilda en *El Rey de Amarillo*
Acto 1, Escena 2

EL REPARADOR DE REPUTACIONES

(The Repairer of Reputations)

Ne raillons pas les fous; leur folie dure plus longtemps que la nôtre...Voilà toute la différence.

I

Hacia finales del año 1920 el gobierno de los Estados Unidos había completado casi en su totalidad el programa, implementado durante los últimos meses, de la administración del presidente Winthrop. El país estaba en una calma aparente. Todo el mundo sabe cómo se resolvieron las cuestiones sobre Aranceles y Trabajo. La guerra con Alemania, a consecuencia del embargo de ese país a las islas de Samoa, no había dejado ninguna cicatriz en la república, y la ocupación temporal de Norfolk por el ejército invasor fue olvidada tras las alegrías de las repetidas victorias navales y la ridícula situación posterior de las fuerzas del general Von Gartenlaube en el Estado de New Jersey. Las inversiones en Cuba y Hawai habían reportado unos beneficios del cien por cien y el territorio de Samoa cubría con creces su coste como puerto carbonífero. El país estaba en un excelente estado de defensa. Todas las ciudades costeras estaban bien provistas de fortificaciones terrestres; el ejército bajo el paternal cuidado del Estado Mayor General, organizado según el sistema prusiano, había sido

incrementado a 500.000 hombres, con unas fuerzas de reserva territoriales de un millón, y seis magníficos escuadrones de cruceros y acorazados de guerra patrullaban los seis puertos en mares navegables, quedando una flota de vapor perfectamente capaz de vigilar las aguas domésticas. Los caballeros del Oeste finalmente se habían visto obligados a reconocer que era necesario un centro de estudios para la instrucción de diplomáticos, así como son necesarias las facultades de derecho para la instrucción de los abogados; consecuentemente, ya no éramos representados en el extranjero por patriotas incompetentes. La nación prosperaba; la ciudad de Chicago, durante un tiempo paralizada tras un segundo gran incendio, se había levantado de sus ruinas, blanca e imperial, y más hermosa que la ciudad blanca que había sido construida como ensayo previo en 1893. Por todos lados la buena arquitectura fue reemplazando a la mala, e incluso en Nueva York un repentino anhelo por la decencia logró barrer una gran parte de los horrores existentes. Las calles habían sido ensanchadas, pavimentadas e iluminadas apropiadamente; se plantaron árboles, se construyeron plazas, se demolieron los pasos elevados y se construyeron vías subterráneas para reemplazarlas. Los nuevos edificios y cuarteles gubernamentales eran refinadas obras de arquitectura, y el extenso sistema de embarcaderos de piedra que rodeaba totalmente la isla fue sustituido por parques que resultaron ser un regalo de Dios para la ciudadanía. Las subvenciones al teatro y la ópera estatales dieron sus propios frutos. La Academia Nacional de Diseño de los Estados Unidos era muy similar a las instituciones europeas del mismo tipo. Nadie envidiaba la posición en el gabinete de gobierno del Secretario de Bellas Artes, ni su cartera. El Secretario de Preservación Forestal y de Cotos de Caza lo tenía bastante más fácil, gracias al nuevo sistema de Policía Montada Nacional. Sacamos buen provecho de los últimos tratados con Francia e Inglaterra; la exclusión de los judíos nacidos en el extranjero como medida de autopreservación, el establecimiento del nuevo Estado negro independiente de Suanee, el control de la inmigración, las nuevas leyes de naturalización, y la gradual centralización del poder en el ejecutivo contribuyeron en su conjunto a la calma y prosperidad nacional. Cuando el gobierno resolvió el conflicto indio y un ex secretario de Defensa sustituyó los escuadrones de

exploradores indios de caballería con indumentaria nativa por penosas organizaciones agregadas a la cola de regimientos esqueléticos, la nación dejó escapar un largo suspiro de alivio. Cuando, tras el colosal Congreso de las Religiones, el fundamentalismo y la intolerancia fueron proscritos y la bondad y caridad comenzaron a unir a sectas enfrentadas, muchos pensaron que el milenio había llegado, al menos en el nuevo mundo que, después de todo, es un mundo en sí mismo.

Pero la propia supervivencia es la primera ley, y los Estados Unidos tuvieron que contemplar con impotente dolor cómo Alemania, Italia, España y Bélgica se marchitaban inmersos en la Anarquía, mientras que Rusia, vigilando desde el Cáucaso, los doblegaba y sometía uno a uno.

En la ciudad de Nueva York el verano de 1899 se distinguió por el desmantelamiento de las Pasos Ferroviarios Elevados. El verano de 1900 perdurará en el recuerdo de las gentes de Nueva York durante muchas generaciones; la estatua de Dodge fue retirada ese año. Durante el siguiente invierno se produjeron los disturbios contra las leyes que prohibían el suicidio, que dieron finalmente su fruto en el mes de abril de 1920, cuando la primera Cámara Letal del gobierno fue inaugurada en Washington Square.

Ese día salí de casa del doctor Archer en la avenida Madison, a quien había visitado por mera formalidad. Desde aquella caída de mi caballo, cuatro años atrás, sufría en ocasiones dolores en la parte trasera de la cabeza y el cuello, pero en esos momentos llevaba meses sin importunarme y el doctor me despidió ese día diciéndome que no había ya nada más que pudiera curarme. Difícilmente su elevada minuta valía ese diagnóstico; yo mismo ya lo sabía. No obstante, no le reprochaba el dinero. Lo que realmente me importaba era el error que había cometido conmigo al principio. Cuando me recogieron del pavimento donde yacía inconsciente, y alguien disparó piadosamente una bala en la cabeza del caballo, me llevaron a la consulta del doctor Archer, y él, tras diagnosticar que mi cerebro había quedado afectado, me ingresó en su manicomio privado, donde me obligaron a someterme a un tratamiento contra la locura. Finalmente, decidió que estaba bien, y yo, sabiendo que mi mente había estado siempre tan sana como la suya, si no más, «pagué mi instrucción», como lo

denominaba él en broma, y me fui. Le dije, sonriendo, que le haría pagar por su error, y él se rió de buena gana, y me pidió que le visitara de vez en cuando. Y así hice, esperando a que me diera la ocasión de saldar cuentas, pero no me dio ninguna, y le dije que seguiría esperando.

La caída del caballo afortunadamente no había dejado secuelas; al contrario, cambió totalmente mi carácter para mejor. De ser un perezoso joven de ciudad, me transforme en un hombre activo, enérgico, templado y, sobre todo, oh, sobre todo, ambicioso. Tan sólo había una cosa que me perturbaba, aunque me riese de mi propia inquietud, y sin embargo me perturbaba.

Durante mi convalecencia me compré y leí por primera vez *El rey de Amarillo*. Recuerdo que tras terminar de leer el primer acto pensé que sería mejor que dejara de leerlo. Me levanté y lancé el libro a la chimenea; el libro golpeó el enrejado frente a la chimenea y cayó abierto sobre las llamas alumbrado por el fuego. Si no hubiera leído por casualidad las palabras iniciales del segundo acto, jamás lo habría acabado, pero, cuando me incliné a recogerlo, mis ojos se clavaron en la página abierta, y con un grito de terror, o quizás de una alegría tan conmovedora que me dolió en cada uno de mis nervios, saqué el libro de las brasas y me arrastre tiritando hasta mi dormitorio, donde lo leí y volví a leerlo, y lloré y reí y temblé con un terror que en ocasiones todavía me asalta. Esto es lo que me perturba, porque no puedo olvidar Carcosa, donde estrellas negras flotan en los cielos; donde las sombras de los pensamientos de los hombres se alargan al atardecer, cuando los soles gemelos se hunden en el lago Hali, y mi mente sufrirá para siempre el recuerdo de la Máscara Pálida. Ruego a Dios que maldiga al escritor, así como el escritor ha maldecido al mundo con esta bella y magnífica creación, terrible en su simplicidad, irresistible en su verdad... un mundo que ahora se tambalea ante el Rey de Amarillo. Cuando el gobierno francés incautó las copias traducidas que acababan de llegar a París, Londres, por supuesto, sintió mayores deseos de leerlo. Es bien conocido cómo se propagó el libro como una enfermedad infecciosa, de ciudad en ciudad, de continente en continente, prohibido allá, confiscado acullá, denunciado por la prensa y en los púlpitos, censurado incluso por los anarquistas literarios más modernos. Ningún principio concreto había sido

violado en aquellas páginas perversas, ninguna doctrina promulgada, ninguna convicción ultrajada. No podía ser juzgado por ningún criterio conocido; sin embargo, aunque se reconocía que se había logrado pulsar la nota suprema del arte en *El Rey de Amarillo*, todos intuían que la naturaleza humana no podía soportar el esfuerzo de su lectura, ni desarrollarse con palabras en las que acechaba la esencia del veneno más puro. La banalidad e inocencia del primer acto tan sólo permitía que el golpe cayera después con un efecto aún más terrible.

Era, recuerdo, el 13 de abril de 1920 cuando la primera Cámara Letal del gobierno fue establecida en la parte sur de Washington Square, entre Wooster Street y la Quinta Avenida Sur. La manzana que anteriormente había consistido en un montón de viejos edificios desvencijados, utilizados como cafeterías y restaurantes para extranjeros, fue adquirida por el gobierno en el invierno de 1898. Las cafeterías y restaurantes franceses e italianos fueron derribados; se rodeó toda la manzana con una verja de hierro dorado, y fue convertida en un encantador jardín con césped, flores y fuentes. En el centro del jardín se erguía un pequeño edificio blanco, de un clasicismo arquitectónico severo y rodeado de parterres de flores. Seis columnas jónicas daban apoyo al techo, y la única puerta era de bronce. Un espléndido grupo en mármol de las «Parcas» fue situado ante la puerta, obra de un joven escultor americano, Boris Yvain, que murió en París cuando sólo contaba veintitrés años de edad.

Se estaban celebrando las ceremonias de inauguración cuando crucé University Place y entré en la plaza. Me abrí paso por entre la silenciosa muchedumbre de espectadores, pero fui detenido en Fourth Street por un cordón policial. Un regimiento de lanceros de los Estados Unidos se había congregado en la plaza alrededor de la Cámara Letal. En una tribuna levantada en el parque de Washington se veía en pie al gobernador de Nueva York, y tras él se apiñaban el alcalde de Nueva York y Brooklyn, el inspector general de la policía, el comandante de las tropas estatales, el coronel Livingston, asistente militar del Presidente de los Estados Unidos, el general Blount, al mando de la Isla del Gobernador, el teniente general Hamilton, al mando de las tropas de Nueva York y Brooklyn, el almirante Buffby de la flota del Río Norte, el general cirujano Lanceford, la plantilla

del Hospital Nacional Gratuito, los senadores Wyse y Franklin de Nueva York, y el comisario de Obras Públicas. La tribuna estaba rodeada por un escuadrón de húsares de la Guardia Nacional.

El gobernador estaba acabando su respuesta al breve discurso del general cirujano. Le escuché decir:

—Las leyes que prohíben el suicidio y que proporcionan castigo a cualquier intento de autodestrucción han sido repelidas. El gobierno ha considerado adecuado reconocer el derecho de un hombre a acabar una existencia que podría haberse vuelto intolerable para él, a través del sufrimiento físico o la desesperación mental. Creemos que la comunidad saldrá beneficiada por la eliminación de su seno de tales personas. Desde la promulgación de esta ley, el número de suicidios no ha aumentado. Ahora el gobierno está decidido a establecer una Cámara Letal en cada ciudad, pueblo y aldea del país, y queda por ver si esa clase de criaturas humanas de cuyas abatidas filas caen a diario nuevas víctimas de la autodestrucción aceptarán el alivio así proporcionado —se detuvo, y se giró hacia la blanca Cámara Letal. El silencio en la calle era absoluto—. Allí una muerte indolora espera a aquel que ya no pueda soportar por más tiempo los sufrimientos de esta vida. Si la muerte es bienvenida, permitamos que la busque aquí —entonces, volviéndose hacia el asistente militar del presidente, exclamó—: Declaro la Cámara Letal abierta —y de nuevo dirigiéndose a la multitud con voz clara—: Ciudadanos de Nueva York y de los Estados Unidos de América, en nombre del gobierno declaro la Cámara Letal abierta.

El solemne silencio fue roto por un agudo grito de orden, el escuadrón de húsares desfiló tras el carruaje del gobernador, los lanceros dieron media vuelta y formaron en la Quinta Avenida a la espera del comandante de la plaza, y la policía montada los siguió. Dejé a la muchedumbre mirando con la boca abierta la blanca Cámara de la Muerte de mármol, crucé la Quinta Avenida Sur y caminé por el lado oeste de la calle en dirección a la Bleeker Street. Luego giré a la derecha y me paré ante una tienda destartalada con el siguiente letrero:

HAWBERK, ARMERO

Eché un vistazo al interior y vi a Hawberk atareado en su pequeño taller al final del pasillo. Levantó la vista y al verme gritó con su profunda y cordial voz:

—¡Entre, señor Castaigne!

Constance, su hija, se levantó para recibirme mientras yo cruzaba el umbral, y me ofreció su bonita mano, pero advertí un rubor de decepción en sus mejillas, y supe que era a otro Castaigne a quien había estado esperando: mi primo Louis. Sonreí por su confusión y alabé el estandarte que estaba bordando a partir de una lámina coloreada. El viejo Hawberk estaba sentado remachando unas grebas de una armadura antigua y el ¡ting, ting, ting! de su pequeño martillo sonaba agradablemente en la pintoresca tienda. Finalmente, dejó el martillo y se entretuvo armando ruido durante unos instantes con una diminuta llave inglesa. El suave golpeteo contra la cota de malla hizo que un escalofrío de placer me recorriera el cuerpo. Me encantaba escuchar la música del metal contra metal, el melodioso impacto del mazo contra la armadura de los muslos, y el tintineo de la cota de malla. Esa era la única razón de que fuera a ver a Hawberk. Nunca me había interesado personalmente, ni tampoco Constance, excepto por el hecho de que estaba enamorada de Louis. Esto sí ocupaba mi atención, e incluso, en ocasiones, me mantenía despierto de noche. Pero en el fondo sabía que todo iría bien, y que debería ocuparme de su futuro, así como esperaba ocuparme del futuro de mi amable doctor, John Archer. Sin embargo, nunca me hubiera molestado en visitarles en ese momento si, como he dicho, la música del martilleo no me causara tan fuerte fascinación. Podría estar horas y horas escuchándolo y, cuando un rayo de sol perdido impactaba en el metal con incrustaciones, la sensación que me embargaba era demasiado fuerte para poder soportarla. Mis ojos se quedaban clavados, dilatándose por un placer que tensaba todos mis nervios hasta casi romperlos, hasta que algún movimiento del viejo armador cortaba el rayo de sol y, entonces, todavía secretamente excitado, me reclinaba hacia atrás y escuchaba el sonido del trapo dando lustre, ¡swish!, ¡swish!, y limpiando el óxido de los remaches.

Constance bordaba con el banderín sobre las rodillas, parándose de vez en cuando para examinar más detenidamente el patrón de la lámina coloreada del Metropolitan Museum.

—¿Para quién es? —pregunté.

Hawberk explicó que, además de las valiosas armaduras del Metropolitan Museum, por el cual había sido contratado como armador, también estaba encargado de varias colecciones de ricos aficionados. Esa era la greba perdida de una famosa armadura que uno de sus clientes había logrado encontrar en una pequeña tienda en el Quai d'Orsay de París. Él, Hawberk, había negociado y asegurado la adquisición de la greba, y ahora la armadura estaba completa. Dejó el martillo y me leyó la historia de la armadura, que se remontaba, de propietario a propietario, a 1450, hasta que fuera adquirida por Thomas Stainbridge. Cuando vendió su magnífica colección, el cliente de Hawberk compró la armadura, y desde entonces se había buscado la greba perdida, hasta que finalmente, casi por accidente, fue localizada en París.

—¿Y proseguisteis con esa búsqueda tan persistente sin ninguna certeza de que la greba aún existiera? —le pregunté.

—Por supuesto —replicó con calma.

Entonces, por primera vez me interesé en la persona de Hawberk.

—Iba a reportarle buenas ganancias —aventuré.

—No —contestó, riéndose—, el placer al encontrarlo fue mi recompensa.

—¿No tiene ambición de ser rico? —pregunté, sonriendo.

—Mi única ambición es ser el mejor armero del mundo —respondió con gravedad.

Constance me preguntó si había visto las ceremonias en la Cámara Letal. Ella misma había visto a la caballería desfilando por Broadway esa mañana y le habían entrado ganas de ver la inauguración, pero su padre quería que acabase el estandarte, y ella se quedó a petición suya.

—¿Vio usted a su primo allí, señor Castaigne? —preguntó ella, con un ligero temblor de sus suaves pestañas.

—No —le respondí con despreocupación—. El regimiento de Louis está de maniobras en el condado de Westchester —y me levanté y tomé mi

sombrero y bastón.

—¿Va a subir a ver de nuevo al lunático? —rió el viejo Hawberk.

Si Hawberk hubiera sabido cuánto odiaba la palabra «lunático», jamás la hubiera pronunciado en mi presencia. Despierta unos sentimientos en mi interior que no sabría explicar. Sin embargo, le respondí con calma:

—Creo que pasaré a ver al señor Wilde uno o dos minutos.

—Pobre hombre —dijo Constance, sacudiendo la cabeza—, debe ser duro vivir solo año tras año pobre, inválido y casi demente. Es muy considerado de su parte, señor Castaigne, que le visite con tanta frecuencia como hace usted.

—Creo que es maligno —observó Hawberk, volviendo de nuevo a golpear con el martillo. Escuché el martilleo dorado sobre las grebas metálicas; cuando acabó respondí:

—No, no es maligno, ni tampoco es un demente. Su mente es una habitación maravillosa, de la que se pueden extraer tesoros que usted y yo tardaríamos años de nuestras vidas en adquirir.

Hawberk se rió.

Continué hablando un poco impaciente:

—Conoce la historia como nadie. Nada, por muy trivial que sea, escapa a su curiosidad, y su memoria es tan absoluta, tan precisa con los detalles, que si se supiera en Nueva York que tal hombre existe, la gente no podría honrarlo lo suficiente.

—Tonterías —farfulló Hawberk, buscando en el suelo un remache que se le había caído.

—¿Tonterías? —pregunté logrando reprimir lo que sentía—. ¿Acaso son tonterías cuando dice que las escarcelas y perneras del juego de armadura esmaltada comúnmente conocida como «Príncipe Blasonado» pueden ser encontradas entre un amasijo de cachivaches teatrales, estufas rotas y desperdicios de traperos en una buhardilla de Pell Street?

El martillo de Hawberk cayó al suelo, pero lo recogió y preguntó con grandes dosis de calma cómo sabía yo que se habían perdido las escarcelas y perneras del «Príncipe Blasonado».

—No lo sabía hasta que el señor Wilde me lo comentó el otro día. Dijo que estaban en la buhardilla del 998 de Pell Street.

—Tonterías —gritó, pero noté que le temblaba la mano bajo su delantal de cuero.

—¿Y es una tontería también esto...? —pregunté con tono afable—, ¿es una tontería que el señor Wilde hable continuamente de usted como el marqués de Avonshire y de la señorita Constance...?

No pude acabar, porque Constance se puso súbitamente en pie con el terror dibujado en su rostro. Hawberk me miró y se alisó lentamente el delantal de cuero.

—Eso es imposible —afirmó—, el señor Wilde puede que sepa muchas cosas...

—Sobre armaduras, por ejemplo, y el «Príncipe Blasonado» —apostillé sonriendo.

—Sí —continuó pausadamente—, sobre armaduras también, quizás, pero está equivocado en cuanto a lo del marqués de Avonshire, quien, como ya sabe, mató al calumniador de su esposa hace años, y huyó a Australia, donde no sobrevivió muchos años a su esposa.

—El señor Wilde se equivoca —murmuró Constance. Sus labios estaban lívidos, pero su voz sonaba dulce y calmada.

—Convengamos, si así lo desea, que en este caso concreto el señor Wilde se equivoca —respondí.

II

Escalé los tres tramos destartalados de escaleras, que había subido en tantas ocasiones anteriormente, y llamé a una pequeña puerta al final del corredor. El señor Wilde abrió la puerta y entré. Cuando hubo cerrado con dos vueltas del cerrojo y empujado un arcón contra ella, se acercó y se sentó junto a mí, fijando su mirada en mi cara con sus pequeños ojos claros. Media docena de nuevos arañosos le cubrían la nariz y las mejillas, y los cables de plata que sujetaban sus orejas artificiales se habían desplazado. Pensé que nunca lo había contemplado con una apariencia tan espantosamente fascinante. No tenía orejas. Las artificiales, que en estos momentos sobresalían ligeramente ladeadas de los finos cables, eran su única debilidad. Estaban hechas de

cera y pintadas de rosa nacarado, pero el resto de su cara estaba amarilla. Podría haberse permitido el lujo de unos pocos dedos artificiales para su mano izquierda, que carecía totalmente de dedos, pero esto no parecía causarle ninguna inconveniencia, y estaba satisfecho con sus orejas de cera. Era muy pequeño, apenas más alto que un niño de diez años, pero sus brazos estaban magníficamente desarrollados y sus muslos se veían tan robustos como los de cualquier atleta. Sin embargo, lo más sorprendente del señor Wilde era que un hombre de su maravillosa inteligencia y conocimientos tuviera semejante cabeza. Era achatada y puntiaguda, como las cabezas de muchos de los desafortunados a quienes encierran en los centros para enfermos mentales. Muchos le llamaban loco, pero yo sabía que estaba tan cuerdo como yo.

No niego que fuera excéntrico; la manía de tener aquella gata y provocarla hasta que saltaba a su cara como un demonio era ciertamente excéntrica. Nunca pude entender por qué tenía aquella criatura, ni qué placer encontraba en encerrarse en su cuarto con esa bestia malhumorada y agresiva. Recuerdo que en una ocasión, al levantar la vista del manuscrito que estaba estudiando a la luz de unas velas de sebo, vi al señor Wilde sentado de cuclillas sobre su trona, con los ojos inflamados por la excitación, mientras la gata, que se había levantado de su lugar preferido junto a la estufa, se acercó arrastrándose por el suelo directamente hacia él. Antes de que pudiera moverme, aplastó la tripa contra el suelo, se encogió, tembló, y saltó a su cara. Aullando y echando espumarajos ambos rodaron por el suelo; la gata le arañaba y clavaba las garras, hasta que lanzó un chillido y huyó a esconderse bajo el armario. Entonces el señor Wilde se giró apoyándose sobre la espalda, contrayendo y estirando sus extremidades como las patas de una araña moribunda. Era un excéntrico.

El señor Wilde había escalado a su trona, y, tras estudiar mi rostro, tomó un libro mayor muy manoseado y lo abrió.

—Henry B. Matthews —leyó—, contable de Whysot Whysot y Compañía, distribuidores de ornamentos eclesiásticos. Visita el 3 de abril. Reputación dañada en el hipódromo. Se le considera un traidor y un moroso. Reputación debe ser reparada antes del 1 de agosto. Anticipo de

Cinco Dólares —volvió la página y corrió sus nudillos sin dedos por las columnas apretadas.

»P. Greene Dusenberry, Ministro evangelizador, Fairbeach, New Jersey. Reputación dañada en el Bowery. Debe ser reparada tan pronto como sea posible. Anticipo de \$100 —tosió y añadió—: Visita, 6 de abril.

—Entonces no necesita dinero, señor Wilde —inquirí.

—Escuche —tosió otra vez—. Sra. C. Hamilton Chester, de Chester Park, Ciudad de Nueva York. Visita 7 de abril. Reputación dañada en Dieppe, Francia. Debe ser reparada antes del 1 de octubre. Anticipo de \$500.

»Nota: C. Hamilton Chester, Capitán del U.S.S. *Avalanche*, licenciado del Escuadrón del Mar del Sur el 1 de octubre.

—Bueno —dije—, la profesión de Reparador de Reputaciones es lucrativa.

Sus ojos desteñidos buscaron los míos.

—Sólo quería demostrarle que no me equivocaba. Usted dijo que era imposible tener éxito como Reparador de Reputaciones; que incluso si tenía éxito en algunos casos, me supondría más gastos que ganancias. Hoy en día tengo a quinientos hombres empleados, que reciben una mísera paga, pero que desempeñan su trabajo con un entusiasmo que posiblemente nazca de su miedo. Estos hombres penetran todos los niveles y círculos de la sociedad; algunos incluso son pilares de los templos sociales más exclusivos; otros son la flor y nata del mundo financiero; y otros disfrutan de una indiscutible influencia entre los «Elegantes y los Talentos». Los elijo a mi conveniencia de entre los que responden a mis anuncios. Es bastante fácil, son todos cobardes. Podría triplicar el número en veinte días si así lo deseara. Así que ya ve usted, todos aquellos de los que dependen las reputaciones de sus conciudadanos están en plantilla.

—Podrían volverse contra usted —sugerí.

Se pasó el pulgar por sus orejas cercenadas al ras, y se ajustó las sustitutas de cera.

—No lo creo —murmuró pensativo—, rara vez tengo que usar el látigo, y si lo hago es tan sólo una vez. Además, a ellos les gustan sus salarios.

—¿Cómo usa el látigo? —pregunté.

Durante unos instantes, su rostro se tornó terrible. Sus ojos menguaron hasta convertirse en unas chispas verdes.

—Los invito a que vengan para tener una pequeña charla conmigo —dijo con voz suave.

Le interrumpió un golpe en la puerta y su rostro recobró una expresión amigable.

—¿Quién es? —preguntó.

—El señor Steylette —fue la respuesta.

—Venga mañana —replicó el señor Wilde.

—Imposible —comenzó a decir el otro, pero fue acallado por una especie de ladrido del señor Wilde.

—Venga mañana —repitió.

Escuchamos los pasos de alguien que se alejaba de la puerta y giraba el recodo de las escaleras.

—¿Quién es ése? —pregunté.

—Arnold Steylette, propietario y editor jefe del gran *New York Daily* —golpeó su mano sin dedos sobre el libro mayor añadiendo—: Le pago muy poco, pero él cree que es un buen trato.

—¡Arnold Steylette! —repetí asombrado.

—Sí —dijo el señor Wilde, con una tos de autosatisfacción.

La gata, que había entrado en el cuarto mientras hablaba, vaciló, miró hacia arriba y gruñó. El señor Wilde se bajó de la trona, se sentó de cuclillas en el suelo, tomó el animal entre sus brazos y lo acarició. La gata dejó de gruñir y finalmente comenzó a emitir un fuerte ronroneo que pareció incrementar en timbre mientras él la acariciaba.

—¿Dónde están las anotaciones? —pregunté.

Él señaló la mesa, y por enésima vez cogí el legajo manuscrito titulado:

LA DINASTÍA IMPERIAL DE AMÉRICA

Una a una, estudié las páginas manoseadas, desgastadas tan sólo por mis propias manos, y aunque lo sabía de memoria, desde el comienzo «Cuando de Carcosa, el Hades, Hastur y Aldebarán», hasta «Castaigne, Louis de Calvados, nacido el 19 de diciembre de 1877», lo leía con avidez y

embelesada atención, deteniéndome para repetir algunos pasajes en voz alta, y entreteniéndome especialmente en «Hildred de Calvados, hijo único de Hildred Castaigne y Edythe Landes Castaigne, primero en la línea de sucesión», etcétera, etcétera.

Cuando hube acabado, el señor Wilde asintió y tosió.

—Hablando de su legítima ambición —dijo—, ¿qué tal les va a Constance y a Louis?

—Ella le ama —le contesté escuetamente.

La gata sobre sus rodillas se giró súbitamente y le saltó a los ojos, y él la apartó lanzándola de un manotazo y trepó a la silla frente a la mía.

—¡Y el doctor Archer! Pero esa es una cuestión que puede solucionar en el momento que lo desee —añadió.

—Sí —contesté—, el doctor Archer puede esperar, pero ya va siendo hora de que vea a mi primo Louis.

—Ya va siendo hora —repitió; luego tomó otro libro mayor de la mesa y pasó las páginas rápidamente—. Actualmente estamos en comunicación con diez mil hombres —murmuró—. Podremos contar con cien mil en las primeras veintiocho horas, y en cuarenta y ocho horas, el Estado se levantará en masa. El país enteró seguirá al Estado, y la región que no lo haga, quiero decir, California y el Noroeste, desearán no haber estado nunca habitadas. No les enviaré el Signo Amarillo.

La sangre se me agolpó en la cabeza, pero tan sólo respondí:

—Una escoba nueva barre más limpio.

—La ambición del César y de Napoleón palidece ante aquello que no descansará hasta haberse apoderado de las mentes de los hombres y controlado incluso sus pensamientos aún no pensados —dijo el señor Wilde.

—Está hablando del Rey de Amarillo —gruñí, con un escalofrío.

—Es un rey a quien han servido emperadores.

—Yo me contento con servirle —repliqué.

El señor Wilde se sentó restregándose las orejas con la mano tullida.

—Quizás Constance no le ame —sugirió.

Comencé a responderle, pero una repentina explosión de música militar que llegó desde la calle ahogó mi voz. El vigésimo regimiento de dragones,

anteriormente destinado en el fuerte de Mount St. Vincent, volvía de las maniobras en el condado de Westchester, en dirección a sus nuevos barracones en East Washington Square. Era el regimiento de mi primo. Formaban un nutrido grupo de jóvenes apuestos, con sus ajustadas chaquetas de color azul claro, alegres gorras y pantalones de montar blancos con la doble línea amarilla que se ajustaban a sus miembros como un guante. El resto de escuadrones iban armados con lanzas, de cuyas puntas metálicas ondeaban pendones amarillos y blancos. La banda pasó, tocando una marcha militar, luego desfilaron el coronel y los mandos, con los caballos apiñados y avanzando con pasos pesados, mientras sus cabezas se balanceaban al unísono y los pendones ondeaban en las puntas de las lanzas. Los policías montados, que cabalgaban en bellas sillas de montar inglesas, volvían muy morenos de su campaña incruenta en las granjas de Westchester, y la música de sus sables contra los estribos, y el tintineo de las espuelas y carabinas me resultaba delicioso. Vi a Louis cabalgando con su escuadrón. Era el oficial más atractivo que jamás hubiera visto. El señor Wilde, que se había encaramado en una silla junto a la ventana, también lo vio, pero no dijo nada. Louis se giró y miró directamente hacia la tienda de Hawberk mientras pasaba, y pude ver el sonrojo en sus morenas mejillas. Creo que Constance estaba frente a la ventana. Cuando el último policía montado pasó trapaleando, y los últimos pendones se esfumaron en la Quinta Avenida Sur, el señor Wilde bajó gateando de su silla y apartó el baúl de la puerta arrastrándolo.

—Sí —dijo—, ya es hora de que vea a su primo Louis.

Abrió la puerta y recogí mi sombrero y bastón y salí al corredor. Las escaleras estaban a oscuras. Avanzando a tientas, pisé algo blando, que gruñó y bufó, y lancé un bastonazo letal a la gata, pero mi bastón se hizo astillas al chocar contra la barandilla y la bestia se escabulló hacia el cuarto del señor Wilde.

Pasé de nuevo junto a la puerta de Hawberk y le vi todavía atareado con la armadura, pero no me detuve, y tras salir a Bleeker Street la recorrí hasta Wooster, bordeé los jardines de la Cámara Letal, atravesé el parque de Washington y me dirigí directamente a mi apartamento en el Benedick. Allí almorcé confortablemente, leí el *Herald* y el *Meteor*, y finalmente me

acerqué a la caja fuerte de acero de mi dormitorio y giré la combinación de apertura retardada. Los tres minutos y tres cuartos que hay que esperar para que se abra la cerradura son unos instantes preciosos para mí. Desde el momento en que giro la combinación hasta que acciono los tiradores y abro las sólidas puertas de acero, vivo en un éxtasis de expectación. Esos momentos son como instantes fugaces en el Paraíso. Sé lo que voy a encontrar al final de ese lapso de tiempo. Sé lo que guarda para mí, y sólo para mí, y el exquisito placer de la espera apenas aumenta cuando abro la caja fuerte y levanto del soporte de terciopelo una diadema hecha del oro más puro y destellos de diamantes. Hago esto todos los días y, sin embargo, el placer de esperar y finalmente tocar de nuevo la diadema tan sólo aumentan a medida que pasan los días. Es una diadema digna de un Rey de reyes, de un Emperador de emperadores. El Rey de Amarillo podría desdeñarla, pero sin duda podía ser llevada por su sirviente real.

La sostuve entre mis brazos hasta que la alarma de la caja fuerte sonó estridentemente, y entonces, con cariño y orgullo, volví a meterla y cerré las puertas de acero. Regrese lentamente a mi estudio con vistas a Washington Square, y me apoyé en el alféizar de la ventana. El sol de la tarde se derramaba por las ventanas y una suave brisa agitaba las ramas de los olmos y arces del parque, en ese momento cubiertos de capullos y brotes tiernos. Una bandada de palomas volaba en círculos alrededor de la torre de la Memorial Church; en ocasiones descansaban sobre el tejado de tejas púrpuras, otras veces descendían en círculos a la fuente de lotos frente al Marble Arch. Los jardineros estaban atareados en los parterres de flores que rodeaban la fuente, y la tierra recién removida desprendía un olor dulzón y especiado. Un cortacésped tirado por un grueso caballo blanco repiqueteaba sobre el verde manto y unos carromatos de riego rociaban con agua las calles de asfalto. Alrededor de la estatua de Peter Stuyvesant, que en 1897 reemplazó a la monstruosidad que se suponía que representaba a Garibaldi, los niños jugaban bajo el sol primaveral y las niñeras empujaban sofisticados carritos de bebé con imprudente escasa atención a sus ocupantes de rostro pálido, distracción que probablemente podría explicarse por la presencia de media docena de elegantes dragones de la policía montada repantigados lánguidamente en los bancos. Entre los árboles, el

Washington Memorial Arch brillaba como la plata bajo el sol, y más allá, en el extremo oriental de la plaza, los barracones de piedra gris de los dragones y las caballerizas de artillería de granito blanco bullían de colores y animación.

Dirigí la mirada a la Cámara Letal en la esquina opuesta de la plaza. Unos cuantos curiosos todavía merodeaban alrededor de la verja de hierro dorado, pero dentro de los jardines los senderos estaban desiertos. Observé la centelleante agua de las fuentes cayendo en cascada; los gorriones ya habían invadido ese rincón para el baño y las piletas estaban atestadas de aquellas pequeñas criaturas de plumaje grisáceo. Dos o tres pavos reales blancos atravesaban cautamente los prados de césped y una paloma de colores mortecinos estaba encaramada inmóvil sobre el brazo de una de las «Parcas» que formaban parte del conjunto de piedra esculpida.

Cuando ya me giraba para alejarme, una pequeña conmoción en el grupo de ociosos que curioseaban junto a la verja atrajo mi atención. Un joven había entrado y avanzaba con pasos nerviosos por el camino de gravilla que conducía a las puertas de bronce de la Cámara Letal. Se detuvo unos segundos ante las «Parcas» y, cuando levantó la cabeza para admirar aquellos tres rostros misteriosos, la paloma alzó el vuelo desde su apoyo esculpido, voló en círculo unos segundos y luego tomó rumbo hacia el este. El joven se cubrió el rostro con la mano y, a continuación, con un gesto indefinible, subió a saltos los escalones de mármol. Las puertas de bronce se cerraron a sus espaldas y media hora más tarde las personas que merodeaban por los alrededores se marcharon con hombros caídos y la paloma asustada regresó a su percha en los brazos de la Parca.

Me puse el sombrero y salí al parque para dar un pequeño paseo antes de la cena. Mientras cruzaba el camino central, un grupo de oficiales pasó y uno de ellos gritó:

—Hola, Hildred —y se acercó para darme la mano. Era mi primo Louis, que se quedó frente a mí sonriente y golpeando las espuelas de las botas con la fusta de montar.

—Acabo de regresar de Westchester —dijo—; después de disfrutar de un poco de vida campestre; leche y cuajadas, ya sabes, granjeritas con cofia que dicen «¡Ea!» y «me paice que no, señó» cuando les dices que son

bonitas. Me muero por una comida normal en Delmonico's. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada nuevo —respondí afablemente—. Vi la llegada de tu regimiento esta mañana.

—¿De verdad? No te vi. ¿Dónde estabas?

—Asomado a la ventana del señor Wilde.

—¡Oh, demonios! —comenzó a decir con impaciencia— ¡Ese hombre está como un cencerro! No entiendo por qué tú...

Entonces advirtió mi enojo ante su arrebató y me pidió disculpas.

—De verdad, mi viejo amigo —dijo—, no es mi intención criticar a alguien que es de tu agrado, pero te juro por mi vida que soy incapaz de ver qué puedes tener en común con el señor Wilde. Por decirlo de manera suave, no es un tipo educado; es asquerosamente deforme; su mente es la de un loco asesino. Tú mismo eres consciente de que ha estado encerrado en un manicomio...

—Y yo también —le interrumpí con voz calmada.

Louis me miró sorprendido y confundido durante unos segundos, pero pronto se recuperó y me dio una cariñosa palmadita en el hombro.

—Tú estabas totalmente curado —comenzó a decir, pero entonces volví a interrumpirle.

—Supongo que te refieres a que simplemente se reconoció que yo nunca había estado loco.

—Por supuesto, eso... eso es lo que quería decir —rió.

Me desagradó su risa, porque sabía que era forzada, pero asentí cordialmente y le pregunté adónde se dirigía. Louis echó una mirada a sus compañeros oficiales que en ese momento casi habían llegado a Broadway.

—Teníamos la intención de ir a tomar un cóctel en Brunswick, pero si he de decirte la verdad, ando desesperado buscando una excusa para ir a ver a Hawberk. Ven conmigo, te usaré de excusa.

Encontramos al viejo Hawberk elegantemente ataviado con un fresco traje de entretiempo, de pie junto a la puerta de su tienda y olisqueando el aire.

—Había decidido llevar a Constance a dar un paseo antes de la cena —contestó ante la impetuosa avalancha de preguntas que le hizo Louis—.

Pensábamos ir a dar un paseo a las terrazas del parque junto al North River.

En ese momento apareció Constance, en cuyo rostro se alternaban la palidez y el rubor mientras Louis se inclinaba sobre sus pequeños dedos enfundados en un guante. Intenté excusarme alegando que tenía un compromiso en el distrito residencial de la ciudad, pero Louis y Constance no escuchaban, y advertí que esperaban que me quedase para distraer la atención del viejo Hawberk. Después de todo, no vendría mal que me quedase para vigilar a Louis, pensé, y cuando detuvieron un coche de alquiler en Spring Street, me subí tras ellos y tomé asiento junto al armero.

La bella rivera de parques y terrazas de granito con vistas a los embarcaderos del North River, que habían sido construidos en 1910 y acabados en el otoño de 1917, se había convertido en uno de los paseos más populares de la metrópoli. Se extendían desde el Battery hasta la calle 190, con excelentes vistas al noble río y a la costa de Jersey y las Highlands. Los cafés y restaurantes se alzaban acá y allá entre los árboles, y dos veces por semana las bandas militares del cuartel tocaban sobre los estrados de las pérgolas.

Nos sentamos al sol en un banco a los pies de la estatua ecuestre del general Sheridan. Constance se inclinó la cofia para protegerse los ojos, y ella y Louis iniciaron una conversación entre susurros que era imposible de oír. El viejo Hawberk, apoyado en el puño de marfil de su bastón, encendió un excelente puro, después de que yo declinara otro similar, y sonreía al vacío. El sol pendía bajo sobre los bosques de Staten Island, y la bahía se había teñido de reflejos dorados procedentes de las velas recalentadas por el sol de las embarcaciones del puerto.

Bergantines, goletas, veleros, transbordadores destartados con sus cubiertas atestadas de gente, transportes ferroviarios con convoyes de contenedores marrones, azules y blancos, majestuosos barcos de vapor en perfectas condiciones, buques comerciales desfasados, barcos de cabotaje, dragadores, chalanas, y por todos los rincones inundando la bahía, descarados remolcadores pequeños resoplando y pitando oficiosamente..., estas eran las embarcaciones que se arremolinaban sobre las aguas al sol hasta donde la vista podía distinguir. En tranquilo contraste con el ajetreo de

los barcos de vela y buques, una flota silenciosa de naves blancas de guerra flotaba inmóvil en medio de la corriente.

La alegre risa de Constance me arrancó de mi embelesamiento.

—¿Qué está mirando? —preguntó la joven.

—Nada... la flota —sonreí.

Luego Louis nos contó qué era cada embarcación, señalándonos cada una por su posición relativa al viejo Red Port en Governor's Island.

—Esa pequeña embarcación con forma de puro es un barco torpedo —explicó—; hay cuatro más amarrados juntos. Son el *Tarpon*, el *Falcon*, el *Sea Fox*, y el *Octopus*. Los cañoneros justo encima son el *Princeton*, el *Champlain*, el *Still Water* y el *Erie*. Junto a estos están los cruceros *Faragut* y *Los Angeles*, y más allá los acorazados *California* y *Dakota*, y el *Washington*, que es el barco insignia. Aquellos dos pedazos rechonchos de metal que están anclados allí cerca de Castle William son los dos monitores *Terrible* y *Magnificent*; tras ellos está el barco ariete, el *Osceola*.

Constance le miraba con profundo agrado en sus hermosos ojos.

—Cuántas cosas sabes para ser un soldado —dijo ella, y todos nos unimos a la risa que siguió.

Finalmente Louis se levantó haciéndonos una seña con la cabeza y ofreció el brazo a Constance, y juntos pasearon junto al dique del río. Hawberk los observó durante unos segundos y luego se volvió a mí.

—El señor Wilde tenía razón —dijo—. He encontrado las escarcelas y la pernera izquierda del «Príncipe Blasonado» en un infecto ático lleno de trastos viejos en Pell Street.

—¿998? —pregunté, con una sonrisa.

—Sí.

—El señor Wilde es un hombre muy inteligente —comenté.

—Quiero darle a él todo el mérito de este importantísimo descubrimiento —continuó Hawberk—. Y me aseguraré de que se sepa que es él quien merece la fama por ello.

—No se lo agradecerá —respondí secamente—; por favor, no diga nada de ello.

—¿Pero sabe lo que vale? —dijo Hawberk.

—No, cincuenta dólares, quizás.

—Vale quinientos, pero el propietario del «Príncipe Blasonado» está dispuesto a pagar dos mil dólares a la persona que complete la armadura; esa recompensa también pertenece al señor Wilde.

—¡Él no la quiere! ¡La rechaza! —contesté malhumorado—. ¿Qué sabe del señor Wilde? No necesita el dinero. Es rico... o lo será... más rico que ningún otro hombre vivo excepto yo mismo. ¿Y qué nos importará entonces el dinero... qué nos importará a él y a mí, cuando... cuando...?

—¿Cuándo qué? —inquirió Hawberk, atónito.

—Ya lo verá —repliqué, de nuevo vigilante.

Me miró fijamente, de forma parecida a como solía hacerlo el doctor Archer, y supe que pensaba que yo estaba mentalmente perturbado. Quizás fue afortunado para él que no utilizara entonces la palabra «lunático».

—No —respondí a su silenciosa pregunta—, no estoy mentalmente perturbado; mi mente está tan sana como la del señor Wilde. No voy a molestarme en explicar ahora lo que tengo entre manos, pero es una inversión que reportará mucho más que simple oro, plata o piedras preciosas. Proporcionará la felicidad y prosperidad a un continente... sí, ¡a un hemisferio!

—Oh —dijo Hawberk.

—Y finalmente —continué más pausadamente—, proporcionará la felicidad a todo el mundo.

—¿Y de paso también su propia felicidad así como la del señor Wilde?

—Exacto —sonreí, pero podría haberle estrangulado por usar ese tono.

Me miró en silencio durante unos segundos y luego dijo con voz muy suave:

—¿Por qué no deja sus libros y estudios, señor Castaigne, y se va de viaje a las montañas u otro lugar? A usted le gustaba pescar. Vaya a pescar truchas a los Rangeleys.

—Ya no me interesa la pesca —respondí sin un atisbo de enfado en mi voz.

—A usted solían interesarle muchas cosas —continuó él—; atletismo, vela, tiro, caballos...

—No me han vuelto a interesar los caballos desde mi caída —dije en voz baja.

—Ah, sí, su caída —repitió él, apartando la mirada.

Consideré que todo este absurdo ya había ido demasiado lejos, así que volví a conducir la conversación hacia el señor Wilde; pero Hawberk estaba de nuevo escudriñando mi rostro de una forma que me ofendía sobremanera.

—El señor Wilde —repitió él—, ¿sabe lo que ha hecho esta tarde? Bajó y clavó un letrero en la puerta de entrada junto al mío, que dice:

SR. WILDE
REPARADOR DE REPUTACIONES
3ª campanilla

»¿Sabe usted qué podría ser un Reparador de Reputaciones?

—Sí, lo sé —contesté, reprimiendo la ira que me invadía.

—Oh —volvió a decir él.

Louis y Constance se acercaron paseando y se detuvieron para preguntarme si me gustaría unirme a ellos. Hawberk miró su reloj. En el mismo instante, una bocanada de humo salió disparada de las casamatas de Castle William, y la explosión de la salva vespertina rodó por el agua y rebotó contra las Highlands en la orilla opuesta. La bandera fue arriada, las cornetas sonaron sobre las blancas cubiertas de los buques de guerra, y las primeras farolas de luz eléctrica centellearon en la orilla de Jersey.

Cuando giré en dirección a la ciudad con Hawberk, escuché que Constance murmuraba algo a Louis que no entendí, pero Louis susurró «cariño» por toda respuesta y, de nuevo, mientras paseábamos Hawberk y yo unos pasos por delante al cruzar la plaza, me llegó un murmullo de «cielo», y «mi querida Constance», y entonces supe que ya casi había llegado el momento de hablar con mi primo Louis de cuestiones importantes.

III

Una mañana a principios de mayo me encontraba frente a la caja fuerte de acero de mi dormitorio, probándome la corona de oro con piedras preciosas.

Los diamantes despedían fuego cuando me giraba ante el espejo, y el pesado oro macizo ardía como un halo alrededor de mi cabeza. Recordé el grito de agonía de Camilla y las terribles palabras que resonaban a través de las calles en penumbra de Carcosa. Eran las últimas líneas del primer acto, y no osé pensar en lo que seguía... no osé hacerlo ni siquiera bajo el sol primaveral, allí en mi propia habitación, rodeado de objetos familiares, arropado por el ajetreo en la calle y las voces de los sirvientes en el pasillo al otro lado de la puerta. Aquellas palabras envenenadas se habían filtrado lentamente en mi corazón, como se filtra y es absorbido el sudor mortal sobre una sábana. Temblando, me quité la diadema de la cabeza y me sequé la frente, pero pensé en Hastur y en mi propia ambición legítima, y recordé al señor Wilde tal como lo dejé la última vez, con el rostro desgarrado y ensangrentado por las garras de aquella criatura del demonio, y lo que dijo... ah, lo que dijo. El timbre de alarma de la caja fuerte comenzó a chillar crudamente, y supe que mi tiempo había acabado, pero no guardé la corona brillante y, tras volver a ponérmela sobre la cabeza, me giré desafiante hacia el espejo. Permanecí de pie durante un largo rato, absorto en la cambiante expresión de mis propios ojos. El espejo reflejaba mi cara, que era como la mía pero más blanca y tan delgada que apenas podía reconocerla. Y durante todo ese tiempo continué repitiendo entre dientes «¡El día ha llegado! ¡El día ha llegado!», mientras la alarma de seguridad chirriaba y gemía, y los diamantes brillaban y llameaban sobre mi frente. Oí que se abría una puerta, pero hice caso omiso. Sólo presté atención cuando vi dos rostros en el espejo... sólo cuando otro rostro se asomó por detrás de mi hombro y otros dos ojos se clavaron en los míos. Me giré como un rayo y agarré un largo cuchillo de mi tocador, y mi primo dio un salto hacia atrás muy pálido, gritando: «¡Hildred! ¡Por amor de Dios!», y luego, mientras mi mano caía, dijo: «Soy yo, Louis, ¿no me conoces?». Me quedé callado. No habría podido hablar aunque me hubiera ido la vida en ello. Se acercó a mí y me quitó el cuchillo de la mano.

—¿Qué es todo esto? —preguntó en tono conciliador—. ¿Estás enfermo?

—No —respondí.

Pero dudo que me oyera.

—Vamos, vamos, mi viejo amigo —exclamó—, quítate esa corona de latón y empieza a andar hacia el estudio. ¿Vas a ir a una mascarada? ¿Y qué es todo este oropel teatrero?

Me alivió que creyera que la corona estaba hecha de latón y bisutería, sin embargo me decepcionó que lo pensase. Le dejé que la cogiera de mi mano, consciente de que lo mejor era seguirle la corriente. Lanzó la espléndida diadema al aire y, tras cogerla, se giró hacia mí sonriente.

—No vale más de cincuenta centavos —dijo—. ¿Para qué es?

No respondí, pero le quité la corona de las manos y, tras colocarla de nuevo en la caja fuerte, cerré la enorme puerta de acero. La alarma cesó su infernal estruendo inmediatamente. Louis me miró con curiosidad, pero no pareció darse cuenta de que la alarma había parado. Sin embargo, sí mencionó la caja fuerte refiriéndose a ella como una caja de galletas. Temiendo que pudiera examinar la combinación, le conduje hacia el estudio. Louis se repantigó en el sofá y comenzó a dar latigazos a las moscas con su eterna fusta de montar. Llevaba su uniforme de faena con la chaqueta de galones y gorra desenfadada, y advertí que sus botas de montar estaban salpicadas de barro rojo.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—Saltando riachuelos de barro en Jersey —dijo—. Todavía no he tenido tiempo de cambiarme; tenía bastante prisa por verte. ¿No tienes un vaso de algo? Estoy muerto; llevo encima de la silla de montar veinticuatro horas.

Le ofrecí una copa de coñac de mi reserva medicinal, que se bebió con una mueca.

—Maldita bazofia —observó—. Te daré una dirección donde venden coñac que es coñac.

—Es lo suficientemente bueno para mis necesidades —dije indiferente—. Lo uso para frotarme el pecho con ello.

Me miró y dio un latigazo a otra mosca.

—Veamos, mi viejo amigo —comenzó—, tengo que hacerte una proposición. Hace ya cuatro años que llevas encerrado aquí arriba como un búho; nunca vas a ningún lugar, ni haces ejercicio saludable; nunca haces ninguna maldita cosa más que encerrarte en esos libros que tienes ahí en la

repisa de la chimenea —echó un vistazo a las hileras de estantes—. ¡Napoleón, Napoleón, Napoleón! —leyó—. Por todos los cielos, ¿es que no tienes nada más que Napoleones ahí?

—Ojalá estuvieran encuadernados en oro —dije—. Pero espera, sí, hay otro libro, *El Rey de Amarillo* —le miré fijamente a los ojos—. ¿Lo has leído alguna vez?

—¿Yo? ¡No, gracias a Dios! No quiero que me vuelva loco.

Vi que se arrepentía de sus palabras en cuanto las hubo pronunciado. Existe sólo una palabra que odio más que la de «lunático», y esa palabra es «loco». Pero me contuve y le pregunté por qué pensaba que *El Rey de Amarillo* era peligroso.

—Oh, no sé —dijo apresuradamente—. Sólo recuerdo el revuelo que se formó y las denuncias en los púlpitos y la prensa. Creo que el autor se pegó un tiro tras haber creado esa monstruosidad, ¿no es así?

—Tengo entendido que aún está vivo —respondí.

—Probablemente sea cierto —murmuró—; las balas no podrían matar a un demonio como ése.

—Es un libro de grandes verdades —dije.

—Sí —replicó él—, de «verdades» que ponen frenéticos a los hombres y destruyen sus vidas. Me da igual que esa cosa sea, como dicen, la mismísima esencia suprema del arte. Es un delito haberlo escrito, y yo al menos jamás abriré sus páginas.

—¿Has venido para decirme esto? —pregunté.

—No —dijo—, he venido para decirte que voy a casarme.

Creo que durante unos instantes mi corazón dejó de latir, pero mantuve la mirada en su rostro.

—Sí —continuó con una feliz sonrisa—, voy a casarme con la chica más dulce de la tierra.

—Constance Hawberk —dije yo maquinalmente.

—¿Cómo lo has sabido? —gritó, asombrado—. Ni siquiera yo lo sabía hasta aquella noche del pasado mes de abril, cuando paseamos por el dique antes de la cena.

—¿Y para cuándo será? —pregunté.

—Iba a ser el próximo septiembre, pero hace una hora llegó la orden a nuestro regimiento de dirigirnos a Presidio, San Francisco. Saldremos mañana a mediodía. Mañana —repitió—. Sólo piénsalo, Hildred; mañana seré el hombre más feliz que jamás haya respirado en la tierra, porque Constance me va a acompañar.

Le ofrecí la mano a modo de felicitación, y él la tomó y la sacudió como el loco afable que era... o fingía ser.

—Me van a dar un escuadrón como regalo de boda —continuó hablando—. Capitán y señora de Louis Castaigne, ¿qué te parece, Hildred?

Entonces me informó de dónde iba a tener lugar la boda y quién iba a estar allí, y me hizo prometerle que iría y sería su padrino. Apreté los dientes y escuché su parloteo juvenil sin mostrar mis sentimientos, pero...

Yo estaba llegando al límite de mi resistencia, y cuando él se levantó de un salto fustigándose las espuelas hasta hacerlas tintinear, dijo que debía irse y yo no lo detuve.

—Hay una cosa que quiero que me prometas —dije con calma.

—Suéltalo, te lo prometo —rió.

—Quiero que nos encontremos para tener una charla de un cuarto de hora esta noche.

—Por supuesto, si así lo deseas —dijo él, ligeramente sorprendido—. ¿Dónde?

—En cualquier lugar del parque.

—¿A qué hora, Hildred?

—A medianoche.

—Pero ¿qué demonios?... —comenzó él, pero se contuvo y asintió riéndose.

Le observé mientras bajaba las escaleras y se marchaba a toda prisa, con el sable dando golpetazos a cada paso. Giró hacia Bleeker Street, y supe que iba a ver a Constance. Dejé pasar diez minutos hasta que desapareció de mi vista y a continuación seguí sus pasos, tomando conmigo la corona de diamantes y la túnica de seda bordada con el Signo Amarillo. Cuando llegué a Bleeker Street, entré en la puerta con el nuevo letrero:

SR. WILDE,

REPARADOR DE REPUTACIONES

3ª campanilla

Entonces vi al viejo Hawberk atareado en su taller, y me pareció oír la voz de Constance en la sala de estar, pero los evité a los dos y me apresuré por las temblorosas escaleras hacia el apartamento del señor Wilde. Llamé a la puerta y entré sin ninguna ceremonia. El señor Wilde yacía gimiendo en el suelo, tenía el rostro cubierto de sangre y sus ropas hechas jirones. Gotas de sangre habían salpicado la alfombra, que también había sido rasgada y deshilachada durante la reciente pelea.

—Es esa maldita gata —dijo él, tras acallar sus gemidos; luego, volviendo sus descoloridos ojos hacia los míos, prosiguió—: Me atacó mientras dormía. Creo que va a matarme.

Esto era demasiado, así que me dirigí a la cocina y, tomando un hacha de la despensa, comencé a buscar a la bestia infernal para darle su merecido allí y en ese mismo instante. Pero mi búsqueda fue en vano, y tras un rato la abandoné y regresé al cuarto del señor Wilde, al cual encontré de cuclillas sobre su trona arrimada a la mesa. Se había lavado la cara y cambiado de ropa. Había rellenado los grandes surcos que las uñas de la gata habían horadado en su rostro con colodión, y se había cubierto con un trapo la herida del cuello. Le dije que mataría a la gata en cuanto me tropezara con ella, pero él se limitó a negar con la cabeza y se giró hacia el libro mayor abierto ante mí. Leyó nombre tras nombre de gente que le había visitado con relación a sus reputaciones, y la suma de dinero que había logrado reunir era sorprendente.

—De vez en cuando les aprieto las tuercas —explicó.

—Cualquier día de estos, esas personas le asesinarán —insistí.

—¿Eso piensa usted? —dijo él, restregándose sus orejas mutiladas.

Era inútil discutir con él, así que bajé del estante el manuscrito titulado *Dinastía Imperial de América*. Ésta sería la última vez que lo haría en el estudio del señor Wilde. Lo leí hasta el final, excitado y temblando de placer. Cuando lo hube acabado, el señor Wilde tomó el manuscrito y, volviéndose hacia el oscuro pasillo que conectaba el estudio con su dormitorio, llamó con voz fuerte:

—Vance.

Entonces, por primera vez, advertí que había un hombre acurrucado allí entre las sombras. No puedo imaginarme cómo se me pasó por alto cuando estuve buscando la gata.

—Vance, entra —gritó el señor Wilde.

La figura se levantó y se arrastró hacia nosotros, y jamás olvidaré el rostro que se alzó ante el mío cuando la luz de la ventana lo iluminó.

—Vance, éste es el señor Castaigne —dijo el señor Wilde.

Antes de que hubiera acabado de hablar, el hombre se arrodilló en el suelo junto a la mesa, llorando y retorciendo las manos.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Ayúdame! ¡Perdóname! Oh, señor Castaigne, aleje a ese hombre de mí. ¡Usted no puede, no puede querer hacerlo! Usted es diferente... ¡Sálveme! Estoy acabado... estaba en un manicomio y ahora... cuando todo estaba saliendo bien... cuando ya había olvidado al Rey... al Rey de Amarillo y... pero volveré a enloquecer... volveré a enloquecer...

Su voz murió en un gemido ahogado, porque el señor Wilde se había abalanzado sobre el hombre y le había rodeado la garganta con el brazo. Cuando Vance se derrumbó hecho un ovillo en el suelo, el señor Wilde volvió a trepar a su silla y, restregándose las orejas cercenadas con el muñón de la mano, se volvió hacia mí y me pidió que le acercara el libro mayor. Lo saqué de la estantería y él lo abrió. Tras unos segundos buscando en las páginas de pulcra caligrafía, tosió con complacencia y señaló el nombre de Vance.

—Vance —leyó en voz alta—, Osgood Oswald Vance.

Al oír su nombre, el hombre en el suelo levantó la cabeza y volvió su rostro convulso hacia el señor Wilde. Tenía los ojos inyectados de sangre y los labios tumefactos.

—Visita el 28 de abril —continuó leyendo el señor Wilde—. Profesión, cajero en el Seaforth National Bank; cumplió condena por falsificación en Sing Sing, desde donde fue transferido al Manicomio de Dementes Criminales. Obtuvo el perdón del gobernador de Nueva York, y fue dado de alta del manicomio el 19 de enero de 1918. Reputación dañada en

Sheepshead Bay. Se rumorea que vive por encima de sus ingresos. La reputación debe ser reparada inmediatamente. Anticipo de \$1.500.

»Nota: Desfalco de hasta \$30.000 desde el 20 de marzo de 1919, excelente familia, y puesto actual asegurado por las influencias de su tío. Padre, presidente de Seaforth Bank.

Miré al hombre en el suelo.

—Levántese, Vance —dijo el señor Wilde con un tono suave. Vance se levantó como si estuviera hipnotizado—. Hará lo que le propongamos ahora —comentó el señor Wilde.

Abrió el manuscrito y leyó hasta el final la historia de la Dinastía Imperial de América. Entonces, con un amable y tranquilizador murmullo, repasó los puntos importantes con Vance, que permanecía de pie como si estuviera aturdido. Sus ojos estaban tan inexpresivos y vacíos que me pareció que se había quedado idiotizado, y así lo comenté con el señor Wilde, el cual respondió que de todas formas no importaba. Con mucha paciencia indicamos a Vance cuál sería su participación en el asunto, y pareció entenderlo tras unos momentos. El señor Wilde comentó el manuscrito, utilizando varios libros de Heráldica para apoyar los resultados de sus investigaciones. Mencionó el establecimiento de la Dinastía en Carcosa, los lagos que conectaban Hastur, Aldebarán y el misterio del Hades. Habló de Cassilda y Camilla, y aludió a las turbias profundidades de Demhe, y el Lago Hali.

—Las escarcelas festoneadas del Rey de Amarillo deben ocultarse en Yhtill para siempre —murmuró, pero no creo que Vance le oyera. Luego, gradualmente condujo a Vance a través de las ramificaciones de la familia imperial, hasta Uoht y Thale, desde Naotalba y el Fantasma de la Verdad, hasta Aldones, y a continuación, apartando el manuscrito y las anotaciones, comenzó a relatar la maravillosa historia del Último Rey. Le observé fascinado y encantado. Alzó la cabeza y estiró los brazos en un gesto magnífico de orgullo y poder, y sus ojos brillaron en el fondo de sus órbitas como dos esmeraldas. Vance escuchaba idiotizado. En lo que se refiere a mí, cuando finalmente el señor Wilde hubo acabado, y tras señalarme con el dedo, gritó:

—¡El primo del Rey!

Mi cabeza giraba en un torbellino de agitación.

Tras lograr controlarme con un esfuerzo sobrehumano, expliqué a Vance por qué sólo yo era merecedor de la corona y por qué mi primo debía ser exiliado o morir. Le hice entender que mi primo nunca debía casarse, incluso tras renunciar a todos sus derechos, y por que lo que menos debía hacer era casarse con la hija del marqués de Avonshire provocando que Inglaterra interviniera en la contienda. Le mostré un listado con miles de nombres que el señor Wilde había reunido; cada uno de los hombres incluidos en esa lista había recibido el Signo Amarillo, el cual ningún humano vivo se atrevía a despreciar. La ciudad, el Estado, toda la nación, estaban preparados para alzarse y temblar ante la Máscara Pálida.

Había llegado el momento, la gente debía conocer al hijo de Hastur, y el mundo entero se inclinaría ante las negras estrellas que cuelgan en los cielos sobre Carcosa.

Vance se apoyó sobre la mesa con la cabeza hundida entre las manos. El señor Wilde dibujó un borrador en el margen del *Herald* del día anterior con un trozo de lápiz. Era un plano de las habitaciones de Hawberk. A continuación redactó la orden y pegó el sello y, temblando como un hombre aquejado de espasmos, firmé mi primer auto de ejecución con mi nombre, Hildred-Rex.

El señor Wilde bajó al suelo, abrió un armario y sacó una larga caja cuadrada de la primera balda. La llevó a la mesa y la abrió. Había un cuchillo nuevo entre papel de seda; lo saqué y se lo ofrecí a Vance, junto a la orden y el plano del apartamento de Hawberk. Entonces, el señor Wilde informó a Vance que podía marcharse, y así lo hizo, arrastrando los pies como un desterrado de los suburbios.

Me quedé un rato sentado observando cómo se apagaba la luz del día tras la torre cuadrada de la Judson Memorial Church, y finalmente, recogiendo el manuscrito y las anotaciones, tomé mi sombrero y me dirigí a la puerta.

El señor Wilde me observó en silencio. Cuando salí al recibidor, eché la vista atrás. Los pequeños ojos del señor Wilde seguían fijos en mí. Tras él, las sombras se agolparon en la luz que se desvanecía. Luego cerré la puerta y me adentré en las calles ya oscuras.

No había comido nada desde el desayuno, pero no tenía hambre. Una criatura medio muerta de hambre y aspecto miserable, apostada al otro lado de la calle en la Cámara Letal, me vio y se acercó para llorarme sus miserias. Le di dinero, no sé por qué, y él se marchó sin agradecerme. Una hora más tarde otro marginado se me acercó y gimió su historia. Yo tenía un trozo de papel en el bolsillo, en el que estaba marcado el Signo Amarillo, y se lo entregué. Me miró con expresión estúpida durante unos segundos, y luego, con expresión vacilante, lo dobló con lo que me pareció un cuidado exagerado y se lo guardó en su pecho.

Las farolas de luz eléctrica centelleaban entre los árboles, y la luna nueva brillaba en el cielo sobre la Cámara Letal. Se hizo tedioso esperar en la plaza; vagué desde el Marble Arch hasta las caballerizas de artillería y de regreso por la fuente de los lotos. Las flores y la hierba exhalaban una fragancia que me incomodaba. El chorro de la fuente jugueteaba a la luz de la luna, y el chapoteo musical de las gotas que caían me recordó el tintineo de la cota de malla en el taller de Hawberk. Pero no era tan fascinante, y los apagados reflejos de la luz de la luna sobre el agua no me produjeron sensaciones de tan exquisito placer como los rayos de sol bailando en el acero pulido de un coselete sobre la rodilla de Hawberk. Observé los murciélagos que se lanzaban veloces y giraban sobre las plantas acuáticas en la fuente, pero su rápido y espasmódico vuelo me sacaba de quicio y regresé de nuevo vagando sin rumbo de un lado a otro en dirección a los árboles.

Las caballerizas de artillería estaban a oscuras, pero en los barracones de caballería las ventanas de los oficiales relucían brillantes, y la poterna estaba constantemente abarrotada de soldados en traje de faena, portando paja y aparejos y cestas llenas de vajilla de hojalata.

Dos veces cambió la guardia montada en las puertas mientras yo paseaba de un lado al otro por el camino de asfalto. Miré mi reloj de pulsera. Ya era casi la hora. Las luces de los barracones se apagaron una tras otra, la puerta enrejada estaba cerrada, y cada minuto o dos un oficial entraba por la poterna lateral, dejando tras de sí un traqueteo de avíos y tintineo de espuelas en el aire de la noche. La plaza se había quedado en total silencio. Los últimos vagabundos sin hogar habían sido ahuyentados

por los centinelas del parque de tabardo gris; la calzada de Wooster Street estaba desierta y el único sonido que rompía el silencio eran los pesados cascos del caballo del centinela y el repiqueteo de su sable contra el arzón de la silla. En los barracones, los dormitorios de los oficiales todavía estaban iluminados y los asistentes militares pasaban y volvían a pasar frente a las cristaleras. Sonaron las doce en punto en el nuevo chapitel de St. Francis Xavier, y al último toque de tristes acordes de la campana salió una figura por la poterna junto a la compuerta de rejas, devolvió el saludo al Centinela, cruzó la calle, entró en la plaza y se dirigió a la casa de apartamentos Benedick.

—Louis —le llamé.

El hombre giró sobre sus talones con espuelas y avanzó directamente hacia mí.

—¿Eres tú, Hildred?

—Sí, has sido puntual.

Tomé la mano que me ofrecía y paseamos juntos hacia la Cámara Letal.

No paraba de hablar sobre su boda y las virtudes de Constance y de sus planes futuros, haciéndome notar los galones de capitán en su hombro y el triple arabesco de oro en la manga y su gorra de faena. Yo tenía la impresión de que prestaba tanta atención al ruido de sus espuelas y sable, como a su pueril parloteo, y finalmente paramos bajo los olmos de la esquina de Fourth Street frente a la Cámara Letal. Entonces se rió y me preguntó que quería de él. Le conduje a un banco bajo la luz eléctrica de una farola y me senté junto a él. Me miró con curiosidad, con la misma mirada inquisitoria que temo y detesto tanto de los doctores. Sentí el insulto de su mirada, pero no fui del todo consciente, y oculté con cautela mis sentimientos.

—Bueno, mi viejo amigo —inquirió—, ¿qué puedo hacer por ti?

Saqué del bolsillo el manuscrito y las anotaciones de la *Dinastía Imperial de América*, y mirándole a los ojos dije:

—Te lo diré. Dame tu palabra de soldado y prométeme que leerás este manuscrito de principio a fin, sin hacerme ninguna pregunta. Prométeme que leerás estas anotaciones de la misma forma, y prométeme que escucharás lo que yo te diga después.

—Te lo prometo, si así lo deseas —dijo afablemente—. Dame los papeles, Hildred.

Comenzó a leer, levantando las cejas con una expresión sorprendida y enigmática que me hizo temblar con una ira reprimida. A medida que avanzaba en la lectura, sus cejas se contraían y sus labios parecían formar la palabra «basura».

Entonces pareció ligeramente aburrido, pero continuó leyendo por consideración a mí intentando mostrarse interesado, hasta que finalmente la lectura dejó de suponerle un esfuerzo. Dio un respingo cuando detectó su propio nombre en aquellas páginas llenas de escritura apretada; y, cuando leyó el mío, bajó el manuscrito y me miró fijamente durante unos segundos. Pero cumplió su palabra y acabó de leer, y yo dejé que muriese la pregunta a medio formular de sus labios sin contestar. Cuando llegó al final y leyó la firma del señor Wilde, dobló cuidadosamente el papel y me lo devolvió. Le pasé las anotaciones y él apoyó la espalda, subiéndose al tiempo la gorra en la frente, con un gesto infantil que me recordaba tanto a la época escolar. Observé su rostro mientras leía y, cuando acabó de hacerlo, doblé las anotaciones junto con el manuscrito y los guardé en mi bolsillo. Luego desenrollé un pergamino con la marca del Signo Amarillo. Vio el signo, pero no pareció reconocerlo, y se lo hice notar un tanto secamente.

—Ah bueno —dijo él—, ya lo veo. ¿Qué es?

—Es el Signo Amarillo —dijo malhumorado.

—Oh, se trata de eso, ¿no? —dijo Louis, con un tono condescendiente, como el que el doctor Archer usaba conmigo, y probablemente seguiría usando si yo no me hubiese encargado de ajustarle las cuentas.

Reprimí mi ira y le respondí con toda la calma posible:

—Escucha, has dado tu palabra.

—Te estoy escuchando, mi viejo amigo —respondió con tono apaciguador.

—El doctor Archer —comencé a hablar con mucha calma—, habiéndose apropiado por ciertos medios del secreto de la Sucesión Imperial, intentó arrebatarme mi derecho, alegando que debido a mi caída del caballo hace cuatro años había quedado mentalmente incapacitado. Dio por hecho que podría encerrarme en mi propia casa con la esperanza de

volverme loco o envenenarme. No lo he olvidado. Le visité ayer noche y la entrevista fue definitiva.

Louis palideció considerablemente, pero no se movió. Volví a hablar con tono triunfal:

—Todavía hay tres personas que deben ser entrevistadas para los intereses del señor Wilde y los míos. Son mi primo Louis, el señor Hawberk y su hija Constance.

Louis se puso en pie de un salto y yo también me levanté, y arrojé el papel marcado con el Signo Amarillo al suelo.

—Oh, no necesito eso para decir lo que tengo que decir —grité, con una risa de triunfo—. Debes renunciar a la corona para dármela a mí, ¿me oyes?, a *mí*.

Louis me miró atónito, pero tras recuperarse dijo afablemente:

—Por supuesto que renuncio a... ¿a qué debo renunciar?

—A la corona —dije malhumorado.

—Por supuesto —respondió—. Renuncio a ella. Venga, viejo amigo, te acompañaré de regreso a tu apartamento.

—No intentes ninguno de tus trucos de doctor conmigo —grité, temblando con furia—. No actúes como si pensases que estoy loco.

—Qué tontería —respondió—. Vamos, se hace tarde, Hildred.

—No —grité—, debes escucharme. No puedes casarte, lo prohíbo. ¿Me oyes? Lo prohíbo. Renunciarás a la corona, y en pago te otorgo el derecho al exilio, pero si te niegas morirás.

Louis intentó calmarme, pero yo finalmente había despertado; saqué mi largo cuchillo y le impedí el paso.

Entonces le dije que encontrarían al doctor Archer en el sótano con la garganta degollada, y me reí en su cara cuando pensé en Vance y su cuchillo, y la orden firmada por mí.

—¡Ah, tú eres el Rey! —grité—. ¡Pero ahora lo seré yo! ¿Quién te crees que eres para arrebatarme el Imperio de toda la tierra habitable? ¡Nací primo de un rey, pero yo seré el Rey!

Louis se quedó petrificado ante mí. De repente, un hombre se acercó corriendo por Fourth Street, entró por la verja del Templo Letal, atravesó el sendero hasta las puertas de bronce a toda velocidad y se zambulló en la

penumbra de la cámara de la muerte gritando como un demente, y yo me reí hasta llorar lágrimas, porque había reconocido a Vance y supe que Hawberk y su hija ya no se interponían en mi camino.

—¡Vete —grité a Louis—, ya no eres una amenaza! Ya nunca te casarás con Constance, y si te casas con otra mujer durante tu exilio, te visitaré como visité a mi doctor anoche. El señor Wilde se encargará de ti mañana.

A continuación, me giré y salí corriendo hacia la Quinta Avenida Sur, y Louis, lanzando un grito de terror, dejó caer el cinto y su sable y me siguió como el viento. Le oí cerca a mis espaldas en la esquina de Bleecker Street, y me metí por la puerta bajo el letrero de Hawberk.

—¡Detente o disparo! —gritó.

Pero, cuando me vio escalando a toda velocidad las escaleras y dejar atrás el taller de Hawberk, cesó su persecución y le oí golpear y gritar a la puerta como si fuera posible resucitar a los muertos.

La puerta del señor Wilde estaba abierta, y entré gritando:

—¡Ya está hecho, ya está hecho! ¡Que las naciones se levanten y admiren a su Rey!

Pero no pude encontrar al señor Wilde, así que me dirigí al armario y saqué la espléndida diadema del cajón. Después me puse la túnica de seda blanca, bordada con el Signo Amarillo, y coloqué la corona sobre mi cabeza. Al fin era Rey, Rey por derecho de Hastur, Rey porque conocía los misterios del Hades, y mi mente había descendido hasta las profundidades del Lago Hali. ¡Yo era Rey! Con las primeras pinceladas grises del amanecer brotaría una tempestad que haría temblar ambos hemisferios. Entonces, y de esa guisa, todos los nervios de mi cuerpo se tensaron al máximo, emocionado por la alegría y esplendor de mis pensamientos, y fuera, en el pasillo en penumbra, oí que un hombre gruñía.

Tomé la vela de sebo y me abalancé a la puerta. La gata pasó a mi lado como un demonio, y la vela de sebo se apagó, pero mi largo cuchillo voló más rápido que ella y escuché un chillido, y supe que la había alcanzado. Durante unos segundos oí sus tambaleos y golpes en la oscuridad, y entonces, cuando pasó el barullo, encendí una lámpara y la sostuve sobre mi cabeza. El señor Wilde yacía en el suelo con la garganta cercenada. Al principio pensé que estaba muerto, pero mientras le observaba advertí un

destello verde en sus ojos hundidos, su mano mutilada tembló, y luego, con un espasmo, estiró la boca de oreja a oreja. Durante unos instantes mi terror y desesperación dieron paso a la esperanza, pero, al inclinarme sobre él, las órbitas de los ojos se le pusieron en blanco y murió. Entonces, mientras estaba allí de pie, petrificado por la ira y la desesperación, al ver mi corona, mi imperio, todas mis esperanzas y ambiciones, mi propia vida, allí postradas junto al maestro muerto, unos hombres entraron, me inmovilizaron por detrás y me ataron hasta que mis venas se hincharon como sogas, y me falló la voz con el paroxismo de mis alaridos frenéticos. Pero yo seguía preso de la furia, sangrando y enfurecido entre ellos, y más de un policía sintió mis afilados dientes. Luego, cuando estuve completamente inmovilizado, se acercaron; vi al viejo Hawberk, y tras él el espectral rostro de mi primo Louis, y más allá, en la esquina, una mujer, Constance, llorando en voz baja.

—¡Ah, ahora comprendo! —aullé—. Te has apropiado del trono y el Imperio. ¡Maldito! ¡Maldito seas, que te has coronado con la corona del Rey de Amarillo!

[NOTA DEL EDITOR. — El señor Castaigne murió ayer en el Manicomio de Criminales Dementes].

LA MÁSCARA

(The Mask)

CAMILLA: Usted, señor, debería quitarse la máscara.

EXTRAÑO: Ah, ¿sí?

CASSILDA: Sí, ya ha llegado el momento. Todos nos hemos quitado el disfraz menos usted.

EXTRAÑO: No llevo ninguna máscara.

CAMILLA: (*Aterrorizada, en un aparte a Cassilda*) ¿Ninguna máscara? ¡Ninguna máscara!

El Rey de Amarillo, Acto I, Escena

221.

I

Aunque no sabía nada de química, le escuché fascinado. Cogió un lirio de pascua que Geneviève había traído esa mañana de Notre Dame y lo dejó caer en la pileta. Instantáneamente el líquido perdió su transparencia cristalina. Durante un segundo, el lirio quedó envuelto en una espuma blanca lechosa, que desapareció dejando el fluido opalescente. Cambiantes tonalidades de naranja y carmesí jugaban sobre la superficie, y entonces un

rayo como de pura luz solar atravesó el líquido desde el fondo donde descansaba el lirio. En ese mismo instante metió la mano en la pileta y sacó la flor.

—No hay peligro —explicó— si se elige el momento adecuado. Ese rayo dorado es la señal.

Sostuvo el lirio frente a mí y lo tomé en la mano. Se había vuelto de piedra, del más puro mármol.

—¿Ves? —dijo—, inmaculado. ¿Qué escultor podría reproducirlo?

El mármol era blanco como la nieve, pero en su interior se veían las venas del lirio del celeste más pálido, y un débil rubor permanecía encendido en su corazón.

—No me preguntes por qué pasa eso —sonrió, advirtiéndome mi sorpresa—. No tengo ni idea de por qué las venas y el corazón permanecen con color, pero siempre pasa. Ayer lo intenté con uno de los peces de colores de Geneviève... ahí lo tienes.

El pez parecía esculpido en mármol. Pero, si se sostenía a contraluz, la piedra se veía hermosamente veteada con un pálido azul, y desde algún lugar del interior brotaba un destello rosado como los reflejos adormecidos de un ópalo. Miré en la pileta. De nuevo volvía a estar llena del cristal más transparente.

—¿Y si lo toco ahora? —pregunté.

—No lo sé —contestó él—, pero será mejor que no lo pruebes.

—Hay una cosa que me causa curiosidad —dijo—, ¿de dónde salió el rayo de luz solar?

—Realmente parece un rayo de sol —contestó—. No lo sé, siempre aparece cuando sumerjo algún ser vivo. Quizás —continuó, sonriendo—, quizás es la chispa vital de la criatura que escapa de la fuente de la que procede.

Vi que estaba bromeando y le amenacé con un tiento de pintor, pero él se limitó a reír y cambió de tema.

—Quédate a comer. Geneviève vendrá aquí directamente.

—La vi yendo temprano a misa —dijo—, y se la veía tan fresca y dulce como ese lirio... antes de que lo destrozaras.

—¿Piensas que lo he destrozado? —dijo Boris con voz grave.

—Destrozado, preservado, ¿cómo saberlo?

Nos sentamos en el rincón del estudio cerca del grupo inacabado de «Las Parcas». Se reclinó de nuevo en el sofá, haciendo girar un cincel de escultor y observando su obra con los ojos entrecerrados.

—Por cierto —dijo—, he terminado de esculpir la vieja pieza académica Ariadna, y supongo que tendré que enviarla al Salón. Es lo único que tengo listo para este año, pero después del éxito que me reportó la «Madonna», me da vergüenza presentar algo así.

La «Madonna», una pieza exquisita de mármol para la que había posado Geneviève, había sido la gran sensación del Salón del año anterior. Contemplé la Ariadna. Era una escultura de magnífica técnica, pero estaba de acuerdo con Boris en que el mundo esperaba de él algo mejor que eso. Sin embargo, era imposible en esos momentos acabar a tiempo para el Salón aquel espléndido y terrorífico grupo en mármol medio tapado a mis espaldas. «Las Parcas» tendrían que esperar.

Estábamos orgullosos de Boris Yvain. Lo considerábamos uno de los nuestros por haber nacido en Norteamérica, y él mismo así lo creía, aunque su padre era francés y su madre rusa. Todos en el Beaux Arts le llamaban Boris. Y sin embargo, él tan sólo se dirigía a dos de nosotros en términos tan amistosos... a Jack Scott y a mí mismo.

Quizás el hecho de que yo estuviera enamorado de Geneviève tuviera algo que ver con su afecto por mí. Y no es que él y yo hubiésemos hablado sobre el tema. Pero después de que todo se aclarase, y ella me dijera con lágrimas en los ojos que era a Boris a quien amaba, fui a casa de este y lo felicité. La perfecta cordialidad de esa conversación no nos defraudó a ninguno de los dos, o eso pensé siempre, aunque para uno al menos resultó ser de gran alivio. No creo que Geneviève y él hablaran del tema entre ellos, pero Boris lo sabía.

Geneviève era adorable. La pureza virginal de su rostro podría haber estado inspirada por el Sanctus de la Misa de Gounod. Pero siempre me alegraba cuando ella cambiaba ese talante por lo que nosotros llamábamos jocosamente las «Maniobras de abril». En ocasiones era tan variable como un día de abril. Por la mañana seria, digna y dulce, al mediodía risueña y caprichosa, y de noche cualquier cosa totalmente inesperada. La prefería

mucho más así que con esa tranquilidad de Madonna con la que removía hasta lo más recóndito de mi corazón. Soñaba con Geneviève cuando Boris volvió a hablar:

—¿Qué piensas de mi descubrimiento, Alec?

—Creo que es maravilloso.

—No lo usaré, como puedes suponer, salvo para satisfacer mi propia curiosidad de vez en cuando; el secreto morirá conmigo.

—Sería un duro golpe para la escultura, ¿verdad? Nosotros los pintores hemos perdido bastante más que ganado con la fotografía.

Boris asintió, jugueteando con el filo de su cincel.

—Este nuevo descubrimiento maligno corrompería el mundo del arte. No, nunca confiaré el secreto a nadie —dijo lentamente.

Sería difícil encontrar a alguien con menos conocimientos de tales fenómenos que yo mismo, pero, por supuesto, había oído hablar de manantiales minerales tan saturados de sílice que las hojas y ramitas que caían en ellos se volvían de piedra tras un tiempo. Comprendía vagamente el proceso por el cual el sílice sustituye la materia vegetal, átomo a átomo, y el resultado era un duplicado del objeto en piedra. Esto, debo confesar, nunca me había interesado mucho, y en cuanto a los fósiles antiguos así producidos, me desagradaban. Boris, aparentemente intrigado por mi repugnancia, había investigado el tema y había dado accidentalmente con una solución química que atacaba al objeto inmerso con una ferocidad desconocida y realizaba en un segundo el efecto de años. Esto era todo lo que podía comprender de la extraña historia que acababa de contarme. Habló de nuevo tras un largo silencio.

—Casi me aterroriza pensar en lo que he descubierto. Los científicos enloquecerían ante mi hallazgo. Además, resultó tan sencillo: se descubrió a sí mismo. Cuando pienso en esa fórmula, y ese nuevo elemento precipitado en escamas metálicas...

—¿Qué nuevo elemento?

—Oh, no se me ocurrió darle un nombre, y no creo que lo haga nunca. Hay ya suficientes metales preciosos en el mundo por los que degollarse unos a otros.

—¿Has encontrado oro, Boris? —dije aguzando las orejas.

—No, mejor aún... pero, bueno, ¡Alec! —rió dando un respingo—. Tú y yo tenemos todo lo que necesitamos en este mundo. ¡Ah! ¡Qué siniestro y codicioso se te ve ya!

Reí también y le dije que me devoraba el deseo por el oro y que sería mejor que hablásemos de otras cosas; así que, cuando Geneviève entró poco después, ya habíamos dado carpetazo a la alquimia.

Geneviève iba vestida de gris plata de los pies a la cabeza. La luz destellaba sobre las suaves ondas de su rubio cabello cuando ofreció su mejilla a Boris; luego me vio y me devolvió el saludo. Nunca antes había dejado de enviarme un beso soplando las puntas de sus dedos blancos, y me quejé de inmediato por tal omisión. Ella sonrió y me ofreció la mano, que retiró casi antes de que hubiera tocado la mía; luego dijo, mirando a Boris:

—Debes pedirle a Alec que se quede a comer —esto también era algo nuevo. Ella siempre me había hablado directamente hasta hoy.

—Ya lo hice —dijo Boris bruscamente.

—Y has dicho que sí, espero —dijo volviéndose a mí con una encantadora sonrisa de compromiso. Yo podría haber sido un simple conocido de dos días atrás. Le hice una profunda reverencia.

—J'avais bien l'honneur, madame.

Pero, rehusando adoptar el habitual tono de broma conmigo, murmuró una frase tópica de bienvenida y desapareció. Boris y yo nos miramos.

—Será mejor que me vaya a casa, ¿no crees? —pregunté.

—Que me cuelguen si lo sé —respondió él con franqueza.

Mientras discutíamos sobre la conveniencia de mi marcha, Geneviève reapareció en la entrada sin su gorrito. Era maravillosamente bella, pero su rubor era muy profundo y sus adorables ojos estaban demasiado brillantes. Se acercó a mí y tomó mi brazo.

—La comida está lista. ¿He estado desagradable, Alec? Pensaba que tenía dolor de cabeza, pero no es así. Ven aquí, Boris —y deslizó su brazo por el de él—. Alec sabe que después de ti no hay nadie en el mundo que me guste tanto como él, así que si a veces se siente desairado no se lo toma a mal.

—A la bonheur! —exclamé—, ¿quién dice que no hay tormentas en abril?

—¿Estáis listos? —entonó Boris—. Ah, sí, listos.

Y, cogidos del brazo, corrimos hacia el comedor, escandalizando a los sirvientes. Después de todo, no se nos podía inculpar demasiado: Geneviève tenía dieciocho años, Boris veintitrés y yo estaba a punto de cumplir veintiuno.

II

Por aquel entonces, un trabajo que estaba haciendo para la decoración del tocador de Geneviève me mantenía a todas horas en el pintoresco hotelito de la rue Sainte-Cecile. En aquella época Boris y yo trabajábamos duro, pero cuando nos apetecía, lo cual sucedía de forma un tanto irregular, y los tres, junto a Scott, holgazaneábamos la mayor parte del tiempo.

Una tarde tranquila había estado deambulando a solas por la casa, examinando curiosidades, husmeando rincones singulares, encontrando dulces y cigarros en extraños escondrijos, y finalmente me detuve en el enorme cuarto de baño. Boris, cubierto de arcilla, estaba allí de pie lavándose las manos.

La habitación había sido construida con mármol rosa, a excepción del suelo, que estaba enlosado en rosa y gris. En el centro había un pequeño estanque por debajo del nivel del suelo, al que se accedía por unos escalones, y unos pilares esculpidos sujetaban un cielo raso decorado con frescos. Un delicioso Cupido de mármol parecía acabar de posarse sobre su pedestal en la parte alta de la estancia. Todo el interior era obra de Boris y mía. Boris, con su ropa de faena de loneta blanca, se frotaba los restos de arcilla y cera de modelar roja de sus bonitas manos, y tonteaba por encima del hombro con el Cupido.

—Te estoy viendo —insistió—, no intentes mirar hacia otro lado y fingir que no me has visto. ¡Tú sabes quién te ha hecho, tramposillo!

Mi papel en estas conversaciones siempre era interpretar los sentimientos de Cupido, y cuando me tocó el turno respondí de tal manera que Boris me agarró del brazo y me arrastró hacia la piscina,

amenazándome con tirarme de cabeza al agua. Pero un segundo después me soltó el brazo y palideció.

—¡Dios Bendito! —exclamó—. ¡Había olvidado que la piscina está llena de la solución!

Temblé levemente y le aconsejé con tono cortante que sería mejor que recordase dónde ponía el precioso líquido.

—Por todos los santos, ¿por qué has elegido justamente este lugar para almacenar un pequeño lago de esa horripilante sustancia? —pregunté.

—Quiero experimentar con algo grande —replicó.

—¿Conmigo, por ejemplo?

—¡Ah! Demasiado terrible para bromear con ello. Pero quiero estudiar la acción de la solución en cuerpos vivos más complejos; hay un conejo blanco —dijo, siguiéndome al estudio.

Jack Scott se presentó ataviado con una casaca manchada de pintura y estuvo deambulando un rato por la casa, apropiándose de todos los dulces orientales que pudo encontrar y saqueando la caja de cigarros y, finalmente, Boris y él se fueron juntos a visitar la Galería Luxemburgo, donde un nuevo bronce plateado de Rodin y un paisaje de Monet reclamaban en exclusiva la atención del mundo artístico francés. Regresé al estudio y retomé el trabajo. Se trataba de un biombo renacentista que Boris me había encargado para el tocador de Geneviève. Pero aquel día, el jovencito que me servía de modelo estaba posando a regañadientes y rechazaba todos los sobornos que le ofrecía para que se portara bien. No paraba ni un instante en la misma postura, y en cinco minutos me obligó a hacer un igual número de perfiles del pequeño mendigo.

—¿Estás posando o estás echándote un bailecillo? —pregunté.

—Lo que monsieur quiera —replicó con una sonrisa angelical.

Por supuesto lo despedí hasta el día siguiente, y por supuesto le pagué toda la jornada; así es como malcriamos a nuestros modelos.

Después de que el diablillo se hubiera marchado, le di unas cuantas pinceladas superficiales en mi obra, pero estaba tan poco inspirado que me llevó el resto de la tarde arreglar el estropicio que había hecho, así que al final raspé la paleta, introduje mis pinceles en un cuenco de jabón negro y me dirigí a la sala de fumadores. En verdad creo que, a excepción de los

aposentos de Geneviève, ninguna estancia de la casa olía menos a tabaco que esta. Era un extravagante caos de cachivaches y tapices raídos colgados de las paredes. Junto a la ventana había un viejo clavecín de dulces tonos en buen estado de conservación. Había expositores con armas, algunas viejas y oxidadas, otras brillantes y modernas, también había festones de armaduras indias y turcas sobre la repisa de la chimenea, dos o tres cuadros de calidad, y un expositor de pipas de fumar. Era allí donde solíamos ir a probar nuevos tipos de tabaco. Dudo que existiera algún tipo de pipa que no estuviera representada en esa colección. Cuando seleccionábamos una, inmediatamente nos la llevábamos a otro lugar y fumábamos con ella, porque esa estancia era, en general, más sombría y poco acogedora que cualquier otra de la casa. Pero aquella tarde la penumbra se me antojó bastante reconfortante, las alfombras y pieles del suelo se veían pardas, suaves y acogedoras; el enorme sofá estaba lleno de mullidos almohadones... Elegí una pipa y me acurruqué allí para una desacostumbrada cata de tabaco en la sala de fumar. Había elegido una pipa con una boquilla larga y flexible, y al encenderla comencé a soñar despierto. Al cabo de unos minutos se apagó, pero no me moví. Continué fantaseando hasta que finalmente caí dormido.

Me desperté escuchando la música más triste que jamás hubiera oído. La habitación estaba bastante oscura y no tenía ni idea de qué hora era. Un rayo de luna cubría de plata una esquina del viejo clavecín, y la madera pulida parecía exhalar las notas como si fuera un perfume flotando sobre una caja de madera de sándalo. Alguien se levantó en la oscuridad y se alejó llorando en voz baja, y entonces fui lo bastante idiota como para gritar:

—¡Geneviève!

Tropezó al oír mi voz, y apenas tuve tiempo para maldecirme a mí mismo mientras encendía una luz e intentaba levantarla del suelo. Se apartó de mí acurrucándose con un murmullo de dolor. Estaba muy callada, y preguntó por Boris. La llevé en brazos hasta el diván y salí a buscarle, pero no estaba en la casa y los sirvientes ya se habían acostado. Perplejo y nervioso, regresé rápidamente junto a ella. Yacía en el mismo lugar donde la había dejado, con el rostro muy blanco.

—No encuentro a Boris ni a ninguno de los sirvientes —dije.

—Lo sé —respondió con un hilo de voz—, Boris se ha ido a Ept con el señor Scott. Lo había olvidado cuando te envié a buscarlo hace unos minutos.

—Entonces no regresará hasta mañana por la tarde, pero... ¿estás herida? ¿Te he asustado y te has caído por mi culpa? Qué idiota soy, pero estaba medio dormido.

—Boris pensó que te habías marchado a casa antes de la cena. Por favor, perdónanos por no despertarte durante todo este tiempo.

—Me he pegado una larga siesta —reí—, tan profunda que no sabía si dormía aún o no cuando vi que una figura se acercaba a mí, y grité tu nombre. ¿Has estado tocando el viejo clavecín? Debes haberlo hecho muy flojito.

Y hubiera pronunciado otras mil mentiras aún peores tan sólo por ver la expresión de alivio que se dibujó en su rostro. Ella me ofreció su adorable sonrisa y dijo con su voz más natural:

—Alec, tropecé con esa cabeza de lobo, y creo que me he torcido el tobillo. Por favor, avisa a Marie y luego márchate a casa.

Hice lo que me pidió y la dejé allí cuando entró la criada.

III

Al día siguiente, a mediodía, cuando fui a visitarlos, encontré a Boris andando nerviosamente de un lado a otro de su estudio.

—Geneviève ahora está dormida —me dijo—, la torcedura no tiene importancia, pero ¿por qué tiene una fiebre tan alta? El doctor no puede encontrar una explicación, o no desea darla —murmuró.

—¿Tiene fiebre Geneviève? —pregunté.

—Eso parece, y ha estado delirando intermitentemente toda la noche. ¡Menuda idea! La alegre y joven Geneviève, sin una sola preocupación en la vida... ¡y no deja de decir que tiene el corazón roto y que quiere morirse!

Mi propio corazón quedó paralizado.

Boris se apoyó en la puerta del estudio, con los ojos clavados en el suelo y las manos en los bolsillos; su mirada amable y entusiasta se había

nublado, y se había dibujado una nueva línea de preocupación «sobre la afable curva de la boca en la que consiste la sonrisa»^[6]. La criada tenía órdenes de avisarle en cuanto Geneviève abriera los ojos. Esperamos y esperamos, y Boris, cada vez más nervioso, paseaba de un lado a otro, manoseando sin parar la cera de modelar y la arcilla roja. De repente, se dirigió a la habitación contigua.

—¡Ven a ver mi baño rosado lleno de muerte! —exclamó.

—¿Entonces es muerte? —pregunté, para levantarle el ánimo.

—Supongo que tú no estás preparado para llamarlo vida —respondió. Y mientras hablaba, sacó de la pecera un solitario pececillo de colores que se agitaba y retorció—. Enviaremos a éste en pos del otro... dondequiera que esté —dijo.

Advertí una excitación febril en su voz. Un peso adormecedor me invadió las extremidades y el cerebro mientras le seguía hacia el estanque cristalino con corona rosada, y lanzó la criatura dentro. Al caer, sus escamas brillaron con un destello anaranjado intenso en el interior de su cuerpo, que empezó a contorsionarse con espasmos; en cuanto tocó el líquido se quedó rígido y se hundió pesadamente al fondo. Entonces brotó la espuma lechosa, los espléndidos colores irradiaron en la superficie, e inmediatamente después el destello de luz pura y serena atravesó el líquido desde unas profundidades que parecían infinitas. Boris sumergió la mano y sacó un exquisito objeto de mármol, con vetas azules y de color rosado, que brillaba con gotas opalescentes.

—Juego de niños —murmuró Boris, y me miró con una expresión de cansancio y ansiedad... como si yo pudiera responderle a tales preguntas.

En ese momento llegó Jack Scott y se unió al «juego», como él lo llamaba, con verdadero entusiasmo. Se empeñaron en llevar a cabo el experimento con el conejo. Yo deseaba que Boris se distrajera de sus preocupaciones, pero detestaba ver cómo escapaba la vida de una criatura viva y de sangre caliente y me negué a presenciarlo. Tomé un libro al azar y me senté en el estudio a leer. ¡Caramba! Había encontrado *El Rey de Amarillo*. Tras unos segundos, que me parecieron siglos, abandoné la lectura con un escalofrío nervioso cuando Boris y Jack entraron con su conejo de mármol. Al mismo tiempo, sonó el timbre del piso de arriba y

escuchamos un grito procedente de la habitación de la enferma. Boris salió corriendo como un rayo y unos segundos después gritó:

—¡Jack, corre a buscar al doctor y tráelo contigo! ¡Alec, ven aquí!

Subí y me quedé en la puerta del dormitorio. Una sirvienta asustada salió a toda prisa a buscar algún remedio. Geneviève, sentada totalmente erguida con las mejillas encarnadas y los ojos brillantes, balbuceaba sin cesar y forcejeaba entre los brazos de Boris, que la sujetaba con ternura mientras me apremiaba para que le ayudara. En cuanto la toqué, ella suspiró y se reclinó sobre la cama, cerrando los ojos, y entonces... entonces... mientras seguíamos inclinados sobre ella, volvió a abrir los ojos y miró directamente el rostro de Boris —¡pobre chiquilla enloquecida por la fiebre! — y confesó su secreto. En ese mismo instante los rumbos de nuestras vidas cambiaron totalmente; el vínculo que nos había mantenido tanto tiempo unidos se rompió para siempre y un nuevo vínculo se creó en su lugar; porque ella había pronunciado mi nombre, y mientras la fiebre la torturaba, una secreta tristeza manaba de su corazón. Bajé la cabeza, mudo y atónito, mientras el rostro me ardía como una brasa encendida y la sangre me inundaba los oídos aturdiéndome con su clamor. Incapaz de moverme, e incapaz de hablar, escuché sus febriles palabras con una agonía de vergüenza y tristeza. No podía silenciarla, no podía mirar a Boris. Entonces sentí un brazo sobre mi hombro, y Boris volvió su rostro lívido hacia el mío.

—No es tu culpa, Alec; no te atormentes tanto si ella te ama...

Pero no pudo acabar. El doctor entró veloz en la habitación y dijo:

—¡Ah, la fiebre!

Tomé del brazo a Jack Scott y lo saqué a toda prisa a la calle, diciéndole:

—Boris prefiere estar solo.

Cruzamos la calle para dirigirnos a nuestros apartamentos, y esa noche, al ver que yo también caía enfermo, Jack salió a llamar al doctor de nuevo. Lo último que recuerdo con algo de claridad fue que Jack decía:

—Santo cielo, doctor, ¿qué es lo que le aqueja y hace que su rostro esté así?

Y yo pensé en el Rey de Amarillo y la Máscara Pálida.

Estuve muy enfermo, porque la tensión acumulada que había soportado durante dos años desde aquella mañana fatídica de mayo en la que Geneviève susurró «Te amo, pero creo que amo más a Boris», finalmente me hizo pagar su precio. Nunca imaginé que pudiera llegar a hacerse insoportable. Exteriormente tranquilo, me engañaba a mí mismo. Aunque la lucha bullía en mi interior noche tras noche y yo, tendido a solas en mi habitación, me maldecía por los rebeldes pensamientos desleales hacia Boris e inmerecidos por Geneviève, la mañana siempre me aliviaba y regresaba junto a Geneviève y mi estimado Boris con el corazón limpio tras las tempestades de la noche.

Jamás, de palabra, hecho o pensamiento, les revelé mi dolor mientras estaba con ellos, ni siquiera a mí mismo.

La máscara de autoengaño ya no era una máscara para mí, era parte de mí. La noche me la arrebatava, desnudando la verdad latente, pero nadie podía verla excepto yo y, cuando rompía el día, la máscara volvía a ocultarla por propia voluntad. Estos pensamientos cruzaban mi atribulada mente mientras yacía enfermo, pero se mezclaban inexorablemente con visiones de blancas criaturas, pesadas como si fueran de piedra, que se arrastraban alrededor de la piletta de Boris, e imágenes de la cabeza de lobo de la alfombra echando espumarajos y mordisqueando a Geneviève, que estaba tendida sonriente junto a la cabeza. También soñé con el Rey de Amarillo, envuelto en los fantásticos colores de su andrajoso manto, y aquel amargo grito de Cassilda: «¡No sobre nosotros, oh Rey, no sobre nosotros!». Luché febrilmente por apartarlo de mí, pero contemple el lago de Hali, de aguas claras e inertes, sin una sola onda o viento que lo agitate, y vi las torres de Carcosa tras la luna. Aldebarán, el Hades, Alar, Hastur, se deslizaban por entre las fisuras de las nubes que se agitaban y ondeaban al pasar como los festoneados andrajos del Rey de Amarillo. Pero en medio de todo esto, un solo pensamiento cuerdo persistía. Pasara lo que pasase en mi caótica cabeza, nunca se borró de mi mente que la principal razón de mi existencia era cumplir un requerimiento de Boris y Geneviève. De qué trataba este requerimiento, su naturaleza, nunca estuvo claro; en ocasiones parecía ser protección, en otras apoyo durante una profunda crisis. Fuera lo que fuese, en esos momentos su peso recaía tan sólo sobre mí, y nunca

llegué a estar tan enfermo o débil como para no responder con toda mi alma. Había siempre multitudes de rostros a mi alrededor, la mayoría extraños, pero pude reconocer algunos de ellos, el de Boris entre otros. Más tarde me informaron que era imposible, pero sé que al menos en una ocasión él se inclinó sobre mí. Fue tan sólo una caricia, un débil eco de su voz, y luego las nubes volvieron a embotar mis sentidos, y lo perdí, pero estoy seguro que estuvo allí y que se inclinó sobre mí al menos en una ocasión.

Por fin, me desperté una mañana y encontré la luz del sol bañando mi lecho, y a Jack Scott leyendo junto a mí. No tenía suficientes fuerzas para hablar en voz alta, ni podía pensar, ni mucho menos recordar, pero pude sonreír desfallecidamente cuando los ojos de Jack se cruzaron con los míos, y cuando se puso en pie de un brinco y me preguntó entusiasmado si necesitaba algo, pude susurrarle:

—Sí... a Boris.

Jack se acercó a la cabecera de mi cama y se inclinó para ahuecar la almohada; no le vi la cara, pero oí que me contestaba efusivamente:

—Debes esperar, Alec; estás demasiado débil para ver a Boris.

Esperé y recuperé fuerzas; en unos pocos días fui capaz de ver a quien quisiera, pero mientras tanto reflexioné y recordé. Desde el mismo instante en que todo el pasado se hizo claro en mi mente, nunca dude de lo que debía hacer llegado el momento, y estaba seguro de que Boris habría tomado la misma decisión en cuanto a lo que a él se refería; en cuanto a lo que me atañía sólo a mí, sabía que él también pensaría lo mismo que yo. Ya no pedí que viniera nadie. No pregunté por qué no me llegaba ningún mensaje de ellos; por qué durante la semana que estuve allí postrado, esperando y recuperando fuerzas, nunca oí que se pronunciaran sus nombres. Ocupado en mi propia búsqueda del proceder más adecuado, y en mi débil pero decidida lucha contra la desesperación, simplemente acepté la evasiva de Jack, dando por hecho que temía hablar de ellos y que yo me rebelase e insistiese en verlos. Mientras tanto, me preguntaba a mí mismo una y otra vez cómo serían las cosas cuando la vida comenzara de nuevo para todos nosotros. Retomaríamos nuestra relación exactamente como era antes de que Geneviève enfermara. Boris y yo nos miraríamos a los ojos y

no habría ni rencor ni cobardía ni desconfianza en esa mirada. Estaría de nuevo con ellos durante un tiempo en la apreciada intimidad de su hogar, y luego, sin dar ningún pretexto o explicación, desaparecería de sus vidas para siempre. Boris lo sabría, pero Geneviève... el único consuelo era que ella nunca lo sabría. Mientras reflexionaba sobre ello, tuve la certeza de que por fin había dado con el significado de esa sensación de obligación que persistió durante todo mi delirio, y con la única respuesta posible por mi parte. Así pues, cuando estuve lo suficientemente preparado, llamé a Jack a mi lado y le dije:

—Jack, quiero ver a Boris inmediatamente, y envía mis más cariñosos saludos a Geneviève...

Cuando finalmente me hizo comprender que ambos estaban muertos, me embargó una violenta furia que hizo añicos mis escasas fuerzas de convaleciente. Bramé y me maldije a mí mismo hasta sufrir una recaída, de la cual salí a duras penas unas cuantas semanas más tarde convertido en un chico de veintiún años que creía que su juventud se había desvanecido para siempre. Parecía que había sobrepasado mi capacidad de soportar más sufrimiento, y un día, cuando Jack me entregó una carta y las llaves de la casa de Boris, las acepté sin un solo temblor y le pedí que me contase todo. Fue cruel que se lo pidiera, pero no pude evitarlo, y Jack apoyó su rostro exhausto sobre sus delgadas manos para reabrir una herida que nunca sanaría del todo. Comenzó a hablar en voz muy baja:

—Alec, a menos que tengas alguna pista que yo ignoro por completo, no podrás hallar explicación alguna a lo ocurrido, al igual que yo. Sospecho que preferirías no oír estos detalles, pero debes conocerlos, de lo contrario te ahorraría el relato. Dios sabe que desearía ahorrártelo. Emplearé pocas palabras.

»El día que te dejé al cuidado del doctor y regresé a casa de Boris, lo encontré trabajando en “Las Parcas”. Me dijo que Geneviève estaba durmiendo bajo los efectos de los calmantes. Había estado bastante trastornada, dijo. Continuó trabajando y no habló más, y yo me quedé observándole. Poco después, advertí que la tercera figura del grupo, la que mira de frente más allá del mundo, tenía el rostro de Boris; no como el Boris que tú conocías, sino con el aspecto que presentaba entonces y que

tuvo hasta el final. Me gustaría encontrar una explicación a esto, pero nunca podré hacerlo.

»Bueno, trabajó y yo le observé en silencio, y así seguimos hasta la medianoche. Entonces oímos que se abría una puerta y se cerraba bruscamente, y que algo se movía rápidamente en la habitación contigua. Boris atravesó corriendo la puerta y yo le seguí, pero llegamos demasiado tarde. Ella estaba postrada en el fondo de la piscina, con las manos cruzadas sobre el pecho. Entonces Boris se pegó un tiro en el corazón —Jack dejó de hablar, gotas de sudor caían sobre sus ojos y sus delgadas mejillas se contrajeron nerviosamente—. Llevé a Boris a su habitación. Luego regresé y vacié el endemoniado fluido del estanque, y, tras abrir el grifo del todo, lavé el mármol y eliminé hasta la última gota. Cuando me atreví a descender los escalones del estanque, la encontré postrada allí tan blanca como la nieve. Por fin, cuando fui capaz de decidir qué hacer, entré en el laboratorio y, en primer lugar, vacié la solución de la piletta y la tiré por el desagüe; luego me deshice de los contenidos de todos los tarros y botellas. Había madera en la chimenea y encendí un fuego. Luego rompí las cerraduras del armario de Boris y quemé todos los papeles, libretas y cartas que encontré allí. Con una maza del estudio hice añicos todas las botellas vacías; a continuación, las deposité en el cubo del carbón, lo llevé al sótano y lancé los contenidos sobre el lecho al rojo vivo de la caldera. Seis veces realicé este trayecto y, finalmente, no quedó ni un solo vestigio de algo que pudiera ayudar a buscar de nuevo la fórmula que Boris había encontrado. Entonces, por fin, me atreví a llamar al doctor. Es un buen hombre, y juntos nos esforzamos por ocultarlo al público. Sin él nunca hubiera podido hacerlo. Finalmente, pagamos a los sirvientes y los enviamos al campo, donde el viejo Rosier los mantiene silenciados contándoles historias de los viajes de Boris y Geneviève por tierras remotas, de las que no regresarán en años. Enterramos a Boris en un pequeño cementerio de Sevres. El doctor es un buen tipo y sabe cuándo debe compadecerse de un hombre que está al límite de sus fuerzas. Escribió el certificado de defunción por fallo cardíaco y no me hizo ninguna pregunta.

Entonces, levantando el rostro de entre las manos, Jack añadió:

—Abre la carta, Alec; es para los dos.

Rasgué el sobre. Era el testamento de Boris fechado un año atrás. Dejaba todo a Geneviève, y en caso de que ella muriese sin hijos, yo debía hacerme cargo de la casa en la rue Sainte-Cecile, y Jack Scott de la de Ept. Tras nuestras muertes, la propiedad debía pasar a manos de la familia de su madre en Rusia, excepto las esculturas de mármol realizadas por él mismo. Éstas me las legaba a mí.

La página se emborronó bajo nuestras miradas, Jack se levantó y se acercó a la ventana. Poco después regresó y volvió a sentarse. Yo temía escuchar lo que iba a decir, pero él continuó hablando con la misma sencillez y delicadeza.

—Geneviève yace ante la Madonna de la sala de los mármoles. La Madonna está tiernamente inclinada sobre ella, y Geneviève sonríe a ese rostro calmado que nunca hubiera sido creado sin ella.

Su voz se rompió, pero me tomó la mano y dijo:

—Valor, Alec.

La mañana siguiente viajó a Ept para cumplir con su parte del testamento.

IV

La misma noche que recibí las llaves, me dirigí a la casa que tan bien conocía. Todo estaba en orden, pero el silencio era terrible. Aunque me acerqué en dos ocasiones a la puerta de la sala de esculturas de mármol, no tuve el valor de entrar. Era superior a mis fuerzas. Entré en la sala de fumar y me senté frente al clavecín. Un pequeño pañuelo de encaje reposaba sobre las teclas, y alejé la mirada, sofocado. Estaba claro que no podía quedarme, así que cerré todos los cuartos, todas las ventanas, las tres verjas frontales y traseras, y me marché. A la mañana siguiente Alcide me preparó el equipaje y, tras dejarle a cargo de mi apartamento, tomé el Orient Express hacia Constantinopla. Durante los dos años que vagué por Oriente, al principio jamás mencioné en nuestras cartas a Geneviève o a Boris, pero poco a poco sus nombres se colaron en ellas. Recuerdo en particular un pasaje de una de las cartas de Jack en respuesta a una mía:

«Lo que me cuentas de que viste a Boris inclinado sobre ti mientras estabas postrado enfermo, y que notaste su caricia en tu rostro, y que escuchaste su voz, por supuesto que me turba. Esto que cuentas debió de pasar quince días después de que Boris muriese. Me digo a mí mismo que debías estar soñando, que forma parte de tus delirios, pero la explicación no me satisface, ni a ti tampoco».

A finales del segundo año recibí en la India una carta de Jack, tan distinta a como él era que decidí regresar inmediatamente a París. Me escribió:

«Estoy bien, y vendo mis cuadros como hacen los pintores que no necesitan dinero. No tengo ni un solo problema, pero estoy más inquieto que si la tuviera. Me veo incapaz de librarme de una extraña preocupación por ti. No es miedo, es más bien una fatigosa expectativa... ¿de qué? ¡Sólo Dios lo sabe! Tan sólo puedo decir que me está consumiendo. Por las noches siempre sueño contigo y con Boris. Nunca recuerdo nada, pero me despierto por las mañanas con el corazón latiéndome con fuerza, y durante el resto del día la ansiedad aumenta hasta que me duermo por la noche y la misma experiencia se repite. Estoy bastante exhausto debido a todo esto, y estoy decidido a romper este mórbido estado. Debo verte. ¿Voy yo a Bombay, o vendrás tú a París?».

Le envié un telegrama informándole que esperase mi llegada en el próximo buque.

Cuando nos encontramos tuve la impresión de que él había cambiado muy poco; yo, insistía él, parecía estar rebosante de salud. Me hizo bien oír de nuevo su voz, y mientras hablábamos sentados sobre lo que la vida nos iba a deparar, sentimos que era agradable estar vivos y disfrutar del brillante clima primaveral.

Estuvimos en París una semana, y luego viajé con él a Ept y permanecimos juntos una semana más, pero antes visitamos el cementerio de Sevres, donde Boris estaba enterrado.

—¿Piensas que deberíamos colocar «Las Parcas» en el pequeño bosquecillo que hay sobre su tumba? —preguntó Jack, y le respondí:

—Creo que sólo la Madonna debería custodiar la tumba de Boris.

Sin embargo, Jack no pareció mejorar tras mi regreso. Los sueños de los que no podía recordar ni el más leve detalle continuaron, y dijo que en ocasiones aquella sensación de agotadora expectación se hacía sofocante.

—Ya ves que te perjudico en lugar de hacerte bien —dije—. Intenta cambiar sin mí.

Así pues, Jack inició un viaje a solas por las islas del Canal y yo regresé a París. Desde mi regreso no había entrado en la casa de Boris, que ahora era mía, pero sabía que debía hacerlo. Jack se había encargado de mantenerla en orden; había sirvientes en la casa, así que abandoné mi apartamento y me mudé allí. En lugar del nerviosismo que había temido, me sentí bastante capaz de pintar allí tranquilamente. Entré en todas las estancias... en todas menos en una. No me sentía con fuerzas para entrar en la sala de los mármoles donde yacía Geneviève y, sin embargo, el deseo de contemplar su rostro, de arrodillarme junto a ella, crecía día a día.

Una tarde de abril, mientras estaba tumbado fantaseando en la sala de fumar, tal como había estado dos años atrás, busqué maquinalmente con la mirada la piel de lobo entre las alfombras del suelo. Por fin divisé las orejas puntiagudas y la cruel cabeza aplastada, y me acordé del sueño en el que Geneviève estaba postrada junto a ella. Los yelmos aún colgaban sobre los tapices raídos, entre ellos estaba el viejo morrión español y recordé la ocasión en la que Geneviève se lo puso mientras nos divertíamos con las antiguas piezas de armadura. Volví la mirada al clavecín; cada tecla amarillenta parecía hablar de su acariciante mano; me levanté y me dirigí atraído por la fuerza de la pasión de mi vida hacia la puerta sellada de la sala de mármoles. Las pesadas puertas se abrieron hacia dentro bajo la presión de mis temblorosas manos. La luz del sol entraba por la ventana, dorando las puntas de las alas de Cupido, y se entretenía como un nimbo sobre la frente de la Madonna. Su dulce rostro se inclinaba compasivo sobre una figura de mármol tan exquisitamente pura que me arrodillé y me persigné. Geneviève yacía en la penumbra bajo la Madonna, y a través de sus blancos brazos advertí las pálidas vetas celestes; los pliegues de su vestido mostraban una tonalidad rosada bajo sus manos delicadamente cruzadas, como si el interior de su pecho irradiara una débil y cálida luz.

Inclinándome con el corazón roto, rocé el paño de mármol con mis labios, y luego me arrastré de regreso a la silenciosa casa.

Una criada me trajo una carta y me senté en el pequeño invernadero a leerla, pero cuando estaba a punto de romper el lacre, y al ver que la joven permanecía junto a mí, le pregunté que quería.

Ella balbuceó algo sobre un conejo blanco que habían atrapado en el interior de la casa y me preguntó que debía hacer con él; le dije que lo soltaran en el jardín amurallado en la parte trasera de la casa, y abrí la carta. Era de Jack, pero sus palabras eran tan incoherentes que pensé que debía de haber perdido la cordura. No eran más que una serie de súplicas para que no abandonase la casa hasta su regreso; no podía decirme por qué, aún le aquejaban los sueños, dijo... no podía explicarme nada, pero estaba seguro de que no debía abandonar la casa de la rue Sainte-Cecile.

Cuando acabé de leer y levanté la mirada, mis ojos se toparon con la misma criada de pie en la entrada, que sostenía un recipiente de cristal en el que nadaban dos peces:

—Métalos en la pecera y explíqueme qué es lo que pretende con tanta interrupción —dije.

Con un gimoteo apenas reprimido, la chica vació el agua y los peces en el acuario situado en uno de los extremos del invernadero, y, volviéndose a mí, me pidió su permiso para despedirse de mi servicio. Dijo que algunas personas habían comenzado a gastarles bromas, evidentemente con el propósito de meterla en problemas; el conejo de mármol había sido robado y habían introducido otro vivo en la casa; los dos hermosos peces de mármol también habían desaparecido, y ella acababa de encontrar aquellas dos criaturas vivas saltando sobre el suelo del comedor. La tranquilicé y le dije que se marchara, prometiéndole que yo mismo investigaría lo ocurrido. Entré en el estudio; no había allí nada a excepción de mis lienzos y algunas escayolas, y el lirio de pascua de mármol. Lo vi encima de la mesa en el otro extremo de la habitación y me acerqué malhumorado. Pero la flor que cogí de la mesa era fresca y frágil, y llenó el aire con su perfume.

Entonces lo comprendí súbitamente, y me abalancé al pasillo que conducía a la sala de los mármoles. Las puertas se abrieron de par en par, la luz del sol me bañó el rostro, y a través de ésta, con una gloria celestial, la

Madonna sonreía mientras Geneviève levantaba su sonrojado rostro de su cama de mármol y abría sus somnolientos ojos.

EN EL PASAJE DEL DRAGÓN

(In the Court of the Dragon)

*¡Oh! Vos a quien os arde el corazón por aquellos
que arden
en el Infierno, cuyos fuegos vos mismo alimentáis
a su vez;
cuánto tiempo suplicaréis: «¡Tened piedad de
ellos, Señor!»
porque, ¿quién sois Vos para enseñar y Él para
aprender?*

En la Iglesia de St. Barnabé las vísperas habían terminado; el clérigo abandonó el altar; el pequeño coro de niños se arracimó en el presbiterio y se situó en la sillería del coro. Un suizo ataviado con un opulento uniforme desfilaba por la nave sur haciendo sonar su bastón sobre el pavimento de piedra cada cuatro pasos; tras él avanzaba el elocuente predicador y excelente hombre, Monseigneur C—.

Mi asiento estaba cerca de la barandilla del presbiterio, y en ese momento volví la mirada hacia el extremo oeste de la iglesia. El resto de personas situadas entre el altar y el púlpito también se volvieron. Se escucharon unos leves crujidos de ropa y susurros mientras la congregación

se sentaba de nuevo; el predicador subió las escaleras del púlpito, y la pieza inicial de órgano cesó.

Siempre me había parecido sumamente interesante la música de órgano de St. Barnabé. Era una ejecución experimentada y científica, demasiado quizás para mis conocimientos, pero que denotaba una vívida aunque fría inteligencia. Además, poseía el gusto francés: este reinaba supremo, comedido, digno y reservado.

Sin embargo, ese día, desde el primer acorde advertí un cambio a peor, un cambio siniestro. Durante las vísperas fue principalmente el órgano del presbiterio el que acompañó al bello coro, pero de vez en cuando, aparentemente de forma bastante caprichosa, desde la galería oeste donde está situado el gran órgano, unos pesados acordes atravesaban la iglesia y la serena paz de aquellas voces cristalinas. Era algo más que dureza y disonancia, aunque no se detectaba falta alguna de habilidad. Tras irrumpir el sonido una y otra vez, recordé algo que había leído en mis libros de arquitectura sobre la costumbre ancestral de bendecir el coro en cuanto se finalizaba su construcción, pero la nave, que con frecuencia se acabada medio siglo más tarde, no recibía bendición alguna: me pregunté ociosamente si ese había sido el caso de St. Barnabé, y si algo que habitualmente no se suponía que debía habitar en una iglesia cristiana pudiera haber penetrado sin ser detectado o haber tomado posesión de la galería oeste. Había leído que cosas similares ocurrían también, pero nunca en obras de arquitectura.

Entonces recordé que St. Barnabé no tenía más de cien años de antigüedad, y me sonreí por la incongruente asociación de supersticiones medievales con aquella alegre y pequeña obra del rococó dieciochesco.

Pero en esos momentos las vísperas ya habían finalizado, y tras ellas se suponía que debían sonar unos cuantos acordes reposados, apropiados para acompañar la meditación, mientras esperábamos el sermón. En su lugar, los acordes disonantes procedentes de la parte baja de la iglesia estallaron cuando el clérigo se marchó, como si ya nada pudiera controlarlos.

Pertenezco a una generación anterior y más simple a la que no le gusta buscar sutilezas psicológicas en el arte, y siempre me he negado a buscar en la música nada más allá que melodía y armonía, pero tuve la sensación de

que en el laberinto de sonidos que en esos momentos brotaba de aquel instrumento se estaba dando caza a algo. Lo perseguían de un lado a otro de los pedales, mientras los teclados bramaban con aprobación. ¡Pobre diablo! Quienquiera que fuese, ¡poca ocasión de escapar parecía tener!

Mi malestar nervioso se tornó en ira. ¿Quién estaba haciendo esto? ¿Cómo se atrevía a tocar de esa forma en mitad del sagrado servicio? Miré a la gente que estaba cerca de mí: nadie parecía estar molesto en absoluto. Las plácidas frentes de las monjas arrodilladas, aún vueltas hacia el altar, no perdieron ni un ápice de su devota abstracción bajo la pálida sombra de sus tocas. La elegante dama que estaba a mi lado miraba con expectación a Monseigneur C—. Por lo que su rostro delataba, el órgano bien podría haber estado tocando un Ave María.

Pero ahora, por fin, el predicador hizo la señal de la cruz y pidió silencio. Me volví hacia él aliviado. Hasta el momento no había podido encontrar el descanso que había ansiado cuando entré en St. Barnabé esa misma tarde. Estaba consumido por tres noches de sufrimiento físico y problemas mentales: la última había sido la peor, y era un cuerpo exhausto, una mente abotargada y a un mismo tiempo sensible, lo que me había llevado a visitar mi iglesia favorita para curarme. Porque había estado leyendo *El Rey de Amarillo*.

«Al salir el sol se esconden y se tienden en sus guaridas»^[7]. Monseigneur C— pronunciaba su sermón con una voz calmada y la mirada serena puesta en la congregación. Mis ojos se volvieron, no supe por qué, hacia la parte más baja de la iglesia. El organista salió de detrás de los tubos y pasó junto a la galería de camino a la salida, y lo vi desaparecer por una pequeña puerta que conducía a unas escaleras que llevaban directamente a la calle. Era un hombre delgado y su rostro estaba tan blanco como negro era su abrigo.

«¡Ya era hora!», pensé, «¡a otro sitio con tu endemoniada música! Espero que tu ayudante toque la pieza final de órgano».

Con un sentimiento de alivio, con un profundo y sereno sentimiento de alivio, me volví de nuevo al afable rostro en el púlpito y me dispuse a escuchar. Aquí, finalmente, llegó la tranquilidad de mente que tanto había ansiado.

—Hijos míos —dijo el predicador—, la verdad que el alma humana encuentra más difícil de aprender es que no tiene nada que temer. Nunca llega a entender que nada puede realmente hierirla.

«¡Curiosa doctrina!», pensé, «para un cura católico. Veamos cómo hace reconciliar eso con los Padres de la Iglesia».

—Nada puede dañar el alma —continuó con su voz más fría y clara—, porque...

Pero no llegué a oír el resto; mi ojo izquierdo se apartó de su rostro, no supe por qué razón, y busqué con él la parte más baja de la iglesia. El mismo hombre salió de detrás del órgano y atravesó la galería, igual que antes. Pero no había transcurrido suficiente tiempo para que hubiera regresado, y si lo había hecho, debería haberlo visto. Sentí un débil escalofrío, y mi corazón se encogió; sin embargo, sus idas y venidas no eran en absoluto asunto mío. Le miré: no podía apartar los ojos de su negra figura y su blanco rostro. Cuando se encontraba exactamente frente a mí, se volvió y a través de la iglesia me lanzó directamente a los ojos una mirada de odio, intensa y mortífera: nunca había visto nada igual. ¡Ojalá no volviera a verlo jamás! Entonces desapareció por la misma puerta por la que le había visto marcharse hacía menos de sesenta segundos.

Me senté e intenté controlar mis pensamientos. Mi primera sensación era como la de un niño muy pequeño profundamente herido, aguantando la respiración antes de romper a llorar.

Encontrarme de repente a mí mismo siendo el objeto de semejante odio resultaba exquisitamente doloroso: y aquel hombre era un completo extraño.

¿Por qué podría odiarme de esa manera?... ¿A mí, a quien nunca antes había visto? Durante unos instantes todas las otras sensaciones se fundieron en esta única punzada: incluso el miedo quedó subyugado por este pesar, y durante unos instantes no vacilé ni un segundo, pero a continuación comencé a razonar, y una sensación de incongruencia vino en mi ayuda.

Como ya he dicho, St. Barnabé es una iglesia moderna. Es pequeña y bien iluminada; puede verse todo casi de un solo vistazo. La galería del órgano recibe una luz intensa desde una hilera de ventanales bajos en el triforio, que ni siquiera tienen vidrieras de colores.

Estando el púlpito en el centro de la iglesia, era lógico que, mientras miraba hacia allí, cualquier cosa que se moviera en el ala oeste no pasase inadvertida a mi ojo. Cuando el organista pasó por segunda vez, no era de extrañar que lo viese: simplemente había calculado mal el intervalo entre su primera y segunda aparición. Había entrado esa última vez por otra puerta lateral. En cuanto a la mirada que tanto me había alterado, no había existido en absoluto, y yo era un idiota histérico.

Miré a mi alrededor. ¡Éste era un lugar propicio para albergar horrores sobrenaturales! El rostro diáfano y razonable de Monseigneur C—, sus maneras comedidas y sus gestos pausados y elegantes, ¿no eran justamente un tanto incongruentes con cualquier noción de truculento misterio? Eché un vistazo por encima de su cabeza, y casi me reí. Aquella dama al vuelo que sujetaba una esquina del palio del púlpito, semejante a un mantel de damasco con flecos en medio de un fuerte vendaval, en cuanto un basilisco se posara en el atilillo del órgano, le apuntaría con su trompeta de oro y le soplaría arrebatiéndole cualquier rastro de existencia. Me reí de mí mismo por esta fantasía, la cual, en esos momentos, me pareció muy divertida, y seguí sentado y burlándome de mí mismo y de todo lo demás; desde la vieja harpía en la parte externa de la barandilla que me había hecho pagar diez céntimos por mi asiento antes de permitirme la entrada (ella se parecía más a un basilisco, me dije, que mi organista de tez anémica): desde esa desabrida vieja dama, hasta, ¡ay, sí!, el mismísimo Monseigneur C—. Y es que toda mi devoción se había esfumado. Nunca antes había hecho algo semejante en mi vida, pero ahora sentía el deseo de burlarme.

En cuanto al sermón, no podía escuchar ni una sola palabra, porque en mis oídos resonaban los versos:

Ha logrado emular a San Pablo
predicándonos aquellos seis sermones de
Resurrección,
más solemnes que cualquier otro que jamás haya
predicado.

... al tiempo que fantaseaba con los pensamientos más irreverentes.

No servía de nada seguir sentado allí por más tiempo: debía salir fuera y sacudirme este odioso estado de ánimo. Era consciente de la descortesía que estaba cometiendo, pero aun así me levanté y abandoné la iglesia.

Un sol de primavera brillaba en la rue St. Honoré mientras bajaba corriendo los escalones de la iglesia. En una esquina había apostada una carretilla llena de junquillos amarillos, pálidas violetas de la Riviera, oscuras violetas rusas, y blancos jacintos romanos, entre una dorada nube de flores de mimosa. La calle estaba llena de hedonistas de domingo. Balanceé mi bastón y reí junto al resto. Alguien me adelantó y pasó junto a mí. No se volvió en ningún momento, pero poseía la misma maldad mortal en su blanco perfil que la que había visto en sus ojos. Le observé hasta que se perdió de mi vista. Su flexible espalda irradiaba la misma amenaza; cada paso que lo alejaba de mí parecía conducirlo a alguna misión conectada con mi destrucción.

Avancé arrastrándome, mis pies casi rehusaban moverse. Empezó a invadirme un sentimiento de responsabilidad por algo olvidado mucho tiempo atrás. Empezaba a tener la sensación de que merecía aquello con lo que me amenazaba: se remontaba a mucho tiempo atrás... mucho, mucho tiempo atrás. Había permanecido latente todos estos años, sin embargo, allí estaba, y pronto se alzaría y se enfrentaría a mí. Pero yo intentaría escapar, y avancé con dificultad lo mejor que pude por la rue de Rivoli, al otro lado de la Place de la Concorde, en el Quai. Contemplé con ojos enfermos el sol brillando a través de la espuma blanca de la fuente, derramándose por las espaldas de bronce oscuro de los dioses del río, por la estructura de amatista del lejano Arco, por las innumerables extensiones de grises troncos y ramas desnudas ligeramente verdes. Entonces, lo volví a ver avanzando por la alameda de castaños del Cours la Reine.

Dejé la rivera del río, me zambullí ciegamente por los Campos Elíseos y giré hacia el Arco. El sol poniente desplegaba sus rayos por el verde césped del Rond-point: bajo la intensa luz él se sentó en un banco, niños y madres jóvenes le rodeaban. No era más que un paseante de domingo, como los otros, como yo mismo. Pronuncié las palabras casi en voz alta, y durante todo el tiempo observé el odio maligno en su rostro. Pero no me miraba a

mí. Pasé a su lado y arrastré mis pies de plomo por la Avenida. Sabía que cada vez que lo encontraba, él estaba más cerca del cumplimiento de su propósito y mi sino. Y aun así intentaba salvarme.

Los últimos rayos de la puesta de sol atravesaban el gran Arco. Pasé por debajo de este, y me encontré con él de frente. Lo había dejado a bastante distancia en los Campos Elíseos y, sin embargo, avanzaba hacia mí con una riada de gente que regresaba del Bois de Boulogne. Se me acercó tanto que pasó rozándome. Su delgada figura parecía de hierro dentro de su holgada vestimenta.

No mostraba ningún signo de tener prisa, ni cansancio, ni ningún sentimiento humano. Todo su ser expresaba una sola cosa: la voluntad, y el poder de hacerme daño.

Angustiado, observé hacia dónde se dirigía por la amplia Avenida atestada de gente e invadida por el brillo de ruedas y arreos de los cascos de caballos y los yelmos de la Guardia Republicana.

Pronto se perdió de vista; entonces, di media vuelta y huí. Me dirigí al Bois y lo sobrepasé con creces... No sé dónde fui, pero tras lo que me pareció un largo rato y cuando la noche ya había caído, terminé sentado a una mesa de una pequeña cafetería. Regrese al Bois. Ya habían pasado horas desde la última vez que lo había visto. La fatiga física y el sufrimiento mental habían agotado mi capacidad de pensar o sentir. Estaba cansado, ¡tan cansado! Ansiaba esconderme en mi propia guarida. Decidí irme a casa. Pero estaba a bastante distancia de allí.

Vivo en el Pasaje del Dragón, un callejón estrecho que conecta la rue de Rennes con la rue du Dragon.

Es un «impasse» que sólo puede ser atravesado por peatones. Sobre la entrada de la rue de Rennes hay un balcón sostenido por un dragón de hierro. En este pasaje viejas casas altas se alzan a ambos lados y cerca de los extremos que desembocan a las dos calles. Durante el día unas enormes verjas permanecen abiertas y escondidas en el profundo soportal de entrada, pero son cerradas a medianoche, y a partir de esa hora hay que entrar llamando a ciertas portezuelas laterales. Los baches en el pavimento acumulan indeseables charcos. Unas escaleras empinadas conducen a las puertas que se abren al pasaje. Las plantas bajas están ocupadas por tiendas

de comerciantes de segunda mano y talleres de forja. Todo el día el lugar resuena con el tintineo de martillos y el repiqueteo de barras de metal.

Aunque el primer nivel resulte ingrato, hay alegría, confort, y trabajo duro y honesto en el nivel superior.

Cinco tramos de escalera más arriba están ubicados los estudios de arquitectos y pintores, y los escondrijos de estudiantes de mediana edad como yo mismo, que desean vivir solos. Cuando me mudé allí era joven y no estaba solo.

Tuve que andar un trecho antes de que apareciera algún transporte, pero finalmente, cuando ya casi había regresado al Arco del Triunfo, un coche de alquiler vacío se acercó y lo tomé.

Desde el Arco hasta la rue de Rennes hay un trayecto de más de media hora, especialmente cuando uno es transportado en un cabriolé tirado por un caballo cansado que ha estado a merced de los feriantes de domingo.

Transcurrió el tiempo suficiente para encontrarme con mi enemigo varias veces antes de que pasara bajo las alas del Dragón, pero no lo vi ni una sola vez, y en ese momento ya tenía mi refugio al alcance de la mano.

Frente a la ancha verja jugaba un pequeño grupo de niños. Nuestro portero y su esposa paseaban entre ellos con su caniche negro poniendo algo de orden; algunas parejas caminaban despreocupadas por las aceras de las calles adyacentes. Les devolví los saludos y me apresuré a entrar.

Todos los habitantes del pasaje habían abandonado la calle. El lugar estaba bastante desierto e iluminado por unas pocas farolas colgadas en lo alto en las que el gas ardía tenuemente.

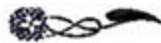
Mi apartamento estaba en el piso más alto de una de las casas situada en mitad del pasaje, a la que se llegaba por unas escaleras que arrancaban casi al nivel de la calle y se conectaban a esta por un pequeño pasadizo; puse el pie en el umbral de la entrada y las amigables y viejas escaleras ruinosas se alzaron ante mí, llevándome al descanso de mi refugio. Al girar la vista por encima de mi hombro derecho, *le* vi a unos diez pasos de mí. Debí de entrar en el pasaje al mismo tiempo que yo.

Avanzaba en línea recta y con pasos que no eran ni lentos ni rápidos, simplemente se dirigían directos hacia mí. Y ahora me miraba. Por primera

vez desde que se cruzaron en la iglesia, nuestras miradas se volvieron a encontrar, y entonces supe que había llegado la hora.

Retrocedí hacia la calle sin darle la espalda en ningún momento. Tenía intención de escapar por la entrada de la rue du Dragon. Sus ojos me indicaron que jamás escaparía.

Me pareció que pasaban siglos mientras continuábamos así, yo retrocediendo hacia la salida, él avanzando por el pasaje en perfecto silencio. Pero, finalmente, noté la sombra del portal y, tras dar un paso más, me encontré debajo de este. Tenía la intención de girarme allí y salir a toda velocidad hacia la calle. Pero la sombra que había sentido no era la del pasadizo; era la de una bóveda sin salida. Las enormes puertas que daban a la rue du Dragon estaban cerradas. Pude sentirlo por la oscuridad que me rodeaba, y en ese mismo instante lo leí en su rostro. ¡Cómo brillaba en la oscuridad, acercándose a mí rápidamente! Las profundas bóvedas, las enormes puertas cerradas, sus frías abrazaderas de hierro estaban todas de su lado. La cosa con la que me había amenazado por fin llegó: se recogía y se cernía sobre mí surgiendo de las sombras insondables; el punto desde el que me dirigía su ataque eran los ojos infernales del hombre. Desesperado, apoyé la espalda contra las puertas cerradas y le desafié.



Se escuchó el ruido de sillas arrastradas sobre el suelo de piedra y un crujido de ropas cuando la congregación se puso en pie. Podía oír el bastón del suizo en el pasillo sur, que precedía a Monseigneur C— en dirección a la sacristía.

Las monjas arrodilladas despertaron de su devota abstracción, hicieron una reverencia y se marcharon. La elegante dama, mi vecina, también se levantó con grácil recogimiento. Mientras se marchaba, su mirada se posó unos segundos en mi rostro con una expresión de reproche.

Medio muerto, o eso me pareció, y sin embargo intensamente consciente de cada detalle, permanecí sentado entre la muchedumbre que se movía pausadamente; después yo también me levanté y me dirigí hacia la puerta.

Me había quedado dormido durante todo el sermón. ¿Me había quedado dormido durante todo el sermón? Levanté la mirada y lo vi atravesando la galería hacia su puesto. Tan sólo vi su perfil; el delgado brazo doblado dentro de una manga negra parecía uno de esos diabólicos e indescriptibles instrumentos que hay en las cámaras de tortura en desuso de los castillos medievales.

Pero yo había escapado de él, aunque sus ojos me habían expresado que no lo lograría. ¿Había escapado de él? Lo que le otorgaba poder sobre mí retornó del reino del olvido, donde había ansiado que permaneciese. Porque ahora lo conocía. La muerte y la terrible morada de almas perdidas, donde mi debilidad hacía tiempo que lo había desterrado... lo transformaron ante cualquier otra mirada, pero no ante la mía. Le reconocí casi desde el principio; nunca había dudado qué había venido a hacer; y ahora, mientras mi cuerpo seguía sentado en la seguridad de la alegre y pequeña iglesia, sabía que había estado dando caza a mi alma en el Pasaje del Dragón.

Me arrastré hasta la puerta: las notas del órgano sonaron por encima con una explosión. Una luz cegadora inundó la iglesia, ocultando el altar a mis ojos. La gente desapareció, los arcos, el techo abovedado se esfumaron. Alcé los ojos deslumbrados hacia el insondable resplandor y vi las estrellas negras en los cielos, y los húmedos vientos procedentes del Lago de Hali me congelaron el rostro.

Y ahora, muy lejos, sobre leguas de ráfagas de nubes en ascenso, vi la luna goteando rocío, y más allá, las torres de Carcosa se alzaron tras la luna.

La muerte y la terrible morada de las almas perdidas, donde mi debilidad hacía tiempo que lo había desterrado, lo transformaron ante cualquier otra mirada, pero no ante la mía. Y ahora escuché su voz, elevándose, aumentando, tronando entre la deslumbrante luz, y mientras caía, el resplandor aumentaba más y más, y se derramaba sobre mí en oleadas de fuego. Entonces me hundí en las profundidades, y oí al Rey de Amarillo susurrando a mi alma: «¡Es terrible caer en las manos del Dios vivo!».

EL SIGNO AMARILLO

(The Yellow Sign)

Que el rojo amanecer adivine
lo que vamos a hacer,
cuando esta luz azul de estrellas muera
y todo haya acabado.

I

¡Hay tantas cosas imposibles de explicar! ¿Por qué ciertos acordes musicales me hacen pensar en los tonos ocre y dorados del follaje de otoño? ¿Por qué la Misa de Santa Cecilia hace que mis pensamientos vaguen entre cavernas cuyas paredes relumbran con irregulares masas de plata virgen? ¿Qué hay en el rugido y agitación de Broadway a las seis en punto que me hace imaginar destellos de un silencioso bosque bretón donde el sol se filtra a través del follaje de primavera y Sylvia, inclinada sobre un lagarto verde con una expresión entre curiosa y tierna, murmura: «¡Y pensar que esto también es una criatura del Señor!»?

Cuando vi por primera vez al vigilante, estaba de espaldas a mí. Le miré con indiferencia hasta que entró en la iglesia. No le presté más atención que a cualquier otro hombre que holgazaneara por Washington Square aquella

mañana, y cuando cerré la ventana y regresé al retrato ya lo había olvidado. Más tarde, a última hora de la tarde y tras un día caluroso, volví a abrir la ventana y me apoyé en el alféizar para respirar un poco de aire. Había un hombre apostado en el atrio de la iglesia, y volví a mirarle con el mismo desinterés de la mañana. Eché la vista al otro lado de la plaza donde el agua de la fuente reverberaba, y entonces, con la mente plagada de vagas imágenes de árboles, caminos de asfalto y grupos en movimiento de enfermeras y veraneantes, me dispuse a regresar a mi caballete. Cuando me giré, mi apática mirada incluyó al hombre apostado en el atrio de la iglesia.

Tenía el rostro vuelto hacia mí en esos momentos, y con un movimiento totalmente involuntario me incliné para observarle. En ese mismo instante, él levantó la cabeza y me miró. Instantáneamente pensé en un gusano necrófago. No podría precisar qué era lo que me repelía de él, pero la imagen de un grueso gusano necrófago blanco se hizo tan intensa y nauseabunda que probablemente me cambió la expresión de la cara, porque el hombre apartó su hinchado rostro con un movimiento que me recordó al de una perturbada larva de castaña.

Regresé a mi caballete y coloqué a la modelo en su pose. Tras trabajar durante un rato me convencí de que estaba arruinando tan rápidamente como era posible lo que ya había hecho; cogí una espátula y raspé el color de nuevo. Las tonalidades de la carne parecían macilentas e insanas, y no entendía cómo había podido pintar un color tan enfermizo en un retrato que antes había resplandecido con tonalidades saludables.

Miré a Tessie. Ella no había cambiado, y un pálido rubor de salud coloreó su cuello y mejillas mientras yo la observaba con el ceño fruncido.

—¿He hecho algo mal? —dijo ella.

—No... Me he hecho un lío con este brazo, y que me aspen si entiendo cómo he podido pintar en el lienzo semejante barrizal —contesté.

—¿Es que no poso bien? —insistió ella.

—Por supuesto que sí, perfectamente.

—¿Entonces no es mi culpa?

—No. Es mía.

—Lo siento —dijo ella.

Le dije que podía descansar mientras aplicaba un trapo y agarré a la zona infectada del lienzo, y ella salió a fumarse un cigarro y echar un vistazo a las ilustraciones del *Courier Français*.

No sé si había algo en el agarré o se trataba de un defecto del lienzo, pero cuanto más frotaba, más parecía extenderse la gangrena. Rasqué como un castor para sacarla, pero la enfermedad parecía propagarse de un miembro a otro del retrato ante mis ojos. Alarmado, luché por detenerla, pero entonces el color del pecho cambió y toda la figura pareció absorber la infección como una esponja sumergida en agua. Trabajé vigorosamente con la paleta, agarré y una rasqueta, pensando en todo momento en el tremendo rapapolvo que iba a echar a Duval, quien me había vendido el lienzo. Pero pronto advertí que no era el lienzo lo que estaba defectuoso, ni siquiera los colores de Edward. «Debe de ser el agarré», pensé malhumorado, «o bien mis ojos se han deslumbrado y confundido tanto por la luz de la tarde que ni tan siquiera puedo ver correctamente». Llamé a Tessie, la modelo. Ella entró y se apoyó sobre mi asiento exhalando anillos de humo en el aire.

—¿Qué le ha estado *haciendo*? —exclamó.

—Nada —gruñí—, ¡debe ser este agarré!

—Qué color más horrible tiene ahora —continuó—. ¿No le parece que mi piel parece queso verde?

—No, no lo creo —dije enfadado—, ¿es que alguna vez me has visto pintar de esa forma?

—¡No, claro que no!

—¡Pues bien, entonces!

—Debe ser el agarré, o algo así —admitió ella.

Se cubrió con una túnica japonesa y se acercó a la ventana. Yo rasqué y froté hasta que me sentí cansado; finalmente cogí los pinceles y los lancé rompiendo el lienzo mientras profería maldiciones, de las cuales Tessie tan sólo alcanzó a oír el tono.

Sin embargo, inmediatamente comenzó a renegar:

—¡Ya está bien de maldecir, hacer el tonto y arruinar sus pinceles! Lleva tres semanas con ese retrato, ¡y mire ahora! ¿De qué sirve que destroce el lienzo? ¡Qué criaturas más caprichosas son los artistas!

Me sentí tan avergonzado como habitualmente me sentía tras semejante explosión, y giré el arruinado lienzo hacia la pared. Tessie me ayudó a limpiar los pinceles, y luego se alejó dando saltitos para vestirse. Desde detrás del biombo me ofreció consejos sobre la pérdida total o parcial de nervios, hasta que, pensando quizás que ya me había atormentado lo suficiente, salió para suplicarme que le abotonara desde la cintura hasta el hombro, donde ella no alcanzaba.

—Todo empezó a ir mal desde el momento en que regresó de la ventana y comentó algo sobre aquel hombre del atrio de aspecto horrible —afirmó ella.

—Sí, probablemente haya embrujado el cuadro —dije bostezando. Miré mi reloj.

—Son más de las seis, lo sé —dijo Tessie, ajustándose el sombrero delante del espejo.

—Sí —contesté—, siento haberte retenido tanto tiempo —me apoyé sobre la ventana, pero retrocedí asqueado porque el joven con el rostro pálido seguía de pie junto al atrio. Tessie advirtió mi gesto de desaprobación y se inclinó sobre la ventana.

—¿Es ése el hombre que no le gusta? —susurró, y yo asentí—. No puedo verle la cara, pero parece gordo y blando. Por alguna razón —continuó, volviéndose a mirarme— me recuerda un sueño... un terrible sueño que tuve en una ocasión. O quizás... —reflexionó mirando sus hermosos zapatos—, ¿fue realmente un sueño?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —sonreí.

Tessie me devolvió la sonrisa.

—Usted estaba en él —dijo ella—, así que quizás puede que supiera algo.

—¡Tessie! ¡Tessie! —protesté—, ¡no te atrevas a adularme diciendo que sueñas conmigo!

—Pero es cierto —insistió ella—, ¿quiere que se lo cuente?

—Adelante —repliqué, y se encendió un cigarrillo.

Tessie se echó hacia atrás apoyándose sobre el alféizar de la ventana abierta y comenzó a hablar muy seria.

—Una noche del pasado invierno estaba echada sobre la cama sin pensar en nada en particular. Había estado posando para usted y me sentía cansada y, sin embargo, no podía dormir. Escuché las campanas de la ciudad dando las diez, las once y la medianoche. Debí de dormirme alrededor de la medianoche, porque no recuerdo haber oído más campanadas. Me pareció que apenas acababa de cerrar los ojos cuando soñé que algo me impulsaba a acercarme a la ventana. Me levanté y, tras alzar el marco de la ventana, me apoyé sobre el alféizar. La calle Veinticinco estaba desierta hasta donde me alcanzaba la vista. Comencé a sentir miedo; todo ahí fuera parecía tan... tan negro e inhóspito. Entonces llegó a mis oídos el sonido de unas ruedas en la distancia, y me pareció que ese era el motivo por el que estaba esperando. Las ruedas se aproximaron muy lentamente, y por fin divisé un vehículo que avanzaba por la calle. Se iba acercando poco a poco, y cuando pasó por debajo de mi ventana vi que era una carroza fúnebre. Entonces, mientras yo temblaba de miedo, el conductor volvió la cabeza y me miró directamente a los ojos. Cuando me desperté estaba de pie junto a la ventana abierta temblando de frío, pero la carroza fúnebre con plumón negro y el conductor se habían ido. Soñé lo mismo el pasado mes de marzo, y de nuevo me desperté junto a la ventana abierta. Ayer noche volví a tener el mismo sueño. ¿Recuerda cómo llovía? Cuando me desperté, de pie junto a la ventana abierta, mi camisón estaba empapado.

—¿Pero dónde aparezco yo en el sueño? —pregunté.

—Usted... usted estaba en el ataúd; pero no estaba muerto.

—¿En el ataúd?

—Sí.

—¿Cómo lo supiste? ¿Pudiste verme?

—No; sólo supe que estaba allí.

—¿Habías estado comiendo tostadas galesas o ensalada de langosta? —comencé a reírme, pero la joven me interrumpió con un grito angustiado—. ¿Eh? Pero ¿qué ocurre? —dije mientras ella se encogía en el alféizar de la ventana.

—El hombre... el hombre que está ahí abajo en el atrio de la iglesia... él conducía la carroza fúnebre.

—Tonterías —dije, pero los ojos de Tessie estaban desorbitados por el terror. Me acerqué a la ventana y miré fuera. El hombre se había ido—. Venga, Tessie —la animé—, no seas tonta. Has estado posando demasiado rato; estás nerviosa.

—¿Cree que podría olvidar esa cara? —murmuró ella—. Tres veces vi esa carroza fúnebre pasar bajo mi ventana, y en cada ocasión el conductor se giró y me miró. Oh, ese rostro estaba tan blanco y... y ¿blando? Parecía el de un muerto... como si llevara muerto mucho tiempo.

Conduje a la chica hasta una silla y le hice beber un vaso de Marsala. Luego me senté junto a ella e intenté darle algún consejo.

—Mira, Tessie —dije—, vete al campo una o dos semanas y dejarás de soñar con carrozas fúnebres. Posas durante todo el día, y cuando llega la noche tienes los nervios a flor de piel. No puedes seguir así. Y luego, además, en lugar de irte a la cama cuando has acabado tu día de trabajo, te escapabas a hacer picnics a *Sulzerís Park*, o te vas a Eldorado o a Coney Island, y cuando vienes por las mañanas estás totalmente reventada. No existe esa carroza fúnebre. Ha sido un sueño tras una cena de cangrejos.

Tessie sonrió débilmente.

—¿Y qué me dice del hombre en el atrio?

—Oh, simplemente es una criatura enfermiza de lo más común.

—¡Se lo juro, señor Scott: es tan cierto como que me llamo Tessie Reardon que el rostro del hombre de ahí abajo en el cementerio es el rostro del hombre que conducía la carroza fúnebre!

—¿Y qué? —dije—. Es un trabajo tan honrado como cualquier otro.

—¿Entonces cree que realmente vi esa carroza fúnebre?

—Oh —dije con diplomacia—, si la viste realmente, podría ser que el hombre de ahí abajo la condujera. No sería de extrañar.

Tessie se levantó, desdobló su pañuelo perfumado y, tras sacar un trozo de chicle de un nudo del dobladillo, se lo metió en la boca. Luego se quitó uno de los guantes y me ofreció la mano, con un sincero «Buenas noches, señor Scott», y salió.

II

A la mañana siguiente Thomas, el botones, me trajo el *Herald* y una información. La iglesia vecina había sido vendida. Di gracias a los cielos por ello, y no es que, siendo yo católico, sintiese ninguna repugnancia por los feligreses que se congregaban en la puerta, sino porque tenía los nervios destrozados por el vociferante predicador que pronunciaba cada palabra tan fuerte que retumbaba a través de la nave de la iglesia como si estuviera en mi propio apartamento, y que insistía en sus erres con una persistencia nasal que enervaba todos mis sentidos. Además, también estaba aquel demonio con forma humana, un organista, que se dedicaba a tocar algunos grandiosos himnos antiguos con una interpretación demasiado personal, y deseaba con toda mi alma la sangre de una criatura que podía ejecutar la doxología con una modificación de acordes menores que sólo se escucha en un cuarteto de estudiantes. Creo que el pastor era un buen hombre, pero cuando bramaba: «Y el Señorrrr dijo a Moisés, el Señorrrr es un guerrero; el Señorrrr es su nombre. ¡Mi ira se inflamará y os mataré con mi espada!», me preguntaba cuántos siglos de purgatorio se necesitarían para expiar tamaño pecado.

—¿Quién ha comprado la propiedad? —pregunté a Thomas.

—Nadie que yo conozca, señor. Dicen que el caballero propietario de estos apartamentos Hamilton estaba echando un vistazo. Puede que vaya a construir más estudios.

Me acerqué a la ventana. El joven con el rostro enfermizo estaba apostado junto a la verja del atrio, y con tan sólo mirarle me embargó la misma repugnancia abrumadora.

—Por cierto, Thomas —dije—, ¿quién es ese tipo de allí?

Thomas inhaló aire con gesto de desprecio.

—¿Aquel gusano de allí, señor? Es el vigilante nocturno de la iglesia, señor. Me toca las narices verle sentado toda la noche en esos escalones y mirando fijamente con todo el descaro. Le reventaría la cabeza, señor... y disculpe usted...

—Continúa, Thomas.

—Una noche, cuando regresaba a casa con Harry, el otro chico inglés, va y veo a ese tipo allí en los escalones. Molly y Jen estaban con nosotros, señor, las dos chicas del servicio de habitaciones, y entonces nos mira tan

descaradamente que me acerco a él y le digo: «¿Qué miras, babosa abotargada?», disculpe, señor, pero así se lo dije. Entonces va y no dice nada, y yo digo: «Sal aquí que te reviente esa cabeza de gelatina». Entonces salto la verja y entro, pero él no dice nada, sólo me mira descaradamente. Entonces le golpeo una vez, pero, ¡ugh!, su cabeza está tan fría y blanda que vomitaría sólo con tocarla.

—¿Qué hizo él entonces? —pregunté con curiosidad.

—¿Él? Nada.

—¿Y tú, Thomas?

El joven se ruborizó como avergonzado y sonrió incómodo.

—Señor Scott, no soy un cobarde y no puedo entender por qué corrí. He estado en el Quinto de Lanceros, señor, corneta en Tel-el-Kebir, y me dispararon junto a las trincheras.

—¿Me estás diciendo que saliste corriendo?

—Sí, señor; me fui corriendo.

—¿Por qué?

—Eso mismo quiero saber yo, señor. Agarré del brazo a Molly y corrí, y los otros estaban tan asustados como yo.

—¿Pero de qué estabais asustados?

Thomas rehusó contestar durante unos momentos, pero mi curiosidad por el repulsivo joven ya había despertado y continué presionándole. Los tres años de estancia en América no sólo no habían modificado el acento *cockney* de Thomas, sino que le habían añadido el norteamericano miedo al ridículo.

—No me va a creer, señor Thomas.

—Sí, te creeré.

—¿Y no se reirá de mí, señor?

—¡Tonterías!

Vaciló unos segundos.

—Bueno, señor, Dios es testigo de que cuando le golpeé, él me sujetó las muñecas, señor, y cuando le retorcí su blando y viscoso puño, uno de sus dedos cayó en mi mano.

El intenso asco y horror en el rostro de Thomas debió de reflejarse en el mío, porque añadió:

—Es horrible, y ahora en cuanto le veo salgo pitando. Me pone enfermo.

Cuando Thomas se hubo marchado, me acerqué a la ventana. El hombre estaba en la parte exterior de la verja de la iglesia y tenía ambas manos apoyadas en la puerta, pero de nuevo retrocedí a toda prisa hacia mi caballete, asqueado y aterrorizado, porque pude ver que el dedo corazón de su mano derecha había desaparecido.

A las nueve en punto Tessie apareció y se escondió tras el biombo con un animado «Buenos días, señor Scott». Mientras reaparecía y se colocaba para posar en la tarima, comencé con un nuevo lienzo, lo cual la deleitó sobremanera. Permaneció en silencio mientras yo pintaba, pero en cuanto cesó el rasgueo del carboncillo y cogí el fijador, comenzó a parlotear.

—Oh, me lo pasé de maravilla ayer noche. Fuimos a Tony Pastor.

—¿Quiénes fuisteis? —inquirí.

—Oh, Maggie, ya sabe, la modelo del señor Whyte, y Pinkie McCormick... la llamamos Pinkie porque tiene esa hermosa melena pelirroja que a ustedes los pintores tanto les gusta... y Lizzie Burke.

Rocié con fijador el lienzo y dije:

—Bueno, continúa.

—Vimos a Kelly y Baby Barnes, la bailarina de velos y... y todos los demás. Estuve flirteando con un chico.

—¿Entonces me has traicionado, Tessie?

Ella rió y negó con la cabeza.

—Es el hermano de Lizzie Burke, Ed. Es un perfecto caballero.

Me sentí obligado a darle algunos consejos paternales sobre el flirteo, los cuales aceptó con una brillante sonrisa.

—Oh, ya sé cómo evitar los flirteos con extraños —dijo ella, examinando su chicle—, pero Ed es diferente. Lizzie es mi mejor amiga.

Entonces me contó cómo Ed había regresado de la fábrica de medias de Lowell, Massachusetts y las había encontrado a ella y a Lizzie ya convertidas en mujercitas, y lo buen mozo que era y lo poco que le había costado gastarse medio dólar en helados y ostras para celebrar su nuevo trabajo de oficinista en el departamento de lana de Macy's. Antes de que acabara, comencé a pintar, y ella volvió a posar, sonriendo y cotorreando

como un gorrión. A mediodía tenía el retrato bastante bien perfilado y Tessie se acercó para mirarlo.

—Mucho mejor —dijo.

Y así lo pensaba yo también, y comí el almuerzo con una sensación satisfecha de que todo iba bien. Tessie colocó su almuerzo sobre la mesa de dibujo frente a mí y bebimos el clarete de la misma botella y encendimos cigarrillos con la misma cerilla. Yo me sentía muy unido a Tessie. La había visto florecer hasta convertirse en una mujer delgada pero de exquisita figura desde que era una niña frágil y patosa. Había posado para mí durante los tres últimos años, y de todas mis modelos ella era mi favorita. En efecto, me habría preocupado sobremanera si se hubiera vuelto arisca o demasiado superficial, pero jamás observé ningún deterioro de su carácter, y sabía con seguridad que ella estaba bien. Tessie y yo nunca discutíamos sobre cuestiones morales, y yo no tenía intención de empezar a hacerlo, en parte porque no tenía ningún consejo que darle, y en parte porque sabía que ella haría lo que le apeteciera a pesar de mis consejos. Sin embargo, aún tenía esperanzas de que se mantuviera alejada de cualquier complicación, porque deseaba lo mejor para ella, y también porque quería conservar la mejor modelo que tenía. Sabía que el flirteo, como ella lo llamaba, no tenía la mayor importancia para chicas como Tessie, y que tales cosas en Norteamérica no se parecían ni remotamente a las mismas cuestiones en París. Sin embargo, habiendo vivido siempre con los ojos bien abiertos, también sabía que algún día alguien se llevaría a Tessie de una forma u otra, y aunque yo creía que el matrimonio era algo absurdo, sinceramente esperaba que, en este caso, hubiese un cura al final del camino. Soy católico. Cuando voy a misa, cuando me persigno, siento que todo, incluido yo mismo, es más agradable, y cuando me confieso, me siento bien. Un hombre que vive tan solitariamente como yo debe confesarse a alguien. Además, Sylvia era católica, y con eso me bastaba. Pero estaba hablando de Tessie, que es muy diferente. Tessie también era católica y mucho más devota que yo, así que, teniendo todo esto en cuenta, mi bonita modelo no iba darme muchos quebraderos de cabeza hasta el momento en que se enamorase, porque entonces sabía que tan sólo el destino decidiría su futuro por ella, e interiormente rezaba para que ese destino la mantuviese alejada

de hombres como yo y le pusiese en su camino a hombres como Ed Burke y Jimmy McCormick. ¡Que Dios bendiga su dulce rostro!

Tessie estaba sentada exhalando humo hacia el techo y agitando el cubito de hielo de su bebida.

—¿Sabes que yo también tuve un sueño ayer noche? —comenté.

—No sería sobre ese hombre —se rió.

—Exactamente. Un sueño similar al tuyo, pero mucho peor.

Fue estúpido e irreflexivo que dijera esto, pero ya se sabe el poco tacto que poseen los pintores en general.

—Debí de dormirme sobre las diez en punto —continué—, y después de un rato soñé que me despertaba. Oí tan nítidamente las campanadas de medianoche, el viento en las ramas de los árboles y el silbido de los barcos de vapor de la bahía que incluso ahora a duras penas dudo si realmente no estaba despierto. Parecía estar tumbado dentro de una caja con una tapa de cristal. Observé borrosamente las farolas de la calle mientras pasaba, porque debo decir, Tessie, que la caja en la que estaba tumbado parecía descansar sobre un carro acolchado que traqueteaba sobre el pavimento empedrado. Después de un rato comencé a impacientarme e intenté moverme, pero la caja era demasiado estrecha. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, de forma que no podía levantarlas para ayudarme con ellas. Agucé el oído y luego intenté gritar. Mi voz había desaparecido. Podía oír los cascos de los caballos que tiraban del carro e incluso la respiración del conductor. Entonces, otro sonido llegó a mis oídos, como si alguien abriera una ventana. Logré girar levemente la cabeza y descubrí que podía ver no sólo a través del cristal de mi caja, sino también a través de los cristales laterales del vehículo. Vi casas, vacías y silenciosas, sin luz ni vida en el interior de ninguna de ellas, excepto en una. En aquella casa había una ventana abierta en la primera planta y una figura totalmente vestida de blanco miraba a la calle. Eras tú.

Tessie había apartado su rostro de mí y tenía los codos apoyados sobre la mesa.

—Pude ver tu rostro —continué—, y me pareció que reflejaba una enorme pena. Entonces pasamos bajo tu ventana y giramos hacia una estrecha y negra calle. Poco después los caballos pararon. Esperé y esperé,

con los ojos cerrados, temeroso e impaciente, pero todo permanecía tan silencioso como una tumba. Después de lo que me parecieron horas, comencé a sentirme incómodo. Una sensación de que alguien estaba cerca de mí me hizo abrir los ojos. Entonces vi el blanco rostro del conductor de la carroza fúnebre mirándome a través de la tapa del ataúd...

Me interrumpió un sollozo de Tessie. Estaba temblando como una hoja. Comprendí entonces lo estúpido que había sido e intenté reparar el daño.

—Pero ¿por qué, Tess? —dije—, sólo te he contado esto para demostrarte qué influencia puede tener tu historia en los sueños de otra persona. No creerás en serio que yo yacía en un ataúd, ¿verdad? ¿Por qué tiembles? ¿No comprendes que tu sueño y mi irracional desagrado por aquel inofensivo vigilante de la iglesia simplemente pusieron a funcionar mi cerebro en cuanto me dormí?

Tessie apoyó la cabeza entre sus brazos y sollozó como si tuviera el corazón roto. ¡Menudo zopenco había sido! Pero estaba a punto de batir mi propio récord. Me acerqué a ella y la rodeé con el brazo.

—Tessie, querida, perdóname —dije—; no tenía derecho a asustarte con tantas tonterías. Eres una chica demasiado sensible, una católica demasiado buena para creer en sueños.

Su mano se tensó en la mía y apoyó la cabeza en mi hombro, pero seguía temblando y la acaricié para reconfortarla.

—Venga, Tess, abre los ojos y sonríe.

Abrió los ojos con un movimiento lento y lánguido y los posó en los míos, pero tenía una expresión tan extraña en su rostro que me apresuré a tranquilizarla.

—Es todo falso, Tessie, no es posible que creas que te puede pasar nada malo por eso.

—No —dijo ella, pero sus labios escarlata temblaron.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Tienes miedo?

—Sí. Pero no por mí.

—¿Por mí, entonces? —pregunté jovialmente.

—Por usted —murmuró con un hilo de voz casi inaudible—, yo... yo le quiero...

Al principio comencé a reírme, pero en el momento en que la comprendí, sentí un mazazo y me quedé sentado totalmente petrificado. Éste había sido el culmen de todas las estupideces que había cometido. Durante los segundos que pasaron entre su respuesta y mi réplica, pensé en mil respuestas posibles a aquella inocente confesión. Podía dejarla pasar con una risa, podía fingir que no la había entendido y tranquilizarla sobre mi salud, podía simplemente señalar que era imposible que ella pudiera amarme. Pero mi respuesta fue más rápida que mis pensamientos y podría haber seguido pensando y pensando cuando ya era demasiado tarde, porque en aquel instante la besé en la boca.

Aquella tarde salí a dar mi habitual paseo por el parque de Washington, reflexionando sobre todo lo acontecido ese día. Estaba profundamente involucrado. No era posible echarse atrás ahora, y miré al futuro de frente. No era un hombre bueno, ni siquiera escrupuloso, pero ni por un segundo se me pasó por la cabeza engañarme a mí mismo o a Tessie. La única pasión de mi vida permanecía enterrada en los soleados bosques de Bretaña. ¿Enterrada para siempre? La Esperanza me gritó «¡No!». Durante tres años había estado escuchando la voz de la Esperanza, y durante tres años había estado esperando oír unos pasos en el umbral de mi puerta. ¿Se había olvidado Sylvia? «¡No!», me gritó la Esperanza.

He dicho que no soy una buena persona. Y es cierto, pero tampoco soy lo que se dice un patético villano de ópera. Había gozado de una vida fácil y temeraria, aceptando todo lo que me reportara placer, deplorando y en ocasiones arrepintiéndome amargamente de las consecuencias. Tan sólo me tomaba en serio una cosa, aparte de mi arte, y esta permanecía escondida, si no perdida para siempre, en los bosques bretones.

Era ya demasiado tarde para arrepentirme de lo ocurrido durante el día. Ya fuera pena, o una repentina ternura por su tristeza, o un instinto más brutal de vanidad gratificada, ahora ya daba igual, y, a menos que deseara herir un corazón inocente, mi camino ya estaba marcado frente a mí. El fuego y la intensidad, la profundidad apasionada de un amor que yo ni siquiera había sospechado, a pesar de mi supuesta experiencia mundana, no me dejaron más alternativas que responder o rechazarla. Si fue porque soy un cobarde cuando se trata de causar daño a otros, o porque me queda bien

poco dentro de mí del sombrío puritano, no lo sé, pero me amedrenté y no renegué de mi responsabilidad por ese beso irreflexivo, y de hecho no tuve tiempo de hacerlo antes de que las puertas de su corazón se abrieran y una riada se desbordase de él. Otros que habitualmente cumplen con su deber y encuentran una hosca satisfacción en hacerse ellos mismos y a todos los demás infelices podrían haberse resistido. Pero yo no. No me atreví. Después de que la tormenta amainara, le dije que podría irle mejor si amara a Ed Burke y llevase una sencilla sortija de oro, pero ella se negó a escucharme, y pensé que quizás, ya que ella había decidido amar a alguien con quien no podía casarse, mejor que fuera a mí. Yo, al menos, podría tratarla con un afecto inteligente, y cuando se cansase de su capricho no saldría peor parada por ello. Y es que yo ya me había decidido en ese punto, aunque sabía lo difícil que sería. Pensé en el final habitual de las relaciones platónicas y recordé lo disgustado que me sentía cuando oía hablar de alguna. Sabía que estaba asumiendo una difícil tarea para un hombre tan poco escrupuloso como yo, y temía el futuro, pero ni un solo segundo dude de que ella estaría segura conmigo. Si hubiera sido cualquier otra persona distinta a Tessie, no me hubiera devanado los sesos con escrúpulos. Y es que no se me pasaba por la mente sacrificar a Tessie como lo hubiera hecho con una mujer de mundo. Miré el futuro de frente y contemplé los distintos finales del *affaire*. O bien ella se cansaría de toda la situación, o bien sería tan desdichada que yo tendría que casarme con ella o huir. Si me casaba con ella, seríamos infelices. Yo con una esposa no apropiada para mí, y ella con un marido no apropiado para ninguna mujer. Mi vida pasada difícilmente me otorgaba el derecho a casarme. Si me fuera, ella podría o bien enfermar, recuperarse y casarse con Eddie Burke, o podría inconsciente o deliberadamente escapar y hacer algo estúpido. Por otro lado, si se cansaba de mí, entonces su vida todavía se mostraría ante sus ojos con bellas perspectivas de Eddie Burkes y anillos de matrimonio y gemelos y apartamentos en Harlem y Dios sabe qué más. Mientras paseaba por entre los árboles junto al Arco de Washington, decidí que en todo caso ella encontraría un buen amigo en mí y que el futuro podría cuidarse de sí mismo. A continuación entré en la casa y me vestí de noche; había leído la pequeña nota ligeramente perfumada en mi aparador que decía: «Espéreme

con un coche de alquiler en la entrada de artistas a las once», firmada por «Edith Carmichael, Metropolitan Theater, 19 de junio, 189—».

Cené esa noche, o más bien, cenamos la señorita Carmichael y yo en Solari's y el amanecer comenzaba a dorar la cruz de la Memorial Church cuando entré en Washington Square tras dejar a Edith en el Brunswick. No había ni una sola alma en el parque cuando pasé entre los árboles y tomé la senda que lleva desde la estatua de Garibaldi hasta los Apartamentos Hamilton, pero cuando pasaba junto al atrio de la iglesia vi una figura sentada en los escalones de piedra. A mi pesar, un escalofrío me recorrió al ver la hinchada cara blanca, y aceleré el paso. Entonces él dijo algo que podría haber estado dirigido a mí o quizás simplemente se lo murmuró a sí mismo, pero una repentina ira furibunda se encendió dentro de mí al ver que semejante criatura me interpelaba. Durante unos segundos sentí el impulso de girarme sobre mis talones y golpearle en la cabeza con el bastón, pero continué andando y, tras entrar en el edificio Hamilton, me dirigí a mi apartamento.

Durante algún tiempo estuve dando vueltas en la cama, intentando borrar el sonido de su voz en mis oídos, pero me fue imposible. Invadía mi cabeza con aquel sonido farfullante, como un aceitoso y pesado humo que manara de una freidora o el hedor de una fétida putrefacción. Y mientras estaba allí tendido dando vueltas, la voz en mis oídos se hizo más nítida, y comencé a entender las palabras que había murmurado. Me llegaron lentamente, como si las hubiera olvidado, y por fin pude encontrar el sentido a los sonidos. Era el siguiente:

—¿Ha encontrado el Signo Amarillo?

—¿Ha encontrado el Signo Amarillo?

—¿Ha encontrado el Signo Amarillo?

Estaba furioso. ¿Qué significaba eso? Entonces, maldiciéndole, me di la vuelta y me dispuse a dormir, pero cuando me desperté más tarde estaba pálido y demacrado, porque había estado soñando el sueño de la noche anterior y me había incomodado más de lo que hubiera deseado.

Me vestí y bajé al estudio. Tessie estaba sentada junto a la ventana, pero cuando entré se levantó y puso sus brazos alrededor de mi cuello para

darme un beso inocente. Se la veía tan dulce y delicada que la besé otra vez y luego me senté frente al caballete.

—¡Eh! ¿Dónde está el retrato que comencé ayer? —pregunté.

Tessie parecía haberse dado cuenta, pero no respondió. Comencé a buscar entre los lienzos apilados, diciendo:

—¡Date prisa, Tess, y prepárate! Quiero aprovechar la luz de la mañana.

Cuando finalmente terminé de comprobar el resto de lienzos y me giré para echar un vistazo a la habitación en busca del retrato, advertí que Tessie estaba de pie junto al biombo con la ropa aún puesta.

—¿Qué ocurre? —pregunté—, ¿no te sientes bien?

—Sí.

—Entonces, date prisa.

—¿Quieres que pose como... como siempre he posado?

Entonces comprendí. Aquí teníamos otra complicación. Por supuesto, había perdido la mejor modelo de desnudo que jamás hubiera tenido. Miré a Tessie. Su rostro estaba escarlata. ¡Ay, ay! Habíamos comido del árbol del conocimiento, y el Edén y la inocencia original eran tan sólo sueños del pasado... es decir... para ella.

Supongo que notó la decepción en mi rostro, porque a continuación dijo:

—Posaré si así lo deseas. El retrato está detrás del biombo, donde lo puse.

—No —dije—, comenzaremos algo nuevo.

Me dirigí al armario y elegí un vestido árabe que relucía con adornos brillantes. Era un vestido real y Tessie se retiró al biombo encantada con él. Cuando salió me quedé atónito. Su largo cabello negro estaba recogido sobre su cabeza con una diadema de turquesas, y las puntas se rizaban alrededor del reluciente fajín. Los pies estaban enfundados en unas zapatillas bordadas acabadas en punta y la falda del vestido, curiosamente tejida con arabescos de plata, le llegaba hasta los tobillos. El corpiño de un color azul metálico profundo y la chaquetilla morisca con lentejuelas y turquesas engarzadas le sentaban maravillosamente. Tessie se acercó a mí y me miró sonriente. Deslicé la mano en el bolsillo, saqué una cadena de oro con una cruz y se la puse por encima de la cabeza.

—Es tuya, Tessie.

—¿Mía? —tartamudeó ella.

—Tuya. Ahora ve y posa.

Entonces con una sonrisa radiante corrió tras el biombo y en breve reapareció con una cajita en la que estaba escrito mi nombre.

—Quería dártela antes de irme a casa esta noche —dijo ella—, pero ahora no puedo esperar.

Abrí la caja. Sobre el algodón rosa del interior había un broche de ónice negro en el que había tallado un extraño símbolo o letra en oro. No era árabe ni chino, ni tampoco pertenecía a ningún tipo de escritura humana, como más tarde averigüé.

—Es lo único que tengo para ofrecerte como recuerdo —dijo con timidez.

Yo estaba algo molesto, pero le dije lo mucho que apreciaba el detalle, y le prometí que lo llevaría siempre. Ella lo abrochó en mi abrigo, bajo la solapa.

—Qué locura, Tess, que hayas ido a comprarme algo tan bello como esto —dije.

—No lo he comprado —rió ella.

—¿De dónde lo has sacado?

Entonces me explicó que lo encontró un día mientras salía del acuario en el Battery y que puso un anuncio en los periódicos y los estuvo leyendo durante días, pero que finalmente había perdido toda esperanza de encontrar al dueño.

—Eso ocurrió el pasado invierno —dijo—, el mismo día que tuve el primer sueño horrible con la carroza fúnebre.

Recordé mi sueño de la noche anterior, pero no dije nada; en breve mi carboncillo volaba sobre el nuevo lienzo y Tessie permaneció inmóvil sobre el estrado.

III

El día siguiente fue desastroso para mí. Mientras transportaba un lienzo con marco de un caballete a otro, resbalé sobre el suelo pulido y caí pesadamente sobre ambas muñecas. Me las torcí tanto que me resultaba imposible sujetar un pincel, y me vi obligado a pasear de un lado a otro del estudio, mirando de reojo dibujos y bocetos inacabados hasta que me invadió la desesperación y me senté furioso a fumar y a hacer círculos con los pulgares. La lluvia golpeaba contra las ventanas y repiqueteaba sobre el tejado de la iglesia, un ruido que me produjo un ataque de nervios con su interminable golpeteo. Tessie estaba sentada junto a la ventana cosiendo, y de vez en cuando levantaba la cabeza y me miraba con una compasión tan inocente que comencé a sentirme avergonzado por mi irritación; entonces, miré a mi alrededor buscando algo con lo que mantenerme ocupado. Había leído todos los periódicos y todos los libros de la biblioteca, pero, para entretenerme, me acerqué a las vitrinas de libros y las abrí con el codo. Conocía todos los libros por su color y los examiné uno tras otro, paseando lentamente por la biblioteca y silbando para levantarme el ánimo. Cuando me giré para dirigirme al comedor, mis ojos se quedaron clavados en un libro encuadernado en amarillo y que estaba colocado en una esquina del estante superior de la última estantería. No lo recordaba, y desde el suelo no lograba descifrar las pálidas letras del lomo, así que me dirigí al cuarto de fumar y llamé a Tessie. Ella vino del estudio y se encaramó para alcanzarme el libro.

—¿Qué es? —pregunté.

—*El Rey de Amarillo*.

Me quedé estupefacto. ¿Quién lo había colocado allí? ¿Cómo había llegado a mi apartamento? Mucho tiempo atrás decidí no abrir jamás ese libro, y nada en este mundo me hubiera hecho comprarlo. Temía que la curiosidad me tentara a abrirlo, pero la terrible tragedia del joven Castaigne, a quien yo conocía, me impedía explorar sus páginas malignas. Siempre había rehusado escuchar ni una sola descripción del mismo y, por supuesto, nadie jamás osó discutir en voz alta la segunda parte, así que desconocía absolutamente cualquier detalle de lo que aquellas hojas podrían revelar. Miré la venenosa portada amarilla como miraría a una serpiente.

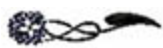
—No lo toques, Tessie —dije—, baja.

Por supuesto, mi advertencia bastó para despertar su curiosidad, y antes de que pudiera evitarlo, había cogido el libro, riéndose, y se fue bailando con él hacia el estudio. La llamé, pero se escabulló de mis manos inútiles con una sonrisa torturadora, y la seguí con cierta impaciencia.

—¡Tessie! —grité mientras entraba de nuevo en la biblioteca—, escucha, lo digo en serio. Apártate de ese libro. ¡No quiero que lo abras!

La biblioteca estaba vacía. Entré en los dos salones, luego en los dormitorios, el lavadero, la cocina, y finalmente regresé a la biblioteca e inicié una búsqueda sistemática. Tessie se había escondido tan bien que me llevó media hora descubrirla agazapada, pálida y silenciosa, junto a la ventana de celosía en el trastero del piso de arriba. En cuanto la vi, me di cuenta de que había sido castigada por su insensatez. *El Rey de Amarillo* estaba tirado a sus pies, pero el libro estaba abierto por la segunda parte. Miré a Tessie y vi que ya era demasiado tarde. Había abierto *El Rey de Amarillo*. Luego tomé su mano y la conduje al estudio. Parecía aturdida y, cuando le dije que se echara en el sofá, me obedeció sin rechistar. Después de un rato cerró los ojos y su respiración se hizo regular y profunda, pero no pude averiguar si estaba dormida o no. Durante un largo lapso de tiempo me quedé sentado en silencio junto a ella, pero ella no se movió ni habló. Por fin, me levanté y, tras entrar en el trastero en desuso, cogí el libro amarillo con la mano menos dañada. Me pareció tan pesado como el plomo, pero lo llevé de nuevo al estudio, me senté en la alfombra junto al sofá, lo abrí y lo leí de principio a fin.

Cuando, débil por los excesos de mis emociones, dejé el libro y apoyé exhausto la espalda en el sofá, Tessie abrió los ojos y me miró.



Llevábamos hablando largo y tendido en un mortecino y monótono tono de voz cuando me di cuenta de que estábamos discutiendo sobre *El Rey de Amarillo*. Oh, el pecado de escribir semejantes palabras... palabras que son diáfanas como el cristal, transparentes y musicales como manantiales burbujeantes, ¡palabras que destellan y resplandecen como los envenenados diamantes de los Médicis! Oh, la perversidad, la condena sin esperanza de

un alma capaz de fascinar y paralizar a criaturas humanas con tales palabras, palabras comprendidas tanto por el ignorante como por el sabio, palabras más preciosas que joyas, más reconfortantes que música celestial, más terribles que la propia muerte.

Hablamos y hablamos, haciendo caso omiso de las sombras que se agolpaban a nuestro alrededor, y ella me suplicaba que me deshiciera del broche de ónice negro con la extraña incrustación de lo que ahora sabíamos que era el Signo Amarillo. Nunca sabré por qué me negué a hacerlo, incluso en estos momentos, aquí en mi dormitorio mientras escribo esta confesión, me gustaría saber qué fue lo que me impidió arrancarme el Signo Amarillo del pecho y lanzarlo al fuego. Estoy seguro de que deseaba hacerlo, pero Tessie me suplicó en vano. La noche cayó y las horas se arrastraron, pero aún continuamos susurrando el uno al otro sobre el Rey y la Máscara Pálida, y la medianoche resonó en las brumosas agujas de la ciudad cubierta por la niebla. Hablamos de Hastur y de Cassilda mientras en el exterior la bruma se agolpaba contra los vacíos cristales de las ventanas, como las turbias olas se agolpan y rompen contra las orillas de Hali.

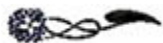
La casa estaba en total silencio en esos momentos y ni un solo ruido de las brumosas calles lo quebrantó. Tessie estaba tendida entre cojines y su rostro era un manchón grisáceo en la penumbra, pero sus manos sujetaban las mías y yo sabía que ella sabía y que leía mis pensamientos como yo leía los suyos, porque habíamos entendido el misterio del Hades y el Fantasma de la Verdad se nos había revelado. Entonces, mientras nos respondíamos el uno al otro, rápidamente, en silencio, pensamiento tras pensamiento, las sombras se agitaron en la penumbra a nuestro alrededor, y lejos en las calles distantes escuchamos un sonido. Se fue acercando más y más, el amortiguado crujido de unas ruedas, más y más cerca, y aún más cerca, hasta que cesó justo frente a la puerta. Me acerqué con paso lento a la ventana y vi una carroza fúnebre con plumón negro. La verja de abajo se abrió y se cerró, me arrastré temblando hasta la puerta de mi apartamento y eché el cerrojo, pero sabía que ningún cerrojo, ninguna llave mantendría fuera a esa criatura que había venido en busca del Signo Amarillo. Y entonces lo escuché moviéndose muy suavemente por el pasillo. Ahora ya estaba frente a la puerta, y los cerrojos se pudrieron bajo su mano. Y

entonces entró. Mis ojos se salían de sus órbitas mientras escudriñaba la oscuridad, pero cuando entró en la habitación no lo vi. Sólo cuando le sentí rodeándome con su frío y viscoso abrazo grité y luché con mortífera furia, pero mis manos lucharon en vano; me arrancó el broche de ónice del abrigo y me golpeó en la cara. Entonces, mientras caía al suelo, escuche el débil grito de Tessie y su espíritu huyó para encontrarse con Dios, e incluso mientras caía al suelo deseé seguirla, porque sabía que el Rey de Amarillo había abierto su raído manto y ya sólo podía suplicar a Cristo.

Podría contar más cosas, pero no veo en qué beneficiaría al mundo. En cuanto a mí, estoy más allá de cualquier ayuda o esperanza humana. Mientras estoy aquí tendido, escribiendo, sin importarme si muero o no antes de acabar, puedo ver al doctor recogiendo sus polvos y ampollas y dirigiendo un vago gesto al buen cura que está de pie junto a mí... un gesto que comprendo.

Tendrán curiosidad por conocer la tragedia... aquellos del mundo exterior que escriben libros e imprimen millones de periódicos, pero ya no escribiré más, y el padre confesor sellará mis últimas palabras con el lacre de santidad cuando su santo oficio termine. Aquellos del mundo exterior pueden enviar a sus vástagos a casas derruidas y hogares golpeados por la muerte, y sus periódicos prosperarán a base de sangre y lágrimas, pero conmigo sus espías deberán detenerse ante el secreto confesional. Saben que Tessie está muerta y que yo estoy muriéndome. Saben que los habitantes de la casa, despertados por un grito infernal, entraron a toda prisa en mi cuarto y encontraron a un vivo y a dos muertos, pero no saben que el doctor dijo, señalando un horrible montón de restos descompuestos... el cadáver lívido del vigilante de la iglesia:

—No tengo ninguna teoría o explicación a esto. ¡Ese hombre debe de llevar meses muerto!



Creo que me estoy muriendo. Ojalá el cura...

LA DEMOISELLE D'YS

(The Demoiselle d'Ys)

*Mais je croy que je
Suis descendu on puíz
Tenebreux onquel disoit
Heraclytus estre Verité cachée.*

*Hay tres cosas que me maravillan, oh, sí, y cuatro que
desconozco:*

El vuelo de un águila en el aire; el reptar de una serpiente sobre una roca;

el avance de un barco en medio del mar; y los requiebros de un hombre con una doncella.

I

La total desolación a mi alrededor comenzó a surtir efecto; estaba sentado enfrentándome a la situación en la que me encontraba y, a ser posible, intentando recordar alguna marca del paisaje que pudiera ayudarme a salir de mi presente posición. Si al menos pudiera encontrar el océano todo

estaría claro, porque sabía que se podía ver la isla de Groix desde los acantilados.

Dejé el rifle y, arrodillándome tras una roca, encendí una pipa. Luego miré el reloj. Eran casi las cuatro en punto. Probablemente me había alejado bastante de Kerselec desde el amanecer.

El día anterior había estado sobre los acantilados de Kerselec con Goulven, contemplando los sombríos páramos por los que ahora me había perdido; entonces estas colinas bajas me habían parecido planas como un prado que se extendía hasta el horizonte, y aunque sabía lo mucho que podían engañar las distancias, no advertí que lo que desde Kerselec parecían bajas colinas cubiertas de verde pasto eran en realidad enormes valles cubiertos de aulaga y brezo, y lo que parecían rocas esparcidas eran en realidad enormes riscos de granito.

«Mal sitio para un extraño», había dicho el viejo Goulven, «será mejor que lleves un guía». Yo le había contestado: «No me perderé». Y ahora sabía que me había perdido, mientras fumaba sentado y con el aire marino soplándome en el rostro. Por los cuatro costados se extendían los páramos, cubiertos de aulaga en flor y brezo y rocas de granito. No se veía ni un solo árbol, mucho menos una casa. Tras unos minutos, cogí el rifle y, dando la espalda al sol, continué avanzando pesadamente.

De poco servía seguir cualquiera de los ruidosos riachuelos que de vez en cuando se cruzaban en mi camino, porque, en lugar de llevarme hacia el mar, fluían tierra adentro hasta lagunas cubiertas de juncos en las hondonadas de los páramos. Había seguido ya varios, pero todos me habían conducido a ciénagas o silenciosas lagunas pequeñas de las que echaban a volar agachadizas piando, y me alejé invadido por un éxtasis de miedo. Comencé a sentirme exhausto y el rifle me descarnaba el hombro a pesar del doble forro. El sol fue hundiéndose más, lanzando sus rayos horizontalmente sobre la amarilla aulaga y las charcas de los páramos.

Mientras avanzaba, mi propia sombra gigantesca me precedía y parecía alargarse a cada nuevo paso. La aulaga me arañaba los pantalones y crujía bajo mis pies, llenando la tierra ocre de capullos, los helechos se inclinaban y ondeaban a mi paso. De las matas de brezo se escabullían los conejos entre los helechos y la hierba del páramo y escuché el perezoso graznido de

los patos silvestres. En una ocasión un zorro se cruzó en mi camino y, de nuevo, mientras estaba en cuclillas bebiendo en un arroyo bastante caudaloso, una garza levantó el vuelo agitando pesadamente las alas a mi lado. Me volví para mirar el sol. Parecía estar tocando los límites de la llanura. Cuando finalmente decidí que era inútil continuar avanzando y que debía aceptar el hecho de pasar al menos una noche en los páramos, me derrumbé profundamente agotado. Los rayos del sol de la tarde me llegaron oblicuos calentándome el cuerpo, pero los vientos marinos comenzaron a levantarse y sentí que un escalofrío me atravesaba el cuerpo subiendo por las botas de caza mojadas. Escuchaba en lo alto gaviotas que planeaban y se agitaban como trozos de papel blanco; desde un lejano pantano llamaba un solitario zarapito. Poco a poco, el sol se hundió en la llanura y el cenit relampagueó con el arrebol del ocaso. Contemplé cómo el cielo cambiaba desde el dorado más claro hasta el rosa y luego el ardiente fuego. Nubes de mosquitos bailaban sobre mi cabeza y arriba en el aire calmado un murciélago bajaba en picado y subía en vertical. Los párpados comenzaron a pesarme. Entonces, mientras me sacudía el sueño, un repentino golpe entre los helechos me sobresaltó. Levanté la mirada. Un pájaro enorme pendía tembloroso en el aire sobre mi rostro. Durante un instante lo observé, incapaz de moverme; entonces algo saltó a mi lado por entre los helechos y el pájaro se elevó, giró, y se lanzó cabeza abajo entre los matorrales.

Me puse en pie en un segundo, examinando la aulaga. Escuché el sonido de lucha en unas matas de brezo cercanas, y luego se hizo el silencio. Me adelanté unos pasos, apuntando con el rifle, pero cuando llegue al brezo volví a colocármelo bajo el brazo y me quede inmóvil, silenciosamente atónito. Una liebre muerta yacía sobre el suelo, y sobre la liebre estaba posado un magnífico halcón con una garra enterrada en el cuello de la criatura y la otra firmemente apoyada en su flanco inerte. Pero lo que más me asombró no fue sólo la visión del halcón sobre su presa. Había visto eso en más de una ocasión. Lo que más me asombró fue que del halcón colgase una especie de correa que rodeaba ambas garras, y de la cual pendía una pieza redonda de metal semejante a un cascabel. El pájaro volvió sus fieros ojos amarillos hacia mí y, a continuación, se inclinó y

horadó la presa con su pico curvo. En ese mismo momento sonaron unos pasos apresurados entre el brezo y una joven surgió de los matorrales de delante. Sin mirarme ni una sola vez avanzó hacia el halcón y, tras pasar la mano con guante por debajo del pecho del animal, lo apartó de la presa. A continuación deslizó hábilmente una pequeña caperuza sobre la cabeza del ave y, sosteniéndola sobre su guante, se agachó y recogió la liebre.

Pasó una cuerda por la pata del animal y ató el extremo a la correa de su cinto. Luego comenzó a retroceder atravesando de nuevo los matorrales. Al pasar a mi lado levanté la gorra y ella advirtió mi presencia con una inclinación de cabeza apenas perceptible. Yo estaba tan atónito, tan absorto por la admiración que despertó en mí la escena que no se me ocurrió que allí estaba mi salvación. Pero cuando ella se alejaba fui consciente de que a menos que quisiera dormir en un páramo ventoso esa noche más me valdría recuperar el habla sin demora. Al pronunciar mi primera palabra la joven vaciló, y cuando me acerqué a ella creí ver una mirada de miedo en sus hermosos ojos. Pero mientras trataba de explicar mi desagradable situación, su rostro se ruborizó y me miró sorprendida.

—¡Es imposible que haya venido desde Kerselec! —repitió ella.

Su dulce voz no tenía ningún rastro de acento bretón ni ningún otro acento que yo conociera, y sin embargo había algo que me parecía haber oído antes, algo curioso e indescriptible, como la música de una vieja canción.

Le expliqué que era norteamericano, que no estaba familiarizado con Finistère y que cazaba por divertimento.

—Un norteamericano —repitió ella con la misma curiosa entonación musical—. Nunca antes había visto a un norteamericano.

Durante unos segundos permaneció en silencio, luego me miró y dijo:

—Aunque anduviese toda la noche, ya no podría llegar a Kerselec, incluso con un guía.

Agradables noticias.

—Si al menos —dije— pudiera encontrar una cabaña de campesinos donde poder comer algo y refugiarme.

El halcón en su muñeca aleteó y sacudió la cabeza. La joven acarició el lustroso dorso del ave y me miró.

—Mire a su alrededor —dijo suavemente—. ¿Puede ver el límite de estos páramos? Mire: norte, sur, este, oeste. ¿Puede ver algo más que páramos y helechos?

—No —dije.

—Los páramos son inhóspitos y lúgubres. Es fácil entrar, pero en ocasiones los que entran nunca los abandonan. No hay cabañas de campesinos por aquí.

—Bueno —dije—, si me indicase la dirección a Kerselec, mañana no me llevará más tiempo regresar que lo que tardé en venir.

Ella me miró de nuevo con una expresión casi apenada.

—Ah —dijo—, venir es fácil y se tarda horas; regresar es diferente... y se puede tardar siglos.

La miré sorprendido, pero decidí fingir no haberla entendido. Entonces, antes de que yo tuviera tiempo de hablar, ella sacó un silbato de su cinturón y lo sopló.

—Siéntese y descanse —me dijo—; viene desde muy lejos y está cansado.

Se recogió los pliegues de la falda y, dirigiéndome una seña para que la siguiera, retomó su elegante y cuidadoso paso a través de la aulaga hasta una roca plana entre los helechos.

—Vendrán aquí directamente —dijo ella.

Tomó asiento en un extremo de la roca y me invitó a sentarme en el otro extremo. El crepúsculo estaba comenzando a desvanecerse en el cielo y una sola estrella titilaba débilmente a través de la rosada neblina. Un alargado y ondulante triángulo de aves acuáticas se alejó hacia el sur por encima de nuestras cabezas, y en las ciénagas a nuestro alrededor los chorlitos llamaban.

—Son bellísimos... estos páramos —dijo ella en voz baja.

—Bellos pero crueles con los extraños —respondí.

—Bellos y crueles —repitió absorta—, bellos y crueles.

—Como una mujer —dije yo estúpidamente.

—Oh —ella dejó escapar un leve gemido y, con el aliento cortado, me observó. Sus oscuros ojos se encontraron con los míos, y me pareció enfadada o asustada—. Como una mujer —repitió ella en voz baja—, ¡qué

cruel por su parte decir eso! —luego, tras una pausa y fingiendo hablar consigo misma en voz alta, repitió—: ¡Qué cruel por su parte decir eso!

No sé qué clase de disculpas le ofrecí por mi estúpido aunque inofensivo comentario, pero sé que parecía tan atribulada por ello que comencé a pensar que había dicho algo verdaderamente terrible sin saberlo, y recordé con horror las trampas que la lengua francesa tiende a los extranjeros. Mientras intentaba adivinar qué podría haber dicho, escuchamos un ruido de voces a través del páramo y la joven se puso en pie.

—No —dijo ella con una leve sonrisa en su pálido rostro—, no aceptaré sus disculpas, monsieur, pero voy a demostrarle que se equivoca, y esa será mi venganza. Mire. Por allí vienen Hastur y Raoul.

Dos hombres surgieron en el crepúsculo. Uno cargaba un morral sobre el hombro y el otro portaba un aro frente a él como un camarero portaría una bandeja. El aro estaba sujeto a sus hombros con correas y en el borde del anillo estaban posados tres halcones encapuchados y con cascabeles. La chica se acercó al halconero y con un rápido giro de muñeca transfirió su halcón al aro; este rápidamente se arrellanó y se acurrucó entre sus congéneres, los cuales sacudieron las cabezas encapuchadas y erizaron sus plumas hasta que las pihuelas con cascabeles volvieron a sonar. El otro hombre se adelantó, se inclinó con respeto y recogió la liebre y la lanzó al morral.

—Estos son mis *piqueurs* —dijo la joven, volviéndose hacia mí con elegante sobriedad—. Raoul es un excelente halconero, y algún día le nombraré *grand veneur*. Hastur es inigualable.

Los dos hombres silenciosos me saludaron con respeto.

—¿No le dije, monsieur, que le demostraría que se equivocaba? —continuó ella—. Ésta es, pues, mi venganza; que usted me haga el honor de aceptar comida y cobijo en mi propia casa.

Antes de que pudiera responderle, ella se dirigió a los halconeros, que inmediatamente partieron atravesando el brezo, y, tras dirigirme un grácil gesto, les siguió. No sé si llegué a hacerle comprender lo profundamente agradecido que me sentía, pero ella parecía escucharme con agrado mientras andábamos por el brezo cubierto de rocío.

—¿No está muy cansado? —preguntó.

Me había olvidado por completo de mi fatiga en su presencia, y así se lo dije.

—¿No cree que sus galanterías están un poco pasadas de moda? —dijo ella, y cuando la miré confundido y levemente humillado, ella añadió en voz baja—: Oh, me gusta, me gusta todo lo que está pasado de moda, y es una delicia oírle decir cosas tan bonitas.

El páramo a nuestro alrededor estaba en esos momentos en calma bajo el fantasmal manto de niebla. Los chorlitos habían dejado de cantar, los grillos y todas las criaturas pequeñas del campo callaban a nuestro paso y, sin embargo, tenía la impresión de que volvía a oírlos lejos a nuestras espaldas. Bastante adelantados, los dos altos halconeros avanzaban a grandes zancadas por el brezo y el débil tintineo de los cascabeles de los halcones nos llegaba a los oídos como alejados y susurrantes campanillas.

De repente, un espléndido perro de caza surgió de la niebla frente a nosotros, seguido de otro y otro más, hasta llegar a la media docena o más, saltando y brincando alrededor de la joven y junto a mí. Ella los acarició y acalló con la mano enfundada, hablándoles con palabras extrañas que recordaba haber leído en viejos manuscritos franceses.

Entonces los halcones en el aro que transportaba el halconero delante de nosotros comenzaron a batir las alas y a gritar, y desde algún lugar oculto los acordes de un cuerno de caza flotaron a través del páramo. Los perros se alejaron de un salto y se esfumaron en el crepúsculo, los halcones aletearon y chillaron sobre la percha, y la joven, acompañando la canción del cuerno, comenzó a tararear. Su voz sonaba clara y sedosa en el aire de la noche.

Chasseur, chasseur, chassez encore,
Quittez Rosette et Jeanneton,
Tonton, tonton, tontaine, tonton,
Ou, pour, rabattre, dès l'aurore,
Que les Amours soient de planton,
Tonton, tontaine, tonton.

Mientras escuchaba su encantadora voz, una masa gris que rápidamente se hizo más nítida surgió delante de nosotros, y el cuerno sonó jovialmente entre el barullo de perros y halcones. Una antorcha brillaba iluminando una verja, la luz se filtró por una puerta abierta y avanzamos cruzando un puente de madera que temblaba bajo nuestros pies y que se elevó crujendo y chirriando a nuestras espaldas tras pasar sobre un foso; por fin, entramos en un pequeño patio de piedra amurallado por todos lados. De una puerta abierta salió un hombre que se inclinó a modo de saludo y ofreció una copa a la joven que seguía junto a mí. Ella tomó la copa y la tocó con los labios, luego la bajó, se volvió hacia mí y dijo en voz baja:

—Sea bienvenido.

En ese momento uno de los halconeros se acercó con otra copa pero, antes de ofrecérmela, se la dio a la joven, que la probó. El halconero hizo el gesto de recibirla, pero ella vaciló unos segundos y luego, dando un paso hacia delante, me ofreció la copa de sus propias manos. Me pareció éste un acto de extraordinaria elegancia, pero no sabía qué se esperaba de mí y no acerqué la copa a los labios inmediatamente. La joven se ruborizó profundamente. Comprendí que debía actuar con rapidez.

—Mademoiselle —titubeé—, el extraño al que ha salvado usted de peligros que jamás imaginó bebe esta copa en honor de la anfitriona más gentil y amable de Francia.

—En Su nombre —murmuró ella persignándose mientras yo vaciaba la copa. Luego, tras cruzar la entrada, se volvió hacia mí con un bonito gesto, me tomó la mano entre las suyas y me condujo a la casa repitiendo una y otra vez:

—Sea bienvenido, muy bienvenido al Chateau d'Ys.

II

Me desperté a la mañana siguiente con música del cuerno en los oídos, salté del antiguo lecho de época y me acerqué a la ventana con cortinas por la que la luz del sol se filtraba a través de profundos alféizares. El cuerno calló cuando miré abajo al patio.

Un hombre que podría haber sido hermano de los dos halconeros de la noche anterior estaba apostado en medio de la jauría de perros. Un cuerno curvo pendía de su espalda y en la mano sostenía un látigo largo. Los perros gemían y aullaban brincando a su alrededor ansiosos por la espera; también se escucharon los cascos de caballos en el patio amurallado.

—¡Monten! —gritó una voz en bretón, y con un estruendo de cascos los dos halconeros, con halcones sobre las muñecas, entraron cabalgando al patio rodeados de perros. Luego escuché otra voz que aceleró mi pulso:

—Piriou Louis, conduce bien a los perros y no seas parco ni con las espuelas ni con el látigo. Vos, Raoul, y vos, Gaston, vigilad que el *épervier* no es aún un *niais*, y si así lo consideráis, *faites courtoisie à l'oiseau*. *Jardiner un oiseau*, por ejemplo, el *mué* allí sobre la muñeca de Hastur, no es difícil, pero vos, Raoul, podríais no encontrar tan fácil gobernar a ese *hagard*. En dos ocasiones la semana pasada atacó *au vif* y perdió el *beccade*, aunque está acostumbrado al *leurre*. El pájaro se comporta como un estúpido *branchier*. *Paître un hagard n'est pas si facile*.

¿Estaba soñando? El ancestral lenguaje de Cetrería que había leído en amarillentos manuscritos... el olvidado francés antiguo de la Edad Media resonaba en mis oídos mientras los sabuesos aullaban y los cascabeles de las aves de presa acompañaban tintineantes el pisoteo de los caballos. Ella volvió a hablar en la dulce y olvidada lengua:

—Si prefieres atar el *longe* y dejar vuestro *hagard au bloc*, Raoul, no os lo recriminaré, porque sería una pena estropear una jornada de caza tan propicia con un *sors* mal entrenado. *Essimer abaisser*... quizás sea la mejor manera. *Ca lui donnera des reins*. Quizás me apresuré con el ave. Lleva tiempo pasarlos *à la filière* y hacer los ejercicios *d'escap*.

Entonces, el halconero Raoul hizo una reverencia sobre su estribo y respondió:

—Si así place a *mademoiselle*, me quedaré con el halcón.

—Es mi deseo —respondió—. Sé sobre Cetrería, pero aún podéis darme lecciones sobre *Autourserie*, mi buen Raoul. ¡*Sieur* Piriou Louis, montad!

El cazador entró veloz por una de las entradas abovedadas y regresó en unos segundos montado en un fuerte corcel negro, seguido por un *piqueur* también con montura.

—¡Ah! —gritó ella alegremente—. ¡Deprisa, Glemarec René! ¡Deprisa! ¡Daos todos prisa! ¡Haced sonar el cuerno, Sieur Piriou!

La argentada música del cuerno de caza inundó el patio, los perros saltaron atravesando la verja y los cascos al galope se lanzaron al exterior del patio adoquinado. Primero sonaron ruidosos sobre el puente levadizo, luego repentinamente amortiguados para después perderse entre el brezo y los helechos del páramo. Más y más lejano sonaba el cuerno, hasta que se hizo tan débil el sonido que el repentino canto de una alondra al vuelo lo ahogó en mis oídos. Escuché la voz abajo respondiendo a una llamada desde el interior de la casa.

—No me arrepiento de perderme la cacería, iré en otro momento. ¡Sé cortés con el extraño, Pelagie, recuerda!

Y una débil voz se escuchó desde el interior de la casa:

—*Courtoisie.*

Me desnudé y me lavé de la cabeza a los pies en la enorme pileta de barro llena de agua gélida apoyada sobre el suelo de piedra a los pies de la cama. Luego busqué mi ropa. Había desaparecido, pero encima de un arcón cerca de la puerta había una pila de ropa que examiné atónito. A falta de mi traje, me vi obligado a vestirme con la indumentaria que evidentemente había sido colocada allí para que me la pusiera mientras mi ropa se secaba. Había de todo; gorra, zapatos, y un sencillo jubón de caza tejido con hilo gris plata; pero el traje ceñido y los zapatos sin costuras pertenecían a otro siglo, y recordé entonces la extraña indumentaria de los tres halconeros en el patio. Estaba seguro de que no se trataba de una indumentaria moderna de alguna región francesa o de la Bretaña; pero hasta que no me hube vestido y me coloqué ante el espejo entre las ventanas, no advertí que iba ataviado más como un joven cazador de la Edad Media que como un bretón del presente. Vacilé unos segundos y me coloqué la gorra. ¿Debía bajar y presentarme de esa extraña guisa? Parecía que no tenía otra opción, mi ropa había desaparecido y no había ninguna campanilla en la vieja alcoba para llamar a un sirviente; así pues, me conformé con quitar una pluma corta de halcón de la gorra, abrí la puerta y bajé las escaleras.

Junto a la chimenea de una amplia sala a los pies de la escalera una vieja mujer bretona estaba sentada hilando con una rueca. Levantó los ojos

hacia mí cuando aparecí y me deseó salud en lengua bretona con una sonrisa franca, a lo cual, riéndome, contesté en francés. En ese mismo instante mi anfitriona apareció y me devolvió el saludo con tal gracia y dignidad que hizo palpar más fuerte mi corazón. Su preciosa cabeza con oscuro cabello rizado estaba coronada con un sombrero que despejó por completo toda duda sobre la época de mi propia indumentaria. Su delgada figura estaba exquisitamente ataviada con un vestido de caza con ribetes de plata, y sobre la muñeca cubierta por un guante portaba uno de sus halcones mascota. Con una sencillez suma, me tomó la mano y me condujo al jardín del patio. Tras sentarse a una mesa, me invitó dulcemente que me sentara junto a ella. Entonces me preguntó con su curioso y suave acento cómo había pasado la noche, y si me había incomodado mucho tener que ponerme las ropas que la vieja Pelagie había puesto en mi cuarto mientras dormía. Observé que mi propia ropa y zapatos estaban secándose al sol junto al muro del jardín, y los odié. ¡Qué horribles eran comparados con el elegante traje que ahora llevaba! Se lo dije entre risas, pero ella mostró su acuerdo con expresión muy seria.

—Nos desharemos de ellos —dijo en voz baja.

Atónito, intenté explicarle que no sólo no podía aceptar ropa de nadie, aunque por lo que sabía bien podría tratarse de una costumbre hospitalaria en aquella parte del país, sino que mi aspecto sería excesivamente extravagante si regresaba a Francia vestido de esa forma.

Ella rió y sacudió su hermosa cabeza diciendo algo en francés antiguo que no entendí, y a continuación Pelagie salió de la casa portando una bandeja con dos cuencos de leche, una barra de pan blanco, frutas, un platillo con miel de abeja y una jarra de oscuro vino tinto.

—Ya ve, aún no he roto mi ayuno, porque deseaba que usted comiera conmigo. Pero estoy muy hambrienta —dijo con una encantadora sonrisa.

—¡Preferiría morirme a olvidar ni una sola de sus palabras! —dijo súbitamente con las mejillas ardiendo.

«Pensaré que estoy loco», me dije a mí mismo, pero ella se volvió a mí con ojos centelleantes.

—¡Ah! —susurró—. Entonces monsieur conoce todo sobre la caballerosidad...

La joven se persignó y partió el pan. Yo contemplaba absorto sus blancas manos, sin atreverme a mirarla a los ojos.

—¿No va a comer? —preguntó—. ¿Por qué parece tan preocupado?

Ah, ¿por qué? Ahora ya lo sabía. Sabía que daría mi vida por poder tocar con los labios aquellas rosadas palmas... ahora entendía que desde el momento en que el contemplé esos ojos oscuros en el páramo la noche anterior la amé. Mi enorme y repentina pasión me dejó sin habla.

—¿Se encuentra incómodo? —volvió a preguntarme.

Entonces, como un hombre que pronuncia su propio funesto destino, respondí en voz baja:

—Sí, me encuentro incómodo por el amor que siento por usted —y como no se inmutó ni contestó, el mismo poder movió mis labios en contra de mi voluntad y añadí—: Yo, que no merezco ni el más breve de sus pensamientos; yo, que he abusado de su hospitalidad y pago su amable cortesía con toscas presunciones, yo la amo.

Ella apoyó la cabeza sobre las manos y respondió con dulzura:

—Yo le amo. Sus palabras significan mucho para mí. Le amo.

—Entonces la conquistaré.

—Conquisteme —replicó.

Pero durante todo ese tiempo yo había permanecido en silencio, con el rostro girado hacia el suyo. Ella, también en silencio y el rostro apoyado en la palma de la mano, estaba sentada frente a mí, y cuando sus ojos se posaron en los míos supe que ni ella ni yo habíamos pronunciado ni una sola palabra humana; pero también supe que su alma había respondido a la mía, y me arrimé sintiendo un amor joven y feliz fluyendo por mis venas. Ella, con un rubor brillante en el rostro, pareció despertar de un sueño y sus ojos buscaron los míos con una mirada inquisitiva que me hizo temblar de placer. Desayunamos hablando de nosotros mismos. Le dije mi nombre y ella me dijo el suyo, la demoiselle Jeanne d'Ys.

Me habló de las muertes de su padre y su madre, y cómo había pasado sus diecinueve años de vida en la pequeña granja fortificada con su niñera Pelagie, Glemarec René el *piqueur*, y los cuatro halconeros, Raoul, Gaston, Hastur y Sieur Piriou Louis, los cuales también habían servido a su padre. Nunca había abandonado los páramos... nunca había visto antes a otro ser

humano, a excepción de los halconeros y de Pelagie. No sabía cómo conocía la existencia de Kerselec; quizás los halconeros le hablaron del lugar. Conocía las leyendas del Loup Garou y Jeanne la Flamme porque se las había relatado su niñera Pelagie. Bordaba y tejía lino. Sus halcones y perros de presa eran su única distracción. Cuando me encontró allí en el páramo se asustó tanto que casi se desmayó al oír mi voz. Era cierto que había visto barcos en el mar desde los acantilados, pero hasta donde alcanzaba la vista, los páramos por los que ella galopaba estaban privados de cualquier señal de vida humana. Existía una leyenda que Pelagie contaba, según la cual cualquiera que se perdiera en las ignotas tierras de los páramos jamás regresaba, porque los páramos estaban encantados. Ella no sabía si eso era cierto, nunca pensó en ello hasta que me encontró. No sabía si los halconeros habían estado en el exterior, o si podían marcharse si así lo deseaban. Los libros que había en la casa y con los que Pelagie, la niñera, le había enseñado a leer, tenían cientos de años de antigüedad.

Me contó todo esto con una seriedad tan dulce que rara vez se escucha en alguien que no sea un niño. Mi nombre le pareció fácil de pronunciar e insistió que debía de tener algo de sangre francesa, porque mi nombre de pila era Philip. No parecía sentir curiosidad por nada del mundo exterior, y pensé que quizás había perdido su interés y respeto debido a las historias de su niñera.

Estábamos aún sentados a la mesa y ella lanzaba uvas a los pequeños pájaros silvestres que se acercaban sin miedo hasta nuestros pies.

Comencé a hablar de forma vaga acerca de mi partida, pero ella no quería oír ni una palabra de ello, y antes de que me diera cuenta ya le había prometido quedarme una semana para cazar con halcón y jauría en su compañía. También obtuve su permiso para regresar desde Kerselec y visitarla tras mi partida.

—Porque —dijo ella inocentemente— no sé qué haría si nunca regresara.

Y yo, sabiendo que no tenía derecho a abrirle los ojos con el brusco impacto que una confesión de mi propio amor sin duda le causaría, permanecí en silencio, atreviéndome apenas a respirar.

—¿Vendrá muy frecuentemente? —preguntó.

—Muy frecuentemente —respondí.

—¿Todos los días?

—Todos los días.

—Oh —suspiró—, soy muy feliz. Venga a ver mis halcones.

Se levantó y me tomó de la mano de nuevo con un inocente e infantil sentido de la posesión, y paseamos por el jardín y entre los árboles frutales hasta el verde prado bordeado por un arroyo. Por el prado había esparcidos quince o veinte tocones de árboles, parcialmente enterrados en hierba, y sobre todos excepto dos se posaban halcones. Estos estaban atados a los tocones con correas que a su vez se hallaban sujetas con argollas de metal a las patas justo por encima de las garras. Un pequeño riachuelo de agua pura de manantial fluía por un lecho sinuoso a poca distancia de cada una de las perchas.

Las aves comenzaron a armar un gran alboroto cuando la joven apareció, pero ella pasó de una a otra, acariciando algunas, colocando a otras sobre su muñeca durante unos segundos, o inclinándose para ajustar las pihuelas.

—¿Verdad que son preciosos? —dijo la joven—. Mire, este de aquí es un halcón gentil. Lo llamamos «innoble» porque persigue a la presa en vuelo directo. Éste es un halcón azul. En cetrería lo llamamos «noble» porque se eleva por encima de la presa y, virando, se deja caer desde arriba. Este blanco es un gerifalte del norte. ¡También es «noble»! Éste es un merlín, y este macho es un halcón heroner.

Le pregunté cómo había aprendido la vieja lengua de la cetrería. No lo recordaba, pero creía que su padre debió enseñársela cuando era muy pequeña.

A continuación me llevó a ver los halcones jóvenes todavía en el nido.

—Se les denomina *niais* en cetrería —explicó—. Un *branchier* es el pájaro joven que acaba de aprender a salir del nido y salta de una rama a otra. Un ave joven que todavía no ha mudado el plumaje se llama *sors*, y un *mué* es un halcón que ha mudado en cautividad. Cuando atrapamos un halcón salvaje que ya ha cambiado su plumaje lo llamamos *hagard*. Raoul me enseñó por primera vez a vestir un halcón. ¿Quiere que le enseñe a hacerlo?

Se sentó en la ribera del riachuelo entre los halcones y yo me tumbé a sus pies para escucharla.

Entonces la *dameoiselle* d'Ys levantó un dedo con la yema rosada y comenzó a hablar muy seriamente.

—Primero se debe atrapar el halcón.

—Ya estoy atrapado —respondí.

Ella se rió con mucho encanto y me dijo que mi *dressage* podría resultar un tanto difícil si yo era noble.

—Ya estoy amaestrado —respondí—; con pihuelas y cascabeles.

Ella se rió encantada.

—Oh, mi valiente halcón; entonces, ¿acudirá a mi llamada?

—Soy vuestro —respondí con tono grave.

Permaneció en silencio durante unos segundos. Luego el color se encendió en sus mejillas y volvió a levantar el dedo, diciendo:

—Escuche; deseo hablarle de cetrería...

—La escucho, condesa Jeanne d'Ys.

Pero de nuevo volvió a quedarse absorta, y parecía haber clavado los ojos en algo más allá de las nubes estivales.

—Philip —dijo por fin.

—Jeanne —susurré.

—Eso es todo... eso es lo que deseaba —suspiró—... Philip y Jeanne.

Me ofreció la mano y yo la toqué con los labios.

—Conquisteme —dijo ella, pero en esta ocasión habló con su cuerpo y su alma al unísono.

Tras un momento, comenzó a hablar de nuevo:

—Hablemos de cetrería.

—Prosiga —respondí—; ya hemos atrapado al halcón.

Entonces Jeanne d'Ys tomó mi mano entre las suyas y me explicó cómo, con infinita paciencia, el joven halcón era entrenado para posarse en la muñeca, y cómo, poco a poco, se habituaba a las pihuelas con cascabeles y al *chaperon à cornette*.

—En primer lugar deben tener buen apetito —dijo la demoiselle—; después, poco a poco les reduzco los alimentos, que en cetrería llamamos *pât*. Cuando, tras muchas noches pasan *au bloc* hasta crecer como estas

aves están ahora, entreno al *hagard* para que permanezca tranquilo sobre la muñeca, y entonces el ave está lista para aprender a acudir a por su comida. Coloco el *pât* en el extremo de una correa, o *leurre*, y entreno al pájaro para que venga a mí en cuanto comienzo a hacer girar la cuerda en círculos sobre mi cabeza. Al principio dejo caer el *pât* cuando el halcón se aproxima, y come el alimento en el suelo. Tras un periodo de tiempo aprende a capturar el *leurre* en movimiento mientras lo hago girar alrededor de mi cabeza o lo arrastro sobre el suelo. Después es más sencillo entrenar al halcón para que capture caza, siempre recordando *faire courtoisie à l'oiseau*, es decir, permitir que el pájaro pruebe la presa.

Un graznido de uno de los halcones la interrumpió, y se levantó para ajustar el *longe* que se había enredado alrededor del *bloc*, pero el pájaro seguía agitando sus alas y chillando.

—¿Qué ocurre? —dijo ella—. Philip, ¿puede verlo?

Miré alrededor, y al principio no vi nada que pudiera estar causando tanto alboroto, que ahora había aumentado con los chillidos y aleteos de todos los pájaros. Entonces mis ojos captaron la roca plana junto al riachuelo de la que la joven se había levantado cuando nos vimos por primera vez. Una serpiente gris se movía lentamente por la superficie de la roca, y los ojos en su cabeza plana y triangular relucieron como el azabache.

—Una culebra —dijo ella en voz baja.

—Es inofensiva, ¿no es así? —pregunté.

Señaló a la figura con forma de V sobre el cuello.

—Es muerte segura —dijo—; es una víbora.

Observamos el reptil moviéndose lentamente sobre la roca lisa que los rayos de sol iluminaban con una ancha franja caliente.

Comencé a avanzar para examinarla, pero ella se aferró a mi brazo gritando:

—No, Philip, tengo miedo.

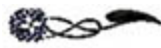
—¿Por mí?

—Por ti, Philip... te amo.

Entonces la tomé entre mis brazos y la besé en los labios, pero lo único que pude decir fue:

—Jeanne, Jeanne, Jeanne.

Y mientras ella se recostaba temblorosa sobre mi pecho, algo me golpeó el pie en la hierba, pero no le hice caso. Entonces, de nuevo, algo me golpeó el tobillo, y me invadió un intenso dolor. Miré el dulce rostro de Jeanne d'Ys y la besé, y con todas mis fuerzas la levanté en mis brazos y la lancé lejos de mí. Luego, tras inclinarme, arranqué la víbora de mi tobillo y clavé el talón sobre su cabeza. Recuerdo que me sentí débil y entumecido... recuerdo que me caí al suelo. A través de mis ojos, que lentamente se tornaban vidriosos, vi el blanco rostro de Jeanne inclinándose sobre el mío, y cuando la luz se apagó en mis ojos, todavía sentí sus brazos alrededor de mi cuello, y su suave mejilla contra mis labios cerrados.



Cuando abrí los ojos, miré a mi alrededor aterrorizado. Jeanne había desaparecido. Vi el riachuelo y la piedra plana; vi la víbora aplastada en la hierba junto a mí, pero los halcones y bloc; habían desaparecido. Me puse de pie de un salto. El jardín, los árboles frutales, el puente levadizo y el patio amurallado habían desaparecido. Contemplé estupefacto un montón de ruinas grises cubiertas de hiedra entre las que habían crecido enormes árboles. Avancé arrastrando el pie entumecido y, mientras me movía, un halcón planeó desde las copas de los árboles entre las ruinas y, elevándose en círculos cada vez más pequeños, se alejó y desapareció tras las nubes.

—Jeanne, Jeanne —grité, pero las palabras murieron en mis labios y me derrumbé de rodillas sobre los matorrales. Y Dios quiso que, sin saberlo, cayera sobre un templete tallado en roca y dedicado a nuestra Señora de los Dolores. Vi el triste rostro de la Virgen tallado en la fría piedra. Vi la cruz y las espinas a sus pies, y bajo la imagen se leía:

ROGAD POR EL ALMA DE
LA DAMA JEANNE D'YS,
QUE MURIÓ
EN SU JUVENTUD POR EL AMOR
DE PHILIP, UN EXTRAÑO
A.D. 1573

Pero sobre la gélida losa había un guante de mujer todavía caliente y fragante.

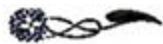
EL CREADOR DE LUNAS

(The Maker of Moons)

*Yo mismo soy tan malo como bueno, y mi nación
es*

*así... Y digo que, en realidad, nada de malo
hay en ello;*

*(o, si lo hay, digo también que eso para ti, para
la tierra, o para mí, es tan importante como
cualquier otra cosa)*



*Nada existe por sí mismo;
yo digo que la tierra entera, y todas las estrellas
del cielo*

*existen gracias a la Religión.
Yo digo que hasta el presente ningún hombre ha
sido*

*suficientemente devoto;
ninguno ha adorado o venerado lo suficiente;
ninguno ha comenzado a pensar cuán divino es él
mismo, y*

cuán certero es el futuro.

WALT W HITMAN

*He oído cuanto los Charlatanes decían, el cuento
del principio y del fin;
mas yo no hablo del principio o del fin*

I

Con relación a Yue-Laou y el Xin no sé más de lo que ustedes puedan saber. Estoy tristemente ansioso por aclarar el asunto. Quizás lo que escriba pueda ahorrar dinero público y vidas en los Estados Unidos, quizás impulse al mundo de la ciencia a actuar; en todo caso pondrá fin a la terrible incertidumbre de dos personas. La certeza es mejor que la incertidumbre.

Si el Gobierno osa hacer caso omiso de esta advertencia y rehúsa enviar una expedición completamente equipada de inmediato, el pueblo del Estado podría hacérselo pagar rápidamente a toda la región y convertir en un erial devastado y chamuscado la tierra de bosques y prados floridos que hoy en día rodea el lago de los Cardinal Woods.

Ustedes ya conocen parte de la historia; los periódicos de Nueva York han informado profusamente sobre los presuntos detalles. Al menos esta parte es cierta: Barris atrapó al «Abrillantador» con las manos en la masa o, más bien, en el oro, porque sus bolsillos, sus botas y sus sucias manos estaban repletas de lingotes de oro. Digo oro con conocimiento de causa. Ustedes pueden llamarlo como quieran. También saben cómo era Barris... pero, a menos que comience a relatar mis propias experiencias desde el principio, esta historia no les hará más sabios.

El tres de agosto de este año estaba en Tiffany's charlando con George Godfrey, del departamento de diseño. En la marquesina de cristal entre nosotros había una serpiente enroscada, un exquisito espécimen en oro tallado.

—No —contestó Godfrey a mi pregunta—, no es obra mía; ojalá lo fuera. ¡Y tanto que sí, hombre, es una obra maestra!

—¿De quién...? —pregunté.

—Bueno, también me gustaría saberlo a mí —dijo Godfrey—. Se lo compramos a un viejo paleta que dice vivir en el campo, por los alrededores de los Cardinal Woods. Es cerca del lago Iluminado por Estrellas, creo...

—¿El lago de las Estrellas? —sugerí.

—Algunos lo llaman el lago Iluminado por Estrellas... es el mismo. Bueno, mi rústico Rubén dice que representa al escultor de esta serpiente en todos los asuntos prácticos y comerciales. También le indicó qué precio pedir. Esperamos que nos traiga más cosas. Ya hemos vendido este al Museo Metropolitano.

Yo estaba apoyado ociosamente en el mostrador de cristal, observando los penetrantes ojos del artista mientras se inclinaba sobre la serpiente de oro.

—¡Una obra maestra! —murmuró para sí mismo acariciando la reluciente espiral—. ¡Observa la textura! ¡Uf!

Pero yo no miraba a la serpiente. Algo se movía... asomaba reptando del bolsillo del abrigo de Godfrey... el bolsillo más cercano a mí... algo blando y amarillo con patas semejantes a las de los cangrejos, totalmente cubiertas de gruesos pelos amarillos.

—¿Pero qué demonios tienes en el bolsillo? —dije—. Algo está saliendo... ¡Está intentando subirse por tu abrigo, Godfrey!

Se giró rápidamente y se arrancó la criatura con la mano izquierda. Yo me encogí y me eché hacia atrás mientras él sostenía el repulsivo objeto ante mis ojos, y se reía mientras lo colocaba en el mostrador.

—¿Alguna vez has visto algo así? —me preguntó.

—No —dije con total franqueza—, y espero no verlo nunca más. ¿Qué es?

—No lo sé. Pregúntales a los del Museo de Historia Natural... ellos tampoco podrán decírtelo. Los del Smithsonian también están totalmente perdidos. Creo que se trata del eslabón que conecta al erizo de mar, la araña y el demonio. Parecía venenoso, pero no puedo encontrar ni colmillos ni boca. ¿Está ciego? Estas cosas podrían ser los ojos, pero parecen estar pintados. Un escultor japonés podría haber creado una bestia tan imposible, pues es difícil creer que Dios hiciera tal cosa. Además, parece que estuviera inacabado. Tengo la absurda idea de que esta criatura es sólo una parte de

un organismo más grande y más grotesco... Parece tan solitaria, tan desesperadamente desvalida, tan malditamente inacabada. Voy a usarla de modelo. Si no soy capaz de ser más japonés que los japoneses, es que no me llamo Godfrey.

La criatura se movía lentamente hacia mí atravesando la vitrina de cristal. Retrocedí.

—Godfrey —dije—, mataría a cualquier hombre que ejecutase la obra que propones. ¿Para qué quieres perpetuar semejante reptil? Puedo soportar el arte grotesco japonés, pero no puedo soportar a esa... araña...

—Es un cangrejo.

—Cangrejo o araña o gusano ciego... ¡puaj! ¿Qué pretendes hacer? Es una pesadilla... ¡es inmundo!

Detestaba aquella cosa. Era la primera criatura viva que odiaba.

Durante un rato percibí un húmedo olor acre en el aire, y Godfrey dijo que procedía del reptil.

—Entonces mátalo y entiérralo —dije—. A propósito, ¿de dónde ha salido?

—Tampoco lo sé —rió Godfrey—; lo encontré colgando de la caja en la que venía esa serpiente de oro. Supongo que mi viejo Rubén es responsable.

—Si los Cardinal Woods es el lugar por el que merodean criaturas como esta —dije—, ahora lamento tener que ir a los Cardinal Woods.

—¿Vas a ir? —preguntó Godfrey—. ¿Para la cacería?

—Sí, con Barris y Pierpont. ¿Por qué no te deshaces de esa criatura?

—Vete a tu cacería y déjame en paz —rió Godfrey.

Me estremecí al contemplar el «cangrejo» y me despedí de Godfrey hasta diciembre.

Aquella noche Pierpont, Barris y yo estábamos sentados en el vagón de fumadores del Quebec Express cuando el largo tren partió de la estación de Grand Central. El viejo David se había alojado con los perros; los pobres animales odiaban viajar en el vagón de equipajes, pero la línea Norte no dispone de vagones para partidas de caza, y a David y los tres setters gordon no les esperaba una noche confortable.

Excepto por Pierpont, Barris y yo mismo, el vagón estaba vacío. Barris, esbelto, corpulento, y con el rostro bronceado, estaba sentado

tamborileando con los dedos en el marco de la ventana, y fumaba una fragante pipa corta. La funda de su arma estaba a su lado sobre el suelo.

—Cuando tenga el pelo canoso y me lleguen los años de moderarme —dijo Pierpont lánguidamente—, no flirtearé con bonitas camareras, ¿tú sí, Roy?

—No —dijo, mirando a Barris.

—¿Te refieres a la camarera con cofia del vagón pullman? —preguntó Barris.

—Sí —dijo Pierpont.

Sonreí, porque yo también me había fijado en ella.

Barris se retorció el bigote gris almidonado y bostezó.

—Chicos, será mejor que os calméis —dijo él—. Esa camarera es miembro del Servicio Secreto.

—Oh —dijo Pierpont—, ¿una de tus colegas?

—Podrías presentarnos, ya sabes —dijo—; el viaje es tan monótono.

Barris había sacado un telegrama del bolsillo y, cuando se sentó girando una y otra vez el papel entre los dedos, sonrió. Tras un minuto o dos se lo pasó a Pierpont, que lo leyó con las cejas ligeramente enarcadas.

—Pero qué demonios... supongo que está cifrado —dijo—; veo que está firmado por el general Drummond.

—Drummond, Jefe del Servicio Secreto del gobierno —dijo Barris.

—¿Algo interesante? —pregunté encendiéndome un cigarro.

—Algo tan interesante —contestó Barris— que voy a investigarlo yo mismo...

—Y abandonarás nuestro trío cazador...

—No. ¿Quieres saber de qué se trata? ¿Quieres, Billy Pierpont?

—Sí —replicó el impecable joven.

Barris frotó la boquilla de ámbar de la pipa con un pañuelo, la desatascó con un alambre, dio una o dos caladas y se reclinó en su asiento.

—Pierpont —dijo—, ¿recuerdas aquella velada en el United States Club, en la que el general Miles, el general Drummond y yo examinamos aquella pepita de oro que tenía el capitán Mahan? Creo que tú llegaste a examinarla.

—Lo hice —dijo Pierpont.

—¿Era oro? —preguntó Barris, tamborileando los dedos en la ventana.

—Lo era —replicó Pierpont.

—Yo también la vi —dije—; por supuesto que era oro.

—El catedrático La Grange también la examinó —dijo Barris—; dijo que era oro.

—¿Y bien? —preguntó Pierpont.

—Pues que no es oro —afirmó Barris.

Tras una pausa en silencio, Pierpont preguntó qué pruebas se habían realizado.

—Las pruebas habituales —replicó Barris—. Los de la Casa de la Moneda de los Estados Unidos están convencidos de que es oro, así como todos los joyeros que han podido examinarla. Pero no es oro... y, sin embargo... es oro.

Pierpont y yo intercambiamos miradas.

—Veamos —dije—, ayudará a aumentar el efecto dramático de Barris: ¿y qué era esa pepita?

—Prácticamente es oro puro, pero —dijo Barris, disfrutando intensamente del momento— en realidad no es oro. Pierpont, ¿qué es el oro?

—El oro es un elemento, un metal...

—¡Te equivocas, Billy Pierpont! —exclamó Barris con descaro.

—El oro era un elemento cuando yo iba a la escuela —apostillé.

—Ha dejado de ser un elemento desde hace dos semanas —dijo Barris—; y, a excepción del general Drummond, el catedrático La Grange y yo mismo, vosotros dos sois las únicas personas en el mundo que lo saben... o que lo acaban de saber.

—¿Estás queriendo decirnos que el oro es un metal compuesto? —dijo Pierpont pausadamente.

—Exactamente. La Grange lo logró. Produjo una escama de oro puro anteayer. Aquella pepita era oro fabricado.

¿Estaba Barris bromeando? ¿Se trataba todo esto de una colosal farsa? Mire a Pierpont. Este susurró algo acerca de que así se solucionaba la cuestión de la plata, y volvimos la mirada hacia Barris, pero había algo en

el rostro de Barris que nos impidió seguir bromeando, y Pierpont y yo nos quedamos en un reflexivo silencio.

—No me preguntéis cómo se hace —dijo Barris en voz baja—; no lo sé. Pero sí se que en algún lugar de la región de los Cardinal Woods hay una banda de delincuentes que sí saben cómo se fabrica el oro, y que lo fabrican. Podéis comprender el peligro que esto entraña para todas las naciones civilizadas. Por supuesto, debe ser detenido de inmediato. Drummond y yo hemos decidido que yo sea el hombre que lo detenga. Estén donde estén y sean quienes sean, esos tipos deben ser capturados, todos ellos... capturados o asesinados.

—O asesinados —repitió Pierpont, que era el propietario de una mina de oro de corte transversal y consideraba que sus beneficios podrían verse perjudicados—. El catedrático La Grange por supuesto será prudente, ¡la ciencia no necesita saber cosas que pudieran desestabilizar el mundo!

—Pequeño Willy —dijo Barris riendo—, tus ganancias están seguras.

—Supongo —dije— que alguna imperfección de la pepita dio la pista al catedrático La Grange.

—Exactamente. Cortó la imperfección antes de enviar la pepita al laboratorio. Estuvo examinando esa imperfección y descompuso el oro en sus tres elementos.

—Es un hombre admirable —dijo Pierpont—, pero será el hombre más admirable del mundo si es capaz de mantener su descubrimiento oculto.

—¿Quién?

—El catedrático La Grange.

—El catedrático La Grange fue asesinado de un tiro en el corazón hace dos horas —respondió Barris lentamente.

II

Llevábamos cinco días en la caseta de caza de los Cardinal Woods cuando un mensajero a caballo entregó a Barris un telegrama desde la estación de telégrafos más cercana en Cardinal Springs, un pueblo situado junto a las

vías del tren maderero que conecta Quebec y el Norte en Three Rivers Junction, a unos cuarenta y ocho kilómetros de distancia.

Pierpont y yo estábamos sentados bajo los árboles, rellorando unos cartuchos especiales para hacer pruebas de caza; Barris estaba de pie junto a nosotros, bronceado y erecto, sujetando cuidadosamente la pipa para que ninguna chispa saltara sobre nuestra caja de pólvora. Un sonido de los cascos sobre la hierba nos llamó la atención y, cuando el desgarrado mensajero tiró de las riendas para detenerse ante la puerta, Barris se acercó y tomó el telegrama sellado. Tras abrirlo, entró en la casa y reapareció poco después leyendo algo que él mismo había escrito.

—Esto debe ser enviado de inmediato —dijo mirando al mensajero directamente a los ojos.

—De inmediato, coronel Barris —replicó el campesino con aspecto desarrapado.

Pierpont levantó la mirada y yo sonreí al mensajero que sujetaba la brida y se reincorporaba en los estribos. Barris le pasó la respuesta por escrito e hizo una seña de despedida; se escuchó el seco golpeteo de cascos sobre la hierba, el tintineo de guijarros y espuelas atravesando la grava y finalmente el mensajero desapareció por completo. La pipa de Barris se había apagado y se colocó de espaldas al viento para volver a encenderla.

—Es extraño —señalé— que tu mensajero, un curtido nativo, hable como un hombre de Harvard.

—Es un hombre de Harvard —dijo Barris.

—Esto se vuelve cada vez más interesante —dijo Pierpont—. ¿También están los Cardinal Woods atestados de vuestros hombres del Servicio Secreto, Barris?

—No —contestó Barris—, pero sí las estaciones de telégrafos. ¿Qué cantidad de perdigones estás utilizando, Roy?

Se lo dije, sosteniendo en alto la medida ajustable de metal. Él asintió. Tras uno o dos segundos se sentó en un taburete de campo junto a nosotros y tomó unas tenazas para rebordear cartuchos.

—El telegrama era de Drummond —dijo—; el mensajero es uno de mis hombres, como vosotros, brillantes jovencitos, habéis adivinado. ¡Bah! Si

hubiera hablado en el dialecto del Condado de Cardinal ni lo hubierais adivinado.

—Su disfraz era bueno —dijo Pierpont.

Barris hizo girar la rebordeadora y echó un vistazo al montón de cartuchos ya cargados. Luego cogió uno y lo rebordeó cerrándolo.

—Déjalo —dijo Pierpont—, los rebordeas demasiado.

—Oh, ¿es que a su majestad su pequeña pistolita le golpea con el retroceso cuando los cartuchos están demasiado rebordeados? —preguntó Barris con ternura—; bueno, pues entonces rebordea tú tus propios cartuchos... ¿Dónde está tu hombrecillo?

Su «hombrecillo» era una extravagante importación de Inglaterra, un hombrecillo estirado llamado Howlett, escrupulosamente limpio, enredado en sus propias consonantes aspiradas. Como mayordomo, ayudante de caza, porteador de armas y cartuchero, ayudaba a Pierpont a soportar el hastío existencial haciéndolo todo por él menos respirar. Sin embargo, últimamente las puyas de Barris habían forzado a Pierpont a hacer por sí mismo algunas cosas. Para su sorpresa, descubrió que limpiar su propia arma no era aburrido y, así pues, tímidamente rellenó un cartucho o dos, y se sintió muy satisfecho consigo mismo, rellenó unos cuantos más, los rebordeó y, se marchó a desayunar con gran apetito. Cuando Barris le preguntó dónde estaba «su hombrecillo», Pierpont no le respondió y se limitó a llenar la medida de pólvora de una bolsa y verterla con aire solemne en el cartucho a medio llenar.

El viejo David salió con los perros y, por supuesto, se formó un gran revuelo cuando «Voyou», mi setter gordon, sacudió su espléndida cola por encima de la mesa de llenado de cartuchos y tiró una docena sin cerrar, haciéndolos rodar por la hierba vomitando pólvora y perdigones.

—Llévate a los perros a un kilómetro o dos de distancia —dije—; cazaremos en la caseta del Sweet Fern alrededor de las cuatro en punto, David.

—Dos rifles, David —añadió Barris.

—¿No vienes? —preguntó Pierpont levantando la mirada, mientras David desaparecía con los perros.

—Tengo caza mayor —dijo Barris secamente.

Cogió una jarra de cerveza de la bandeja que Howlett acababa de colocar junto a nosotros y tomó un largo trago. Nosotros hicimos lo mismo, en silencio. Pierpont dejó la jarra entre la hierba junto a él y se puso de nuevo a rellenar cartuchos.

Hablamos sobre el asesinato del catedrático La Grange, de cómo había sido ocultado por las autoridades de Nueva York por órdenes de Drummond, de que con toda certeza había sido uno de los de la banda de fabricantes de oro el que lo había asesinado, y de que posiblemente la banda ya estaba alertada.

—Oh, saben que Drummond irá tras ellos tarde o temprano —dijo Barris—, pero no saben que los molinos de los dioses ya han comenzado a moler. Esos elegantes periódicos de Nueva York han sido de gran ayuda inconscientemente cuando su reportero con ojos de comadreja metió las narices en la vivienda de la calle Cincuenta y ocho y se marchó de allí con un reportaje bajo la manga sobre el «suicidio» del catedrático La Grange. Billy Pierpont, tengo mi revólver en tu cuarto; me llevaré también el tuyo...

—Sírvete tú mismo —dijo Pierpont.

—Me marcharé por la noche —continuó Barris—; tan sólo me llevaré el poncho y algo de pan y carne, pero no los perros.

—¿Ladran esta noche? —pregunté.

—No, confío que no lo hagan hasta dentro de varias semanas. Exploraré un poco los alrededores. Roy, ¿alguna vez te has parado a pensar lo extraño que es que esta hermosa región rural no tenga habitantes?

—Es como esas espléndidas extensiones de estanques y rápidos que se encuentran en todos los ríos trucheros, y en los que nunca se logra capturar ni un solo pez —sugirió Pierpont.

—Exactamente... y sólo el Cielo sabe por qué —dijo Barris—; supongo que los seres humanos evitan esta región por las mismas razones misteriosas.

—La caza aquí es mejor por ello —señale.

—La caza es buena —dijo Barris—, ¿has visto todos esos chorlitos en la pradera junto al lago? ¡Se ve totalmente marrón por la gran cantidad de pájaros! Es una pradera maravillosa.

—Es natural —dijo Pierpont—, ningún ser humano ha limpiado jamás esa tierra.

—Entonces es sobrenatural —dijo Barris—. Pierpont, ¿quieres venir conmigo?

El atractivo rostro de Pierpont se encendió con rubor al contestar vacilante:

—Es todo un detalle por tu parte... si pudiera ir.

—Tonterías —dije, molesto porque se lo había pedido a Pierpont—, ¿de que puede servir el pequeño Willy sin los cuidados de su hombrecillo?

—Es cierto —dijo Barris con expresión grave—, no puedes traerte a Howlett, ya sabes.

Pierpont farfulló una frase acabada en «... comino».

—Entonces —dije—, habrá tan sólo un rifle en el refugio de Sweet Fern esta tarde. Muy bien, os deseo que disfrutéis vuestra cena fría y cama aún más fría. Llévate el pijama, Willy, y no te quedes dormido sobre el suelo húmedo.

—Deja en paz a Pierpont —me recriminó Barris—, tú vendrás la próxima vez, Roy.

—Oh, de acuerdo... ¿quieres decir cuando comiencen los tiros?

—¿Y yo? —suplicó Pierpont, apenado.

—Tú también, hijo mío. ¡Dejad de pelearos! Pídele a Howlett que nos prepare los petates, asegúrate que llevan poco peso, nada de botellas... hacen ruido.

—Mi petaca no hace ruido —dijo Pierpont, y se marchó a prepararse para espiar esa noche a hombres peligrosos.

—Es extraño —dije—, nadie se ha instalado nunca en esta región. ¿Cuántas personas viven en Cardinal Springs, Barris?

—Veinte, contando al operador de telégrafos, y sin contar a los leñadores; estos siempre cambian y se turnan. Tengo tres de mis hombres entre ellos.

—¿Y en dónde no tienes colocados a tus hombres? ¿Entre la élite social del país, quizás?

—También tengo hombres allí... amigos de Billy, aunque él no lo sabe. Por cierto, David me ha dicho que se avistó una enorme bandada de

becadas la noche pasada. Con seguridad podrás atrapar unas cuantas esta tarde.

Luego charlamos sobre camuflaje entre alisos y pantanos hasta que Pierpont salió de la casa y fue el momento de partir.

—*Au revoir* —dijo Barris ajustando la hebilla de su petate—, vámonos, Pierpont, y no pises la hierba húmeda.

—Si no estáis de regreso mañana al mediodía —dije—, me llevaré a Howlett y David en vuestra búsqueda. ¿Dices que vais a ir rumbo norte?

—Hacia el norte —confirmó Barris, consultando su brújula.

—Hay un sendero de unos tres kilómetros, y un camino más abrupto de otros dos más —dijo Pierpont.

—El cual no tomaremos por varias razones —añadió Barris amablemente—; no te preocupes, Roy, y mantén tu mermada expedición fuera de nuestro camino; no hay peligro.

Por supuesto, sabía de lo que hablaba y me tranquilicé.

Cuando la punta del abrigo de caza de Pierpont se perdió de nuestra vista en el Long Covert, me encontré a solas con Howlett. Él me sostuvo la mirada durante unos segundos y luego, educadamente, bajó los ojos.

—Howlett —dije—, lleva estos cartuchos y el material al cuarto de las armas y no tires nada. ¿Se ha hecho daño Voyou entre las zarzas esta mañana?

—Ningún daño, señor Cardenhe —dijo Howlett.

—Pues ten cuidado de que no se te caiga nada más —dije, y me marché dejándole decorosamente perplejo. Porque él no había tirado ningún cartucho. ¡Pobre Howlett!

III

Esa misma tarde, alrededor de las cuatro en punto, me reuní con David y los perros en el soto por el que se entra al refugio de Sweet Fern. Los tres *setters*, Voyou, Gamin y Mioche, estaban muy animados; David había sacrificado una becada y un par de urogallos para ellos esa mañana, y

estaban husmeando por el bosquecillo a poca distancia cuando llegué con el arma bajo el brazo y la pipa encendida.

—¿Cuáles son las previsiones, David? —pregunté intentando mantenerme en pie entre el barullo de perros, que movían las colas y gemían—. ¿Eh? ¿Qué le ocurre a Mioche?

—Una zarza en la pata, señor; la he sacado y cerré la herida, pero supongo que se le habrá metido gravilla. Si no tiene inconveniente, señor, puedo llevármelo de vuelta conmigo.

—Es más seguro —dije—. Llévate también a Gamin, sólo necesito un perro esta tarde. ¿Cuál es la situación?

—Excelente, señor; hay urogallos como a un cuarto de kilómetro del segundo grupo de robles. Las becadas están casi todas en los alisos. También avisté un grupo de chorlitos en las praderas. Hay algo más junto al lago... no sabría decir qué es, pero los patos de Carolina comenzaron a hacer un tremendo ruido cuando yo estaba en el matorral y entonces vi que salían pitando a través del bosque, como si una docena de zorros les estuvieran mordiendo las plumas de la cola.

—Probablemente fuera un zorro —dije—. Ata a esos perros... deben aprender a permanecer en el interior. Estaré de vuelta para la cena.

—Hay algo más, señor —dijo David, entreteniéndose con el rifle bajo el brazo.

—¿Y bien? —dije.

—Vi a un hombre en el bosque junto al Refugio del Roble... o al menos eso creo.

—¿Un leñador?

—No creo, señor... a menos que... ¿hay chinos entre ellos?

—¿Chinos? No. ¿Me estás diciendo que has visto a un chino aquí en los bosques?

—Yo... yo creo que sí, señor... no puedo afirmarlo con total seguridad. Ya se había marchado cuando entré en el refugio.

—¿Y los perros lo advirtieron?

—No podría decirle... exactamente. Se comportaban de forma extraña. Gamin se tumbó y comenzó a gemir... podría ser un cólico... y Mioche lloriqueaba... quizás fuera la zarza.

—¿Y Voyou?

—Voyou, él se comportó de forma sorprendente, señor, y tenía el pelo del lomo erizado... Vi a una marmota intentando llegar a un árbol cerca de allí.

—Entonces, no es sorprendente que a Voyou se le erizara el pelo. David, tu chino debió de ser un tocón de árbol o un matojo de hierba. Llévate ahora a los perros.

—Supongo que sería eso, señor; buenas tardes, señor —dijo David, y se alejó con los gordons dejándome a solas con Voyou en el soto.

Miré al perro y el perro me devolvió la mirada.

—¡Voyou!

El perro se sentó y bailó con sus patas delanteras y con sus hermosos ojos castaños brillantes.

—Eres un liante —dije—. ¿Adónde te apetece ir, a los alisos o al páramo? ¿Al páramo? ¡Bien!... Vayamos a por los urogallos... ven aquí, amigo, y muestra tu milagroso dominio.

Voyou giraba alrededor de mis pasos y me seguía de cerca, rehusando noblemente a hacer caso a las insolentes ardillas listadas o a los mil y un atrayentes y penetrantes olores que un perro normal no hubiera dudado ni un segundo en investigar.

Los bosques otoñales llenos de ocre y amarillos estaban cubiertos de hojas a la deriva y ramitas que crujían bajo mis pies mientras nos dirigíamos desde el soto hacia el bosque. Todos los riachuelos que fluían hacia el lago brillaban alegremente cubiertos de hojas de distintos colores; escarlata de los arces y amarillas de los robles. Los haces de luz solar caían sobre las lagunas, buscando sus pardas profundidades, iluminando el fondo de gravilla donde bancos de pececillos nadaban de un lado a otro incesantemente, atareados con el único objetivo de sus cortas vidas. Los grillos cantaban en la quebradiza hierba alta al borde de los bosques, pero los dejamos bastante atrás en el silencio cada vez más profundo del bosque.

—¡Ahora! —dije a Voyou.

El perro brincó hacia delante, hizo un círculo, zigzagueó por los helechos que nos rodeaban y, en un instante, se detuvo totalmente estirado e inmóvil, rígido como una escultura de bronce. Avancé un paso levantando

el rifle, dos pasos, tres pasos, diez quizás, antes de que un enorme urogallo macho surgiera repentinamente de los helechos y saliera corriendo bordeando los matorrales hacia la vegetación más espesa. Hubo un fogonazo y una nube de humo que salió de mi rifle, una explosión de ecos entre las colinas de arboledas bajas, y a través del débil velo de humo algo oscuro cayó del cielo entre una nube de plumas, marrones como las hojas marrones a nuestros pies.

—¡Busca!

Voyou saltó desde su posición de acecho, y en un momento regresó galopando con el cuello arqueado, la cola tiesa pero en movimiento, sosteniendo delicadamente en su boca rosada una masa de plumas color bronce moteado. Con expresión solemne dejó el ave a mis pies y se tumbó junto a ella, con sus orejas sedosas sobre las patas y el hocico en tierra.

Metí el urogallo en el morral, mantuve durante unos instantes una silenciosa comunión de caricias con Voyou, luego me colgué el arma bajo el brazo e hice una señal al perro para que continuara.

Debían de ser las cinco en punto cuando llegamos a un pequeño claro en el bosque y me senté allí para recobrar el aliento. Voyou se acercó y se sentó frente a mí.

—¿Y bien? —inquirí.

Con gesto serio, Voyou me tendió una pata, la cual tomé.

—No llegaremos a tiempo a la cena —dije—, así que bien podemos tomárnoslo con tranquilidad. Es por tu culpa, ¿sabes? ¿Tienes una zarza en la pata?... Veamos... ¡Ahí! Ya está fuera, amigo, y ahora ya puedes hociquear y lamerte la herida. Si te quedas con la lengua colgando se te va a llenar de ramitas y musgo.

»¿Es que no puedes echarte e intentar jadear un poco menos? No, no sirve de nada que te pongas a husmear y a mirar esos helechos, porque ahora vamos a fumar un poco, descansar un poco más y volver a casa a la luz de la luna. ¡Piensa en la enorme cena que nos vamos a comer! ¡Piensa en la desesperación de Howlett cuando vea que no llegamos a la hora! ¡Piensa en todas las historias que vas a poder contar a Gamin y Mioche! ¡Piensa en lo buen perro que has sido!

»Así... estás cansado, viejo amigo; anda, échate una cabezadita conmigo.

Voyou estaba un tanto exhausto. Se estiró sobre las hojas a mis pies, pero no sabía decir si estaba realmente dormido o no, hasta que sus patas traseras se agitaron y entonces supe que estaba soñando con grandes hazañas.

Quizás me eché una cabezadita, pero el sol no parecía estar más bajo cuando me incorpore y abrí los párpados. Voyou levantó la cabeza, advirtió en mis ojos que aún no iba a marcharme, tamborileó con la cola media docena de veces sobre las hojas secas y volvió a bajar la cabeza con un suspiro.

Miré perezosamente a mi alrededor y por primera vez me fijé en el maravilloso rincón que había elegido para la siesta. Era un claro ovalado en el corazón del bosque, llano y cubierto con verde hierba. Los árboles que lo rodeaban eran gigantescos; formaban una altísima pared de follaje, cubriéndolo todo excepto el azul turquesa del óvalo celeste en lo alto. Y en ese momento advertí que en el centro del prado había un estanque de agua cristalina, que brillaba como un espejo entre la hierba de la pradera, junto a un gran bloque de granito. Parecía casi imposible que la simetría del árbol, el prado y el reluciente estanque fueran un accidente de la naturaleza. Nunca antes había visto este claro ni había escuchado a Pierpont o a Barris hablar de él. Era una maravilla, esa cuenca de agua diáfana como un diamante, simétrica y elegante como una fuente romana, situada entre la gema verde de hierba. Y aquellos enormes árboles... ellos tampoco parecían formar parte de Norteamérica, sino de algún bosque encantado de leyenda en Francia, en el que estatuas de mármol recubiertas de musgo se alzan descuidadas en claros sutilmente iluminados, y el crepúsculo del bosque cobija a hadas y fugaces formas del mundo de las sombras.

Me tumbé y contemplé la luz del sol derramándose sobre el enmarañado bosque, donde relucían matas de lobelias encarnadas, o donde un largo y polvoriento rayo de sol festoneaba el borde de las hojas que flotaban en el estanque, transformándolas en oro pálido. También había aves que atravesaban volando las sombrías avenidas de árboles como proyectiles de fuego, bellísimos pájaros cardenales envueltos en sus túnicas carmesí

oscuro, el pájaro que daba nombre a los bosques, al pueblo a veinticuatro kilómetros de distancia y a toda la región.

Rodé sobre mi espalda y contemplé el cielo. Qué pálido estaba, más pálido que un huevo de tordo. Tenía la impresión de estar tendido en el fondo de un pozo, rodeado de una muralla vegetal que se alzaba por todos lados. Y, mientras estaba allí tumbado, el aire que me rodeaba adquirió un aroma dulzón. El perfume se fue tornando más y más dulce y penetrante, y me pregunté qué brisa perdida procedente de acres de nenúfares podría haberlo traído. Pero no había brisa alguna; el aire estaba en calma. Una mosca dorada se posó en mi mano, una mosca de la miel. Estaba tan inquieta por el perfumado silencio como yo mismo.

Entonces, a mis espaldas, el perro gruñó.

En un principio me quedé totalmente inmóvil, casi sin respirar, pero mis ojos se clavaron en una figura que avanzaba por el borde del estanque sobre la hierba de la pradera. El perro dejó de gruñir y comenzó a rugir, alerta y tembloroso.

Finalmente me levanté y avancé rápidamente hacia el estanque, el perro me siguió de cerca.

La figura, la de una mujer, se giró lentamente hacia nosotros.

IV

Ella estaba de pie inmóvil cuando llegué al estanque. El bosque a nuestro alrededor estaba tan silencioso que cuando hablé el sonido de mi propia voz me asustó.

—No —dijo ella, y su voz sonó tan suave como agua fluyendo—, no me he perdido. ¿Querrá su hermoso perro acercarse a mí?

Antes de que pudiera hablar, Voyou se arrastró hasta ella y posó su sedosa cabeza en sus rodillas.

—Y tanto que sí —dije—, no habrá venido usted aquí sola.

—¿Sola? Vine sola.

—Pero el asentamiento más cercano es Cardinal, probablemente a treinta kilómetros de donde nos encontramos ahora.

—No conozco Cardinal —dijo ella.

—Ste. Croix en Canadá está al menos a unos sesenta y cinco kilómetros... ¿cómo ha llegado a los bosques de Cardinal? —pregunté atónito.

—¿A los bosques? —repitió ella un tanto impaciente.

—Sí.

No me respondió al principio, y continuó acariciando a Voyou con dulces palabras y gestos.

—Me gusta su perro, es adorable, pero no me gusta ser interrogada —dijo en voz baja—. Mi nombre es Ysonde y vine aquí a la fuente para ver a su perro.

Ya había oído suficiente. Tras un segundo o dos dije que oscurecería en una hora, pero ella ni respondió ni me miró.

—Éste —me atreví a decir— es un bello estanque, bueno, o una bella fuente, como usted lo llama: nunca antes había tenido ocasión de contemplarlo. Es difícil imaginar que la naturaleza haya hecho todo esto.

—¿De verdad? —dijo ella.

—¿No lo cree así? —dije.

—Nunca lo he pensado; desearía que cuando se marche me deje a su perro.

—¿A... a mi perro?

—Si no le importa —dijo ella dulcemente, y me miró por primera vez a los ojos.

Durante unos segundos nuestras miradas se cruzaron, y entonces ella se puso seria y vi que sus ojos se clavaban en mi frente. De repente se levantó y se acercó, mirando fijamente mi frente. Había una débil marca en esa parte de mi rostro, una diminuta luna creciente justo encima de las cejas. Era una marca de nacimiento.

—¿Es una cicatriz? —me preguntó mientras se acercaba aún más.

—¿Esa marca en forma de luna creciente? No.

—¿No? ¿Está seguro? —insistió.

—Totalmente —repliqué, sorprendido.

—¿Una... una marca de nacimiento?

—Sí... ¿Podría decirme por qué lo pregunta?

Mientras seguía acercándose a mí, vi que el color se había desvanecido de sus mejillas. Durante un segundo mantuvo ambas manos sobre los ojos, como si quisiese ocultar mi rostro de su vista; después, bajando lentamente las manos, se sentó sobre un largo bloque cuadrado de piedra que rodeaba casi totalmente el estanque, y que, para mi sorpresa, estaba tallado.

Voyou se acercó a ella de nuevo y volvió a apoyar la cabeza en su regazo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó finalmente.

—Roy Cardenhe.

—Yo soy Ysonde. Yo tallé estas libélulas en la piedra, y estos peces y conchas y mariposas que usted ve.

—¡Usted! Son maravillosamente delicados... pero estas no son libélulas norteamericanas...

—No... son más bellas. Vea usted, he traído mi martillo y cincel.

De un extraño saquito atado a un costado, extrajo un pequeño martillo y un cincel y me los mostró.

—Posee mucho talento —dije—, ¿dónde ha aprendido?

—¿Yo? Nunca aprendí... simplemente sabía cómo hacerlo. Veía cosas y las representaba en piedra. ¿Le gustan? En otro momento puedo enseñarle otras cosas que he hecho. Si tuviera un trozo grande de bronce, podría tallar a su perro, con lo bello que es.

El martillo cayó en la fuente, me incliné y sumergí el brazo en el agua buscándolo.

—Está allí, brillando sobre la arena —dijo inclinándose sobre el estanque junto a mí.

—¿Dónde? —pregunté, contemplando nuestros rostros reflejados en el agua. Porque era sólo en el agua donde, de momento, me atrevía a contemplar detenidamente su rostro.

El estanque reflejaba el exquisito óvalo de su cabeza, el espeso cabello, los ojos. Oí el crujido sedoso de su fajín, divisé el destello de un brazo blanco, y el martillo surgió chorreando.

La superficie agitada del estanque se fue calmando y de nuevo contemplé sus ojos reflejados.

—Escuche —dijo con voz tenue—, ¿cree que volverá de nuevo a mi fuente?

—Vendré —dije.

Mi voz sonaba apagada; el ruido del agua me invadió los oídos.

Entonces una sombra fugaz cruzó el estanque; me froté los ojos. Donde su rostro se había reflejado inclinado junto al mío, ya no había nada, a excepción del rosado cielo de la tarde con una tenue estrella centelleando.

Me enderecé y me giré. Ella había desaparecido. Vi las débiles estrellas titilando sobre mí en el arbol del crepúsculo, vi los altos árboles estáticos en el aire apacible de la tarde, vi a mi perro dormido a mis pies.

El dulce perfume en el aire se había esfumado, dejando en mis fosas nasales el pesado olor de los helechos y el musgo del bosque. Un terror ciego me embargó, y tomé el rifle y penetré en el bosque cada vez más oscuro. El perro me siguió, chocándose contra los matorrales a mis talones. La luz se fue apagando, pero continué avanzando mientras el sudor me caía por la cara y el pelo, y mi mente era un caos. Apenas puedo explicar cómo llegué al soto. Cuando retomé el sendero, atisbé fugazmente un rostro humano que me observaba desde unos oscuros matorrales... una horrible cara humana, macilenta y demacrada, con pronunciados huesos en las mejillas y ojos oblicuos.

Me detuve involuntariamente; el perro, pegado a mis talones, gruñó. Luego me abalancé directamente hacia él y braceé ciegamente entre los matorrales, pero la noche había caído rápidamente y me encontré jadeando y forcejeando en un laberinto de retorcidos arbustos y enmarañadas enredaderas, incapaz de ver la maleza que me atrapaba.

Esa noche llegué a la cena tardía con el rostro blanco y arañado. Howlett me sirvió con un mudo reproche en los ojos, porque la sopa había estado reposando demasiado y el urogallo se había quedado sin jugo.

David entró a los perros tras haberles dado de cenar; arrimé la silla al fuego y coloqué la cerveza en la mesa junto a mí. Los perros se acurrucaron a mis pies, pestañeando con expresión seria a las chispas que saltaban y flotaban en remolinos sobre los pesados troncos de abedul.

—David —dije—, ¿dijo antes que había visto hoy a un chino?

—Así es, señor.

—¿Y qué piensa de ello ahora?

—Pues que quizás me equivoqué, señor...

—Pero en realidad piensa que no. ¿Qué tipo de whisky puso en mi petaca hoy?

—El habitual, señor.

—¿Y he bebido mucho?

—Unos tres tragos, señor, como siempre.

—Y usted no cree que pudiera haberse equivocado con el whisky... echando alguna medicina por equivocación, por ejemplo.

David sonrió y dijo:

—No, señor.

—Bueno —dije—, he tenido un sueño extraordinario.

Cuando pronuncié «sueño» me sentí confortado y aliviado. Apenas me había atrevido a pronunciarlo antes, incluso a mí mismo.

—Un sueño extraordinario —repetí—; me quedé dormido en el bosque sobre las cinco en punto, en ese hermoso claro donde está la fuente... quiero decir, el estanque. ¿Conoce el lugar?

—No lo conozco, señor.

Se lo describí minuciosamente, dos veces, pero David negó con la cabeza.

—¿Piedra tallada dice usted, señor? Nunca me he tropezado con algo así. No se estará refiriendo a New Spring...

—¡No, no! Este claro está mucho más lejos. ¿Es posible que alguien habite en el bosque entre este lugar y la frontera con Canadá?

—Nadie más vive cerca de Ste. Croix; al menos yo no conozco a nadie.

—Por supuesto —dije—, cuando pensé que vi a un chino, era tan sólo mi imaginación. Por supuesto, su aventura me impresionó más de lo que suponía. Por supuesto, usted no vio a ningún chino, David.

—Probablemente no, señor —replicó David vacilante.

Le ordené que se marchara a dormir, diciéndole que yo me quedaría con los perros toda la noche. Cuando se hubo ido, tomé un largo trago de cerveza, «sólo para ahuyentar al diablo», como Pierpont solía decir, y encendí un puro.

Entonces pensé en Barris y Pierpont, y su frío lecho, porque sabía que no se atreverían a encender un fuego. Aunque estaba al abrigo de la cálida chimenea y el crujiente destello del fuego, temblé al ponerme en sus pellejos.

«Contaré toda la historia a Barris y a Pierpont y los llevaré a ver la piedra tallada y la fuente», pensé. «Qué sueño tan maravilloso tuve... Ysonde... si es que fue un sueño».

Entonces me acerqué al espejo y examiné la tenue marca blanca en mi frente.

V

A la mañana siguiente, sobre las ocho en punto, mientras estaba sentado absorto mirando la taza de café que Howlett me estaba llenando, Gamin y Mioche comenzaron a aullar, y en cuestión de segundos escuché a Barris entrando por el porche.

—Hola, Roy —dijo Pierpont, que entraba ya en el comedor—. ¡Quiero mi desayuno, pardiez! ¿Dónde está Howlett? Nada de tu *café au lait* para mí; quiero una chuleta y huevos. Mira ese perro, se va a descoyuntar la cola en cualquier momento.

—Pierpont —dije—, esta locuacidad es sorprendente pero bienvenida. ¿Dónde está Barris? Estás empapado desde el cuello hasta los tobillos.

Pierpont se sentó y se despojó de los tientos pantalones cubiertos de barro.

—Barris está telefoneando a Cardinal Springs, creo que quiere que vengan algunos de sus hombres. ¡Abajo! ¡Gamin, perro idiota! Howlett, tres huevos cocidos y más tostadas... ¿Qué estaba contando? Oh, sobre Barris; ha encontrado algo que espera que le ayude a localizar a estos tipos que fabrican oro. Me lo he pasado en grande... ya te contará él.

—¡Billy! ¡Billy! —dije agradablemente sorprendido—. ¡Estás aprendiendo a hablar! ¡Dios mío! Te recargas tus propios cartuchos, portas tu propia arma y la disparas por ti mismo... ¡Hola! Ahí está Barris cubierto

de barro. Chicos, realmente deberíais cambiaros de ropa... ¡Puff! ¡Qué olor más tremebundo!

—Es probablemente esto —dijo Barris lanzando algo a la chimenea, donde se agitó durante unos segundos y luego comenzó a retorcerse—; lo encontré en el bosque junto al lago. ¿Sabes lo que puede ser, Roy?

Para mi pesar, vi que se trataba de otra de aquellas criaturas con apariencia de cangrejo-gusano-araña que Godfrey me había mostrado en Tiffany's.

—Ya me parecía reconocer ese olor acre —dije—. ¡Por todos los santos, aleja eso de la mesa de desayuno, Barris!

—Pero ¿qué es? —insistió descolgándose del hombro los prismáticos y el revólver.

—Te diré todo lo que sé después del desayuno —respondí con firmeza—. Howlett, coge una escoba y tira esa cosa a la carretera... ¿De qué te ríes, Pierpont?

Howlett barrió la repulsiva criatura y Barris y Pierpont fueron a cambiarse la ropa empapada de rocío por otra más seca. David entró para llevarse a los perros a tomar el aire y unos pocos minutos después Barris reapareció y se sentó en su asiento a la cabecera de la mesa.

—Bueno —dije—, ¿algo interesante que contar?

—Sí, aunque no mucho. Están cerca del lago, al otro lado del bosque... quiero decir, esos fabricantes de oro. Pescaré a uno de ellos esta noche. No he localizado a toda la banda con certeza... Pásame las tostadas, Roy... No, no tengo ninguna certeza, pero he atrapado a uno en todo caso. Pierpont ha sido de gran ayuda, en serio... y, ¿a que no te lo imaginas, Roy? ¡Quiere unirse al Servicio Secreto!

—¡El pequeño Willy!

—Exactamente. Oh, ya le haré cambiar de idea. ¿Qué clase de reptil he traído? ¿Se lo ha llevado con la escoba?

—Y puede volver a traerlo con la escoba por lo que a mí respecta —dije con indiferencia—. Ya he terminado mi desayuno.

—No —dijo Barris tragándose rápidamente el café—, no tiene importancia; cuéntame lo que sabes sobre la bestia...

—Te estaría bien empleado si te lo trajera en una tostada —repliqué.

Pierpont llegó radiante y fresco del baño.

—Continúa con tu historia, Roy —dijo, y les conté el incidente con Godfrey y su mascota reptil.

—Bueno, en nombre del sentido común, ¿qué podría encontrar Godfrey interesante en esa criatura? —terminé, lanzando mi cigarro a la chimenea.

—Es japonés, ¿no crees? —dijo Pierpont.

—No —dijo Barris—, es grotesco sin ser artístico, es vulgar y horrible... parece tosco e incompleto...

—Incompleto... exactamente —dije—, como un humorista norteamericano...

—Sí —dijo Pierpont—, tosco. ¿Y qué hay de esa serpiente de oro?

—Oh, los del Museo Metropolitano la compraron; debéis ir a verla, es una maravilla.

Barris y Pierpont habían encendido unos cigarros y, tras una pausa, nos levantamos todos y fuimos paseando al prado, donde se habían colocado unas sillas y hamacas bajo los arces.

David pasó por allí con el rifle bajo el brazo y los perros pegados a sus talones.

—Tres rifles en las praderas a las cuatro para esta tarde —dijo Pierpont.

—Roy —dijo Barris mientras David inclinaba la cabeza y partía—, ¿qué hiciste ayer?

Ésta era la pregunta que había estado esperando. Durante toda la noche había soñado con Ysonde y el claro del bosque, donde, en el fondo de la diáfana fuente, contemplé el reflejo de sus ojos. Durante toda la mañana, mientras me bañaba y me vestía, había estado convenciéndome a mí mismo de que no valía la pena contar el sueño y que ir en busca del claro y las imaginarias tallas en la piedra sería ridículo. Pero ahora, cuando Barris formuló la pregunta, decidí contarles toda la historia.

—Escuchad esto, amigos —dije abruptamente—, voy a contaros algo extraño. También podéis reiros todo lo que queráis, pero primero quiero hacerle a Barris una o dos preguntas. Tú has estado en China, ¿no es así, Barris?

—Sí —dijo Barris mirándome directamente a los ojos.

—¿Sería posible que un chino se hiciera leñador?

—¿Has visto a un chino? —me preguntó en voz baja.

—No lo sé; tanto David como yo creemos haberlo visto.

Barris y Pierpont intercambiaron miradas.

—¿Habéis visto uno vosotros también? —inquirí, girándome para incluir a Pierpont...

—No —dijo Barris lentamente—; pero se que existe, o que ha existido un chino en estos bosques.

—¿El demonio! —exclamó.

—Sí —dijo Barris con expresión grave—; el demonio, si así lo quieres llamar... un demonio... un miembro de los Kuen-Yuin.

Arrimé la silla a la hamaca donde Pierpont estaba echado cuan largo era ofreciéndome una esfera de oro puro.

—¿Y bien? —dije mientras examinaba los grabados en la superficie, que representaban a una masa de criaturas retorcidas. Supuse que eran dragones.

—Pues bien —continuó Barris, extendiendo la mano para coger la bola de oro—, esta esfera de oro tallado con reptiles y jeroglíficos chinos es el símbolo de los Kuen-Yuin.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —pregunté, presintiendo que se avecinaba algo sorprendente.

—Pierpont lo encontró junto al lago esta mañana, al amanecer. Es el símbolo de los Kuen-Yuin —repitió—, los terribles Kuen-Yuin, los brujos de China, y la secta más mortífera y diabólica sobre la faz de la tierra.

Fumamos nuestros cigarrillos en silencio hasta que Barris se levantó y comenzó a pasearse por entre los árboles, atusándose el bigote.

—Los Kuen-Yuin son brujos —dijo, deteniéndose delante de la hamaca en la que Pierpont estaba tendido observándole—; y quiero decir exactamente lo que he dicho... brujos. Los he visto... he contemplado todas sus demoníacas obras, y os juro solemnemente, tan cierto como que hay ángeles en los cielos, que hay una raza de demonios en la tierra, y son brujos. ¡Bah! —gritó—. ¡Ya pueden venirme con toda esa magia india y los yoguis y todos esos disparates! Porque, Roy, te aseguro que los Kuen-Yuin poseen control absoluto sobre cientos de millones de personas, de sus mentes y cuerpos, de sus cuerpos y almas. ¿Sabéis lo que ocurre en el

interior de China? ¿Sabe Europa... podría algún ser humano imaginarse la situación de aquel gigantesco infierno? Leéis los periódicos, escucháis palabrería diplomática sobre Li-Hung-Chang y el Emperador, oís relatos sobre batallas en mar y tierra, y sabéis que Japón ha provocado una ligera tempestad a lo largo de la escarpada frontera del gran país desconocido. Pero nunca antes habíais oído hablar de los Kuen-Yuin. No, ni tampoco ningún europeo, a excepción de uno o dos misioneros perdidos y, sin embargo, os aseguro que cuando los fuegos de ese pozo infernal hayan horadado todo el continente hasta la costa, la explosión inundará medio mundo... y que Dios ayude al otro medio.

El cigarrillo de Pierpont se apagó; encendió otro y miró fijamente a Barris.

—Pero —continuó Barris en voz baja— ya es suficiente por hoy. No tenía intención de contaros tanto... no servirá de nada... incluso tú y Pierpont lo olvidaréis... Resulta tan imposible y tan alejado... como la extinción del sol. Lo que quiero discutir es de la posibilidad o probabilidad de que un chino... un miembro de los Kuen-Yuin, esté aquí, en este momento, en el bosque.

—Si existe —dijo Pierpont—, posiblemente los fabricantes de oro le deban el descubrimiento a él.

—No lo dudo ni un solo segundo —dijo Barris seriamente.

Puse la pequeña esfera de oro en mi mano y examine los símbolos grabados en ella.

—Barris —dijo Pierpont—, no puedo creer en la brujería mientras llevo puesto uno de los trajes de caza de Sanford en cuyo bolsillo descansa una edición sin censura de *La Duquesa*.

—Ni yo tampoco —dije—, porque leo el *Evening Post* y sé que el señor Godkin no lo admitiría. ¡Eh! ¿Qué le ocurre a esta bola de oro?

—¿Qué le ocurre? —preguntó Barris lúgubrementes.

—Está... está... cambiando de color... púrpura, no, carmesí... no, quiero decir verde... ¡Dios Santo! Estos dragones se retuercen entre mis dedos...

—¡Imposible! —murmuró Pierpont inclinándose sobre mí—. No son dragones...

—¡No! —grite emocionado—. Son dibujos de aquel reptil que trajo Barris... mirad... mirad cómo se arrastran y se retuercen...

—¡Suéltala! —ordenó Barris, y lancé la esfera sobre el césped.

En unos segundos nos arrodillamos sobre la hierba mirando la esfera, pero volvía a ser dorada y grotescamente tallada con dragones y extraños símbolos.

Pierpont, un tanto acalorado, la recogió y se la pasó a Barris. Éste la colocó en la silla y se sentó junto a mí.

—¡Uf! —dije limpiándome el sudor del rostro—, ¿cómo has hecho ese truco, Barris?

—¿Truco? —dijo Barris con desdén.

Miré a Pierpont y mi corazón dio un vuelco. Si no se trataba de un truco, ¿qué era? Pierpont me devolvió la mirada y se ruborizó, pero lo único que dijo fue:

—Es endiabladamente extraño.

—Sí, endiablado —respondió Barris.

A continuación Barris me pidió de nuevo que le contara mi historia, y así lo hice, comenzando desde el momento en que me encontré con David en el soto hasta el momento en el que salté a la oscura maleza en la que aquel rostro amarillo sonreía burlonamente como un cráneo fantasmal.

—¿Queréis que intentemos encontrar la fuente? —pregunté tras una pausa.

—Sí... y... eh... a la dama —sugirió Pierpont vagamente.

—No seas bruto —dije un tanto impaciente—, no hace falta que vengas, ya sabes.

—Oh, iré —dijo Pierpont—, a menos que pienses que estoy siendo indiscreto...

—Calla, Pierpont —dijo Barris—, esto es serio. No he oído hablar de ese claro o esa fuente, pero es cierto que nadie conoce totalmente este bosque. Vale la pena probar. Roy, ¿podrías orientarte hasta ese lugar?

—Sin problemas —respondí—, ¿cuándo partimos?

—Nos estropeará nuestra jornada de caza —dijo Pierpont—, pero claro, cuando uno tiene la oportunidad de encontrar a una dama de ensueño viva...

Me levanté, profundamente ofendido, pero Pierpont no parecía muy arrepentido y su risa era irresistible.

—La dama es tuya por derecho de descubrimiento —dijo—. Te prometo que no me inmiscuiré en tus sueños... soñaré con otras damas...

—Vamos, vamos —dije—. Le diré a Howlett que te acueste en unos minutos. Barris, si estás listo... podemos regresar para la comida...

Barris se había puesto en pie y me miraba con expresión seria.

—¿Qué ocurre? —pregunté nervioso, porque vi que tenía los ojos clavados en mi frente, y me acordé de Ysonde y la cicatriz en forma de blanca luna creciente.

—¿Es una marca de nacimiento? —preguntó Barris.

—Sí... ¿por qué, Barris?

—Nada... una coincidencia interesante...

—¡Qué!... ¡Por amor de Dios!

—La cicatriz... o, mejor dicho, la marca de nacimiento. Es la marca de la garra del dragón... el símbolo de luna creciente de Yue-Laou...

—¿Y quién demonios es Yue-Laou? —dije malhumorado.

—Yue-Laou, el Creador de Lunas, Dzil-Nbu de los Kuen-Yuin... Se trata de mitología china, pero se cree que Yue-Laou ha regresado para gobernar a los Kuen-Yuin.

—La conversación —interrumpió Pierpont— está adquiriendo cierto tufillo a plumas de pavo real y avispa. La varicela le dejó una marca a Roy, y Barris está tomándonos el pelo. Venga, amigos, id a presentar vuestros respetos a la dama de los sueños. Barris, oigo caballos al galope, ahí vienen tus hombres.

Dos jinetes salpicados de barro trotaron hasta el porche y desmontaron a la señal de Barris. Advertí que ambos hombres llevaban rifles de repetición y pesados revólveres Colt.

Siguieron a Barris con deferencia hasta el comedor, y en breve escuchamos el tintineo de platos y botellas y el bajo ronroneo de la vibrante voz de Barris.

Media hora más tarde salieron, nos saludaron a Pierpont y a mí y se marcharon al galope en dirección a la frontera canadiense. Diez minutos más tarde Barris seguía sin aparecer, nos pusimos en pie y entramos en la

casa para buscarlo. Estaba sentado en silencio a la mesa, observando la pequeña esfera de oro, que en esos momentos relucía con un fuego carmesí y naranja, brillante como si fuera una brasa encendida. Howlett, con la boca abierta y ojos desorbitados, estaba de pie a sus espaldas, petrificado.

—¿Vienes? —preguntó Pierpont un tanto asustado.

Barris no le contestó. La esfera recobró lentamente el color oro pálido... pero el rostro que Barris había vuelto hacia nosotros estaba blanco como una sábana. Luego se levantó y sonrió con un esfuerzo que nos afligió a todos.

—Pásame un lápiz y un trozo de papel —dijo.

Howlett se lo pasó. Barris se dirigió a la ventana y escribió rápidamente. Dobló el papel, lo colocó en el cajón superior del escritorio, cerró el cajón, me pasó la llave y nos hizo una señal para que le precediéramos.

Cuando estuvimos de nuevo bajo los arcos, se volvió a mí con una expresión impenetrable.

—Sabrás cuándo tienes que usar la llave —dijo—. Vamos, Pierpont, debemos encontrar la fuente de Roy.

VI

A las dos en punto esa tarde, por sugerencia de Barris, desistimos de buscar la fuente del claro y atajamos por el bosque hasta el soto donde David y Howlett nos esperaban con nuestros rifles y los tres perros.

Pierpont me tomaba el pelo despiadadamente sobre la «dama del sueño», como la llamaba, y si no fuera por la significativa coincidencia de las preguntas de Ysonde y Barris sobre la blanca cicatriz en mi frente, haría ya bastante tiempo que estaría totalmente convencido de que lo había soñado todo.

Lo cierto es que no tenía ninguna explicación que ofrecer. No habíamos podido encontrar el claro, aunque pasamos cincuenta veces por las marcas del terreno que creía que nos llevaban a él. Barris permanecía en silencio y apenas dirigió una palabra a ninguno de los dos durante toda la búsqueda. Nunca antes lo había visto tan bajo de moral. Sin embargo, cuando

avistamos el soto en el que nos esperaban un trozo cocinado de urogallo frío y una botella de Burdeos, Barris pareció recobrar su habitual buen humor.

—¡Brindo por la dama del sueño! —dijo Pierpont, levantando el vaso y poniéndose en pie.

No me gustaba en absoluto. Incluso si ella era tan sólo un sueño, me irritaba escuchar la voz burlona de Pierpont.

Quizás Barris lo captó... no lo sé, pero instó a Pierpont a que se bebiera su vino sin hacer más ruido, y el joven obedeció con una infantil confianza que casi hizo sonreír a Barris.

—¿Qué tal las agachadizas, David? —pregunté—. Las praderas deberían estar en buen estado.

—No hay ni una sola agachadiza en las praderas, señor —informó David solemnemente.

—Imposible —exclamó Barris—, es imposible que se hayan ido.

—Lo han hecho, señor —dijo David con una voz sepulcral que me costó reconocer.

Los tres miramos al hombre con curiosidad, esperando una explicación por este decepcionante aunque extraordinario informe.

David miró a Howlett y Howlett examinó el cielo.

—Yo estaba —comenzó el viejo con los ojos clavados en Howlett—, estaba atravesando el soto con los perros, cuando escuché un ruido en el refugio y vi a Howlett que se acercaba andando muy rápido. De hecho —continuó David—, podría decir que estaba corriendo. ¿Estaba corriendo usted, Howlett?

—Sí —contestó Howlett con una decorosa tos.

—Disculpen —dijo David—, pero preferiría que fuera Howlett el que contara el resto. Él vio cosas que yo no vi.

—Hable, Howlett —ordenó Pierpont, sumamente interesado.

Howlett volvió a toser tras su enorme mano enrojecida.

—Lo que David cuenta es cierto, señor —comenzó—. Yo estaba observando a los perros mientras hacían ejercicio a cierta distancia, y David estaba encendiéndose una pipa tras aquel abedul, cuando veo que se asoma una cabeza del refugio sosteniendo un palo como si lo apuntara hacia los perros, señor...

—¿Una cabeza sujetando un palo? —repitió Pierpont con tono severo.

—La cabeza tenía unas manos, señor —explicó Howlett—, manos que sujetaban un palo pintado... de esta manera, señor... «Howlett», me digo a mí mismo, «esto sí que es raro», así que pego un salto y me pongo a correr, pero el pordiosero ya me ha visto y cuando llego junto a David, ya se ha ido. «Hola, Howlett», me dice David, «qué demonios»... disculpe señor... «¿Cómo es que has venido aquí?», dice él con voz muy alta. «¡Corre!», le digo. «¡El chino está atacando a los perros!» «Por amor de Dios, ¿qué chino?», dice David apuntando con su arma a todos los arbustos. Entonces me parece verlo y corremos y corremos, los perros saltando a nuestros talones, señor, pero al final no hemos visto al chino.

—Yo les contaré el resto —dijo David mientras Howlett tosía y se apartaba a un modesto rincón tras los perros.

—Continúe —dijo Barris con una voz extraña.

—Bien, señor, cuando Howlett y yo abandonamos la persecución, nos encontrábamos en la colina desde la que se ve todo el prado sur. Advertí que había cientos de pájaros allí, sobre todo chorlos mayores y frailecillos, y Howlett también los vio. Entonces, antes de que pudiera decir ni una sola palabra a Howlett, algo que saltó del agua del lago cayó con gran estruendo... un estruendo como si toda la colina se hubiera desmoronado sobre el agua. Estaba tan asustado que salté directamente a los arbustos y Howlett se tiró rápidamente al suelo, y todas aquellas agachadizas echaron a volar... Había cientos de ellas... todas chillando aterradas, y todos los patos de Carolina salieron pitando sobre las praderas como si el viejo satán los persiguiera.

David se calló y miró meditabundo a los perros.

—Continúe —dijo Barris con la misma voz forzada.

—Nada más, señor. Las agachadizas no regresaron.

—Pero... ¿ese estruendo en el lago?

—No sé qué pudo ser, señor.

—¿Un salmón? ¿Podría un salmón haber asustado a los patos y las agachadizas?

—No... oh, no, señor. Si cincuenta salmones hubieran saltado, no habrían podido causar ese revuelo. ¿Verdad que no, Howlett?

—No —confirmó Howlett.

—Roy —dijo Barris finalmente—, lo que nos cuenta David cancela la cacería de agachadizas por hoy. Voy a llevar a Pierpont a la casa. Howlett y David nos seguirán con los perros... tengo algo que decirles. Si quieres venir, ven; si no, ve y caza un par de urogallos para la cena y regresa alrededor de las ocho si quieres ver lo que Pierpont y yo descubrimos ayer noche.

David silbó a Gamin y Mioche para que le siguieran, y todos ellos siguieron a Howlett y su cesta hacia la casa. Yo llamé a Voyou a mi lado, tomé mi rifle y me volví a Barris:

—Estaré de vuelta sobre las ocho —dije—. Tienes intención de atrapar a uno de los fabricantes de oro, ¿verdad?

—Sí —dijo Barris con indiferencia.

Pierpont comenzó a hablar sobre el chino, pero Barris le hizo una seña para que le siguiera. Se despidió con un movimiento de cabeza y tomó el sendero que Howlett y David habían tomado en dirección a la casa. Cuando se perdieron de mi vista, me coloqué el rifle bajo el brazo y me volví hacia el bosque. Voyou trotaba pisándome los talones.

A mi pesar, las repetidas apariciones del chino me habían puesto nervioso. Había decidido abatirlo si volvía a molestarme y averiguar qué hacía en los Cardinal Woods. Si no me daba una explicación satisfactoria por sí mismo, lo escoltaría hasta Barris como sospechoso de la fabricación de oro... lo escoltaría de todos modos, pensé, y así libraría al bosque de su fea cara. Me pregunté qué podría ser lo que David escuchó en el lago. Debíó de ser un pez enorme, un salmón, pensé; probablemente los nervios de David y Howlett estaban a flor de piel tras la persecución del chino.

Un gemido del perro rompió el hilo de mis reflexiones y levanté la cabeza. Entonces me paré en seco.

El claro perdido se abría ante mis ojos.

El perro ya había entrado de un salto en él, cruzando el césped de terciopelo hasta la piedra tallada donde había una figura sentada. Vi que el perro apoyaba amorosamente su sedosa cabeza sobre su túnica; vi su rostro inclinado sobre el perro, contuve la respiración y lentamente entré en el claro iluminado por el sol.

Me ofreció su blanca mano con un gesto levemente tímido.

—Ahora que ya ha venido —dijo ella—, puedo mostrarle algo más de mi trabajo. Le dije que podía hacer otras cosas además de las libélulas y mariposas talladas aquí en la piedra. ¿Por qué me mira tan fijamente? ¿Está usted enfermo?

—Ysonde —tartamudeé.

—Sí —dijo ella con un débil rubor bajo los ojos.

—Yo... yo no esperaba volver a verla —dije abruptamente—... usted... yo... yo... pensé que lo había soñado...

—¿Soñado? ¿Conmigo? Quizás lo hizo, ¿es eso tan extraño?

—¿Extraño? N... no... pero... ¿adónde se marchó cuando... cuando nos inclinamos sobre la fuente? Vi su rostro... su rostro reflejado junto al mío y entonces... entonces tan sólo vi el cielo azul y una estrella reluciendo.

—Eso fue porque se quedó dormido —dijo—, ¿no es así?

—¿Yo?... ¿Dormido?

—Usted se durmió... pensé que estaría muy cansado y regresé...

—¿Regresó? ¿Adónde?

—Regresé a mi casa, donde tallo estas hermosas imágenes; mire, aquí tengo una que he traído para enseñársela hoy.

Tomé la criatura esculpida que ella me ofrecía, un enorme lagarto de oro con frágiles alas de oro extendidas, tan finas que la luz del sol se filtraba a través de ellas y golpeaba el suelo en centelleantes formas doradas.

—¡Santo Cielo! —exclamé—. ¡Esto es asombroso! ¿Dónde aprendió a hacer tales figuras? Ysonde, ¡algo así es de un valor incalculable!

—Oh, eso espero —dijo ella con expresión seria—, no soporto tener que vender mis obras, pero mi padraastro se las lleva y las envía. Ésta es la segunda obra que he hecho, y ayer me dijo que debía dársela. Supongo que es pobre.

—No comprendo cómo puede ser pobre si te suministra el oro para modelarlo —dije, atónito.

—¡Oro! —exclamó—. ¡Oro! ¡Tiene una habitación llena de oro! Él lo fabrica.

Me senté sobre la hierba a sus pies totalmente desconcertado.

—¿Por qué me mira así? —preguntó ella, un tanto incomodada.

—¿Dónde vive su padrastro? —pregunté finalmente.

—Aquí.

—¡Aquí!

—En el bosque junto al lago. Nunca podría encontrar nuestra casa.

—¡Una casa!

—Por supuesto. ¿Pensaba que yo vivía en un árbol? Qué tonto. Vivo con mi padrastro en una hermosa casa... una casa pequeña, pero muy bonita. Él fabrica el oro allí, pero los hombres que se lo llevan nunca vienen a casa, porque no saben dónde está, y si lo descubrieran no podrían entrar en ella. Mi padrastro coloca el oro en lingotes en un jergón de lona. Cuando el jergón está lleno lo lleva al bosque, donde viven los hombres, y no sé qué hacen con ello. Ojalá pudiera vender el oro y hacerse rico, porque así yo podría regresar a Yian, donde todos los jardines son bonitos y el río fluye bajo los mil puentes.

—¿Y dónde está esa ciudad? —pregunté con voz débil.

—¿Yian? No lo sé. Es un lugar hermoso, con el aire perfumado y un sonido de campanas de plata todo el día. Ayer me puse un adorno de capullos de flor de loto secos de Yian en el pecho, y todo el bosque se llenó de su fragancia. ¿No lo notó?

—Sí.

—Me pregunté ayer noche si lo habría percibido. Qué hermoso es su perro, lo adoro. Ayer pensé mucho en su perro, pero ayer noche...

—Ayer noche —repetí para mis adentros.

—Pensé en usted. ¿Por qué lleva la marca de la garra del dragón?

Levanté instintivamente la mano hacia mi frente, cubriéndome la cicatriz.

—¿Qué es lo que sabe sobre la garra del dragón? —murmuré.

—Es el símbolo de Yue-Laou, y Yue-Laou gobierna a los Kuen-Yuin, dice mi padrastro. Mi padrastro me cuenta todo lo que sé. Vivíamos en Yian hasta que cumplí los dieciséis años. Ahora tengo dieciocho, hace dos años que vivimos en el bosque. ¡Mire!... ¡mire esos pájaros color escarlata! ¿Qué son? Hay pájaros del mismo color en Yian.

—¿Dónde está Yian, Ysonde? —pregunté con lúgubre calma.

—¿Yian? No lo sé.

—Pero ha vivido allí.

—Sí, mucho tiempo.

—¿Está al otro lado del océano, Ysonde?

—Está al otro lado de siete océanos y del gran río, que es más largo que la distancia entre la tierra y la luna.

—¿Quién le contó eso?

—¿Quién? Mi padrastro, él me cuenta todo.

—¿Podrías decirme su nombre, Ysonde?

—No lo sé, él es mi padrastro, eso es todo.

—¿Y cuál es su nombre?

—Ya lo sabe, Ysonde.

—Sí, ¿pero qué otro nombre?

—Eso es todo, Ysonde. ¿Tiene usted dos nombres? ¿Por qué me mira con tanta impaciencia?

—¿Su padrastro fabrica oro? ¿Lo ha visto fabricarlo?

—Oh, sí. También lo fabricaba en Yian, y me encantaba contemplar las chispas por la noche, girando como abejas de oro. Yian es encantador... si es que todo es como nuestro jardín y los jardines que lo rodean. Puedo ver los mil puentes desde mi jardín, y más allá la montaña blanca...

—Y la gente... hágale sobre la gente, Ysonde —la insté delicadamente.

—¿La gente de Yian? Podía verla en enjambres, como hormigas... ¡Oh!, muchos, muchos millones cruzaban y volvían a cruzar los mil puentes.

—¿Pero qué aspecto tenían? ¿Se vestían como yo?

—No lo sé. Estaban demasiado lejos, puntitos moviéndose sobre los mil puentes. Durante dieciséis años los observé cada día desde mi jardín, pero nunca salí del jardín a las calles de Yian, porque mi padrastro me lo había prohibido.

—¿Nunca vio una criatura viva cerca de usted en Yian? —le pregunté desesperado.

—Mis pájaros, oh, unos pájaros tan altos, y que parecían tan inteligentes, de color gris y rosa.

Ella se inclinó sobre la reluciente agua y deslizó su lustrada mano por la superficie.

—¿Por qué me hace estas preguntas? —murmuró—, ¿está disgustado?

—Hábleme sobre su padrastro —insistí—. ¿Se parece a mí? ¿Va vestido o habla como yo? ¿Es norteamericano?

—¿Norteamericano? No lo sé. No viste como usted y no se parece a usted. Es viejo, muy, muy viejo. En ocasiones habla como usted, y otras veces como hablan en Yian. Yo hablo de ambas maneras.

—Entonces hábleme como lo hacen en Yian —le pedí con impaciencia—, hábleme como... Pero ¿qué pasa, Ysonde? ¿Por qué está llorando? ¿La he molestado?... No tenía intención... ¡Ni se me pasó por la mente que le molestaría! Por favor, Ysonde, perdóneme... mire, se lo suplico aquí de rodillas a sus pies.

Me callé, mis ojos se clavaron en una pequeña esfera de oro que colgaba de una cadena del mismo metal enganchada a su cintura. La vi agitarse contra su muslo, vi que cambiaba de color, ora carmesí, ora púrpura, ora ardiente escarlata. Era el símbolo de los Kuen-Yuin.

Se inclinó sobre mí y posó los dedos suavemente sobre mi brazo.

—¿Por qué me pregunta estas cosas? —dijo, mientras las lágrimas brillaban en sus pestañas—. Me duele aquí —dijo apretando la mano contra su pecho—, me duele... no sé por qué. Ah, ahora sus ojos me miran con dureza y frialdad de nuevo; está mirando el globo dorado que cuelga de mi cintura. ¿Desea también saber qué es?

—Sí —murmuré con los ojos fijos en las infernales llamas de color que se apagaron en cuanto hablé, dejando la esfera de nuevo del color del oro pálido.

—Es el símbolo de los Kuen-Yuin —dijo ella con voz temblorosa—, ¿por qué lo pregunta?

—¿Es suyo?

—S... sí.

—¿Dónde lo encontró? —exclamé con dureza.

—Mi... mi padras...

Entonces me empujó con todas las fuerzas de sus delgadas muñecas y se cubrió el rostro.

Deslicé el brazo a su alrededor y la acerqué a mí... Si pudiera quitarle a besos esas lágrimas que caían lentamente entre sus dedos... si pudiera decirle cuánto la amaba... cómo me rompía el corazón verla desdichada... pero, después de todo, eso era asunto mío. Cuando me sonrió a través de sus lagrimas, el amor puro y la dulzura de sus ojos elevaron mi alma más allá de la luna que brillaba vagamente en lo alto atravesando el espacio azul iluminado. Mi felicidad fue tan abrupta, tan feroz y abrumadora que me limité a quedarme allí de rodillas, con sus dedos entre los míos y los ojos alzados a la bóveda azul y la brillante luna. Entonces algo en la hierba alta cerca de mí se acercó a mis rodillas y un olor húmedo y acre invadió mis fosas nasales.

—¡Ysonde! —grité, pero el tacto de su mano ya había desaparecido y mis dos puños cerrados estaban fríos y mojados de rocío—. ¡Ysonde! —volví a llamarla, con la lengua congelada por el miedo...

Pero la llamé como alguien que se está despertando de un sueño... un horrible sueño, porque mis fosas nasales se estremecieron con el húmedo y acre olor, y sentí que el reptil-cangrejo ya se había colgado de mi rodilla. ¿Cómo es que la noche había caído tan de repente?... ¿Dónde estaba?... ¿Dónde?... entumecido, frío, magullado y sangrando, yaciente, despeñado por mi propio umbral como un cadáver, mientras Voyou me lamía el rostro y Barris se inclinaba sobre mí a la luz de un quinqué que relucía y humeaba en la brisa nocturna como una antorcha. ¡Puaj! El asfixiante hedor de la lámpara me despertó y grité:

—¡Ysonde!

—¿Qué diablos te ocurre? —murmuró Pierpont levantándose en sus brazos como si fuera un niño—. ¿Te han apuñalado, Barris?

VII

Unos pocos minutos después pude ponerme en pie y andar rígidamente hasta mi dormitorio, donde Howlett me había preparado un baño caliente y una copa aún más caliente de Scotch. Pierpont me limpió con una esponja la sangre del cuello, que ya se había coagulado. El corte era muy pequeño,

casi invisible, un simple pinchazo de espina. El champú limpió mi mente, y una inmersión en agua fría y las friegas con alcohol hicieron el resto.

—Veamos —dijo Pierpont—, tómame el Scotch caliente y échate. ¿Quieres un poco de estofado de becada? Bien, me parece que ya estás volviendo en ti.

Barris y Pierpont me observaban mientras me sentaba al borde de la cama mordisqueando solemnemente la espoleta de la becada y sorbiendo una copa de Burdeos, lo cual me reconfortó en grado sumo.

Pierpont suspiró con alivio.

—Así pues —dijo en tono agradable—, se trata de un caso de juerga nocturna que acabó a golpes. Pensé que te habían apuñalado...

—No estaba en estado de embriaguez —repliqué con calma mientras tomaba un trozo de apio.

—¿Sólo un tanto perjudicado? —preguntó Pierpont, todo sonrisas.

—Tonterías —dijo Barris—, déjalo en paz. ¿Quieres más apio, Roy?... Te ayudará a dormir.

—No quiero dormir —respondí—. ¿Cuándo vais a atrapar a vuestro fabricante de oro?

Barris miró su reloj y lo cerró con un chasquido.

—Dentro de una hora... ¿No estarás pensando en acompañarnos?

—Pues sí... sírveme una taza de café, Pierpont, por favor... Eso es justamente lo que pretendo hacer. Howlett, trae la nueva caja de Panatellas... los suaves importados... y deja aquí la botella de licor. Veamos, Barris, yo me voy a vestir y tú y Pierpont manteneos en silencio para escuchar lo que tengo que contaros. ¿Está esa puerta bien cerrada?

Barris la cerró con llave y se sentó.

—Gracias —dije—. Barris, ¿dónde se encuentra la ciudad de Yian?

Una expresión semejante al terror cruzó los ojos de Barris y vi que contenía la respiración durante unos segundos.

—No existe tal ciudad —dijo finalmente—. ¿He estado hablando en voz alta en sueños?

—Es una ciudad —continué con calma— donde el río fluye bajo mil puentes, donde los jardines están dulcemente perfumados y el aire está lleno de música de campanas de plata...

—¡Para! —jadeó Barris, y se levantó tembloroso de su asiento. Parecía que hubiera envejecido diez años.

—Roy —interrumpió Pierpont fríamente—, ¿por qué demonios hostigas a Barris?

Miré a Barris y él me miró a mí. Tras unos segundos volvió a sentarse.

—Continúa —dijo él.

—Debo hacerlo —respondí— porque ahora estoy seguro de no haberlo soñado.

Les conté todo pero, incluso mientras se lo contaba, todo me parecía tan vago, tan irreal, que en ocasiones me detenía con la sangre hirviendo en las orejas, y es que parecía imposible que hombres sensatos, en el año 1896 de nuestro Señor, pudieran discutir en serio tales asuntos.

Temía la reacción de Pierpont, pero él ni tan siquiera sonrió. En cuanto a Barris, se quedó sentado con su atractiva cabeza clavada en el pecho, agarrando fuertemente con ambas manos la pipa apagada.

Cuando hube terminado de hablar, Pierpont se giró lentamente y miró a Barris. En dos ocasiones movió los labios como si estuviera a punto de preguntar algo, pero volvía a quedarse mudo.

—Yian es una ciudad —dijo Barris, hablando como entre sueños—. ¿Era esto lo que deseabais saber, Pierpont?

Asentimos en silencio.

—Yian es una ciudad —repitió Barris—, donde el gran río fluye bajo mil puentes... donde los jardines desprenden dulces aromas y el aire está lleno de música de campanas de plata.

Mis labios formaron una pregunta:

—¿Dónde está esa ciudad?

—Se encuentra —dijo Barris con voz quejumbrosa— atravesando siete océanos y el río más largo que la distancia desde la tierra a la luna.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pierpont.

—Ah —dijo Barris, avivándose con un gran esfuerzo y alzando los ojos hundidos—, estoy usando las alegorías de otra tierra; dejadlo estar. ¿No os he hablado sobre los Kuen-Yuin? Yian es la capital de los Kuen-Yuin. Está escondida en aquella gigantesca sombra llamada China, borrosa y vasta

como los cielos de medianoche... un continente desconocido e impenetrable.

—Impenetrable —repitió Pierpont para sus adentros.

—La he visto —dijo Barris con la mirada perdida—. He contemplado las inertes llanuras del Negro Cathay y he cruzado las montañas de la Muerte, cuyas cumbres se alzan por encima de la atmósfera. He contemplado la sombra de Xangi proyectándose sobre Abaddon. ¡Mejor sería morir a un millón de millas de Yezd y Ater Quedah que haber contemplado los blancos lotos de agua cerrándose bajo la sombra de Xangi! He dormido entre las ruinas de Xaindu, donde los vientos nunca cesan y el Wulwulleh es llorado por los muertos.

—¿Y Yian? —le insté con delicadeza.

Había una expresión sobrenatural en su rostro cuando se volvió lentamente hacia mí.

—Yian... yo he vivido allí... y he amado allí. Cuando me abandone el último aliento de mi cuerpo, cuando la garra del dragón desaparezca de mi brazo —se subió la manga y vimos una luna creciente reluciendo sobre el codo—... cuando la luz de mis ojos se haya apagado para siempre, entonces, incluso entonces, no olvidaré la ciudad de Yian. Porque es mi hogar... ¡mío! El río y los mil puentes, la blanca cumbre más allá, los jardines de dulce perfume, los nenúfares, el grato sonido del viento de verano cargado de la música de las abejas y la música de las campanas..., todo eso es mío. ¿Creéis que porque los Kuen-Yuin temían a la garra del dragón en mi brazo mi labor con ellos ha acabado? ¿Pensáis que porque Yue-Laou pudo otorgar, yo acepto su derecho a tomar? ¿Es él tal vez Xangi, bajo cuya sombra la flor blanca de loto de agua no osa alzar su cabeza? ¡No! ¡No! —gritó violentamente—. ¡Mi felicidad no nació gracias a Yue-Laou, el brujo, el Creador de Lunas! ¡Era real, no era una sombra que pudiera desvanecerse como una burbuja de colores! ¿Puede un brujo crear y dar a un hombre la mujer que ama? ¿Es Yue-Laou tan grande como el mismísimo Xangi, entonces? Xangi es Dios. En el momento que Él elija, en su infinita bondad y piedad, me devolverá a la mujer que amo. Y yo sé que ella me espera a los pies de Dios.

Podía oír el rápido latido de mi corazón en el tenso silencio que siguió, y vi el rostro de Pierpont, pálido y lastimero. Barris se sacudió y levantó la cabeza. El cambio en su enrojecido rostro me asustó.

—¡Cuidado! —dijo lanzándome una terrible mirada—. La marca de la garra del dragón está en tu frente, y Yue-Laou lo sabe. Si debes amar, entonces ama como un hombre, porque al final sufrirás como un alma en el infierno. ¿Cómo decías que se llamaba la dama?

—Ysonde —respondí simplemente.

VIII

Esa noche, a las nueve en punto atrapamos a uno de los fabricantes de oro. No sé cómo Barris le tendió la trampa; lo único que vi de todo lo ocurrido puede ser contado en uno o dos minutos.

Nos apostamos en la carretera de Cardinal a una milla al sur de la casa, bajo un nogal ceniciento, Pierpont y yo con los revólveres desenfundados en un extremo, y Barris en el otro, con un Winchester sobre las rodillas.

Le acababa de preguntar a Pierpont la hora, y estaba rebuscando el reloj cuando escuchamos el sonido de un caballo al galope, acercándose por el camino, repiqueteando y retumbando mientras pasaba. Entonces el rifle de Barris escupió un fogonazo y la oscura mole, caballo y jinete, se precipitó sobre el polvo. El caballo estaba muerto, y en un segundo Pierpont agarró por el cuello al aturdido jinete. Cuando encendimos una rama de pino para examinar al tipo, los dos jinetes de Barris se aproximaron al galope y se detuvieron junto a nosotros.

—¡Hum! —exclamó Barris frunciendo el ceño—. Si éste no es el mismísimo «Abrillantador», yo soy el contrabandista de alcohol.

Nos arremolinamos con curiosidad para ver al «Abrillantador». Era pelirrojo, gordo y asqueroso, y sus pequeños ojos rojos ardían en su rostro como los ojos de un cerdo malhumorado.

Barris le revisó los bolsillos metódicamente mientras Pierpont le sujetaba y sostenía la antorcha. El Abrillantador era una mina de oro; bolsillos, camisa, botas, sombrero, incluso sus sucios puños fuertemente

cerrados y ensangrentados estaban repletos de lingotes de oro amarillo claro. Barris se guardó este «oro de luz de luna», como habíamos empezado a llamarlo, en los bolsillos de su tabardo de caza, y se apartó con el prisionero para interrogarlo. Regresó en unos minutos y se dirigió hacia sus hombres a caballo para que se hicieran cargo del Abrillantador. Los observamos mientras se alejaban, con los rifles en los muslos, adentrándose a paso lento en la oscuridad. El Abrillantador, fuertemente atado, forcejeaba hoscamente entre ellos.

—¿Quién es el Abrillantador? —preguntó Pierpont, guardándose el revólver en el bolsillo.

—Un contrabandista de alcohol, un falsificador, un bandolero —dijo Barris—, y probablemente un asesino. Drummond se pondrá contento cuando lo vea, y creo que es posible que logre hacerle confesar lo que se niega a confesarme a mí.

—¿No ha querido hablar? —pregunté.

—Ni una sola palabra. Pierpont, ya no puedes hacer nada más.

—¿Nada más? ¿No regresas con nosotros, Barris?

—No —dijo Barris.

Caminamos por el oscuro camino en silencio durante un rato, mientras yo me preguntaba qué pretendía hacer Barris, pero no dijo nada más hasta que llegamos al porche. Allí nos tendió la mano, primero a Pierpont, luego a mí, despidiéndose como si se dispusiera a realizar un largo viaje.

—¿Cuándo regresarás? —le grité cuando se disponía a cruzar la verja de entrada.

Volvió a cruzar el prado y de nuevo tomó nuestras manos con un silencioso afecto del que jamás le imaginé capaz.

—Me voy —dijo— para poner fin a la fabricación de oro esta misma noche. Ya sé, chicos, que nunca habéis sospechado a qué me dedicaba en mis solitarios paseos nocturnos después de cenar. Os lo diré. Ya he asesinado discretamente a cuatro de estos fabricantes de oro, mis hombres los enterraron justo debajo de la nueva hondonada en el mojón de cuatro millas. Aún quedan tres con vida: el Abrillantador, a quien ya tenemos, otro criminal llamado «Amarillo», o «Amerillo» en la lengua local, y el tercero...

—El tercero... —repitió Pierpont con voz agitada.

—El tercero, al que nunca he visto. Pero sé quién y qué es... Lo sé; y si tiene carne y sangre humana, su sangre se derramará esta misma noche.

Mientras nos hablaba, un débil ruido entre la hierba atrajo mi atención. Un hombre montado a caballo avanzaba silenciosamente bajo la luz de las estrellas sobre la mullida pradera. Cuando se acercó, Barris encendió una cerilla, y vimos que transportaba un cadáver sobre su silla de montar.

—Es Amerillo, coronel Barris —dijo el hombre, tocándose levemente el sombrero ladeado a modo de saludo.

Esta lúgubre presentación del cadáver me hizo estremecer y, tras examinar al muerto, que estaba rígido y con los ojos abiertos como platos, me eché hacia atrás.

—Identificado —dijo Barris—, llévelo al puesto de las cuatro millas y envíe sus efectos personales a Washington... Asegúrese de que van sellados, Johnstone.

El jinete partió a medio galope con su espectral carga, y Barris tomó nuestras manos por última vez. Luego, partió animado y con una broma en los labios, y Pierpont y yo nos giramos de regreso a la casa.

Permanecimos sentados durante una hora, desganados y fumando en el salón frente a la chimenea, hablando poco, hasta que Pierpont dijo abruptamente:

—¡Ojalá Barris nos hubiera llevado a uno de los dos esta noche!

El mismo pensamiento me había estado rondando por la cabeza, pero dije:

—Barris sabe lo que se hace.

Este comentario no nos reconfortó a ninguno de los dos, ni abrió la posibilidad de llevar más allá la conversación, y tras unos pocos minutos Pierpont se despidió para irse a dormir y llamó a Howlett para que le preparase agua caliente. Cuando Howlett ya lo hubo arropado cálidamente, apagué todas las lámparas menos una, ordené a David que sacara a los perros y di permiso a Howlett para que se acostara.

No tenía ganas de retirarme a la cama porque sabía que no podría dormir. Había un libro abierto sobre la mesa junto a la chimenea, lo cogí y leí una o dos páginas, pero mi mente vagaba por otros lugares.

Las ventanas estaban abiertas y me asomé para observar el firmamento estrellado. No había luna esa noche, pero el cielo estaba salpicado de relucientes estrellas y un brillo pálido, más brillante incluso que la luz de la luna, bañaba la pradera y el bosque. Desde lejos en el bosque me llegó la voz del viento, un viento suave y cálido que me susurraba un nombre, Ysonde.

«Escucha», susurraba la voz del viento, y «escucha» resonó en los árboles que se mecían, haciendo que todas sus pequeñas hojas temblaran. Yo escuché.

Escuché su nombre, Ysonde, donde la hierba alta se agitaba con la cadencia de los grillos; lo escuché en la susurrante madreselva sobre la que revoloteaban las mariposas nocturnas; lo escuché en el goteo constante del rocío en el porche. El silencioso arroyo junto al prado susurraba su nombre, las cascadas de los riachuelos del bosque resonaban, Ysonde, Ysonde, hasta que toda la tierra y los cielos se llenaron de la suave vibración, Ysonde, Ysonde, Ysonde.

Un tordo nocturno cantaba en un matorral junto al porche y me deslicé a la terraza para escuchar. Después de un rato comenzó de nuevo, un poco más alejado. Me aventuré al camino. De nuevo lo escuché en la distancia por el bosque y lo seguí, porque sabía que cantaba sobre Ysonde.

Cuando llegué al sendero que se aparta del camino principal y entra en el refugio de Sweet-Fern bajo el soto, vacilé; pero la belleza de la noche me tentó a seguir y los tordos nocturnos me llamaban desde todos los matorrales. En el fulgor de las estrellas, en los arbustos, la hierba, los campos de flores, se destacaban claramente, porque no había luna que proyectase sombras. El prado y el arroyo, la arboleda y el riachuelo, estaban iluminados por el pálido resplandor. Como enormes lámparas encendidas, los planetas colgaban de la alta bóveda celeste, y a través de sus misteriosos rayos las estrellas inmóviles, apacibles, serenas, captaban todo desde los cielos como ojos... Avancé con la vegetación hasta la cintura a través de campos de varas de oro cubiertas de rocío, a través de extensiones de trébol tardío y avena silvestre, a través de eglantinas con frutos carmesí, arándanos y ciruelos silvestres, hasta que el profundo susurro del arroyo Weir me advirtió que el sendero había terminado.

Pero no me detuve, porque el aire de la noche estaba cargado del perfume de los nenúfares y, a lo lejos, a través de las bajas colinas boscosas y más allá de la húmeda pradera, pude ver un distante brillo plateado y escuché el murmullo de somnolientas aves acuáticas. Quería ir al lago. El camino estaba bastante limpio, a excepción de los densos brotes de hierba y los arbustos de alces.

Los tordos nocturnos ya habían callado, pero yo no deseaba la compañía de criaturas vivas. Delgadas formas que pasaban fugaces se cruzaban en mi camino a intervalos, brillantes visones, que huían como sombras a mi paso, enjutas comadreas y gruesas ratas almizcleras, que se apresuraban a algún lugar de encuentro o a alguna cacería.

Nunca antes había visto tantas pequeñas criaturas de bosque moviéndose de noche. Comencé a preguntarme adónde se dirigían con tanta prisa, porque todas escapaban en la misma dirección. Ora pasaba una liebre saltando por la maleza, ora un conejo salía disparado con la cola en alto. Cuando entré en el segundo bosquecillo de hayas, dos zorros se deslizaron a mi lado; un poco más allá una cierva irrumpió de la maleza, y tras ella se escabulló un lince con los ojos brillantes como carbones.

Éste no prestó atención ni a la cierva ni a mí, sino que salió corriendo hacia el norte.

El lince estaba huyendo.

«¿De qué?», me pregunté, asombrado. No había un incendio en el bosque, ni un ciclón, ni una riada.

Si Barris hubiera pasado por allí, ¿podría haber provocado ese repentino éxodo? Imposible; incluso un regimiento en el bosque difícilmente podría haber causado esta estampida de criaturas asustadas.

«Qué demonios», pensé, volviéndome para observar la huida precipitada de una marta pescadora, «¿qué demonios ha provocado que salgan las bestias a esta hora de la noche?»

Levanté la vista al cielo. El plácido resplandor de las estrellas estáticas me reconfortó y continué avanzando a través del estrecho cinturón de abetos que conducía a las orillas del Lago de las Estrellas.

Arbustos de arándanos silvestres y arbustos de alces se enredaron en mis pies, ramas cubiertas de rocío me salpicaron, y las gruesas agujas de los

abetos me arañaron el rostro mientras me abría paso sobre troncos abatidos cubiertos de musgo y altas y esponjosas matas de hierba hasta la orilla de gravilla del lago.

Aunque no había viento, pequeñas olas llegaban a la orilla desde el centro del lago y oí cómo rompían sobre los guijarros de la orilla. Bajo el pálido brillo de las estrellas, miles de nenúfares alzaban sus cálices medio cerrados hacia el cielo.

Me tumbé en la orilla y, con la barbilla apoyada en la mano, contemple el lago.

Las olas salpicaban una y otra vez la orilla, cada vez más altas y más cercanas, hasta que una película de agua, fina y brillante como una hoja de cuchillo, se deslizó hasta mis codos. No podía entenderlo; el nivel del lago estaba subiendo, aunque no había llovido. A lo largo de toda la orilla el agua corría; escuché las olas entre los juncos; la hierba a mi lado estaba inundada bajo ondas de agua. Los nenúfares se balanceaban sobre las diminutas olas, subiendo cuando crecían, hundiéndose y volviendo a subir hasta que todo el lago relucía con ondulantes flores. Qué dulce e intensa era la fragancia de los nenúfares.

Y entonces el agua comenzó a retroceder, lentamente, y las olas amainaron, alejándose de la orilla hasta que los guijarros blancos aparecieron de nuevo, brillando como la espuma en un vaso rebosante.

Ningún animal que surgiera del agua cerca de la orilla, ningún pesado salmón que hubiera saltado podría haber inundado las orillas como si fuera la estela de una gran embarcación. ¿Podría haber sido el desbordamiento, a través del arroyo Weir, causado por algún abundante aguacero lejos del bosque? Ésa era la única explicación que podía encontrar y, sin embargo, cuando crucé el Weir no advertí que hubiera crecido.

Y, mientras estaba allí tumbado pensando, se levantó una suave brisa y contemple la superficie blanqueada con los capullos de nenúfares en lo alto. A mi alrededor los alisos suspiraban; escuché el bosque estremeciéndose a mis espaldas; las ramas que se cruzaban rozándose suavemente, madera contra madera. Algo, quizás un búho, echó a volar en la noche, cayó en picado, volvió a elevarse y de nuevo volvió a perderse de vista, y lejos, al otro lado del lago, escuché un débil sollozo, Ysonde.

Entonces, porque mi corazón estaba henchido, me derrumbé abatido bajando el rostro, pronunciando su nombre. Mis ojos estaban húmedos cuando levanté la cabeza, el rocío de la orilla flotaba de nuevo en el aire y mi corazón latía fuertemente: «Nunca más, nunca más». Pero mi corazón mentía, porque cuando levanté el rostro hacia las apacibles estrellas, la vi inmóvil de pie junto a mí, y pronuncié su nombre en un susurro, Ysonde.

Ella me ofreció sus dos manos.

—Me sentía sola —dijo—, y fui al claro, pero el bosque está lleno de criaturas asustadas y ellas me asustaron a mí. ¿Ha ocurrido algo en el bosque? Los ciervos corren hacia las alturas.

Su mano permaneció en la mía mientras andábamos por la orilla, y el sonido del agua lamiendo las piedras de la orilla no era más débil que nuestras voces.

—¿Por qué te fuiste sin decirme ni una palabra, allí en la fuente del claro? —preguntó ella.

—¿Que yo me fui...?

—Así es, corrías a toda velocidad con tu perro, zambulléndote en los matorrales y arbustos... oh... me asustaste.

—¿Eso hice?

—Sí... después de...

—¿Después de qué?

—Después de que me besaras...

Entonces nos tumbamos boca abajo y contemplamos las negras aguas salpicadas de estrellas, al igual que nos habíamos inclinado juntos sobre la fuente del claro.

—¿Recuerdas? —pregunté.

—Sí. Mira, el agua tiene incrustaciones de estrellas de plata... los nenúfares blancos flotan por todos lados y las estrellas abajo, en lo más hondo.

—¿Qué es esa flor que tienes en la mano?

—Un loto de agua blanco.

—Cuéntame cosas sobre Yue-Laou, Dzil-Nbu de los Kuen-Yuin —susurré, levantándole la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—¿Te gustaría escucharlo?

—Sí, Ysonde.

—Todo lo que sé es tuyo ahora, al igual que yo soy tuya, todo lo que soy. Arrímate un poco más. ¿Te gustaría saber cosas sobre Yue-Laou? Yue-Laou es Dzil-Nbu de los Kuen-Yuin. Vivía en la Luna. Es muy viejo, muy, muy viejo, y en una ocasión, antes de gobernar a los Kuen-Yuin, fue el anciano que une con un cordel de seda a todas las parejas predestinadas, tras lo cual nada puede evitar su unión. Pero todo eso ha cambiado desde que comenzó a reinar sobre los Kuen-Yuin. Ahora ha corrompido a los Xin, los genios bondadosos de China... y ha creado a partir de sus retorcidos cuerpos un monstruo al que llama el Xin. Este monstruo es horrible, porque no sólo vive en su propio cuerpo, sino que posee miles de repugnantes satélites, criaturas vivas sin boca, ciegas, que se mueven cuando el Xin se mueve, como un mandarín y su séquito. Forman parte del Xin aunque no estén unidos a él. Sin embargo, si cualquiera de estos satélites resulta herido, el Xin se retuerce de dolor. Es aterrador... esta enorme mole viva y las criaturas que se extienden como dedos cercenados retorciéndose alrededor de una espantosa mano.

—¿Quién te contó esto?

—Mi padrastro.

—¿Y le crees?

—Sí. He visto una de las criaturas del Xin.

—¿Dónde, Ysonde?

—Aquí en el bosque.

—¿Entonces crees que hay un Xin aquí?

—Debe haberlo... quizás en el lago...

—Oh, ¿los Xins habitan en lagos?

—Sí, y en los siete mares. Aquí no les tengo miedo.

—¿Por qué?

—Porque llevo el símbolo de los Kuen-Yuin.

—Entonces yo corro peligro —sonreí.

—No, porque te tengo entre mis brazos. ¿Quieres que te cuente más cosas sobre el Xin? Cuando el Xin está a punto de acabar con la vida de un hombre, los perros-Yeth galopan en la noche...

—¿Qué son los perros-Yeth, Ysonde?

—Los perros-Yeth son perros sin cabeza. Son los espíritus de los niños asesinados que cruzan los bosques de noche, produciendo un sonido de lamentos.

—¿Y tú crees que es cierto?

—Sí, porque he llevado el loto amarillo...

—El loto amarillo...

—El amarillo es símbolo de fe...

—¿Dónde?

—En Yian —dijo débilmente.

Tras unos segundos dije:

—Ysonde, ¿sabes que existe un Dios?

—Dios y Xangi son lo mismo.

—¿Has oído hablar alguna vez de Cristo?

—No —respondió en voz baja.

El viento comenzó a soplar de nuevo entre las copas de los árboles. Sentí que sus manos se cerraban entre las mías.

—Ysonde —pregunté de nuevo—, ¿tú crees en brujos?

—Sí, los Kuen-Yuin son brujos; Yue-Laou es un brujo.

—¿Has visto alguna brujería?

—Sí, los reptiles satélites del Xin...

—¿Alguna otra cosa?

—Mi amuleto... la esfera de oro, el símbolo de los Kuen-Yuin. ¿No lo has visto nunca cambiar... no has visto a los reptiles retorciéndose...?

—Sí —dije bruscamente, y luego me quedé callado, porque un repentino escalofrío de miedo me invadió. Barris también había hablado en un tono grave que no presagiaba nada bueno de los brujos, de los Kuen-Yuin, y yo había visto con mis propios ojos los reptiles grabados girando y retorciéndose sobre la esfera brillante—. Sin embargo —dije en voz alta—, Dios vive y la brujería es simplemente un nombre.

—Ah —murmuró Ysonde, acercándose aún más a mí—, en Yian dicen que los Kuen-Yuin viven, y que Dios no es más que un nombre.

—Mienten —susurré con fiereza.

—Ten cuidado —suplicó ella—, ellos podrían oírte. Recuerda que tienes la marca de la garra del dragón en tu frente.

—¿Y qué? —pregunté, recordando también la marca blanca en el brazo de Barris.

—Ah, ¿no sabes que aquellos que están marcados con la garra del dragón son perseguidos por Yue-Laou, para bien o para mal... y que este último caso significa la muerte si lo ofendiste?

—¿Crees eso en serio? —pregunté impaciente.

—Lo sé —suspiró.

—¿Quién te contó todo esto? ¿Tu padrastro? ¿Qué demonios es? ¿Un chino?

—No lo sé; él no es como tú.

—¿Le has... le has contado algo sobre mí?

—Él sabe sobre ti... no, no le he contado nada... ah, ¿qué es esto?... mira... es un cordón, un cordón de seda alrededor de tu cuello... ¡y alrededor del mío!

—¿De dónde ha salido esto? —pregunté atónito.

—Debe ser... debe ser Yue-Laou, que me ha unido a ti... es tal como dijo mi padre... dijo que Yue-Laou nos uniría...

—Tonterías —dije casi bruscamente, y tomé el cordón de seda. Para mi sorpresa, se evaporó en mi mano como humo.

—¿Qué son todos estos malditos trucos? —susurré malhumorado, pero mi ira se esfumó incluso cuando pronunciaba las palabras, y un escalofrío convulso me sacudió hasta los pies.

De pie sobre la orilla del lago, a tiro de piedra, había una figura retorcida e inclinada... un pequeño anciano, soplando chispas de un carbón encendido que sostenía en sus manos desnudas. El carbón brillaba con un fulgor creciente, iluminando el rostro cadavérico y radiando un brillo rojizo sobre la tierra a sus pies. ¡Pero ese rostro!... El horrendo rostro chino sobre el que parpadeaba... y los oblicuos ojos de serpiente, que centelleaban mientras el carbón brillaba con más fuerza. ¿Carbón? No era carbón al rojo vivo, sino una esfera dorada que manchaba la noche con llamaradas carmesí... era el símbolo de los Kuen-Yuin.

—¡Mira! ¡Mira! —exclamó Ysonde con un grito entrecortado, temblando violentamente—. ¡Mira la luna elevándose entre sus dedos! Oh,

pensé que era mi padrastro, pero es Yue-Laou el Creador de Lunas... ¡No! ¡No! Es mi padrastro... ¡Ah, Dios! ¡Son la misma persona!

Petrificado por el terror, me derrumbé sobre las rodillas, buscando el revólver que abultaba en el bolsillo de mi abrigo; pero algo me sujetaba... algo que me envolvió como una telaraña en mil hilos de seda. Forcejeé y me retorcí, pero la red se hizo más estrecha; estaba sobre nosotros... a nuestro alrededor, cerrándose, presionándonos en los brazos del otro hasta que yacimos pegados, atados de manos y cuerpos y pies, palpitando, jadeando como un par de palomas enredadas.

¡Y aquella criatura en la orilla más abajo! Lo que me horrorizó fue ver una luna, enorme, sedosa, elevándose como una burbuja de sus dedos, cada vez más alta hacia el apacible aire y colgando en lo alto del cielo de medianoche, mientras otra luna surgía de sus dedos, y luego otra y otra más hasta que el vasto espacio del Cielo se cubrió de lunas y la tierra resplandecía como un diamante en el blanco claro.

Un fuerte viento del este comenzó a soplar y nos trajo a nuestros oídos un largo y lastimero aullido... un llanto tan sobrenatural que durante unos segundos nuestros corazones se paralizaron.

—¡Los perros-Yeth! —sollozó Ysonde—. ¿Me oyes?... ¡Están cruzando el bosque! ¡El Xin está cerca!

Entonces nos llegó de los juncos secos un crujido, como si se arrastraran pequeños animales, y un olor a humedad acre llenó el aire. Reconocí ese olor, vi que las criaturas con aspecto de araña y cangrejo se aglomeraban a mi alrededor y arrastraban sus blandos cuerpos amarillos y peludos por la hierba pisoteada. Pasaron, cientos de ellas, emponzoñando el aire, haciendo un ruido sordo, retorciéndose, reptando con sus cabezas levantadas sin boca ni ojos. Los pájaros, medio adormilados y confundidos por la oscuridad, se alejaron aleteando, huyendo aterrorizados al ver a aquellas criaturas; los conejos saltaban de sus madrigueras; las comadreas se deslizaban como sombras al vuelo. Las criaturas que quedaban en el bosque se despertaron y huyeron de la repugnante invasión. Escuché el chillido de una liebre aterrorizada, el bramido de un ciervo en estampida, y el torpe galope de un oso, y durante todo ese tiempo me ahogaba, sofocado por el aire envenenado.

Entonces, mientras forcejeaba para liberarme de la trampa de seda que me rodeaba, lancé una mirada de miedo mortal al brujo, y en ese mismo instante vi que daba media vuelta...

—¡Detente! —gritó una voz que provenía de la maleza.

—¡Barris! —grité, recobrándome en parte de mi agonía.

Vi al brujo saltar hacia delante, escuché el ¡bang! ¡bang! de un revólver y, cuando el brujo cayó junto al borde del agua, vi a Barris entrar de un salto en el diáfano claro y disparar otra vez, una, dos, tres veces, a la figura que se retorció a sus pies.

Entonces, algo terrible ocurrió. De las profundidades del oscuro lago brotó una sombra, una masa informe, indescriptible, sin cabeza, sin ojos, gigantesca, abriéndose de un extremo del lago al otro.

Una enorme ola golpeó a Barris y éste cayó, otra lo arrastró sobre los guijarros, otra lo enrolló y lo atrajo al agua... y entonces... entonces la cosa se abalanzó sobre él... y yo me desmayé.



Esto es todo lo que sé sobre Yue-Laou y el Xin. No temo al ridículo de los científicos o de la prensa, porque he contado la verdad. Barris ha desaparecido y la cosa que lo mató está todavía viva en el Lago de las Estrellas, mientras que sus satélites con aspecto de arañas deambulan por los Cardinal Woods. Los animales han huido, los bosques que rodean el lago han sido abandonados por cualquier criatura viva, a excepción de los reptiles que se arrastran cuando el Xin se mueve en el fondo del lago.

El general Drummond sabe que ha perdido a Barris, y nosotros, Pierpont y yo, también sabemos lo que hemos perdido. Encontramos su testamento en el cajón, del cual Barris me había dado la llave. Estaba enrollado en un trozo de papel en el que se leía:

El brujo Yue-Laou está aquí, en los Cardinal Woods. Debo matarlo o me matará él a mí. Él creó y me dio a la mujer que amé; él la creó, yo lo vi hacerlo, la creó a partir del capullo de un loto blanco de agua. Cuando nació nuestra hija, él se presentó ante mí de nuevo y me exigió que le entregara la

mujer que yo amaba. Entonces, cuando me negué, se marchó, y esa misma noche mi esposa y mi hija desaparecieron, y sobre la almohada de mi mujer encontré un capullo de loto blanco. Roy, la mujer de tus sueños, Ysonde, podría ser mi hija. Dios te ayude si la amas, porque Yue-Laou otorga y arrebatata como si fuera el mismísimo Xangi, que es Dios. Mataré a Yue-Laou antes de abandonar este bosque... o él me matará a mí.

FRANKLYN BARRIS

Ahora el mundo sabe lo que Barris pensaba de los Kuen-Yuin y de Yue-Laou. Ahora los periódicos se interesan por algunas informaciones que Li-Hung-Chang les ha proporcionado sobre el Negro Cathay y los demonios de los Kuen-Yuin. Los Kuen-Yuin se han puesto en marcha.

Pierpont y yo hemos desmontado la caseta de caza en los Cardinal Woods. Ambos estamos preparados para unirnos y liderar la primera expedición gubernamental con el fin de dragar el Lago de las Estrellas y limpiar el bosque de los reptiles-cangrejo. Pero será necesario reunir una fuerza de hombres numerosa, y bien armada, porque no hemos logrado encontrar el cuerpo de Yue-Laou y, vivo o muerto, le sigo temiendo. ¿Estará vivo?

Pierpont, que nos encontró a Ysonde y a mí inconscientes en la orilla del lago a la mañana siguiente, no vio ningún rastro de cadáver o sangre en la arena. Podría ser que hubiera caído en el lago, pero yo temo, e Ysonde está de acuerdo, que siga vivo. No logramos encontrar de nuevo el lugar en el que moraba, o el claro y la fuente. Lo único que le quedaba a Ysonde de su anterior vida era la serpiente de oro del Museo Metropolitano, y su esfera de oro, el símbolo de los Kuen-Yuin, pero esta última ya no cambia de color.

David y los perros me esperan en el patio mientras escribo. Pierpont está en el cuarto de armas rellenando cartuchos, y Howlett le lleva taza tras taza de mi cerveza del barril. Ysonde está inclinada sobre mi escritorio... siento su mano en mi brazo y me dice:

—¿No crees que ya has hecho bastante por hoy, querido? ¿Cómo puedes escribir tales tonterías sin un mínimo atisbo de verdad o fundamento?

UNA VELADA PLACENTERA

(A Pleasant Evening)

Et pis, doucett'ment on s'endort,
On fait sa carne, on fait sa sorgue.
On ronfle, et, comme un tuyau d'orgue,
L'tuyau s'met à ronfler pus fort...

ARISTIDE BRUANT

I

Mientras subía al vagón del funicular de Broadway en la calle Cuarenta y dos, alguien dijo:

—Hola, Hilton, Jamison te está buscando.

—Hola Curtis —respondí—, ¿qué es lo que quiere Jamison?

—Quiere saber qué has estado haciendo durante toda esta semana —dijo Curtis, colgándose desesperadamente de la barra mientras el funicular arrancaba—, dice que parece creer que el *Manhattan Illustrated Weekly* fue creado con el único propósito de proveer un salario y vacaciones para ti.

—¡Ladino viejo zorro! —dije, indignado—. Él sabe perfectamente dónde he estado. ¡Vacaciones, dice! ¿Se piensa que el Campamento Estatal en junio es un lugar de descanso?

—Oh —dijo Curtis—, ¿has estado en Peekskill?

—Y tanto que sí —contesté, al tiempo que la ira crecía en mí al pensar en el encargo.

—¿Hacía calor? —preguntó Curtis, abstraído.

—Cuarenta grados a la sombra —respondí—. Jamison quería tres ilustraciones a toda página y tres de media página para publicarlas, y que de paso incluyera un montón de bocetos. Podría habérmelos inventado... ojalá lo hubiera hecho. Fui tan idiota como para ir corriendo y romperme el cuello para conseguir unas cuantas ilustraciones honestas, ¡y así me lo agradece!

—¿Te llevaste una cámara?

—No, eso es lo que haré la próxima vez... no voy a malgastar más tiempo de trabajo bien hecho para Jamison —dije malhumorado.

—No vale la pena —dijo Curtis—. Cuando me asignan algún encargo militar, nunca pierdo el tiempo haciendo bocetos in situ, te lo aseguro; me voy a mi estudio, enciendo una pipa, saco un montón de viejos números del *Illustrated London News*, selecciono varias escenas de batalla apropiadas de Caton Woodville... y las uso.

El tranvía salió disparado por la curva cerrada de la calle Catorce.

—Sí —continuó Curtis, mientras el tranvía paraba frente a Morton House durante unos segundos; a continuación se lanzó de nuevo hacia delante con un furioso estruendo metálico—, no vale la pena hacer un trabajo honesto para los imbéciles que dirigen el *Manhattan Illustrated*. No lo saben apreciar.

—Yo creo que el público sí lo aprecia —dije—, pero estoy seguro de que Jamison no lo hace. Se merecería que le hiciera lo mismo que hacen otros... llevarle un montón de ilustraciones de Caton Woodville y Thulstrup, cambiarles los uniformes, colarle una figura o dos, y entregársela como si fuera una ilustración «con modelos vivos». De todas formas, estoy cansado de todo esto. Casi todos los días de esta semana he estado corriendo de un lado a otro de aquel campamento tropical, o trotando tras los pasos de aquellos batallones. Tengo una página completa de «campamento a la luz de la luna», un montón de ilustraciones a toda página de «maniobras de artillería» y «batallón ligero en acción», ¡y una docena de

ilustraciones más pequeñas que me han costado más gruñidos y sudores que los que Jamison jamás haya conocido en toda su indolente existencia!

—Jamison está muy bien conectado, ya sabes, va sobre ruedas —dijo Curtis—, sobre más ruedas que bicicletas hay en Harlem. Quiere que le prepares una página completa para el sábado.

—¿Una qué? —exclamé, horrorizado.

—Así es, iba a enviar a Jim Crawford, pero Jim tiene programado un viaje a California para la feria de invierno, y te toca hacerlo a ti.

—¿De qué se trata? —inquirí furibundo.

—Los animales del zoo de Central Park —dijo Curtis con sorna.

Estaba furioso. ¡Animales! ¡Cómo no! ¡Le iba a dejar claro a Jamison que tenía derecho a ser tratado con consideración! Era jueves, eso me daba un día y medio para acabar una ilustración a toda página para el periódico y, tras mi labor en el Campamento Estatal, me sentía merecedor de un descanso. Además yo tenía objeciones a todo ese asunto de los animales enjaulados. Tenía intención de decírselo... tenía intención de decírselo con firmeza. Sin embargo, muchas de las cosas que con frecuencia teníamos intención de decir a Jamison jamás eran dichas. Era un hombre peculiar, de rostro grueso, finos labios, voz delicada, suaves maneras y movimientos sutiles como los de un gatito.

Nunca he podido averiguar cuál era la razón de que se desmoronase nuestra firmeza en cuanto estábamos ante su presencia. Hablaba muy poco... y también nosotros, aunque con frecuencia nos presentásemos ante él con otras intenciones.

La verdad era que el *Manhattan Illustrated Weekly* era el semanario que mejor pagaba y mejores ilustraciones publicaba de toda Norteamérica, y nosotros, tipos jóvenes, no deseábamos quedarnos fuera. Los conocimientos de Jamison sobre arte eran probablemente tan extensos como los conocimientos de cualquier «Editor artístico» de la ciudad. Por supuesto eso no era decir mucho, pero significaba bastante para nosotros y le otorgábamos mucha importancia.

Sin embargo, en esta ocasión decidí que le diría a Jamison que las ilustraciones no se producen a destajo, y que yo no era ni un encargado de planta ni el último mono. Me impondría para defender mis derechos; le

diría al viejo Jamison unas cuantas cosas que le pondrían en su sitio, y si intentaba alguno de sus trucos de gatito conmigo, le dejaría las cosas tan claras que se le iba a rizar el poco pelo que le quedaba.

Radiante de esplendorosa indignación, salté del vagón frente al City Hall, seguido por Curtis, y unos minutos más tarde entraba en las oficinas del *Manhattan Illustrated News*.

—El señor Jamison querría verle, señor —dijo uno de los cajistas mientras cruzaba el largo pasillo. Solté los dibujos sobre la mesa y me pasé el pañuelo por la frente.

—El señor Jamison desea verle, señor —dijo un chico diminuto con cara pecosa y un manchón de tinta en la nariz.

—Lo sé —dije, y comencé a quitarme los guantes.

—El señor Jamison quiere verle, señor —dijo un mensajero desgarrado que llevaba un fajo de pruebas al piso de abajo.

—Que el demonio se lleve a Jamison —dije para mis adentros y me dirigí al oscuro corredor que conduce a la morada de Jamison, repasando en mi mente el pulcro y sarcástico discurso que había estado componiendo durante los últimos diez minutos.

Jamison levantó la mirada y asintió levemente cuando entré en el despacho. Me olvidé de mi discurso.

—Señor Hilton —dijo—, necesitamos una ilustración a toda página del Zoo antes de que sea desmantelado y trasladado al Bronx. El sábado por la tarde a las tres en punto la ilustración debe estar en manos del grabador. ¿Disfrutó de su agradable semana en el campamento?

—Hizo calor —murmuré, furioso al darme cuenta de que no recordaba mi pequeño discurso.

—El clima —afirmó Jamison con voz suave y cortés— ha sido agobiante en todos los lugares. ¿Ha entregado sus ilustraciones, señor Hilton?

—Sí. El calor allí era infernal y trabajé como un negro...

—Supongo que terminó usted abrumado. ¿Es ésa la razón por la que se fue dos días de excursión a los Catskills? Confío que el aire de la montaña le haya repuesto... pero... ¿ha sido prudente que saliera a Cranston's para el baile de los martes? Bailar con un clima tan desapacible es poco

aconsejable. Buenos días, señor Hilton, recuerde que el grabador debe tener las ilustraciones el sábado sobre las tres.

Salí de allí, medio hipnotizado, medio enojado. Curtis me sonrió mientras pasaba a su lado... podría haberle pegado una puñetazo.

«¿Por qué maldita razón me quedo mudo cada vez que ese viejo gato ronronea?», me dije a mí mismo mientras entraba en el ascensor y bajaba a la primera planta. «No voy a aguantar esto mucho más tiempo... ¡Será zorro! ¿Cómo demonios supo que fui a las montañas? Supongo que piensa que soy un vago porque no me gusta asarme hasta morir. ¿Cómo supo que estuve en el baile del Cranston's? ¡Viejo zorro!»

El estruendo y barullo de máquinas y hombres atareados me inundó los oídos cuando crucé la avenida y doblé la esquina hacia el parque del City Hall.

Del mástil de la torre colgaba laxa la bandera en el soleado y apacible aire sin la brisa suficiente para inflar sus barras carmesí. Por encima se extendía un espléndido cielo sin nubes, de un azul muy, muy profundo, vibrante y chispeante bajo los diamantinos rayos del sol.

Las palomas revoloteaban y planeaban en círculos sobre el tejado del edificio gris de Correos o surgían de la nada aleteando alrededor de la fuente de la plaza.

En los escalones del City Hall holgazaneaba un desagradable político, explorando su pesada dentadura inferior con palillos de madera, retorciendo su negro bigote lacio, o distribuyendo escupitajos de tabaco sobre los escalones de mármol y el césped pulcramente podado.

Mis ojos vagaron de esta alimaña humana al plácido semblante desdeñoso de Nathan Hale, sobre su pedestal, y luego hacia el policía del parque con chaquetón gris, cuya tarea era mantener a los niños fuera de la fresca hierba.

Un joven con finas manos y círculos azulados bajo los ojos dormitaba en un banco junto a la fuente; el policía se acercó a él y le golpeó en las suelas de los zapatos con una porra.

El joven se levantó como un autómatas, miró a todos lados, aturdido por el sol, tembloroso, y se marchó cojeando.

Vi que se sentaba en los escalones del edificio de mármol blanco y me acerqué para hablarle.

Él ni tan siquiera me miró, ni advirtió la moneda que le ofrecía.

—Está enfermo —dije—, será mejor que vaya al hospital.

—¿Dónde? —preguntó con expresión ausente—. Ya he estado, pero no me han admitido.

Se inclinó y ató el trozo de cordón que mantenía unido lo que quedaba de zapato al pie.

—Usted es francés —dije.

—Sí.

—¿Es que no tiene amigos? ¿Ha visitado al cónsul francés?

—¡El cónsul! —replicó—. No, no he visitado al cónsul francés.

—Se expresa como un caballero —dije tras una pausa.

Se puso en pie y se enderezó totalmente, mirándome directamente a los ojos por primera vez.

—¿Quién es usted? —pregunté abruptamente.

—Un marginado —dijo, sin mostrar emoción alguna, y se dio la vuelta alejándose con las manos hundidas en sus bolsillos rotos.

—¡Cómo! —dijo el policía del parque que se había acercado por la espalda a tiempo para escuchar mi pregunta y la respuesta del vagabundo—, ¿es que no sabe quién es ese mendigo?... ¡Y se supone que es periodista!

—¿Quién es, Cusick? —pregunté, mientras observaba a la andrajosa silueta atravesar Broadway en dirección al río.

—¿En serio que no lo sabe, señor Hilton? —repitió Cusick, con expresión de sospecha.

—No, no lo sé; no lo había visto nunca antes.

—Caramba —dijo el policía de gorriones—, es el mismísimo Soger Charlie... ¿recuerda?... aquel oficial francés que pasó información al emperador danés.

—¿Y que debía haber sido ejecutado? Ahora lo recuerdo, hace cuatro años... y escapó... ¿me estás diciendo que es ese hombre?

—Todo el mundo lo sabe —dijo Cusick con desdén—, pensaba que ustedes los caballeros de los periódicos lo averiguarían antes.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté tras reflexionar unos segundos.

—Soger Charlie...

—Quiero decir su nombre real.

—Oh, algún nombre raro franchute o dago^[8]. Ningún francés le dirige la palabra aquí; algunas veces lo maldicen y patean. Supongo que está pudriéndose lentamente.

Recordé el caso en ese instante. Dos jóvenes oficiales de caballería franceses fueron arrestados, acusados de vender los mapas de los fuertes y otros secretos militares a los alemanes. En la víspera de su encarcelamiento, uno de ellos consiguió escapar Dios sabe cómo y apareció en Nueva York. El otro fue ejecutado. El asunto causó cierto revuelo, porque ambos jóvenes eran de buenas familias. Fue un episodio doloroso, y yo me había apresurado a olvidarlo. Ahora que volvía a mi mente, recordé las noticias en los periódicos sobre el caso, pero había olvidado los nombres de los desdichados jóvenes.

—Vendió a su país —comentó Cusick, observando a un grupo de niños con el rabillo del ojo—, uno no puede fiarse de ningún franchute ni dago ni holandés. Supongo que los yanquis somos los únicos hombres blancos.

Miré el noble rostro de Nathan Hale y asentí.

—No tenemos nada de que sospechar entre nosotros, ¿eh, señor Hilton?

Pensé en Benedict Arnold y me miré las botas.

Entonces el policía dijo:

—Bueno, hasta la vista, señor Hilton —y se alejó para asustar a una niñita de cara pálida que había escalado la barandilla y estaba tumbada oliendo la fragante hierba.

—¡Váyase a la porra, polizonte! —le gritaron sus amigos con vocecillas agudas, y el grupo de pequeños pillastres se escabulló por la plaza.

Con un sentimiento de abatimiento me giré y me dirigí a Broadway, donde los largos funiculares amarillos pasaban de un lado a otro, y el barullo de cables y el ensordecedor estruendo de los pesados camiones rebotaba de las paredes de mármol de los Tribunales hasta la mole de granito de Correos.

Una marabunta de gente ajetreada iba de un lado a otro de la ciudad, oficinistas flacos de sobrios rostros, estilizados corredores de bolsa de

gélida mirada, aquí y allá un político paleta abrazándose a algún miembro de partido favorito, aquí y allá un abogado del City Hall, de rostro demacrado y melancólico. En ocasiones un bombero, ataviado con un sobrio uniforme azul, pasaba por entre la multitud; en ocasiones era un policía con chaquetón azul, atusándose el pelo recién rasurado y sujetando el casco en una mano enfundada en guante blanco. También había mujeres, dependientas de rostro pálido y bellos ojos, altas rubias que podrían ser mecanógrafas, o quizás no, y muchas, muchas mujeres mayores cuya ocupación en aquella parte de la ciudad no podría ser adivinada por ningún ser humano, pero que se apresuraban de un lado a otro de la ciudad, atareadas y aportando al resto de la muchedumbre una apariencia de ordinariez... con la expresión de alguien que se apresura hacia un objetivo imposible.

Conocía a algunos que pasaban a mi lado. Estaba Jocelyn del *Mail* y el *Express*; estaba Hood, que tenía más dinero del que necesitaba e iba a tener menos del que necesitase cuando se marchara de Wall Street; estaba el coronel Tidmouse del Batallón 45 de Infantería, Guardia Nacional del Estado de Nueva York, probablemente de regreso de las oficinas del *Army and Navy Journal*, y estaba Dick Harding, que escribía las mejores historias sobre la vida neoyorquina que hayan sido editadas. La gente decía que ya había perdido gancho... especialmente aquellos que escribían historias sobre la vida neoyorquina y que amenazaban con tener gancho hasta que muriesen.

Miré la estatua de Nathan Hale, luego a la riada humana que fluía alrededor de su pedestal.

—*Quand même* —susurré y me dirigí a Broadway, haciendo una señal al conductor de un funicular hacia el norte de la ciudad.

II

Entré al Parque por la entrada de la Quinta Avenida con la calle Cincuenta y nueve; nunca logré reunir los ánimos suficientes para entrar por la puerta custodiada por la estatua del tamaño de un pigmeo de Thorwaldsen.

El sol de la tarde se filtraba por las ventanas del hotel New Netherlands, iluminando todos los cristales tras cortinas naranjas, y festoneando las alas de los dragones de bronce con llamaradas.

Gloriosos maceteros de flores relucían bajo los rayos de sol en los grises balcones del Savoy, en el patio del palacio Vanderbilt tras una verja alta, y en los balcones del Plaza, justo enfrente.

La fachada de mármol blanco del Metropolitan Club era un alivio que la vista agradecía entre el paisaje general, y mantuve fijos los ojos en ella hasta que crucé la polvorienta calle y me resguardé bajo la sombra de los árboles.

Antes de llegar al Zoo lo pude oler. En una semana iba a ser trasladado a los frescos bosques y prados del parque del Bronx, lejos del aire cargado de la ciudad, lejos del ruido infernal de los ómnibus de la Quinta Avenida.

Un noble venado me observaba desde su recinto entre árboles mientras pasaba por el sinuoso camino de asfalto.

—No pasa nada, viejo amigo —dije—, la semana que viene estarás chapoteando por el río Bronx y mordisqueando tiernos brotes de arce para alegría de tu corazón.

Continué andando, pasé junto a los atentos ciervos, los enormes alces amodorrados, los alces americanos, y antílopes africanos de afilada cara, hasta que llegué a las guaridas de los grandes carnívoros.

Los tigres se desperezaban bajo los rayos del sol, pestañeando y lamiéndose las patas; los leones dormían en la sombra o estaban sentados sobre sus cuartos traseros, bostezando solemnemente. Una estilizada pantera paseaba de un lado a otro tras los barrotes de su jaula, deteniéndose de vez en cuando para mirar con expresión de deseo el soleado mundo libre. Se me encogía el corazón al ver animales salvajes enjaulados, y continué avanzando, levantando de vez en cuando la mirada para cruzarla con los inexpresivos ojos de un tigre, o los mezquinos ojos huidizos de alguna hienaapestosa.

Al otro lado del prado pude ver los elefantes balanceándose y meneando sus enormes cabezas, el sobrio bisonte rumiando hierba, los semblantes sarcásticos de los camellos, las traviesas pequeñas cebras, y muchos más

animales de la especie del camello y la llama, todos semejantes entre sí, todos igualmente ridículos, estúpidos, mortalmente anodinos.

Detrás del viejo arsenal, un águila chillaba, probablemente un águila yanqui; escuché los ¡pfffug, pfffug! de un hipopótamo que resoplaba, el grito de un halcón, y el ladrido rugiente de lobos peleándose.

«¡Agradable lugar para un día caluroso!», reflexioné amargamente, y pensé algunas cosas sobre Jamison que me abstendré de repetir en este libro. Pero encendí un cigarrillo para matar el hedor a hienas, abrí mi cuaderno de dibujo, afilé el lápiz y me dispuse a dibujar un grupo familiar de hipopótamos.

Quizás me tomaron por un fotógrafo, porque todos lucían sonrisas como si «dieran la bienvenida a un amigo», y llené el cuaderno de dibujo con una serie de mandíbulas totalmente abiertas, tras las cuales voluminosas masas corporales se desvanecían en una perspectiva alarmante.

Los caimanes resultaron sencillos; me miraban como si no se hubieran movido desde la fundación del zoo, pero lo pasé mal con el gran bisonte, que continuamente se giraba y me daba la cola, mirando impasiblemente hacia atrás por encima de la grupa para ver qué tal me sentaba. Así que fingí estar absorto en los juegos de dos oseznos, y el melancólico y viejo bisonte cayó en la trampa, porque logré sacar unos buenos borradores de él y me reí en su cara cuando cerré el cuaderno.

Había un banco junto al recinto de las águilas, y me senté en él para dibujar buitres y cóndores, inmóviles como momias sobre unas rocas.

Fui agrandando el dibujo, añadí la plaza de gravilla, los escalones que conducían a la Quinta Avenida, el amodorrado policía del parque delante del arsenal... y a una delgada muchacha de blanca frente vestida de negro descolorido que estaba de pie en silencio bajo las sombras de los sauces.

Tras unos minutos, me sorprendió que el dibujo, en lugar de ser un retrato de las águilas, se trataba en realidad de una composición en la que la joven de negro era el centro de atención. Sin ser consciente, había subordinado todo lo demás a ella, los buitres cejijuntos, los árboles y paseos, y los grupos vagamente trazados de holgazanes calentándose al sol.

Permanecía muy quieta, con el pálido rostro bajado, y las delgadas y blancas manos entrelazadas frente a ella.

«Qué expresión más abatida», pensé, «probablemente esté en el paro». Luego vi fugazmente un brillante anillo de diamante en el delgado anular de su mano izquierda.

«No se morirá de hambre con un pedrusco como ese», me dije a mí mismo observando con curiosidad sus oscuros ojos y sensual boca. Ambos eran hermosos, los ojos y la boca... hermosos pero tocados por el dolor.

Al rato, me levanté y retrocedí para hacer un dibujo o dos de leones y tigres. Evite los monos... no puedo soportarlos; nunca me han parecido graciosas estas pobres caricaturas degradadas y enanas con todos los rasgos innobles de nosotros mismos.

«Ya tengo suficiente con esto», pensé; «me iré a casa y compondré una ilustración a toda página que sin duda agradará a Jamison». Así pues, enganché la banda elástica del cuaderno, guardé el lápiz y la goma en el bolsillo del chaleco, y me alejé hacia el Mall para fumar un cigarrillo mientras contemplaba el resplandor del crepúsculo antes de regresar a mi estudio a trabajar hasta la medianoche, cubierto de tiza gris y tinta china blanca.

Al otro lado del extenso prado, se veían los tejados de la ciudad sobresaliendo ligeramente entre los árboles. Una niebla color amatista, cada vez más oscura, pendía a ras del horizonte y a través de ella, campanarios y cúpulas, tejados y torres, y las altas chimeneas de donde surgían lentamente bocanadas de humo, se transformaron en pináculos de berilo y llameantes minaretes, nadando en una fina neblina. Poco a poco, el encantamiento se intensificó; todo lo que era feo y viejo y mediocre había desaparecido de la distante ciudad, y en esos momentos se alzaba al cielo de la espléndida tarde, dorada, magnífica, purificada por el feroz fuego de la puesta de sol.

El rojo disco ya estaba medio escondido; los trazos de los árboles, suaves sauces y abedules en flor, se oscurecieron contrastando con el fulgor; los fieros rayos se proyectaban a gran distancia sobre el prado, dorando las hojas muertas, manchando con suave carmesí los húmedos y oscuros troncos a mi alrededor.

Lejos, al otro lado de la pradera, pasó un pastor tras un rebaño apiñado y seguido de cerca por un perro, vagos manchones grises en movimiento.

Una ardilla se sentó sobre el camino de gravilla frente a mí, recorrió unos cuantos metros y volvió a sentarse, tan cerca que pude distinguir la palpitación de sus lustrosos flancos.

En algún lugar entre la hierba un insecto escondido ensayaba un solo de último verano; escuché el ¡tap, tap!, ¡tat-tat-t-tat! de un pájaro carpintero entre las ramas por encima de mi cabeza y el canto quejumbroso de un petirrojo adormilado.

El crepúsculo oscureció; de la ciudad salía música de campanas que flotaba sobre el bosque y el prado; débiles silbidos melódicos llegaban de las embarcaciones fluviales que pasaban por la orilla norte, y el estruendo distante de un cañón anunciaba el final de un día de junio.

La punta de mi cigarrillo comenzó a brillar con una luz más rojiza; el pastor y el rebaño quedaron ocultos en la oscuridad, y sólo sabía que aún seguían moviéndose cuando los cencerros de las ovejas tintineaban débilmente.

Entonces, súbitamente me asaltó esa extraña inquietud que todos hemos experimentado... esa sensación ensoñadora de haberlo visto todo antes, de haberlo vivido todo antes, me embargó, levanté la cabeza y me gire lentamente.

Había una figura sentada a mi lado. Mi mente luchaba por recordar.

Algo tan vago y, sin embargo, tan familiar... algo que se escapaba a mis pensamientos y sin embargo los retaba, algo... ¡Dios sabe qué!, me afligía. Y entonces, cuando eché un vistazo fugaz a la oscura figura junto a mí, un temor, totalmente involuntario, una impaciencia por comprender, me dominó; suspiré y me volví inquieto una vez más hacia un oeste cada vez más oscuro.

Me pareció oír un eco de mi suspiro... Apenas le presté atención; unos segundos después volví a suspirar mientras arrojaba la colilla del cigarro a la gravilla bajo mis pies.

—¿Se dirige a mí? —dijo alguien en voz baja, que escuché tan cerca de mí que me giré dando un respingo.

—No —dije tras unos segundos de silencio.

Era una mujer. No podía ver claramente su cara, pero vi en sus manos entrelazadas y apoyadas inmóviles en su regazo, el brillo de un diamante

enorme. La reconocí inmediatamente. No necesitaba ver el andrajoso vestido negro, el blanco rostro, un punto pálido en el crepúsculo, para saber que tenía su retrato en mi cuaderno.

—¿Le... le importa si hablo con usted? —preguntó ella tímidamente. La desesperada tristeza en su voz me conmovió, y le dije:

—¿Por que? No, claro que no. ¿Puedo hacer alguna cosa por usted?

—Sí —contestó, iluminándose levemente—, si usted... si usted lo desea.

—Lo haré si está en mi mano —dije cordialmente—. ¿Qué ocurre? ¿Se ha quedado sin dinero en efectivo?

—No, no es eso —dijo ella, echándose hacia atrás.

Le pedí disculpas, un tanto sorprendido, y retiré la mano del bolsillo del cambio.

—Es sólo... es sólo que desearía que se hiciera cargo de estas —sacó un delgado paquete de su pecho—... estas dos cartas.

—¿Yo? —pregunté atónito.

—Sí, si no le importa.

—¿Pero qué debo hacer con ellas? —inquirí.

—No puedo decírselo; sólo sé que debo entregárselas. ¿Las aceptará?

—Oh, sí, las aceptaré —reí—, ¿las tengo que leer? —y añadí para mis adentros: «menuda treta más astuta para mendigar».

—No —respondió lentamente—, no tiene que leerlas; debe entregárselas a alguien.

—¿A quién? ¿A cualquiera?

—No, no a cualquiera. Sabrá a quién dárselas cuando llegue el momento.

—¿Entonces tengo que guardarlas hasta que me lleguen más instrucciones?

—Su propio corazón le dará las instrucciones —dijo ella, con una voz apenas audible.

Sostenía el fino paquete ofreciéndomelo, y lo acepté para animarla. Estaba húmedo.

—Las cartas cayeron al mar —dijo ella—; había una fotografía que las acompañaba, pero el agua salada la borró. ¿Le importa si le pido algo más?

—¿A mí? Oh, no.

—Entonces, deme el dibujo de mí que pintó usted hoy.

Volví a reírme y le pregunté que cómo sabía que la había dibujado.

—¿Se parece a mí? —preguntó ella.

—Creo que se parece mucho a usted —respondí honestamente.

—¿No me lo va a dar?

En ese momento tenía en la punta de la lengua un no, pero pensé que con los otros dibujos ya tenía suficiente para una página completa, así que se lo entregué, incliné la cabeza devolviendo sus agradecimientos y me levanté. Ella también lo hizo, y el diamante brilló en su dedo.

—¿Está segura de que no necesita nada? —pregunté, con un matiz de sarcasmo bienintencionado.

—¡Escuche! —susurró—. ¡Escuche!... ¿No oye las campanas del convento? —lancé la mirada hacia la brumosa noche.

—No suena ninguna campana —dije—, y de todas formas no hay campanas de convento por aquí. Estamos en Nueva York, *mademoiselle* —había detectado su acento francés—, estamos en tierra yanqui protestante, y las campanas que suenan son mucho menos melódicas que las campanas de Francia.

Me volví con gesto cordial para desearle buenas noches. Ella había desaparecido.

III

—¿Ha dibujado alguna vez un cadáver? —preguntó Jamison a la mañana siguiente cuando entré en su despacho con un boceto del Zoo a toda página.

—No, y no quiero hacerlo —repliqué, malhumorado.

—Déjeme que eche un vistazo a su página del Central Park —dijo Jamison con voz sedosa, y se la mostré. La ilustración era bastante mediocre desde un punto de vista artístico, pero le agradó a Jamison, como sabía que ocurriría—. ¿Puedes tenerlo acabado para esta tarde? —preguntó, mirándome con ojos persuasivos.

—Oh, supongo que sí —dije desganado—. ¿Algo más, señor Jamison?

—El cadáver —replicó—, quiero un dibujo para mañana... acabado.

—¿Qué cadáver? —pregunté, reprimiendo la indignación cuando crucé la mirada con los suaves ojos de Jamison.

Hubo un duelo mudo de miradas. Jamison se pasó la mano por la frente y enarcó ligeramente las cejas.

—Me gustaría tenerlo tan pronto como sea posible —dijo con su voz acariciante.

Lo que pensé fue «¡Maldito gato ronroneante!» Lo que dije fue:

—¿Dónde está ese cadáver?

—En la morgue... ¿ha leído los periódicos de la mañana? ¿No? Ah... como señala tan acertadamente se encuentra demasiado ocupado como para leer la prensa de la mañana. Los jóvenes primero deben aprender el negocio, por supuesto, por supuesto. Lo que va a hacer es lo siguiente: la policía de San Francisco ha dado la voz de alarma sobre la desaparición de una tal miss Tufft... la hija del millonario, ya sabe. Hoy ha ingresado un cadáver en la morgue de Nueva York, y ha sido identificado como la joven desaparecida..., gracias a un anillo de diamantes. Bueno, pues yo estoy convencido de que no es ella, y le demostraré por qué, señor Hilton.

Tomó una pluma y dibujó un anillo en el margen del *Tribune* de esa mañana.

—Ésta es la descripción del anillo que se envió desde San Francisco. Como puede ver, el diamante está engarzado en el centro del anillo, ¡donde se cruzan dos *colas* de serpientes!

»Veamos ahora; el anillo en el dedo de la mujer de la morgue es así —y rápidamente dibujó otro anillo en el que el diamante estaba apoyado en los *colmillos* de dos serpientes de oro—. Ésa es la diferencia —añadió en su habitual tono agradable y apacible.

—Los anillos de ese tipo no son difíciles de encontrar —dije, recordando que había visto un anillo semejante en el dedo de la muchacha de pálido rostro del parque la noche anterior. Entonces una repentina idea comenzó a tomar forma en mi mente... ¡quizás fuera la misma joven que ahora yacía cadáver en la morgue!

—Y bien —dijo Jamison, mirándome—, ¿en qué piensa?

—En nada —respondí, pero tenía toda la escena ante mis ojos, los buitres meditando entre las rocas, el raído vestido negro, y el pálido rostro... ¡y el anillo, reluciendo en aquella fina mano!

»En nada —repetí—. ¿Cuándo debo ir allí, señor Jamison? ¿Quiere un retrato... o qué?

—Retrato... un dibujo detallado del anillo, y... esto... un dibujo central de la morgue de noche. Ya puestos, podemos aprovechar y ofrecer a la gente algo con lo que puedan aterrizar.

—Pero —repliqué— la política de este periódico...

—No se preocupe, señor Hilton —ronroneó Jamison—, soy capaz de dirigir la política de este periódico.

—No dudo que lo sea —dije enojado.

—Lo soy —repitió, impertérrito y sonriente—. Comprenda, el caso Tufft interesa a la sociedad. Yo particularmente también estoy... esto... interesado.

Me mostró un periódico matutino y señaló un titular.

Lo leí: «¡Miss Tufft muerta! Su prometido era el señor Jamison, el célebre editor».

—¡¿Qué?! —grité horriblemente asombrado. Pero Jamison ya había abandonado la estancia y le escuché charlando y riendo en voz baja con algunos visitantes en la sala de prensa.

Lancé con fuerza el periódico y salí.

—¡Sapo de sangre fría! —exclamé una y otra vez—. ¡Haciendo dinero de la desaparición de su prometida! ¡Bueno, que... que me aspen! Sabía que era un avaro sin corazón ni sangre en las venas, pero nunca hubiera pensado... nunca imaginé... —me quedé sin palabras.

Apenas consciente de lo que hacía, saqué un *Herald* del bolsillo y vi la columna titulada:

«¡Miss Tufft encontrada! identificada por un anillo. Gran desconsuelo del señor Jamison, su prometido».

Eso fue suficiente. Salí a la calle y me senté en el parque del City Hall. Y mientras estaba allí tomé una terrible decisión; dibujaría el rostro de aquella joven muerta de manera que congelase del todo la viscosa y lenta sangre de Jamison, intensificaría las sombras negras de la morgue con

figuras y rostros cadavéricos, y cada rostro se asemejaría en algo a Jamison. ¡Oh, eso seguro que lo sacaría de su fría apatía de reptil! Le haría enfrentarse a la Muerte de forma tan terrible que, a pesar de ser tan desapasionado, vil e inhumano, se encogería aterrado como si le amenazasen con una daga. Por supuesto, yo perdería mi puesto, pero eso no me preocupaba, porque de todas formas había decidido dimitir; no era aficionado a estar en compañía de reptiles humanos. Y, mientras estaba allí sentado en el soleado parque, furioso, intentando esbozar un dibujo cuyo tenebroso horror dejase en su mente una cicatriz imborrable, recordé súbitamente a la pálida joven de negro en Central Park. ¿Podría ser su pobre y delgado cuerpo el que yacía en la penumbra de la lúgubre morgue? Si alguna vez la desesperación melancólica se había dibujado en un rostro, yo había visto sus trazos más reconocibles en el rostro de la joven del parque cuando me habló y me entregó las cartas. ¡Las cartas! No había pensado en ellas desde entonces, pero en ese momento las saqué del bolsillo y leí las direcciones.

«Qué curioso», pensé, «las cartas aún están húmedas; además huelen a agua marina».

Volví a mirar las direcciones, escritas con la letra larga y estilizada de una mujer educada y criada en un convento francés. Ambas cartas llevaban la misma dirección, en francés:

CAPITÁN D'YNIOL

(Por amabilidad de un extraño)

—Capitán d'Yniol —repetí en voz alta—... ¡Qué caramba, yo he oído ese nombre! Pero qué demonios... por todos los santos, esto sí que es extraño...

Alguien que se había sentado en el banco junto a mí posó una mano pesada sobre mi hombro.

Era el francés, «Soger Charlie».

—Acaba de pronunciar mi nombre —dijo con tono apático.

—¡Su nombre!

—Capitón d'Yniol —repitió él—; es mi nombre.

Lo reconocí a pesar de las gafas oscuras que llevaba puestas y, al mismo tiempo, recordé en ese mismo instante que d'Yniol también era el nombre del traidor que logró escapar. ¡Ah, y lo recordaba ahora!

—Yo soy el capitán d'Yniol —dijo de nuevo, y vi que sus dedos sujetaban la manga de mi abrigo.

Quizás fue por mi involuntario retroceso... no lo sé... pero el tipo soltó mi abrigo y se enderezó en el banco.

—Yo soy el capitán d'Yniol —dijo por tercera vez—, acusado de traición y sentenciado a muerte.

—¡E inocente! —murmuré, antes incluso de que fuera consciente de que había hablado.

Nunca sabré qué provocó que esas palabras involuntarias salieran de mis labios, quizás... pero fui yo, no él, quien temblaba, embargado por un extraño nerviosismo, y fue mi mano y no la suya la que se extendió compulsivamente para tocar la suya.

Sin un solo temblor, me cogió la mano, la presionó casi imperceptiblemente y la soltó. Entonces le ofrecí ambas cartas y, como él no las miró ni me miró a mí, se las coloqué en la mano. Él dio un respingo.

—Léalas —le dije—, son para usted.

—¡Cartas! —exclamó ahogando un grito con una voz que no sonaba humana.

—Sí, son para usted... ahora lo sé...

—¡Cartas!... ¿dirigidas a *mí*?

—¿Es que no lo ve? —exclamé.

Entonces él levantó una frágil mano y se quitó las gafas de los ojos y, al mirarle, advertí dos pequeños puntos blancos exactamente en el centro de ambas pupilas.

—¡Es ciego! —tartamudeé.

—Llevo dos años sin poder leer —dijo.

Transcurrieron unos segundos, y entonces posó la punta de un dedo sobre las cartas.

—Están mojadas —le informé—; ¿quiere... le gustaría que se las leyera?

Durante largo rato permaneció en silencio bajo el sol, balanceando su bastón, y le observé sin hablarle. Por fin, dijo:

—Lea, *monsieur*.

Tomé las cartas y rompí los lacres.

La primera carta contenía una hoja de papel, húmeda y descolorida, en la que había escritas unas pocas líneas:

Mi amor, sabía que eras inocente —y aquí terminaba la escritura, pero, más abajo, en la parte emborronada por la humedad pude distinguir lo siguiente—: París lo sabrá... Francia lo sabrá, porque por fin tengo las pruebas y voy a ir a tu encuentro, mi soldado, y a ponerlas en tus queridas y valientes manos. Ahora ya lo saben en el Ministerio de Guerra... tienen una copia de la confesión del traidor... pero no se atreven a sacarla a la luz pública, no se atreven a enfrentarse a la conmoción y la ira popular. Por lo tanto, zarparé el lunes desde Cherbourg con la naviera Green Cross, para que vuelvas a ser tú mismo, y así te presentes ante todo el mundo, sin miedos, sin reproches.

Aline

—Esto... ¡esto es terrible! —tartamudeé—. ¡Cómo puede ser que Dios exista y permita que estas cosas ocurran!

Pero volvió a agarrarme el brazo con su delgada mano, instándome a que leyera la otra carta, y me estremeció el tono amenazador de su voz.

Entonces, con sus ojos ciegos clavados en mí, saqué la otra carta del sobre húmedo y manchado. Y antes de que fuera consciente... antes de entender el significado de lo que veía, ya había leído en voz alta las siguientes líneas emborronadas:

El *Lorient* se hunde... un iceberg... en medio del océano... adiós, tú eres inocente... te quiero...

—¡El *Lorient*!. —exclamé—. Es el buque francés del que nunca más se supo... ¡El *Lorient* de la naviera Green Cross! Lo había olvidado... yo...

La fuerte detonación de un revólver me dejó aturdido; me pitaban y dolían los oídos cuando me aparté de la andrajosa y polvorienta figura que se derrumbó sobre el banco junto a mí, se convulsionó unos segundos y finalmente se desplomó a mis pies sobre el asfalto.

La aglomeración de la ansiosa muchedumbre de dura mirada, el polvo y el olor a pólvora en el aire cálido, la chillona alarma de la ambulancia que repiqueteaba acercándose por Mail Street... recuerdo todas estas cosas mientras yo estaba arrodillado allí, sujetando impotente las manos del hombre muerto.

—Soger Charlie —farfulló el policía de gorriones—; se ha disparado él mismo, ¿no es así, señor Hilton? Usted lo ha visto... se ha volado la tapa de los sesos, ¿verdad, señor Hilton?

—Soger Charlie —repetían los demás—, un dago o franchute que se ha pegado un tiro —y las palabras resonaron en mis oídos mucho después de que se alejara ruidosamente la ambulancia y la multitud comenzara a dispersarse con semblantes huraños, mientras un par de policías despejaba el espacio alrededor del charco de espesa sangre sobre el asfalto.

Me pidieron que me presentara para prestar declaración y entregué mi tarjeta a uno de los policías que me conocía. La muchedumbre giró su fascinada mirada hacia mí, yo me di la vuelta y me abrí camino entre asustadas dependientas y holgazanes malolientes, hasta que me perdí en el torrente humano de Broadway.

Me dejé llevar hacia donde fluyera el torrente... ¿Este? ¿Oeste?... No lo sabía ni me preocupaba, pero continué avanzando con el gentío, indiferente, mortalmente exhausto por intentar comprender la justicia divina... luchando por entender Su propósito... Sus mandamientos... Sus designios, que son «a un mismo tiempo verdaderos y justos».

IV

—¡Son más deseados que el oro, sí, que el oro más fino! ¡Más dulces que la miel, más que el jugo del panal!

Me giré en redondo hacia el orador que caminaba a mis espaldas arrastrando los pies. Sus ojos hundidos estaban apagados y sin lustre, su rostro sin color brillaba pálido como una máscara de muerte sobre el jersey color rojo sangre... el emblema de los soldados de Cristo.

No sé por qué me detuve, pero, mientras él pasaba por mi lado, dije:

—Hermano, yo también estaba meditando sobre la sabiduría de Dios y Su palabra.

El pálido fanático me lanzó una mirada, vaciló y se unió a mi paso, andando junto a mí.

Bajo la visera de su gorra del Ejército de Salvación sus ojos brillaron en la sombra con una extraña luz.

—Dígame más cosas —dije, hundiendo la voz bajo el estruendo del tráfico, el ¡clang! ¡clang! de los funiculares y el ruido de los pasos en el pavimento desgastado—... dígame más sobre Sus mandamientos.

—También a mí me instruyen y cumplirlos es muy provechoso. Pero ¿quién advierte Sus errores? Purifícame de las faltas ocultas. Presérvame, además, del orgullo. No permitas que me domine: entonces seré irreprochable y me veré libre de ese gran pecado. ¡Ojalá sean de tu agrado las palabras de mi boca y lleguen hasta Ti mis pensamientos, Señor, mi Roca y mi Redentor!

—Está citando las Sagradas Escrituras —dije—; también yo puedo leerlas cuando quiera. Pero no logran aclararme las razones... no me ayudan a comprender...

—¿El qué? —preguntó, y susurró algo para sus adentros.

—Eso, por ejemplo —repliqué, señalando a un lisiado nacido sordomudo y horriblemente deforme... un bulto humano enfermo y desgraciado sobre la acera junto al cementerio de St. Paul... una criatura de ojos doloridos que mendigaba y se arrastraba y agitaba unas cuantas monedas en una lata como si el sonido a cobre pudiera detener la manada humana que pasaba enfebrecida por el olor a oro.

Entonces el hombre que andaba junto a mí se giró y me miró gravemente a los ojos durante un largo rato.

Y, tras unos segundos, un borroso recuerdo surgió en mi interior... algo vago que parecía despertar recuerdos de un pasado olvidado hace mucho, mucho tiempo, brumoso, oscuro, demasiado sutil, demasiado frágil, demasiado indefinido... ¡Ah! Esa vieja sensación que todos los hombres han experimentado... la extraña inquietud, esa lucha inútil por recordar cuándo y dónde todo esto ocurrió antes.

Y la cabeza del hombre se hundió en el jersey carmesí, y murmuró y murmuró para sus adentros sobre Dios y el amor y la compasión, hasta que supuse que el feroz calor de la ciudad debía de haber afectado su cerebro. Me alejé y lo dejé balbuceando como un idiota sobre misterios que nadie, tan sólo él, osaba pronunciar.

Así pues, atravesó el polvo y el calor; el caliente aliento de hombres me golpeaba en las mejillas, y ojos ansiosos se clavaban en los míos. Ojos y más ojos se cruzaban con mis ojos, que se asomaban a través de ellos, más allá... mucho más allá de donde brilla el oro en medio de un espejismo de esperanza eterna. ¿Oro? Era en el aire donde la suave luz del sol doraba las motas en suspensión, era bajo los pies, en el polvo, donde el sol creaba oro; cuando brillaba en todas las ventanas largos rayos rojos hacían surgir chispas doradas sobre las cabezas de las jadeantes hordas a la caza de oro en Wall Street.

Alto, muy alto, en el cielo cada vez más oscuro, se elevaban los enormes edificios, y la brisa de la bahía comenzó a inflar las banderas descoloridas por el sol que ondearon sobre el barullo de la colmena... ondeaban esparciendo coraje y esperanza y fuerza a aquellos que codiciaban el oro.

El sol se sumergió tras Castle William cuando entré sin darme cuenta en el Battery, y las largas y rectas sombras de los árboles se proyectaban sobre el césped y el camino de asfalto.

Las farolas eléctricas ya brillaban entre el follaje, aunque la bahía aún resplandecía como latón pulido y los mástiles de los barcos brillaban con un tono más oscuro, donde los rojos rayos del sol caían transversalmente en las jarcias.

Algunos ancianos trotaban a lo largo del dique, golpeando el asfalto con bastones desgastados, las ancianas avanzaban pesadamente de un lado a

otro en el creciente crepúsculo... viejas mujeres que arrastraban cestos, que movían sus bocas suplicando limosna o cargadas con bultos mohosos... ¿comida, ropa?... no sabía decir; no me preocupaba saberlo.

El pesado estallido que llegó desde los parapetos de Castle William se difuminó sobre la plácida bahía, el último brazo rojo del sol se proyectó violentamente saliendo del mar, titiló y a continuación se fundió con los sombríos colores crepusculares. Luego llegó la noche, tímidamente al principio, acariciando el cielo y el agua con grises dedos, envolviendo el follaje en borrosas formas, reptando hacia delante, más rápido por momentos, hasta que los colores y las formas desaparecieron de la tierra y el mundo se tornó en un mundo de sombras.

Y, mientras yo permanecía sentado en el sombrío dique, poco a poco los pensamientos más amargos fueron desvaneciéndose y contemplé la apacible noche con esa paz que llega cuando el día acaba.

La muerte del pobre desgraciado ciego a mi lado en el parque me había conmocionado, pero ahora mis nervios se relajaron y comencé a reflexionar sobre todo ello... sobre las cartas y la extraña mujer que me las había entregado. Me pregunté dónde las habría encontrado... si realmente habían sido arrastradas por alguna corriente errante hasta la orilla desde el lugar del naufragio del condenado *Lorient*.

Nada del *Lorient*, a excepción de estas cartas, había sido contemplado por ojos humanos, y se creía que su final fue provocado por un incendio o un iceberg, porque no había tormenta cuando el *Lorient* zarpó de Cherbourg.

¿Y el pálido rostro de la joven de negro que me había dado esas cartas, y que me dijo que mi propio corazón me indicaría dónde entregarlas?

Me palpé los bolsillos buscando las cartas, donde las había metido arrugadas y húmedas. Estaban allí, y decidí entregarlas a la policía. Entonces pensé en Cusick y el parque del City Hall, y esto me llevó a recordar a Jamison y mi propia misión... ¡Ah! Me había olvidado de ese asunto... ¡Olvidé que había jurado remover la indolente y fría sangre de Jamison! ¡Que pretendiera hacer negocio con el suicidio de su prometida... o asesinato! Es cierto que había asegurado estar convencido de que el cuerpo en la morgue no era el de miss Tufft, porque el anillo no coincidía

con el anillo de su prometida. Pero ¿qué clase de hombre era?... Alguien capaz de ir arrastrándose y husmeando por las morgues y las tumbas para conseguir una ilustración a toda página que ayudara a vender unos cuantos miles más de periódicos. Nunca imaginé que fuera ese tipo de persona. Además, era extraño... porque esa no era la clase de ilustración que el *Weekly* hubiera publicado jamás; iba en contra de todo precedente... en contra de la política del periódico. Con esa ilustración perdería cien suscriptores para ganar uno.

—¡Bestia insensible! —susurré para mis adentros—, yo haré que se despierte... yo...

Me puse en pie y miré detenidamente a una figura que se acercaba hacia mí bajo la chispeante luz eléctrica.

Era la mujer que había conocido en el parque.

Avanzó directamente hacia mí, con su pálido rostro brillando como el mármol en la oscuridad y los brazos extendidos.

—Le he estado buscando todo el día... todo el día —dijo ella en el mismo tono bajo y vibrante—, quiero que me devuelva las cartas, ¿las tiene aquí?

—Sí —dije—, las tengo aquí... quédese las, por amor de Dios; ¡ya han causado suficiente daño por hoy!

Tomó las cartas de mi mano; vi el anillo con las serpientes dobles brillando en su delgado dedo; me acerqué a ella y la miré a los ojos.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—¿Yo? Mi nombre no le importa —respondió.

—Tiene razón —dije—, no me interesa saber su nombre. Ese anillo que lleva...

—¿Qué ocurre con mi anillo? —murmuró.

—Nada... una mujer muerta que ahora yace en la morgue lleva un anillo similar. ¿Sabe lo que han provocado sus cartas? ¿No? ¡Bueno, pues se las leí a un desgraciado y este se voló los sesos!

—¡Se las leyó a un hombre!

—Así es. Y se quitó la vida.

—¿Quién era ese hombre?

—El capitán d'Yniol...

Dejando escapar entre un sollozo y una risa, me tomó la mano y la cubrió de besos, y yo, atónito y malhumorado, retiré la mano de sus fríos labios y me senté en el banco.

—No tiene por qué agradecermelo —dije bruscamente—; si lo hubiera sabido... pero no importa. Quizás aquel pobre diablo se encuentra mucho mejor en otro lugar con su adorada ahogada... sí, imagino que así es. Estaba ciego y enfermo... y tenía el corazón destrozado.

—¿Ciego? —preguntó la joven con delicadeza.

—Sí. ¿Lo conocía?

—Lo conocía.

—¿Y a su amada Aline?

—Aline —repitió ella suavemente—... ella está muerta. Vengo a darle las gracias en su nombre.

—¿Por qué?... ¿por haber causado su muerte?

—Ah, sí, por eso.

—¿De dónde sacó esas cartas? —le pregunté abruptamente.

Ella no respondió, pero permaneció de pie manoseando las cartas húmedas.

Antes de que pudiera hablar de nuevo, ella se alejó hacia las sombras de los árboles, con paso leve y silencioso, y a lo lejos del oscuro camino pude ver su diamante refulgente.

Reflexionando lúgubremente sobre todo lo ocurrido, me levanté y crucé el Battery hasta los escalones del paso elevado.

Los subí, compré un billete y esperé en el andén mojado. Cuando el tren llegó, me arremoliné con el resto de pasajeros, todavía sopesando mi venganza, sintiendo y creyendo que debía purgar la conciencia de un hombre capaz de especular con la muerte.

Por fin, el tren se detuvo en la calle Veintiocho, salí a toda prisa del vagón y bajé los escalones en dirección a la morgue.

Cuando entré en la morgue, Skelton, el guarda, estaba de pie frente a una mesa de autopsias que relucía débilmente bajo las destartaladas lámparas de gas. Escuchó mis pasos y se giró para ver quién se acercaba. Entonces asintió y dijo:

—Señor Hilton, eche un vistazo a este fiambre de aquí... ahora mismo regreso... en todos los periódicos dicen que es miss Tufft... pero ninguno de ellos tiene ni idea, porque este fiambre lleva aquí desde hace dos semanas.

Saqué mi cuaderno de dibujo y lápices.

—¿Cuál es, Skelton? —pregunté, rebuscando la goma de borrar en los bolsillos.

—Éste de aquí, señor Hilton, la chica que está sonriendo. La recogieron en Sandy Hook. Parece que estuviera dormida, ¿verdad?

—¿Qué lleva en la mano... en el puño cerrado? Oh... una carta. Sube la llama de las lámparas, Skelton, quiero verle el rostro.

El anciano subió la luz, que llameaba y silbaba en el húmedo y fétido aire. Y entonces, súbitamente, mis ojos se clavaron en la muerta.

Rígido, apenas capaz de respirar, observé el anillo, formado por dos serpientes enroscadas sujetando un enorme diamante... vi las cartas húmedas arrugadas en su fina mano... miré y... ¡Dios me ampare!... ¡Contemplé el rostro inerte de la joven con la que había estado hablando en el Battery!

—Lleva muerta un mes como mínimo —dijo Skelton, con voz cordial.

Entonces sentí que me abandonaban todos los sentidos y dejé escapar un grito, y en ese mismo instante alguien me agarró por los hombros desde atrás y me sacudió violentamente... me sacudió hasta que abrí los ojos de nuevo, jadeé y tosí.

—¡Oiga, joven! —dijo un policía del parque inclinado sobre mí—, ¡si se queda dormido en un banco, alguien le robará el reloj!

Me volví, frotándome los ojos con desesperación.

Entonces, había sido todo un sueño... y ninguna tímida joven se había acercado a mí con cartas mojadas... yo no había ido a la oficina... no existía nadie llamado miss Tufft... Jamison no era un villano insensible... ¡No, por supuesto que no!... Él nos trataba a todos nosotros mucho mejor de lo que merecíamos, y además era amable y generoso. ¡Y aquel macabro suicidio! A Dios gracias que también había sido un sueño... y la morgue y el Battery de noche, donde aquella joven de pálido rostro había... ¡puf!

Busqué mi cuaderno, lo encontré; pasé las páginas llenas con los animales que había dibujado; los hipopótamos, el búfalo, los tigres... ¡Ah! ¿Dónde estaba el dibujo en el que la mujer vestida de negro desvaído era la protagonista, con los cejijuntos buitres y la muchedumbre al sol a su alrededor? Había desaparecido.

Busqué por todos los sitios, en todos los bolsillos. Había desaparecido.

Por fin me levanté y avancé por el estrecho camino de asfalto bajo el moribundo crepúsculo.

Y cuando ya retomaba un camino más ancho, vi un grupo de personas; un policía sostenía una linterna, algunos jardineros, y un puñado de holgazanes congregados alrededor de algo... un oscuro bulto en el suelo.

—Los encontré tal cual están —decía uno de los jardineros—, será mejor no tocarlos hasta que venga el forense.

El policía ajustó levemente la lente de la linterna; los rayos cayeron sobre los rostros de dos cuerpos, medio apoyados en el banco del parque. En el dedo de la joven brillaba un espléndido diamante engarzado sobre los colmillos de dos serpientes de oro. El hombre se había pegado un tiro; sujetaba en el puño dos cartas mojadas. La ropa de la joven y su cabello estaban totalmente empapados, y su rostro era el mismo que el de la persona ahogada.

—Bueno, señor —dijo el policía, mirándome—; parece que reconoce a estas dos personas... por la forma en que las mira...

—No las he visto en mi vida —afirmé reprimiendo un grito, y continué andando, con los nervios a punto de estallar.

Porque entre los pliegues del harapiento vestido negro de la joven pude ver la esquina de un papel... ¡era el dibujo que había perdido!

EL EMPERADOR PÚRPURA

(The Purple Emperor)

Un souvenir heureux est peut-être, sur terre,
Plus vrai que le bonheur.

A. DE MUSSET

I

El Emperador Púrpura me observó en silencio. Volví a echar la caña, lanzando casi dos metros de sedal impermeable y, tras el siseo del hilo surcando el aire sobre el estanque, vi mis tres moscas posarse en el agua como vilanos a la deriva. El Emperador Púrpura lanzó una mirada desdeñosa.

—Lo ve —dijo—, tengo razón. No hay ni una sola trucha en Bretaña que salte a por un cebo de mosca.

—Pues en Norteamérica sí lo hacen —repliqué.

—¡Caramba! ¡Por Norteamérica! —apostilló el Emperador Púrpura.

—Y las truchas pican con cebos de mosca en Inglaterra —insistí secamente.

—¿Es que cree que me importa lo que haga la gente en Inglaterra? —exclamó el Emperador Púrpura.

—A usted no le importa nada excepto usted mismo y sus asquerosas orugas —dije, más enfadado de lo que había estado hasta ese momento.

El Emperador Púrpura resopló. Sus anchos, imberbes y curtidos rasgos revelaban una expresión obstinada que siempre lograba sacarme de mis casillas. Quizás la forma en que llevaba el sombrero intensificaba esta irritación, con aquella ala blanda apoyada sobre ambas orejas, y las dos finas cintas de terciopelo que colgaban de la hebilla de plata delantera agitándose y bailoteando hasta con la más insignificante brisa. Sus astutos ojos y su puntiaguda nariz no tenían nada que ver con el resto de su obeso y enrojecido rostro. Cuando me miró a los ojos, dejó escapar una risotada.

—Sé más sobre insectos que ningún hombre de Morbihan... o Finistère, de hecho —afirmó.

—El Almirante Rojo sabe tanto como usted —repliqué.

—No es cierto —contestó el Emperador Púrpura enojado.

—Y su colección de mariposas es el doble de grande que la de usted —añadí, avanzando por el riachuelo hasta colocarme justo frente a él.

—Oh, no me diga —replicó con desdén el Emperador Púrpura—. Bueno, déjeme decirle, *monsieur* Darrel, que toda su colección no incluye un espécimen, ni un solo espécimen, de esa magnífica mariposa, la *Apatura Iris*, comúnmente conocida como «Emperador Púrpura».

—Todo el mundo en Bretaña lo sabe —dije, lanzando el hilo a la brillante superficie del agua—; pero sólo porque usted sea el único hombre que ha capturado un «Emperador Púrpura» en Morbihan, no lo convierte en una autoridad en moscas de pesca de trucha. ¿Por qué dice que una trucha bretona jamás picará con un cebo de mosca?

—Simplemente es así —replicó.

—¿Por qué? Hay muchas moscas de mayo revoloteando en el riachuelo.

—¡Que vuelen! —exclamó con desdén el Emperador Púrpura—, no verá a ninguna trucha tocarlas.

Me dolía el brazo, pero sujeté la media caña de bambú con más fuerza y, girándome ligeramente, avancé por el riachuelo y comencé a dar latigazos en los remolinos de la cabecera del arroyo. Una enorme libélula verde se aproximó empujada por la brisa de verano y planeó durante unos segundos sobre el arroyo, brillando como una esmeralda.

—¡Mire, podemos atraparla! ¿Dónde está su cazamariposas? —le grité desde el otro lado del riachuelo.

—¿Para qué? ¿Esa libélula? Tengo docenas de ellas... una *Anax Junius* (Drury), común, con ángulo anal de las alas posteriores, macho, redondo; tórax marcado con...

—Ya es suficiente —repliqué con furia—. ¿Es que no puedo señalar un insecto en el aire sin estas explosiones de erudición? ¿Puede decirme, en un francés de andar por casa, cómo se llama esta pequeña mosca de aquí, la que revolotea sobre los juncos junto a mí? Mire, ha caído en el agua.

—¡Bah! —respondió desdeñoso el Emperador Púrpura—, eso es una *Linnobia annulus*.

—¿Qué es eso? —inquirí.

Antes de que pudiera contestarme se produjo un pesado chapoteo en el arroyo, y la mosca desapareció.

—¡Je, je, je! —el Emperador Púrpura dejó escapar una risilla—. ¿No le dije que los peces saben lo que se hacen? Eso era una trucha. Espero que no la pesque.

Recogió su cazamariposas, la caja de recolección, la botella de cloroformo y el tarro de cianuro. Luego se levantó, se colgó la caja por el hombro, metió las botellas de venenos en los bolsillos de su abrigo de terciopelo con botones de plata y se encendió la pipa. Esto último resultaba un espectáculo descorazonador, porque el Emperador Púrpura, como todos los campesinos bretones, fumaba en una de aquellas pipas microscópicas bretonas que se tarda diez minutos en encontrar, otros diez minutos en llenar, diez minutos más en encender y diez segundos en acabarla. Con verdadera impasibilidad bretona, llevó a cabo todo el solemne ritual, exhaló tres bocanadas de humo al aire, se rascó la nariz puntiaguda pensativamente, y se alejó anadeando, exclamando sobre su hombro un irónico «Au revoir, ¡y que se pudran todos los yanquis!»

Lo vi desaparecer de mi vista, pensando apenado en la joven cuya existencia él había convertido un infierno en vida... Lys Trevec, su sobrina. Ella nunca lo reconocería, pero todos sabíamos qué significaban las marcas negras y azules alrededor de su suave y torneado brazo, y me ponía enfermo

ver la mirada aterrada en sus ojos cuando el Emperador Púrpura entraba en el café de la Taberna de Groix.

Se rumoreaba que le hacía pasar hambre. Ella lo negaba. Marie Joseph y Fine Lelocard le habían visto golpearla la víspera del día del Perdón de los Pájaros, porque ella liberó tres pinzones que él había cazado con liga el día anterior. Pregunte a Lys si esto era cierto y ella se negó a hablar conmigo el resto de esa semana. Nada podía hacer. Si el Emperador Púrpura no hubiera sido tan avaricioso, jamás habría podido ver a Lys, pero no pudo resistirse a los treinta francos a la semana que le ofrecí, y Lys posaba para mí durante todo el día, feliz como un pajarillo en un espino rosa. Sin embargo, el Emperador Púrpura me odiaba y me amenazaba constantemente con obligar a Lys a volver a tejer lino. Además, desconfiaba de mí y cuando se echaba un solo trago de sidra, lo cual resulta letal para la sobriedad de la mayoría de bretones, golpeaba la larga mesa descolorida de roble y bramaba maldiciones contra mí, contra Yves Terrec y contra el Almirante Rojo. Nosotros éramos los tres seres del mundo que más odiaba: a mí, por ser extranjero y por importarme un comino él y sus mariposas; y al Almirante Rojo, por ser un entomólogo rival.

Tenía otros motivos para odiar a Terrec.

El Almirante Rojo, un pobre hombrecillo marchito con un ojo de cristal mal ajustado y una pasión por el coñac, debía su nombre a una mariposa que destacaba en su colección. Esta mariposa, comúnmente conocida por los aficionados como «Almirante Rojo», y por los entomólogos como *Vanessa Atalanta*, había dado pie a un escándalo entre los entomólogos de Francia y Bretaña. Y es que el Almirante Rojo había atrapado un espécimen común de estos insectos, lo había teñido de amarillo brillante con ayuda de sustancias químicas, y la había vendido a un coleccionista crédulo haciéndola pasar por un espécimen de una especie sudafricana absolutamente única. Sin embargo, los cincuenta francos que ganó con esta picardía se perdieron tras una demanda por perjuicios interpuesta por el indignado aficionado un mes más tarde; y, tras pasar un mes en la cárcel de Quimperlé, reapareció en el pequeño pueblo de St. Gildas amargado, sediento y ardiendo por sus ansias de venganza. Por supuesto, lo

bautizamos el Almirante Rojo, y él aceptó el nombre con una furia reprimida.

El Emperador Púrpura, por otro lado, se había ganado su título imperial legítimamente, porque era un hecho irrefutable que el único espécimen de esa bella mariposa, la *Apatura Iris*, o Emperador Púrpura, como la llamaban los aficionados (el único espécimen cazado en Finistère y en Morbihan en toda su historia), fue capturado y transportado aún con vida a su casa por Joseph Marie Gloanec, que desde ese momento y para siempre pasó a ser conocido como el Emperador Púrpura.

Cuando la captura de aquella extraña mariposa llegó a oídos del Almirante Rojo, este casi perdió la razón. Todos los días durante una semana acudía al trote a la Taberna de Groix, donde residía el Emperador Púrpura con su sobrina, y llevaba consigo su microscopio para examinar aquel espécimen único recién capturado con la esperanza de detectar algún fraude. Pero el espécimen era genuino, y el pobre diablo pegaba el ojo ansiosamente al microscopio en vano.

—No encontrará ninguna sustancia química ahí, Almirante —se burlaba el Emperador Púrpura, y al Almirante Rojo le rechinaban los dientes con ira.

Para el mundo científico de Bretaña y Francia, la captura de una *Apatura Iris* en Morbihan resultaba de una enorme importancia. El Museo de Quimper realizó una oferta para adquirir la mariposa, pero el Emperador Púrpura, aunque le apasionaba acumular oro, sentía una obsesión monomaniaca por las mariposas y despidió de malas maneras al conservador del museo. De todas partes de Bretaña y Francia le llovieron cartas solicitando información y felicitándolo. La Academia Francesa de Ciencias le otorgó un galardón, y la Sociedad Entomológica de París le nombró miembro honorario. Siendo un campesino bretón, e incluso un poco más cabezota que ellos, todos estos honores no quebrantaron su ecuanimidad; pero cuando la pequeña aldea de St. Gildas lo eligió alcalde y, como es costumbre en Bretaña en tales circunstancias, abandonó su cabaña para instalarse en su residencia oficial en la Taberna de Groix, perdió totalmente la cabeza. ¡Se había convertido en alcalde de un pueblo de casi ciento cincuenta habitantes! ¡Todo un imperio! Y, así pues, se volvió

insoportable, bebía brutalmente hasta emborracharse todas las noches de su vida y maltrataba a su sobrina, Lys Trevec, como el bárbaro y viejo miserable que era, al mismo tiempo que llevaba al borde del histerismo al Almirante Rojo con su eterna cantinela sobre su captura de la *Apatura Iris*. Por supuesto, se negaba a revelar dónde había capturado la mariposa. El Almirante Rojo le acechaba, pero en vano.

—¡Je, je, je! —rezongaba el Emperador Púrpura, acariciándose la barbilla frente a un vaso de sidra—; le vi merodeando por el bosquecillo de St. Gildas ayer por la mañana. Así es que cree que va a poder encontrar otra *Apatura Iris* corriendo tras de mí. No le servirá de nada, de nada, ¿comprende?

El Almirante Rojo se tornó amarillo de humillación y envidia, pero al día siguiente sufrió tal disgusto que tuvo que quedarse en cama: el Emperador Púrpura había capturado, no una mariposa, sino una crisálida viva, la cual, si lograba incubar con éxito, se transformaría en un espécimen perfecto de la valiosa *Apatura Iris*. Esta fue la gota que colmó el vaso. El Almirante Rojo se encerró en su pequeña casita de piedra y durante semanas desapareció de la vista de todos, excepto de Fine Lelocard, que le llevaba una barra de pan y un salmonete o una langosta todas las mañanas.

La retirada del Almirante Rojo de la sociedad de St. Gildas despertó primero la burla y finalmente las sospechas del Emperador Púrpura. ¿Qué clase de diablura andaría tramando? ¿Es que andaba experimentando otra vez con sustancias químicas, o es que estaba confabulando algo más grande, con el único fin de desacreditar al Emperador Púrpura? Roux, el cartero que repartía el correo a pie una vez al día desde Bannalec y a una distancia de veinticuatro kilómetros en ambas direcciones, había entregado al Almirante Rojo varias cartas sospechosas con sello inglés y, al día siguiente, el Almirante Rojo fue visto asomado a la ventana, sonriendo a los cielos y frotándose las manos. Una noche o dos después de esta aparición, el cartero dejó durante unos minutos dos paquetes en la Taberna de Groix mientras cruzaba a toda prisa la calle para tomarse un vaso de sidra conmigo. El Emperador Púrpura, que siempre andaba merodeando por el café, metiendo las narices en todos los asuntos que no eran de su incumbencia, encontró los paquetes y examinó los matasellos y las direcciones. Uno de los paquetes

era cuadrado y pesado, y parecía ser un libro. El otro también era cuadrado, pero muy ligero, y parecía una caja de cartón. Ambos estaban dirigidos al Almirante Rojo, y llevaban sello inglés.

Cuando Roux, el cartero, regresó para recoger los paquetes, el Emperador Púrpura intentó sonsacarle, pero el pobre hombrecillo no sabía nada sobre los contenidos de los paquetes, y después de que este doblara la esquina hacia la casita del Almirante Rojo, el Emperador Púrpura pidió un vaso tras otro de sidra y se emborrachó deliberadamente, hasta que Lys entró y con lágrimas en los ojos le ayudó a arrastrarse hasta su cuarto. Una vez allí se comportó con ella de forma tan grosera y brutal que Lys me llamó; acudí y solucioné el problema sin pronunciar ni una sola palabra. Este episodio quedó grabado en la memoria del Emperador Púrpura y esperaba su oportunidad para vengarse.

Eso ocurrió una semana antes de nuestra jornada de pesca, y hasta ese día no se había dignado a hablarme.

Lys había posado para mí durante toda la semana, y cuando llegó el sábado me sentía yo un tanto perezoso, así que decidimos tomarnos el día de descanso; ella fue a visitar y cotillear con Yvette, su joven amiga de ojos oscuros que vivía en la aldea vecina de St. Julien, y yo salí a probar el apetito de las truchas bretonas con los señuelos de mi colección de moscas americanas.

Estuve lanzando el sedal al arroyo concienzudamente durante tres horas, pero ni una sola trucha había saltado a por mi cebo, y me sentía defraudado. Comenzaba a creer que no había truchas en el arroyo de St. Gildas, y probablemente me hubiera dado por vencido de no haber visto la trucha saltar y tragarse la pequeña mosca que el Emperador Púrpura había identificado tan científicamente. Eso me dio que pensar. Probablemente el Emperador Púrpura tenía razón, porque, ciertamente, era un experto en todo lo que se arrastraba y serpenteaba en la campiña bretona. Así que busqué un señuelo que imitara la mosca que el pez se había tragado entre mi colección de moscas americanas, y, tras desenganchar el señuelo de tres moscas, anudé una nueva guía en el sedal y enganché una mosca en el anzuelo. Era una mosca extraña. Se trataba de uno de aquellos experimentos innombrables que tanto fascinan a los pescadores en las tiendas de deportes

y que generalmente resultan totalmente inútiles. Además, se trataba de un señuelo con cola, pero por supuesto esto podía ser subsanado con un tajo de mi navaja. Una vez preparado, me coloqué en el centro de los tumultuosos rápidos y lancé el sedal en línea recta como una flecha al lugar donde la trucha había saltado. Ligero como una pluma, el señuelo se posó en el lecho del arroyo; entonces se produjo un chapoteo repentino, un destello plateado, y el sedal se tensó desde la vibrante punta de la caña hasta el chirriante carrete. Casi instantáneamente logré enganchar al pez, y mientras se agitaba unos segundos haciendo que el agua hirviera alrededor de su brillante cuerpo, salté a la orilla, porque advertí que el pez era pesado y probablemente iba a tener que recorrer un largo trecho por el arroyo.

—¡Oh, quién tuviera un arpón! —grité, porque estaba ya totalmente convencido de que me las iba a tener que ver con un salmón, y no con una trucha.

Entonces, mientras estaba allí erguido, reuniendo todas mis fuerzas para poder sujetar al enojado pez, una joven esbelta y ágil se acercó apresuradamente por la orilla opuesta gritando mi nombre.

—¡Pero bueno, Lys! —dije, levantando la vista por un segundo—, pensaba que estaba en St. Julien con Yvette.

—Yvette se ha ido a Bannalec. Regresé a casa y me encontré que estaba teniendo lugar una terrible pelea en la Taberna de Groix, y me he asustado tanto que he venido para avisarle.

El pez dio un fuerte tirón en ese momento, arrastrando todo el sedal del carrete, y me vi obligado a seguirlo de un salto. Lys, dinámica y grácil como un cervatillo, y a pesar de ir calzada con sus zuecos de Pont-Aven, me siguió por la orilla opuesta hasta que el pez se sumergió en una poza profunda, sacudió el sedal violentamente una o dos veces y, entonces, volvió a su estado de enojo.

—¿Una pelea en la Taberna de Groix? —grité desde la otra orilla—. ¿Qué pelea?

—Bueno, no es exactamente una pelea —exclamó Lys con voz temblorosa—, pero el Almirante Rojo por fin ha salido de su encierro, y él y mi tío están bebiendo juntos y discutiendo sobre mariposas. Nunca vi a mi

tío tan enfadado, y el Almirante Rojo le observa con una mueca burlona en la cara. ¡Oh, resultaba casi siniestro contemplar su rostro!

—Pero, Lys —dije, apenas capaz de reprimir una sonrisa—, tu tío y el Almirante Rojo siempre están peleándose y bebiendo.

—Lo sé... ¡Ay, madre mía!... Pero esta vez es diferente, *monsieur* Darrel. El Almirante Rojo ha envejecido y se ha vuelto más huraño desde que se encerró hace tres semanas, y... ¡Oh, madre mía! No he visto nunca antes esa mirada en los ojos de mi tío. Parecía haber perdido totalmente la cabeza por la furia. Sus ojos... no puedo describirlos... y entonces, entró Terrec en la taberna.

—Vaya —dije más seriamente—, qué inoportuno. ¿Y qué dijo el Almirante Rojo a su hijo?

Lys se sentó sobre una roca rodeada de helechos y me lanzó una mirada rebelde con sus azules ojos.

Yves Terrec, holgazán y cazador furtivo, e hijo de Louis Jean Terrec, también conocido como el Almirante Rojo, había sido expulsado del hogar por su padre, y también había sido expulsado del pueblo por el Emperador Púrpura, en su honorabilísima calidad de alcalde. El joven rufián regresó al pueblo en dos ocasiones: una vez para desvalijar el dormitorio del Emperador Púrpura, acción que resultó totalmente infructuosa; y en otra ocasión para robar a su propio padre. Tuvo éxito en este segundo intento, pero nunca fue detenido, a pesar de que se le veía con frecuencia vagando por los bosques y páramos con su pistola. Amenazó abiertamente al Emperador Púrpura; juró que se casaría con Lys a pesar de todos los gendarmes de Quimperlé, y a muchos de estos mismos gendarmes los obligó en muchas ocasiones a perseguirlo largas distancias a través de pantanos llenos de zarzales y a lo largo de kilómetros de aulaga amarilla.

Lo que hizo al Emperador Púrpura, y lo que intentaba hacerle, no me preocupaba mucho; pero me intranquilizaba su amenaza sobre Lys. Durante los últimos tres meses esto me había inquietado profundamente; porque cuando Lys regresó a St. Gildas del convento, la primera cosa que capturó fue mi corazón. Durante mucho tiempo me negué a creer que algún lazo de sangre relacionara a esta exquisita criatura de ojos azules con el Emperador Púrpura. Aunque iba vestida con el corpiño de encaje y terciopelo y la falda

azul típica de Finistère, y llevaba en la cabeza la cautivadora cofia blanca de St. Gildas, en ella esta vestimenta lucía como un bonito disfraz. Para mí era tan dulce y de tan alta alcurnia como cualquier dama del noble barrio de Paubourg que bailase con sus primos en una *fête champêtre* de Luis XV. Así pues, cuando Lys me informó que Yves Terrec había regresado sin esconderse a St. Gildas, concluí que sería mejor que yo también estuviera presente.

—¿Qué dijo Terrec, Lys? —le pregunté, mirando el vibrante sedal sobre la apacible poza.

Un salvaje color rosado tiñó sus mejillas.

—Oh —respondió, haciendo un mohín con la barbilla—, ya sabes lo que siempre dice.

—¿Que le va a llevar con él?

—Sí.

—¿A pesar del Emperador Púrpura, el Almirante Rojo y los gendarmes?

—Sí.

—¿Y usted qué dice, Lys?

—¿Yo? Oh, nada.

—Entonces, déjeme que lo diga yo por usted.

Lys bajó la mirada a sus delicados zuecos puntiagudos, los zuecos de Pont-Aven, hechos a medida. Encajaban perfectamente en sus diminutos pies. El único lujo que atesoraba.

—¿Permitirá que responda yo en su nombre? —pregunté.

—¿Usted, *monsieur* Darrel?

—Sí. ¿Me permitirá que le de yo una respuesta?

—Mon Dieu, ¿y por qué iba usted a molestarse, *monsieur* Darrel?

El pez permanecía muy quieto, pero la caña temblaba entre mis manos.

—Porque la amo, Lys.

El salvaje rubor rosado de sus mejillas se intensificó; ella dejó escapar suavemente el aliento, luego escondió su rizada cabeza entre las manos.

—La amo, Lys.

—¿Es consciente de lo que está diciendo? —tartamudeó.

—Sí, la amo.

Ella levantó su adorable rostro y me miró desde la otra orilla.

—Le amo —dijo ella, mientras las lágrimas brotaban como estrellas en sus ojos—. ¿Quiere que cruce el arroyo hasta usted?

II

Aquella noche, Yves Terrec abandonó el pueblo de St. Gildas jurando vengarse de su padre, el cual se negó a darle cobijo.

Aún puedo verle, de pie en medio de la carretera, sus piernas desnudas se alzaban como columnas de bronce brotando de unos zuecos rellenos de paja, la chaqueta corta de terciopelo estaba rota y manchada por la intemperie y la vida disoluta, y sus ojos, feroces, errantes, inyectados de sangre... mientras el Almirante Rojo le ladraba maldiciones y regresaba renqueando a su pequeña casita de piedra.

—¡No me olvidaré de ti! —gritó Yves Terrec, y levantó una mano hacia su padre con un gesto terrible. Luego se pegó el arma a la mejilla y dio un paso corto hacia delante, pero le agarré del cuello antes de que pudiera disparar, y un segundo mas tarde los dos estábamos rodando sobre el polvo de la carretera de Bannalec. Tuve que asestarle un fuerte puñetazo detrás de la oreja para zafarme de él y luego, tras incorporarme y sacudirme la ropa, estampé contra un muro su pistolón de avancarga para caza de aves y lo hice pedazos, y tiré su cuchillo al río. El Emperador Púrpura observaba todo con una extraña luz en los ojos. Estaba claro que lamentaba que Terrec no me hubiera estrangulado hasta matarme.

—Iba a matar a su padre —dije, mientras pasaba a su lado en dirección a la Taberna de Groix.

—Ése es su problema —apostilló con desdén el Emperador Púrpura. Había una luz asesina en sus ojos. Durante unos segundos pensé que iba a atacarme; pero simplemente estaba salvajemente borracho, así que le aparté de mi camino y me fui a dormir, cansado y disgustado.

Lo peor de todo fue que no pude dormir, porque temía que el Emperador Púrpura comenzara a maltratar a Lys. Me eché en la cama y estuve revolviéndome entre las sábanas hasta que no pude aguantar allí más tiempo. No me vestí del todo; simplemente me puse unas zapatillas dentro

de los zuecos, unos calzoncillos, un jersey y una gorra. Luego, tras atarme un pañuelo en el cuello, bajé las escaleras carcomidas y salí a la carretera iluminada por la luna. Había una vela encendida en la ventana del Emperador Púrpura, pero no pude verle.

«Probablemente esté totalmente borracho», pensé, y miré a la ventana donde, tres años antes, había visto por primera vez a Lys.

—¡Dormida, gracias a Dios! —susurré, y me alejé por la carretera. Al pasar por la casita del Almirante Rojo vi que estaba a oscuras, pero la puerta estaba abierta. Atravesé los setos de entrada para cerrarla, pensando que, en caso de que Yves Terrec estuviese merodeando por los alrededores, su padre podría perder todo lo que le quedaba.

A continuación, tras bloquear la puerta con una piedra, vagué bajo la deslumbrante luz de luna bretona. Un ruiseñor cantaba en un pantano rodeado de sauces, y desde el borde del lago, entre la alta vegetación, un sinnúmero de ranas entonaban una melodía de notas graves.

Cuando regresé, el cielo comenzaba a clarear por el este, y al otro lado de los prados, sobre los acantilados, se recortaba contra el pálido horizonte el perfil de un recolector de algas que se dirigía a su trabajo entre los rizados rompeolas de la costa. Su largo rastrillo se balanceaba sobre un hombro, y el viento marino arrastró su canción a través de los prados hasta mis oídos:

¡St. Gildas!
¡St. Gildas!
Ruega por nosotros,
protégenos,
a los que trabajamos duro en el mar.

Al pasar por la capilla a la entrada del pueblo, me quité la gorra y me arrodillé para rezar a Nuestra Señora de Faöuet; y, aunque me olvidé por completo de mi cuerpo en aquella plegaria, sin duda creí que Nuestra Señora de Faöuet favorecería a Lys. Se dice que las capillas proyectan sombras blancas. Miré, pero tan sólo vi la luz de la luna. Entonces, muy

apaciguado, me dirigí de nuevo a la cama, y sólo desperté con el ruido metálico de los sables y los cascos de caballos procedentes de la carretera bajo mi ventana.

—¡Dios Santo! —pensé—, deben ser las once en punto, porque ya están ahí los gendarmes de Quimperlé.

Miré el reloj; eran sólo las ocho y media, y como los gendarmes hacían su ronda todos los jueves a las once, me pregunté qué podría haberles hecho venir tan temprano a St. Gildas.

—Claro está —gruñí, frotándome los ojos—, van tras Terrec —salté y me dirigí a darme mi frugal ducha diaria.

Antes de haber terminado de vestirme escuché un tímido golpe en la puerta y, tras abrirla, con la cuchilla de afeitar en la mano, me quedé estupefacto y en silencio. Lys, con los azules ojos desorbitados por el terror, estaba apoyada en el umbral.

—¡Cariño mío! —grité—, ¿qué ocurre? —pero ella tan sólo se abrazó a mí, jadeando como una gaviota herida. Por fin, cuando la conduje a la habitación y levanté su rostro hacia el mío, ella habló con una voz desgarradora:

—¡Oh, Dick! Van a arrestarte, pero antes muero que creer ni una sola palabra de lo que dicen. No, no me preguntes —y comenzó a sollozar desconsoladamente.

Cuando fui consciente de que realmente había ocurrido algo grave, me eché el abrigo y la gorra y, pasando un brazo alrededor de su cintura, bajamos las escaleras y salimos a la calle. Cuatro gendarmes estaban montados sobre sus caballos delante de la puerta del café; tras ellos, la población de St. Gildas al completo miraba boquiabierta, agolpándose en tres hileras.

—¡Hola, Durand! —exclamé dirigiéndome al brigadier—, ¿qué diablos es esto que he oído de que van a arrestarme?

—Es cierto, *mon ami* —replicó Durand, con una lúgubre compasión. Le recorrí con la mirada desde la punta de sus botas con espuelas hasta el cinto amarillo azufre de donde pendía su sable, a continuación subí la mirada, botón a botón, hasta su semblante desconcertado.

—¿Por qué? —repliqué con desdén—. ¡Y no intente ninguno de sus baratos tejemanejes de polizonte conmigo! Hable, hombre, ¿cuál es el problema?

El Emperador, que estaba sentado en el porche de entrada observándome, se dispuso a hablar, pero se lo pensó mejor, se levantó y se metió en la casa. Los gendarmes pusieron los ojos en blanco misteriosamente y se miraron con complicidad.

—Venga, Durand —dije impacientemente—, ¿de qué se me acusa?

—Asesinato —dijo con un hilo de voz.

—¡¿Qué?! —grité incrédulo—. ¡Tonterías! ¿Es que tengo pinta de asesino? Desmonte del caballo, cabeza de chorlito, y dígame a quién se supone que he asesinado.

Durand descabalgó, con una expresión muy estúpida, y se acercó a mí, ofreciéndome la mano con una sonrisa propiciatoria.

—¡Fue el Emperador Púrpura el que le denunció! Vea, encontraron su pañuelo en su puerta...

—¿En la puerta de quién, por todos los santos? —grité.

—¡En la del Almirante Rojo!

—¿El Almirante Rojo? ¿Qué ha hecho?

—Nada... simplemente ha sido asesinado.

Apenas podía dar crédito a mis sentidos, aunque me llevaron a la casita de piedra y me enseñaron la habitación salpicada de sangre. Pero el horror de todo ello era que el cadáver del hombre asesinado había desaparecido, y tan sólo quedaba un nauseabundo lago de sangre sobre el suelo de piedra, en el centro del cual había una mano humana. No cabía la menor duda de a quién había pertenecido esa mano, porque todo el mundo que conocía al Almirante Rojo supo que el marchito trozo de carne que nadaba entre la espesa sangre era la mano del Almirante Rojo. A mí me pareció como la garra cercenada de algún pájaro gigante.

—Bueno —dije—, se ha cometido un crimen. ¿Por qué no hacen algo?

—¿El qué? —preguntó Durand.

—No sé, avisen al comisario.

—Está en Quimperlé. Ya le he enviado un telegrama.

—Entonces avisen al doctor, y averigüen cuánto tiempo lleva la sangre coagulándose.

—El químico de Quimperlé está aquí; es doctor.

—¿Y qué dice?

—Dice que no lo sabe.

—¿Y a quién van a arrestar? —pregunté, apartando la mirada del siniestro espectáculo en el suelo.

—No lo sé —anunció el brigadier solemnemente—; usted ha sido denunciado por el Emperador Púrpura, porque encontró su pañuelo en la puerta cuando salió esta mañana.

—¡Ese bretón cabezota! —exclamé profundamente enojado—. ¿No les mencionó a Yves Terrec?

—No.

—Claro que no —dije—. Se le pasó por alto el hecho de que Terrec intentó disparar a su padre ayer noche y que yo le arrebaté el arma. Todo eso no sirve de nada si encuentra mi pañuelo junto a la puerta del hombre asesinado.

—Entremos en el café —dijo Durand, muy agitado—, podremos hablar allí. ¡Por supuesto, *monsieur* Darrel, jamás se me pasó por la cabeza ni la más remota idea de que usted fuera el asesino!

Los cuatro gendarmes y yo cruzamos la carretera hacia la Taberna de Groix y entramos en el café. Estaba abarrotada de bretones, fumando, bebiendo y chapurreando media docena de dialectos, todos ellos igualmente desagradables al oído civilizado; y me abrí paso entre la muchedumbre hasta donde se hallaba el diminuto Max Fortin, el químico de Quimperlé, fumando un apestoso puro.

—Es un asunto feo —dijo, estrechándonos las manos y ofreciéndome un puro similar al suyo, el cual decliné educadamente.

—Veamos, *monsieur* Portin —dije—, parece ser que el Emperador Púrpura encontró mi pañuelo cerca de la puerta del hombre asesinado esta mañana, y por ello concluye —en ese momento lancé una mirada al Emperador Púrpura—... que yo soy el asesino. Ahora me gustaría preguntarle algo —girándome hacia él le grité—: ¿Qué estaba haciendo usted en la puerta del Almirante Rojo?

El Emperador Púrpura dio un respingo y palideció, yo le señalé triunfante.

—Ya han visto lo que ha provocado una pregunta repentina. Miren lo azorado que está, y sin embargo yo no lo acuso de asesinato; y óiganme bien, caballeros, ¡ese hombre de ahí sabe tan bien como yo quién fue el asesino del Almirante Rojo!

—¡No lo sé! —berreó el Emperador Púrpura.

—Sí lo sabe —dije—. Fue Yves Terrec.

—No le creo —respondió obstinadamente, bajando la voz.

—Claro que no, siendo tan cabezota.

—Yo no soy cabezota —bramó de nuevo—, pero soy el alcalde de St. Gildas y no creo que Yves Terrec asesinara a su padre.

—¿Es que no vio cómo intentó matarlo ayer noche?

El alcalde gruñó.

—Y vio lo que yo hice —dije.

Gruñó de nuevo.

—Y —proseguí— oyó a Yves Terrec amenazar a su padre con matarlo. Le oyó maldecir al Almirante Rojo y jurar matarlo. Ahora el padre ha sido asesinado y su cuerpo ha desaparecido.

—¿Y su pañuelo? —replicó con desdén el Emperador Púrpura.

—Se me cayó a mí, por supuesto.

—Y el recolector de algas que le vio ayer noche merodeando por la casita del Almirante Rojo —dijo sonriente el Emperador Púrpura.

Me sobresaltó la malicia del hombre.

—Ya es suficiente —dije—. Es totalmente cierto que estuve andando por la carretera de Bannalec ayer noche, y que me detuve para cerrar la puerta del Almirante Rojo, que estaba entreabierta, aunque no había luz en el interior. Después continué paseando por la carretera hasta los Bosques Dinez, y luego me dirigí a St. Julien, donde vi al recolector de algas en los acantilados. Estaba lo suficientemente cerca para oír lo que cantaba. ¿Qué me dice ahora?

—¿Y qué hizo después?

—Después me paré en la capilla y recé una oración, y luego regresé a la cama y dormí hasta que los gendarmes del brigadier Durand me despertaron

con el jaleo.

—Veamos, *monsieur* Darrel —dijo el Emperador Púrpura levantando un grueso dedo y lanzándome una mirada maliciosa—, veamos, *monsieur* Darrel, ¿qué calzado llevaba ayer noche en su caminata nocturna... zuecos o zapatos?

Reflexioné durante unos segundos.

—Zapatos... no, zuecos. Simplemente me puse unas zapatillas y me calcé los zuecos.

—¿Qué eran entonces, zapatos o zuecos? —gruñó el Emperador Púrpura.

—Zuecos, estúpido.

—¿Son estos sus zuecos? —preguntó, levantando un calzado de madera con mis iniciales grabadas en la puntera.

—Sí —contesté.

—Entonces, ¿cómo llegó la sangre a este otro? —gritó, al tiempo que sostenía otro zueco, la pareja del primero, en el que había una mancha de sangre.

—No tengo ni la menor idea —dije con calma, aunque mi corazón latía con fuerza y me sentía furiosamente enojado—. ¡Cabeza de chorlito! —exclamé, intentando controlar mi ira—, le haré pagar por esto cuando detengan a Yves Terrec y lo condenen. Brigadier Durand, cumpla con su deber si piensa que estoy bajo sospecha. Arrésteme, pero concédame antes un favor. Lléveme a la casita del Almirante Rojo, y veré si puedo encontrar alguna pista que se les haya podido pasar por alto. Por supuesto, no tocaré nada hasta que el comisario llegue. ¡Bah! Todos ustedes me ponen enfermo.

—Qué falta de escrúpulos —comentó el Emperador Púrpura meneando la cabeza.

—¿Qué motivo podía tener yo para asesinar al Almirante Rojo? —les pregunté a todos desdeñosamente. A lo que todos respondieron:

—¡Ninguno! ¡Yves Terrec es el asesino!

Atravesé la puerta y me giré agitando un dedo al Emperador Púrpura.

—Oh, le voy a hacer pagar por esto, amigo mío —dije, y seguí al brigadier Durand por la calle hasta la casita del hombre asesinado.

III

Me tomaron la palabra y apostaron un gendarme con el sable desenvainado junto a los setos de la entrada.

—Deme su palabra —dijo el pobre Durand—, y le dejaré ir a donde desee.

Pero me negué y comencé a inspeccionar la casita en busca de pistas. Encontré muchas cosas que algunas personas hubieran considerado de suma importancia, tales como cenizas de la pipa del Almirante Rojo, pisadas en un polvoriento cubo de verduras, botellas que olían a sidra de Pouldu, y polvo... mucho polvo. Yo no era un experto, simplemente un estúpido aficionado, así que borré las pisadas con mis gruesas botas de caza y opté por no examinar las cenizas de la pipa en un microscopio, a pesar de que el microscopio del Almirante Rojo estaba a mano encima de la mesa.

Por fin encontré lo que andaba buscando; algunas briznas de paja, curiosamente hundidas y aplastadas por el centro, y tuve la certeza de que había encontrado las pruebas que encerrarían a Yves Terrec para el resto de su vida. Era tan obvio como una nariz en la cara. Las pajas eran pajas de zueco, aplastadas por donde el pie las había chafado, y rectas por donde sobresalían del zueco. En esos tiempos nadie en St. Gildas usaba paja en los zuecos, a excepción de un pescador que vivía cerca de St. Julien, ¡y la paja de sus zuecos era paja amarilla común de trigo! La paja que encontré allí, o más bien, las briznas de paja, eran tallos de trigo rojo que sólo crece en el interior y que, como sabía todo el mundo en St. Gildas, Yves Terrec llevaba en sus zuecos. Me di totalmente por satisfecho, y cuando tres horas más tarde un ronco griterío en la carretera de Bannalec me llevó a asomarme a la ventana, no me sorprendió ver a Yves Terrec, ensangrentado, desaliñado, con la cabeza descubierta, los dos fuertes brazos atados a la espalda y andando con la cabeza agachada entre dos gendarmes montados. La multitud a su alrededor iba aumentando a cada minuto que pasaba, y gritaban:

—¡Parricidio! ¡Parricidio! ¡Muerte al asesino!

Cuando pasó por mi ventana, pude ver grandes manchurroneos de barro en sus polvorientos zuecos, de cuyos talones sobresalían briznas de paja de

trigo rojo. Luego regresé al estudio del Almirante Rojo, decidido a averiguar qué revelarían las pajas al microscopio. Las examiné una a una muy cuidadosamente, y entonces, cuando ya me dolían los ojos, apoyé la barbilla en la mano y me recliné en la silla. No había tenido tanta suerte como algunos detectives, y es que no había prueba alguna de que esas briznas de paja hubieran sido usadas en el interior de unos zuecos. Además, en el otro extremo del pasillo había un baúl bretón, y en ese momento advertí por primera vez que, de debajo de la tapa cerrada, sobresalían docenas de similares pajitas de trigo rojo, aplastadas exactamente como las mías, que obviamente también habían sido aplastadas por la tapa.

Suspiré disgustado. Parecía que no se me daba muy bien lo de hacer de detective, y reflexioné amargamente sobre la diferencia entre las pistas de la vida real y las pistas en una novela de detectives. Tras unos minutos, me levanté, me acerqué al baúl y abrí la tapa. El interior estaba forrado con paja de trigo rojo, y en medio de este relleno había dos extraños tarros de cristal, dos o tres frascos pequeños, varias botellas pequeñas etiquetadas marcadas como cloroformo, un tarro de cianuro de potasio, y un libro. En una esquina más alejada del baúl había algunas cartas con sello inglés, y también el embalaje roto de dos paquetes, todos de Inglaterra, y todos dirigidos al Almirante Rojo con su nombre verdadero de «Sieur Louis Jean Terrec, St. Gildas, par Moëlan, Finistère».

Llevé todos estos cachivaches al escritorio, cerré la tapa del baúl, y me senté para leer las cartas. Estaban escritas en un francés comercial, evidentemente por un inglés.

Traducido libremente, el contenido de la primera carta era el siguiente:

LONDRES, 12 junio, 1894

ESTIMADO MONSIEUR (*sic*); Su amable pedido del 19 del presente mes fue recibido y los contenidos anotados. La última obra sobre lepidópteros de Inglaterra es el estudio de Blowzer *Cómo atrapar mariposas británicas*, con anotaciones y tablas, y una introducción de Sir Thomas Sniffer. El precio de esta obra (en un solo volumen, encuadernación de becerro)

es de £5 o 125 francos en moneda francesa. Esperamos recibir en breve la orden postal con el importe.

Quedamos a su entera disposición,

Suyos afectísimos, etc.,

FRADLEY & TOOMER,

470 Regent Square, Londres, S.W.

La siguiente carta era incluso menos interesante. Simplemente informaba que el dinero había sido recibido y que el libro sería enviado. La tercera me llamó la atención, y la citaré, de nuevo con traducción libre:

ESTIMADO SEÑOR: Su carta del 1 de julio fue debidamente recibida, e inmediatamente la referimos al propio señor Fradley. El señor Fradley se interesó sobremanera en su pregunta y envió su carta al Catedrático Schweineri, de la Sociedad Entomológica de Berlín, a cuya anotación Blowzer se refiere en la página 630, en su obra *Cómo atrapar mariposas británicas*. Acabamos de recibir una respuesta del Catedrático Schweineri, la cual traducimos al francés (véase nota adjunta). El Catedrático Schweineri me ha pedido que le haga llegar dos tarros de cythyl, preparados bajo su supervisión. Les adjuntamos los mismos a su atención. Confiando en que quede totalmente satisfecho, quedamos a su disposición.

Suyos afectísimos,

FRADLEY & TOOMER

La nota adjunta contiene las siguientes líneas:

Messrs. FRADLEY & TOOMER,

CABALLEROS: Cythaline, un hidrocarburo complejo, fue empleado por primera vez por el Catedrático Schnoot, de Antwerp, hace un año. Descubrí una fórmula análoga por la misma época y lo bauticé con el nombre de cythyl. Lo he utilizado con gran éxito en todas partes. Es tan efectivo como

un imán. Le ruego que acepte tres tarros pequeños, y le agradecería que enviase dos de ellos a su cliente en St. Gildas con mis felicitaciones. La cita de Blowzer sobre mí en la página 630 de su gloriosa obra, *Cómo cazar mariposas británicas*, es correcta.

Suyo etc...

HEINRICH SCHWEINERI,
Ph.D., D.T., Sc.D., M.S.

Cuando acabé de leer esta carta, la doblé y me la guardé en el bolsillo junto a las otras. Entonces abrí la meritoria obra de Blowzer, *Cómo atrapar mariposas británicas*, por la página 630.

Aunque el Almirante Rojo debía de haber adquirido el libro muy recientemente, y aunque las otras páginas estaban totalmente impolutas, esa página en particular estaba ennegrecida con marcas de pulgar, y marcada profusamente con lápiz, incluyendo un párrafo al final de la página. Este es el párrafo:

El catedrático Schweineri dice: «De los dos métodos antiguos usados por los coleccionistas para capturar la *Apatura Iris* o Emperador Púrpura, de alas rápidas y vuelo alto, el primero, que consistía en utilizar un cazamariposas de mango largo, era efectivo una vez de cada mil intentos; y el segundo, que consistía en colocar un cebo en el suelo, tal como carne putrefacta, gatos muertos, ratas, etc., no sólo resultaba desagradable incluso para un coleccionista entusiasta, sino también muy poco efectivo. Tan sólo una de cada quinientas veces abandonaba la espléndida mariposa las copas de sus robles favoritos para revolotear sobre el fétido cebo ofrecido. He averiguado que el cythyl es un cebo totalmente efectivo para atraer a esta hermosa mariposa hacia el suelo, donde puede ser capturada fácilmente. Una onza de cythyl colocada en un platillo amarillo bajo un roble atraerá a cualquier *Apatura Iris* en un radio de treinta kilómetros. Así

pues, si un coleccionista que posea un poco de cythyl, aunque este se encuentre en una botella sellada y en su bolsillo..., si dicho coleccionista, digo, no encuentra una sola *Apatura Iris* revoloteando cerca de él en una hora, puede tener la total certeza de que la *Apatura Iris* no habita en su región.

Cuando hube terminado de leer esta nota, me quedé sentado durante un largo rato en profunda reflexión. Luego examiné los dos tarros. Una etiqueta los marcaba con el nombre de *Cythyl*. Uno estaba lleno, el otro *casi lleno*. «El resto debe de estar en el cuerpo del Almirante Rojo», pensé, «no importa si está en un botella cerrada...»

Volví a guardar todas las cosas en el baúl, las deposité con cuidado entre la paja y cerré la tapa. El gendarme centinela en la puerta me saludó respetuosamente cuando salí en dirección a la Taberna de Groix. En el exterior de la taberna había congregada una multitud excitada, y la entrada estaba atestada de gendarmes y campesinos. En todos los rincones me saludaban cordialmente, informándome que el verdadero asesino había sido atrapado; pero yo me abrí paso sin pronunciar ni una palabra y corrí escaleras arriba para buscar a Lys. Ella abrió la puerta cuando llamé y me lanzó ambos brazos al cuello. Yo la abracé contra mi pecho y la besé. Tras unos segundos le pregunté si estaba dispuesta a obedecerme en todo lo que le ordenase, y ella respondió que sí, con una orgullosa humildad que me conmovió.

—Entonces ve inmediatamente con Yvette a St. Julien —dije—. Pídele que ensille el carro y os dirigís al convento de Quimperlé. Esperadme allí. ¿Harás esto sin hacerme ninguna pregunta, mi cielo?

Entonces levantó su rostro hacia el mío.

—Bésame —dijo inocentemente, y un segundo después ya había desaparecido.

Me encaminé con decisión a la habitación del Emperador Púrpura y eché un vistazo a la caja cubierta con una malla que contenía la crisálida de *Apatura Iris*. Era como esperaba. La crisálida estaba vacía y transparente, y una enorme grieta la recorría por el centro de la parte trasera, pero, bajo la red y dentro de la caja, una magnífica mariposa movía lentamente sus

lustrosas alas púrpura; y es que la crisálida había liberado a su silencioso morador, la mariposa símbolo de la inmortalidad. Entonces me invadió un gran temor. Ahora sé que se trataba de temor al Sacerdote Negro, pero ni entonces ni años más tarde supe de la existencia en la tierra del Sacerdote Negro. Cuando me incliné sobre la caja escuché un confuso murmullo en el exterior de la casa que culminó con un grito furioso de «¡Parricida!», y oí a los gendarmes cabalgar tras un carro que traqueteaba ruidosamente sobre los adoquines del camino. Me dirigí a la ventana. En el carro estaba sentado Yves Terrec, atado y con los ojos desorbitados, y dos gendarmes a cada lado, y el carro avanzaba rodeado por gendarmes a caballo cuyos sables desenvainados a duras penas lograban apartar a la muchedumbre.

—¡Parricida! —aullaban—. ¡Dejadle que muera!

Di unos pasos hacia atrás y abrí la caja cubierta con la malla. Con mucho cuidado pero firmemente tomé la espléndida mariposa cerrándole las alas y la sostuve sin dañarla entre el pulgar y el índice. Luego, escondiéndola tras mi espalda, me dirigí al café.

De toda la multitud que abarrotaba el lugar, clamando por la muerte de Yves Terrec, sólo tres personas permanecían sentadas delante de una enorme chimenea vacía. Estos eran el brigadier Durand, Max Fortin, el químico de Quimperlé, y el Emperador Púrpura. Este último pareció avergonzarse cuando entré, pero no le presté ninguna atención y me dirigí directamente al químico.

—*Monsieur* Fortin —dije—, ¿sabe algo sobre hidrocarburos?

—Son mi especialidad —dijo sorprendido.

—¿Ha oído alguna vez algo sobre el cythyl?

—¿El cythyl de Schweineri? ¡Oh, sí! Lo usamos en perfumería.

—¡Bien! —dije—. ¿Desprende algún olor?

—No... y sí. Siempre se es consciente de su presencia, pero nadie puede afirmar que desprenda ningún tipo de olor. Es curioso —continuó, mirándome—, es muy curioso que me pregunte esto, porque durante todo el día he tenido la impresión de detectar la presencia de cythyl.

—¿Tiene esa impresión ahora? —pregunté.

—Sí, más que nunca.

De un salto me dirigí a la puerta de entrada y solté la mariposa. La espléndida criatura aleteó en el aire unos segundos, revoloteó vacilante de un lado a otro, y luego, para mi sorpresa, atravesó el aire majestuosamente de vuelta al interior del café y se posó en la losa del suelo de la chimenea. Durante unos segundos me quedé perplejo, pero cuando mis ojos se posaron en el Emperador Púrpura, repentinamente lo comprendí.

—¡Quiten esa losa! —exclamé dirigiéndome al brigadier Durand—. ¡Levántela con la vaina de su sable!

De repente, el Emperador Púrpura se echó hacia delante en su asiento, con el rostro sepulcralmente pálido y la mandíbula laxa por el terror.

—¿Qué es el cythyl? —grité, agarrándole por el brazo; pero se derrumbó pesadamente sobre su silla y el rostro boca abajo sobre el suelo, y en ese instante un grito del químico hizo que me girase. El brigadier Durand estaba de pie, sujetando con una mano la losa, y la otra mano levantada crispada por el horror. También estaba de pie Max Fortin, el químico, rígido por la excitación, y abajo, en el hueco donde había estado apoyada la losa, yacía una masa triturada de carne humana sanguinolenta, desde el centro de la cual nos observaba un barato ojo de cristal. Agarré al Emperador Púrpura y lo obligué a arrodillarse.

—¡Mire! —grité—. ¡Mire a su viejo amigo el Almirante Rojo!

Él se limitó a sonreír con expresión ausente y meneó la cabeza de un lado a otro murmurando:

—¡Cebo para mariposas! ¡Cythyl! ¡Oh, no, no, no! No puede hacer eso, Almirante, ¿no lo comprende? ¡Yo soy el único poseedor del Emperador Púrpura! ¡Sólo yo soy el Emperador Púrpura!

Y el mismo carro que me condujo a Quimperlé para reclamar a mi prometida, lo condujo a él a Quimper, amordazado y maniatado, transformado en un lunático que aullaba y soltaba espumarajos por la boca.



Ésta es, pues, la historia del Emperador Púrpura. Podría contarles una historia más amable si lo deseara; pero en cuanto al pez que logré que picara el anzuelo, no diré si era un salmón adulto, un salmón joven o una

trucha, porque he prometido a Lys, y ella me ha prometido a mí, que por nada del mundo de nuestros labios saldrá la mortificadora confesión de que el pez finalmente escapó.

EL MENSAJERO

(The Messenger)

*Pequeño mensajero gris,
ataviado como la Muerte pintada,
tu túnica es polvo.*

*¿A quién buscas
entre lirios y capullos cerrados
al anochecer?*

*Entre lirios y capullos cerrados
al anochecer,*

gris,

¿a quién buscas, pequeño mensajero

*ataviado con la horrible panoplia
de la Muerte pintada?*

R.WC

*Vos, que todo lo sabéis,
¿alguna vez habéis visto todo lo que se puede ver
con vuestros dos ojos?,
¿sabéis vos todo lo que se puede saber; y por ello,
Omnisciente,
osáis decir que vuestro hermano miente?*

I

—**L**a bala entró por aquí —afirmó Max Fortin, y pasó su dedo corazón por un orificio limpio, exactamente en el centro de la frente.

Me senté sobre un montículo de algas secas y desenganché las piezas de caza.

El pequeño químico tocó con cuidado los bordes del agujero del disparo, primero con el dedo corazón y luego con el pulgar.

—Déjeme que vea el cráneo otra vez —dije.

Max Fortin lo recogió del suelo.

—Es como todos los otros —observó.

Asentí, sin hacer ademán de cogerlo de sus manos. Tras unos instantes, lo volvió a colocar delicadamente sobre la hierba, a mis pies.

—Es como los otros —repitió, limpiándose las gafas con un pañuelo—. Pensé que le interesaría examinar uno de los cráneos, así que le traje este de la gravera. Los hombres de Bannalec todavía están cavando. Deberían parar.

—¿Cuántos cráneos hay en total? —pregunté.

—Han encontrado treinta y ocho cráneos; hay treinta y nueve anotados en la lista. Están apilados en la gravera, en la linde del trigal de Le Bihan. Los hombres siguen trabajando. Le Bihan va a ordenarles que paren.

—Vayamos allá —dije; recogí mi rifle y atravesé las colinas con Fortin a un lado y Môme en el otro—. ¿Quién tiene la lista? —pregunté mientras encendía la pipa—. ¿No dice que hay una lista?

—Encontraron la lista enrollada dentro de un cilindro de latón —dijo el químico, y añadió—: No debería fumar aquí. Ya sabe que si una sola chispa cae en el trigo...

—Ah, pero tengo algo para cubrir la pipa —dije, sonriente.

Fortin me miró mientras yo colocaba la pistola a modo de tapa sobre la cazoleta de la pipa. Luego continuó hablando:

—La lista fue escrita en un pergamino amarillo grueso; el tubo de latón lo ha preservado. Está todavía tan fresco como en 1760. Ahora verá.

—¿Es ésa la fecha?

—La lista está fechada «abril, 1760». El brigadier Durand la tiene. No está escrita en francés.

—¡No está escrita en francés! —exclamé.

—No —replicó Fortin con aire de gravedad—, está escrita en bretón.

—Pero —protesté— no se escribían ni imprimían textos en lengua bretona en 1760.

—Pero los sacerdotes sí —afirmó el químico.

—Según tengo entendido, tan sólo un sacerdote escribió en alguna ocasión en bretón —comencé a explicar.

Fortin me lanzó una mirada fugaz.

—¿Se refiere al... Sacerdote Negro? —preguntó.

Asentí.

Fortin abrió la boca para volver a hablar, vaciló, y finalmente apretó los dientes con gesto testarudo mordiendo la pajita de trigo que estaba mascando.

—¿Y el Sacerdote Negro? —sugerí excitado. Pero sabía que era inútil; es más fácil desviar las estrellas de sus órbitas que obligar a hablar a un bretón testarudo.

Seguimos andando en silencio durante un minuto o dos.

—¿Dónde está el brigadier Durand? —pregunté, haciendo una seña a Môme para que saliera del trigo y dejara de aplastarlo como si fuera brezo. Mientras hablaba divisamos la linde más alejada del trigal y la oscura y húmeda mole de los acantilados detrás.

—Durand está allá abajo... ahí puede verlo; está de pie justo detrás del alcalde de St. Gildas.

—Ya veo —dije, e iniciamos el descenso en línea recta siguiendo una cañada de ganado calcinada por el sol que discurría entre brezos.

Cuando llegamos al linde del trigal, Le Bihan, el alcalde de St. Gildas, me llamó, me coloqué la pistola bajo el brazo y bordeé el trigo hasta donde

se encontraba.

—Treinta y ocho cráneos —dijo con un hilo de voz aflautada—; sólo queda uno más y me opongo a que se siga con la búsqueda. Supongo que Fortin le habrá informado.

Le di la mano y devolví el saludo al brigadier Durand.

—Me opongo a que se siga con la búsqueda —repitió Le Bihan palpando nerviosamente la larga hilera de botones de plata que cubrían la pechera de su chaqueta de terciopelo y popelina, y que le daban un aspecto de peto de armadura.

Durand frunció los labios, se atusó el tremendo mostacho y enganchó los pulgares en el cinto de su sable.

—En cuanto a mí —dijo—, estoy a favor de que se continúe con la búsqueda.

—¿La búsqueda de qué?... ¿El cráneo número treinta y nueve? —pregunté.

Le Bihan asintió. Durand contempló con el ceño fruncido el soleado mar, que oscilaba como un cuenco de oro molido desde los acantilados hasta el horizonte. Seguí su mirada. Sobre los oscuros y brillantes acantilados, se recortaba contra el resplandor del mar un cormorán, negro, inmóvil, con su horrible cabeza levantada hacia el cielo.

—¿Dónde está esa lista, Durand? —pregunté.

El gendarme rebuscó en su jergón de despachos y sacó un cilindro de latón de aproximadamente treinta centímetros de largo. Con aire serio abrió la tapa y sacó un rollo de grueso pergamino amarillo totalmente cubierto de líneas escritas por ambas caras. A una señal de Le Bihan, me entregó el rollo. Pero no pude entender nada de aquella tosca escritura descolorida de color pardo apagado.

—Venga, venga, Le Bihan —dije impaciente—, ¿le importaría traducirla? Me parece que usted y Max Fortin están atribuyendo demasiado misterio a una nimiedad.

Le Bihan se acercó al borde del foso, donde tres hombres de Bannalec cavaban, les dio una o dos órdenes en bretón y se volvió hacia mí.

Cuando me acerqué al borde del foso, los hombres de Bannalec habían destapado un trozo cuadrado de loneta y debajo se veía lo que parecía una

pila de adoquines.

—¡Mire! —dijo Le Bihan con voz estridente.

Miré. La pila allí abajo estaba formada por un montón de cráneos. Tras unos segundos, bajé por un lateral del foso de grava y me acerqué a los hombres de Bannalec. Estos me saludaron con aire grave, apoyados en sus picos y palas, y secándose el sudor de los rostros con manos tostadas por el sol.

—¿Cuántos? —dije en bretón.

—Treinta y ocho —respondieron.

Miré a mi alrededor. Más allá del montón de cráneos había dos pilas de huesos humanos. Además había un montículo de piezas oxidadas y rotas de hierro y acero. Examinándolo más de cerca, vi que ese montículo estaba formado por bayonetas oxidadas, hojas de sables, hojas de guadañas y, aquí y allá, alguna hebilla herrumbrosa unida a un trozo de cuero tan duro como el hierro.

Recogí un par de botones y una placa de cinturón. Los botones llevaban el escudo de armas real de Inglaterra; la placa de cinturón mostraba un blasón con el escudo de armas inglés y también con el número «27».

—Oí a mi padre hablar sobre el terrible regimiento inglés, el batallón de infantería vigésimo séptimo, que desembarcó e irrumpió en el fuerte de allí arriba —dijo uno de los hombres de Bannalec.

—¡Oh! —dije—. Entonces, ¿estos son huesos de soldados ingleses?

—Sí —dijeron los hombres de Bannalec.

Le Bihan me llamaba desde el borde del foso. Entregué la placa del cinturón y los botones a los hombres y escalé por un lateral de la excavación.

—Bueno —dije, intentando evitar que Môme saltase y me lamiese la cara mientras emergía del foso—, supongo que sabe de quién son estos huesos. ¿Qué va a hacer con ellos?

—Vino un hombre —dijo Le Bihan malhumorado—, un inglés; pasó por aquí con un carro de camino a Quimper hará una hora, y ¿qué cree que pretendía hacer?

—¿Comprar las reliquias? —pregunté, sonriendo.

—¡Exacto... el muy cerdo! —chilló el alcalde de St. Gildas—. Jean Marie Tregunc, el que encontró los huesos, estaba de pie allí, donde está ahora Max Fortin, ¿y sabe qué le respondió? Escupió sobre la tierra, y dijo: «Cerdo inglés, ¿acaso piensa que soy un ladrón de tumbas?»

Conocía a Tregunc, un sobrio bretón de ojos azules que vivía todo el año sin poder permitirse ni un mísero trozo de carne que echarse a la boca.

—¿Cuánto ofreció el inglés a Tregunc? —pregunté.

—Doscientos francos sólo por los cráneos.

Me vinieron a la memoria los cazadores y compradores de reliquias en los campos de batalla de nuestra guerra civil.

—Ya ha pasado mucho tiempo desde 1760 —dije.

—El respeto por los muertos nunca muere —afirmó Fortin.

—Y los soldados ingleses vinieron aquí para matar a sus padres y quemar sus casas —continué.

—Eran asesinos y ladrones, pero... no dejan de ser muertos —dijo Tregunc, que venía andando desde la playa con su largo rastrillo de mar apoyado sobre el jersey empapado.

—¿Cuánto gana usted al año, Jean Marie? —pregunté, volviéndome hacia él para ofrecerle la mano.

—Doscientos veinte francos, *monsieur*.

—¡Cuarenta y cinco dólares al año! —exclamó—. ¡Bah! Usted vale mucho más, Jean. ¿Le gustaría hacerse cargo de mi jardín? Mi esposa me dijo que se lo pidiese. Creo que cien francos es un precio conveniente para ambas partes. Venga, Le Bihan... venga, Fortin... y usted, Durand. Quiero que alguien me traduzca al francés esa lista.

Tregunc permaneció unos instantes mirándome con ojos azules dilatados.

—Puede empezar de inmediato —dije, sonriendo—, es decir, si está de acuerdo con el salario.

—Estoy de acuerdo —dijo Tregunc, sujetando su pipa de una manera torpe que pareció incomodar a Le Bihan.

—Entonces ve y comienza el trabajo —le instó el alcalde con gesto impaciente; y Tregunc, tras quitarse la gorra con ribetes de terciopelo, se

descubrió ante mí sujetando su rastrillo de mar con fuerza y partió en dirección a St. Gildas cruzando los páramos.

—Le ha ofrecido más de lo que yo gano —dijo el alcalde tras permanecer unos segundos con la mirada fija en sus botones de plata.

—¡Bah! —dije—. ¿Y qué es lo que hace usted por su salario además de jugar al dominó con Max Fortin en la taberna de Groix?

Le Bihan se puso rojo, pero Durand hizo repiquetear su sable y guiñó un ojo a Max Fortin mientras yo deslizaba un brazo por el del enfurruñado magistrado, riéndome.

—Hay un poco de sombra allá en aquel risco —dije—. Venga, Le Bihan, y léame lo que pone en el pergamino.

En breve llegamos a la sombra del risco, y me tumbé sobre la hierba, apoyando la barbilla en la mano para escucharle.

El gendarme, Durand, también se sentó, atusándose el bigote y retorciéndose las puntas hasta dejarlas finas como agujas. Fortín se apoyó en el risco, se limpió las gafas y nos examinó a todos con ojos distraídos de miope, y Le Bihan, el alcalde, se plantó en medio, enrolló el pergamino y se lo colocó bajo el brazo.

—En primer lugar —dijo con voz aguda—, voy a encenderme la pipa, y mientras la preparo les contaré lo que sé sobre el ataque del fuerte de allá arriba. Mi padre me lo contó y su padre se lo contó a él.

Señaló con la cabeza en dirección al fuerte derruido, una pequeña estructura cuadrada de piedra sobre el acantilado que en el presente no era más que un conjunto de ruinas. Entonces, lentamente sacó una petaca de tabaco, un trozo de pedernal, yesca y una pipa de boquilla larga con una cazoleta minúscula de barro cocido. Para rellenar esa pipa se necesitan diez minutos de atento trabajo. Para fumársela tan sólo hacen falta cuatro caladas. Una pipa muy bretona. Es la cristalización de la esencia bretona.

—Continúe —dije, mientras encendía un cigarrillo.

—El fuerte —continuó el alcalde— fue construido por Luis XIV y desmantelado en dos ocasiones por los ingleses. Luis XV lo restauró en 1730. En 1760 fue tomado por asalto por los ingleses. Llegaron navegando desde la isla de Groix... en tres barcos, e irrumpieron en el fuerte; saquearon el pueblo más alejado de St. Julien y comenzaron a quemar St.

Gildas... puede ver aún las marcas de sus disparos en mi casa; pero los hombres de Bannalec y los hombres de Lorient cayeron sobre ellos con picos, guadañas y trabucos, y los ingleses que no escaparon yacen ahora allí abajo en la cantera de grava... treinta y ocho de ellos.

—¿Y el cráneo trigésimo noveno? —pregunté, tras acabarme el cigarro.

El alcalde había logrado rellenar la pipa, y en esos momentos comenzaba a guardarse la petaca.

—El trigésimo noveno cráneo —murmuró, sujetando la boquilla de la pipa entre sus defectuosos dientes—... el trigésimo noveno cráneo no me interesa. Ya les he ordenado a los hombres de Bannalec que dejen de cavar.

—Pero ¿qué es... de quién es el cráneo que falta? —insistí espoleado por la curiosidad.

El alcalde estaba en ese momento atareado intentando sacar una chispa de la yesca. Logró encenderla por fin, la arrimó a la pipa y dio las cuatro caladas prescritas, golpeó la pipa para expulsar las cenizas de la cazoleta y con aire grave se guardó la pipa en el bolsillo.

—¿El cráneo que falta? —preguntó.

—Sí —dije con impaciencia.

El alcalde desplegó el pergamino y comenzó a leer, traduciendo el bretón al francés. Y esto es lo que leyó:

EN LOS ACANTILADOS DE ST. GILDAS

13 abril, 1760

A día de hoy, por orden del Conde de Soisic, general al mando del ejército bretón acampado en el Bosque de Kerselec, los cuerpos de treinta y ocho soldados ingleses de los regimientos 27º, 50º y 72º de infantería han sido enterrados en este lugar con sus armas y equipos.

El alcalde se calló y me miró pensativamente.

—Continúe, Le Bihan —dije.

Junto a ellos (continuó el alcalde, volviendo el pergamino y leyendo la otra cara), fue enterrado el cuerpo de aquel vil traidor que permitió entrar a los ingleses en el fuerte. La forma en que murió fue la siguiente: por orden del muy honorable conde de Soisic, el traidor primero fue marcado en la frente con la punta de una flecha al rojo vivo. El hierro candente le horadó la carne y fue presionado con fuerza con el fin de que la punta le marcara hasta el hueso del cráneo. A continuación el traidor fue conducido al exterior y se le ordenó que se arrodillara. Admitió haber servido de guía a los ingleses desde la isla de Groix. A pesar de ser sacerdote y francés, había abusado de su condición sacerdotal para descubrir la contraseña de entrada al fuerte. Le sonsacó dicha contraseña durante el sacramento de la confesión a una joven bretona que acostumbraba a remar desde la isla de Groix hasta el fuerte para visitar a su marido. Cuando el fuerte cayó, esta joven enloqueció por la muerte de su marido; se presentó ante el conde de Soisic y le contó cómo el sacerdote la había obligado a confesarle lo que sabía sobre el fuerte. El sacerdote fue capturado en St. Gildas cuando estaba a punto de cruzar el río en dirección a Lorient. En cuanto fue arrestado maldijo a la joven, Marie Trevec...

—¿Qué? —exclamé—. ¡Marie Trevec!

Marie Trevec (repitió Le Bihan)... el sacerdote maldijo a Marie Trevec, y a toda su familia y descendientes. Fue ejecutado de un tiro aún postrado de rodillas y con una máscara de cuero sobre el rostro, porque los bretones que formaban el pelotón de ejecución se negaron a disparar a un sacerdote a menos que tuviera el rostro cubierto. El sacerdote era l'Abbe Sorgue, comúnmente conocido como el Sacerdote Negro debido a su oscuro rostro y negras cejas. Fue enterrado con una estaca clavada en el corazón.

Le Bihan se paró, vaciló, me miró y devolvió el manuscrito a Durand. El gendarme lo cogió y lo deslizó en el cilindro de latón.

—Así pues —dije—, el trigésimo noveno cráneo es el cráneo del Sacerdote Negro.

—Así es —replicó Fortin—. Y espero que no lo encuentren.

—Les he prohibido seguir —dijo el alcalde con tono lastimero—. Se lo aseguro, Max Fortin.

Me levanté y recogí mi pistola. Môme se acercó y empujó mi mano con la cabeza.

—Un buen perro —comentó Durand, también levantándose.

—¿Por qué no quiere encontrar ese cráneo? —pregunté a Le Bihan—. Sería interesante ver si la marca de la flecha realmente le quemó hasta el hueso.

—Hay algo más en ese pergamino que no he leído —dijo el alcalde con expresión lúgubre—. ¿Desea saber qué es?

—Por supuesto —repliqué sorprendido.

—Pásame de nuevo el pergamino, Durand —dijo; a continuación leyó las líneas inferiores del documento:

Yo, l'Abbe Sorgue, he sido forzado a escribir lo anterior por mis verdugos con mi propia sangre; y con ella dejo mi maldición. Maldigo a St. Gildas, a Marie Trevec, y a sus descendientes. Regresaré a St. Gildas si mis restos son desenterrados. ¡Ay de aquel inglés que ose tocar mi cráneo marcado!

—¡Qué majaderías! —dije—. ¿En realidad creen que lo escribió con su propia sangre?

—Voy a examinarla —dijo Fortin—, por petición de monsieur le Maire, aunque no es que esté muy entusiasmado con el encargo.

—Mire —dijo Le Bihan sosteniendo el pergamino frente a mí—, está firmado por «L'Abbe Sorgue».

Examiné intrigado el documento.

—Debe de tratarse del Sacerdote Negro —dije—. Era el único hombre que escribía en bretón. Es un descubrimiento asombrosamente interesante, porque ahora, por fin, el misterio de la desaparición del Sacerdote Negro se ha aclarado. Usted, por supuesto, enviará este pergamino a París, ¿verdad, Le Bihan?

—No —dijo el alcalde con determinación—, será enterrado en el pozo donde descansan los restos del Sacerdote Negro.

Le miré y me di cuenta que discutir sería inútil. Sin embargo, comenté:

—Será una gran pérdida para la historia, monsieur Le Bihan.

—Pues peor para ella, entonces —dijo el iluminado alcalde de St. Gildas.

Habíamos regresado lentamente hasta la gravera mientras hablábamos. Los hombres de Bannalec estaban llevándose los huesos de los soldados ingleses al cementerio de St. Gildas, sobre los acantilados del este, donde ya había un puñado de mujeres con cofias blancas en actitud de oración, y distinguí la sombría sotana de un sacerdote entre las cruces del pequeño cementerio.

—Eran ladrones y asesinos; ahora están muertos —murmuró Max Fortin.

—Respeten a los muertos —repitió el alcalde de St. Gildas, mirando cómo se alejaban los hombres de Bannalec.

—En ese pergamino estaba escrito que Marie Trevec, de la isla de Groix, fue maldecida por el sacerdote... ella y sus descendientes —dije, tocando a Le Bihan en el brazo—. Hubo una Marie Trevec que se casó con un tal Yves Trevec de St. Gildas...

—Es la misma —dijo Le Bihan, mirándome de soslayo.

—¡Oh! —dije—, entonces son antepasados de mi esposa.

—¿Teme la maldición? —preguntó Le Bihan.

—¿Qué? —respondí riendo.

—Está el caso del Emperador Púrpura —dijo Max Fortin tímidamente.

Sobresaltado durante unos segundos, me giré para mirarle, luego encogí los hombros y pegué una patada a un canto pulido que estaba cerca del borde del foso, casi enterrado bajo la grava.

—¿Es que cree que el Emperador Púrpura bebió alcohol hasta volverse loco porque era descendiente de Marie Trevec? —pregunté con desdén.

—Claro que no —se apresuró a decir Max Fortin.

—¡Claro que no! —chilló el alcalde—. Yo sólo... ¡Eh!, ¿qué es eso que está golpeando?

—¿Qué? —dije mirando hacia abajo y al mismo tiempo dando otra patada involuntaria. El canto pulido se desplazó y rodó alejándose de la gravilla suelta a mis pies—. ¡El trigésimo noveno cráneo! —exclamé— ¡Pardiez, es la mollera del Sacerdote Negro! ¡Miren! ¡Está la punta de flecha marcada en la frente!

El alcalde retrocedió unos pasos. Max Fortin también. Hubo una pausa durante la cual los miré, y ellos miraron a todos lados menos a mí.

—No me gusta —dijo por fin el alcalde, con una voz ronca y aguda—. ¡No me gusta! El pergamino dice que regresará a St. Gildas cuando sus restos sean desenterrados. No... no me gusta, monsieur Darrel...

—Tonterías —dije—; el pobre diablo está en un lugar del que ya no puede salir. Por amor de Dios, Le Bihan, ¿qué es toda esta superchería de la que habla en el año de gracia de 1896?

El alcalde me lanzó una mirada.

—Y dice «inglés». Usted es inglés, monsieur Darrel —dijo lúgubrementemente.

—Usted sabe que soy norteamericano.

—Es lo mismo —dijo el alcalde de St. Gildas, con obstinación.

—¡No, no lo es! —respondí exasperado y golpeé deliberadamente el cráneo hasta que rodó hasta el fondo de la gravera—. Entiérrelo —dije—; entierre el pergamino con él también, si insiste, pero creo que debería enviarlo a París. No esté tan apesadumbrado, Fortin, a menos que crea en hombres lobo y fantasmas. ¡Eh!, ¿pero qué... qué demonios le pasa ahora? ¿Qué mira, Le Bihan?

—Vámonos, vámonos —murmuró el alcalde con un hilo de voz trémula—, es hora de que nos vayamos de aquí. ¿Lo ha visto? ¿Lo ha visto, Fortin?

—Lo he visto —susurró Max Fortin, lívido por el terror.

Los dos hombres casi corrían a través del soleado prado y me dispuse a seguirles preguntándoles que ocurría.

—¿Que qué ocurre? —cacareó el alcalde, jadeando exasperado y aterrorizado—. El cráneo está rodando por la colina otra vez —y rompió a correr con un galope aterrado mientras Max Fortin le pisaba los talones.

Los vi trotando por el prado, luego me giré hacia la gravera, perplejo, incrédulo. El cráneo estaba sobre el borde del foso, exactamente donde había estado antes de que lo empujase. Lo observé durante un segundo; un extraño escalofrío me recorrió la espalda y me volví para marcharme, comenzando a sudar por la raíz de cada uno de los pelos de mi cabeza.

Antes de haberme alejado veinte pasos me asaltó la idea de que todo el asunto era demasiado absurdo. Me detuve, rojo de vergüenza e irritación, y volví sobre mis pasos. Allí estaba el cráneo.

—He debido de tirar una piedra a la gravera en lugar del cráneo —murmuré para mis adentros.

Luego, con la culata de la pistola empujé el cráneo por el borde del foso y lo vi rodar hasta el fondo; y, cuando golpeó el suelo de la gravera, Môme, mi perro, metió súbitamente la cola entre las patas, gimió y salió corriendo por el páramo.

—¡Môme! —grité, enojado y sorprendido; pero el perro se limitó a huir más rápido y dejé de llamarlo de puro asombro.

«¡Pero qué le ocurre a este perro!», pensé. Nunca antes me había hecho esa jugarreta.

Miré instintivamente el foso, pero no pude ver el cráneo. Bajé la mirada. El cráneo descansaba de nuevo a mis pies, tocándolos.

—¡Dios Santo! —tartamudeé, y lo golpeé a ciegas con la culata de la pistola. El espectral objeto voló por los aires, rodando una y otra vez, y de nuevo cayó por el borde del foso hasta el fondo. Lo contemplé jadeante; entonces, confundido y sin entender nada, me aparté del foso sin darle la espalda, uno, diez, veinte pasos, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, como si esperase verlo rodando hacia arriba desde el fondo del foso ante mis propios ojos. Por fin, me giré y me alejé a grandes zancadas por el páramo de aulagas en dirección a mi casa. Cuando llegué a la carretera llena de curvas que unía St. Gildas con St. Julien, eché un fugaz vistazo al foso por encima del hombro. El sol abrasaba la tierra que rodeaba la excavación.

Había algo blanco y pelado y redondo en la hierba al borde de la gravera. Quizás era una piedra; había muchas por el suelo.

II

Cuando entré en el jardín, vi a Môme tumbado sobre la entrada de piedra. Me miró de soslayo y dejó caer la cola.

—¿No estás arrepentido, perro tonto? —dije, buscando con la mirada a Lys en las ventanas superiores.

Môme rodó sobre su espalda y levantó una pata con gesto lastimero, como si quisiera protegerse de alguna calamidad.

—No actúes como si tuviera por costumbre matarte a golpes —dije disgustado. Nunca le había levantado el látigo a aquella bestia—. Pero eres un perro idiota —continué—. No, no vengas para que te haga carantoñas y te consuele; Lys puede hacerlo, si lo desea, pero estoy avergonzado de ti y te puedes ir al infierno.

Môme entró sigilosamente en la casa y yo le seguí, subiendo directamente al tocador de mi esposa. Estaba vacío.

—¿Adónde ha ido? —dije, mirando fijamente a Môme, que me había seguido—. Oh, ya veo, no lo sabes. No finjas que lo sabes. ¡Sal fuera del salón! ¿Crees que a Lys le va a gustar ver pelos pardos por todo el salón?

Toqué la campanilla para que acudieran Catherine y Fine, pero no sabían dónde había ido «madame»; así pues, me dirigí a mi cuarto, me bañé, me cambié la ropa de caza un tanto mugrienta por unos cálidos y confortables bombachos y, tras demorarme un momento en el baño (desde que me casé con Lys, me había vuelto más meticuloso en mi aseo), bajé al jardín y llevé una silla bajo las higueras.

«¿Dónde puede estar?», me pregunté. Môme se acercó con disimulo para que le reconfortara, y le perdoné por consideración a Lys, a lo cual respondió retozando y brincando.

—Ven aquí, pellejo remendado —dije—; a ver, ¿qué es lo que te hizo salir corriendo por el páramo? Si lo vuelves a hacer, haré que corras aún más rápido con una carga de metralla.

Hasta ese momento apenas me había atrevido a pensar en la espantosa alucinación de la que había sido víctima, pero entonces me enfrenté a ello directamente, ruborizándome ligeramente con remordimientos al pensar en mi apresurada retirada de la gravera.

—¡Y pensar —dije en voz alta— que esos cuentos de viejas de Max Fortin y Le Bihan han conseguido hacer que vea lo que no existe! Perdí los nervios como un colegial en un dormitorio oscuro.

Porque en ese momento estaba seguro de haber confundido en todas las ocasiones un canto redondo con un cráneo, y de haber tirado un par de cantos a la gravera en lugar del propio cráneo.

—¡Pardiez! —dije—, estoy nervioso. ¡Debo de tener el hígado en unas condiciones penosas si veo tales cosas cuando estoy despierto! Lys sabrá cómo curarme.

Me sentía arrepentido, irritado y de mal humor, y pensé enojado en Le Bihan y Max Fortin.

Pero al cabo de unos minutos dejé de especular, expulsé de mi mente al alcalde, al químico y al cráneo, y fumé reflexionando mientras contemplaba la puesta de sol sobre el océano, al oeste. Cuando el crepúsculo se posó durante unos instantes sobre el océano y la extensión de los páramos, una nostálgica e inquieta felicidad me inundó el corazón, esa felicidad que conocen todos los hombres... todos los hombres que han amado.

Lentamente, la bruma púrpura rodó sobre el mar; los acantilados se oscurecieron; el bosque quedó envuelto.

De repente, en las alturas el cielo ardió con el último arrebol del sol y el mundo volvió a iluminarse durante unos instantes.

Una a una, las nubes se fueron tornando rosadas; los acantilados también se tiñeron de ese color; el páramo y el prado, el brezo y el bosque, ardieron y vibraron con un suave rubor. Vi las gaviotas girando y agitándose sobre la franja de arena, con sus níveas alas festoneadas de rosa; vi golondrinas de mar planeando y virando sobre la superficie del apacible río, en el que se filtraban hasta su plácido lecho los cálidos reflejos de las nubes. El trino de las adormiladas aves en los arbustos rompió la quietud; un salmón saltó rotando su brillante cuerpo contra corriente.

La interminable extensión monótona del océano intensificaba el silencio. Me senté y permanecí inmóvil, conteniendo la respiración como alguien que escucha el primer rumor profundo de un órgano. De repente, el puro trino de un ruiseñor rasgó el velo de silencio y el primer rayo de luna tiñó de plata las inhóspitas inmensidades de las aguas cubiertas de niebla.

Levanté la cabeza.

Lys se encontraba frente a mí en el jardín.

Tras besarnos, entrelazamos nuestros brazos y paseamos de un lado a otro por los caminos de gravilla, contemplando los rayos de luna reluciendo sobre el banco de arena al tiempo que la marea bajaba. Los anchos lechos de claveles blancos que nos rodeaban palpitaban con el revoloteo de polillas blancas; las rosas de octubre pendían en flor, perfumando el viento salado.

—Cariño —dije—, ¿dónde está Yvonne? ¿No había prometido pasar las navidades con nosotros?

—Sí, Dick; me trajo desde Plougat esta tarde. Te envía un beso. No soy celosa. ¿Qué has cazado?

—Una liebre y dos perdices. Están en la armería. Le dije a Catherine que no las tocara hasta que tú las vieras.

Bueno, supongo que sabía que a Lys no le entusiasmaba demasiado lo relacionado con la caza y las pistolas; pero ella fingía hacerlo, y siempre negaba con desdén que fuera por complacerme y no por amor al deporte. Así que me arrastró con ella a examinar el flaco zurrón de caza, me dedicó bonitos halagos y dejó escapar un grito de placer y pena cuando saqué por las orejas la enorme liebre.

—Ya no se comerá nuestras lechugas —dije, intentando justificar el asesinato.

—Pobre conejito... ¡y qué belleza! Oh, Dick, eres un espléndido cazador, ¿verdad?

Eludí la pregunta y saqué una perdiz.

—Pobres criaturas muertas —dijo Lys susurrando—; da pena... ¿no crees, Dick? Pero aun así, eres tan listo...

—Las haremos asadas —dije con delicadeza—, díselo a Catherine.

Catherine entró para llevarse la caza; poco después ‘Fine Lelocard, la doncella de Lys, anunció que la cena estaba lista y Lys marchó con paso

airoso a su tocador.

Me quedé unos segundos contemplándola henchido de felicidad, pensando «chico, eres el tipo más feliz de la tierra... estás enamorado de tu esposa».

Entré en el comedor, miré con una sonrisa radiante los platos y volví a salir; me encontré con Tregunc en el vestíbulo, le sonreí; eché un vistazo a la cocina, sonreí a Catherine, y subí las escaleras, aún sonriendo.

Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió y Lys salió apresuradamente. Cuando me vio dejó escapar un grito de alivio y se acurrucó contra mi pecho.

—Hay algo asomado a mi ventana —dijo.

—¿Qué? —exclamé furioso.

—Un hombre, creo, vestido de sacerdote, y lleva puesta una máscara. Debe de haber escalado por el árbol de la pimienta.

Bajé las escaleras y salí de la casa en un segundo. El jardín iluminado por la luna estaba totalmente desierto. Tregunc se acercó y juntos inspeccionamos los setos y arbustos que rodeaban la casa y fuera en la carretera.

—Jean-Marie —dije finalmente—, suelta el bulldog... él te conoce... y llévate la cena al porche, donde puedas vigilar. Mi esposa dice que el tipo va disfrazado de sacerdote y lleva puesta una máscara.

Tregunc sonrió mostrándome sus blancos dientes.

—No creo que se atreva a entrar otra vez, monsieur Darrel.

Regresé a la casa y encontré a Lys sentada a la mesa en silencio.

—La sopa está lista, querido —dijo—. No te preocupes, habrá sido algún estúpido gamberro de Bannalec. Nadie de St. Gildas o de St. Julien haría algo así.

Al principio me sentí demasiado exasperado para responderle, pero Lys lo tomaba por una estúpida broma y después de un rato yo mismo comencé a considerarlo de la misma forma. Lys me habló de Yvonne y me recordó la promesa que le había hecho de presentarle a Herbert Stuart.

—¡Menuda casamentera estás hecha! —protesté—. Herbert está en París, trabajando duramente en el Salón.

—¿No crees que puede permitirse una semana para flirtear con la joven más bella de Finistère? —preguntó Lys inocentemente.

—¡La joven más bella! ¡Ni mucho menos! —dije.

—¿Y quién es, entonces? —me preguntó suplicante.

Me reí con cierta timidez.

—Supongo que te refieres a mí, Dick —dijo Lys, ruborizándose.

—Ahora te estoy aburriendo, ¿no?

—¿Aburriendo? Ah, no, Dick.

Después de que nos sirvieran el café y unos cigarrillos le hablé sobre mi propuesta a Tregunc, y Lys estuvo de acuerdo.

—¡Pobre Jean! Se alegrará, ¿verdad? ¡Eres un cielo!

—Tonterías —dije—; realmente necesitamos un jardinero; tú misma lo dijiste, Lys.

Pero Lys se inclinó sobre mí y me besó, y luego se agachó y abrazó a Môme, que resoplaba por la nariz con afectuoso aprecio.

—Soy una mujer muy feliz —dijo Lys.

—Môme ha sido un perro muy malo hoy —comenté.

—¡Pobre Môme! —dijo Lys, sonriendo.

Cuando acabamos la cena y Môme roncaba frente al fuego (las noches de octubre en Finistère con frecuencia son frías), Lys se hizo un ovillo en el rincón de la chimenea con su bordado y me lanzó una mirada fugaz por debajo de sus pestañas.

—Pareces una colegiala, Lys —dije en tono de broma—. No parece que tengas ni dieciséis años.

Lys echó sus relucientes cabellos hacia atrás con expresión pensativa. Su muñeca era tan blanca como la espuma de mar.

—¿Llevamos casados cuatro años? No me lo puedo creer —dije.

Ella volvió a echarme una mirada rápida y tocó el bordado sobre su rodilla, sonriendo ligeramente.

—Comprendo —dije, también mirando sonriente la prenda bordada—. ¿Piensas que le cabrá?

—¿Caberle? —repitió Lys. Luego se rió.

—¿Y —insistí— estás totalmente segura de que tú... quiero decir... nosotros lo necesitaremos?

—Totalmente —dijo Lys. Un rubor delicado tiñó sus mejillas y su cuello. Sostuvo en alto la pequeña prenda vaporosa con delicado encaje y coloridos bordados.

—Es muy bonito —dije—; no fuerces mucho los ojos, querida. ¿Me permites que fume una pipa?

—Claro —dijo ella seleccionando una madeja de seda de color celeste.

Durante un rato me quedé sentado en silencio, observando sus finos dedos entre las sedas teñidas y el hilo de oro. Por fin, Lys dijo:

—¿Cuál decías que era tu escudo de armas, Dick?

—¿Mi escudo de armas? Óh, no sé qué animal rampante sobre no se qué otra cosa...

—¡Dick!

—¿Querida?

—No seas frívolo.

—Pero es que lo he olvidado, de verdad. Es un escudo de lo más común; todo el mundo en Nueva York los tiene. Ninguna familia debería vivir sin uno de ellos.

—Eres un descarado, Dick. Dile a Josephine que suba y me traiga el álbum.

—¿Vas a bordar el blasón en el... el... lo que sea?

—Sí, y también mi propio escudo de armas.

Recordé entonces al Emperador Púrpura y reflexioné sobre él unos segundos.

—Tú no sabías que yo tuviera uno, ¿verdad? —dijo sonriendo.

—¿El qué? —repliqué evasivamente.

—Ya verás. Llama a Josephine.

La llamé y, cuando Fine apareció, Lys le dio algunas instrucciones en voz baja y Josephine se marchó trotando, inclinando ligeramente su cabeza con cofia blanca y un «Bien, *madame*!»

Tras unos minutos, regresó con un libro desencuadernado y mohoso de cuyas tapas casi habían desaparecido los grabados en oro y azul. Tomé el libro en mis manos y examine las antiguas cubiertas blasonadas.

—¡Lirios! —exclamé.

—*Fleur-de-lis* —dijo mi esposa recatadamente.

—¡Oh! —dije, asombrado, y abrí el libro.

—¿No habías visto este libro antes? —preguntó Lys, con un toque de malicia en los ojos.

—¡Ya sabes que no! ¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Ajá! ¿Así que debería haber un *de* delante de Trevec? ¿Lys de Trevec? Entonces, ¿por qué demonios el Emperador Púrpura...?

—¡Dick! —exclamó Lys.

—De acuerdo —dije—. ¿Quieres que lea la historia sobre Sieur de Trevec, que cabalgó solo hasta el campamento de Saladino en busca de medicina para el pueblo de St. Louise? ¿O quieres que lea la crónica sobre... cómo era? Oh, aquí está, escrito negro sobre blanco... ¿sobre el marqués de Trevec, que prefirió ahogarse ante los ojos de Alba antes que ceder la bandera de la *fleur-de-lis* a España? Está todo escrito aquí. Pero, querida, ¿qué hay de ese soldado llamado Trevec que fue asesinado en el viejo fuerte allá en el acantilado?

—Fue él quien se deshizo del *de*, y los Trevecs desde entonces han sido republicanos —dijo Lys—... todos excepto yo.

—Me parece muy acertado —dije—, ya es hora de que nosotros los republicanos nos pongamos manos a la obra para instaurar un sistema feudal. ¡Querida, brindo por el nuevo rey! —levanté mi copa de vino y miré a Lys.

—¡Por el rey! —dijo Lys, ruborizándose. Alisó la pequeña prenda de vestir sobre sus rodillas; tocó la copa con los labios; sus ojos me miraban muy dulcemente. Me bebí toda la copa a la salud del rey.

Tras un breve silencio dije:

—Le contaré al rey historias. Su Majestad se divertirá.

—Su Majestad el rey —repitió Lys suavemente.

—O la reina —reí—, ¿quién sabe?

—¿Quién sabe? —murmuró Lys, con un leve suspiro.

—Sé algunas historias sobre Jack el Asesino de Gigantes —exclamé—. ¿Y tú, Lys?

—¿Yo? No, no sobre un asesino de gigantes, pero sé todo sobre el hombre lobo, y sobre Jeanne-la-Flame, y sobre el Hombre Vestido de Andrajos Púrpura, y... Oh, vaya, sé muchas más.

—Eres muy sabia —dije—. Yo enseñaré a Su Majestad a hablar inglés.

—Y yo bretón —exclamó Lys con envidia.

—Traeré juguetes al rey —dije—... enormes lagartos de las aulagas, pequeños salmonetes para que nadan en peceras de cristal, conejitos del bosque de Kerselec...

—Y yo —dijo Lys— le traeré los primeros capullos de primavera, el primer retoño de espino, el primer junquillo, para el rey... mi rey.

—Nuestro rey —dije yo, y se hizo la paz en Finistère.

Me eché hacia atrás, pasando ociosamente las hojas del curioso libro antiguo.

—Estoy buscando —dije— el escudo de armas.

—¿El escudo, querido? Es una cabeza de sacerdote con una marca en forma de flecha sobre la frente...

Me incorporé y miré a mi esposa.

—Dick, ¿qué ocurre? —dijo sonriendo—. La historia está en ese libro. ¿Te apetece leerla? ¿No? ¿Quieres que te la cuente? Bueno, veamos: ocurrió durante la tercera cruzada. Había un monje al que sus hombres llamaban el Sacerdote Negro. Se hizo apóstata y se vendió a los enemigos de Cristo. Un tal Sieur de Trevec, al mando de tan sólo cien lanzas, irrumpió en el campo del sarraceno y capturó al Sacerdote Negro, que se hallaba resguardado en medio del campamento.

—Entonces así fue como surgió el escudo —dije en voz baja, pero me quedé pensando sobre el cráneo marcado de la cantera de grava, reflexionando sobre todo ello.

—Sí —dijo Lys—. El Sieur de Trevec le cortó la cabeza al Sacerdote Negro, pero primero le marcó la frente con una flecha. El libro dice que fue una acción piadosa, y el Sieur de Trevec recibió muchos honores por ello. Pero creo que fue algo cruel que lo marcaran —suspiró Lys.

—¿Alguna vez has oído hablar de otro Sacerdote Negro?

—Sí. Hubo otro en el siglo pasado, aquí en St. Gildas. Proyectaba una sombra blanca al sol. Escribía en idioma bretón. También crónicas, creo. Nunca las leí. Su nombre era el mismo del viejo cronista y del otro sacerdote, Jacques Sorgue. Algunos dicen que era un descendiente directo del traidor. Por supuesto, el primer Sacerdote Negro fue el peor de todos.

Pero si efectivamente tuvo un hijo, no necesariamente tuvo que ser el antecesor del difunto Jacques Sorgue. Dicen que fue tan buena persona que no se le permitió morir, pero un día se ganó el Cielo —añadió Lys, con ojos crédulos.

Sonreí.

—Pero desapareció —continuó Lys.

—Temo que su viaje fuese en otra dirección —dije en broma, e irreflexivamente le conté lo ocurrido esa mañana. Me había olvidado completamente del hombre enmascarado asomado a la ventana, pero antes de terminar el relato lo recordé justo a tiempo, y fui consciente entonces de lo que había hecho al ver cómo empalidecía su rostro.

—Lys —la tranquilicé con ternura—, fue simplemente un truco barato de algún payaso. Tú misma lo has dicho. No eres supersticiosa, ¿verdad, amor?

Sus ojos estaban clavados en los míos. Lentamente tomó el pequeño crucifijo que colgaba sobre su pecho y lo besó. Sus labios temblaron cuando besaron el símbolo de fe.

III

Sobre las nueve en punto de la mañana siguiente entré en la taberna de Groix y me senté a la larga y descolorida mesa corrida de roble mientras saludaba con un movimiento de cabeza a Marianne Bruyere, que a su vez inclinó su blanca cofia mirándome.

—Mi vivaz doncella de Bannalec —dije—, ¿qué me podéis ofrecer para empezar bien el día en la taberna de Groix?

—¿Schist? —preguntó en bretón.

—Con un chorrito de vino tinto, entonces —respondí.

Me sirvió la deliciosa sidra Quimperlé y la mezclé con un poco de vino de Burdeos. Marianne me observó con ojos risueños.

—¿Qué es lo que te ha puesto las mejillas tan rojas, Marianne? —le pregunté—. ¿Es que ha estado Jean Marie aquí?

—Nos vamos a casar, *monsieur* Darrel —rió.

—¡Ah! ¿Cuándo ha perdido la cabeza Jean Marie Tregunc?

—¿La cabeza? Oh, *monsieur* Darrel... ¡quiere decir el corazón!

—Sí, como yo —dije—. Jean Marie es un tipo práctico.

—Todo es gracias a su amabilidad... —comenzó a decir la joven, pero levanté una mano sosteniendo la copa en alto.

—Es gracias a sí mismo. Por vuestra felicidad, Marianne —y eché un largo trago de schist; a continuación, dije—: Veamos, dime dónde puedo encontrar a Le Bihan y a Max Fortin.

—Monsieur Le Bihan y monsieur Fortin están arriba en el gran salón. Creo que están examinando los efectos personales del Almirante Rojo.

—¿Para enviarlos a París? Oh, ya sé. ¿Podría subir yo, Marianne?

—Y que Dios le guarde —respondió la joven con una sonrisa.

Cuando llamé a la puerta del gran salón del piso superior, el diminuto Max Fortin la abrió. El polvo cubría sus gafas y su nariz; el sombrero, con pequeñas cintas de terciopelo que se agitaban inquietas, estaba totalmente ladeado.

—Entre, monsieur Darrel —dijo—; el alcalde y yo estamos embalandos los efectos del Emperador Púrpura y del pobre Almirante Rojo.

—¿Sus colecciones? —pregunté entrando en la estancia—. Deben ser muy cuidadosos al empaquetar esos estuches de mariposas; el más mínimo golpe podría romper las alas y las antenas, ya saben.

Le Bihan me estrechó la mano y señaló la enorme pila de cajas.

—Están todas forradas con corcho —dijo—, pero Fortin y yo vamos a revestir todos los estuches con fieltro. La Sociedad Entomológica de París paga los portes.

Las colecciones combinadas del Almirante Rojo y el Emperador Púrpura componían una magnífica muestra.

Levanté e inspeccioné los estuches repletos de bellísimas mariposas y polillas, y cada espécimen estaba cuidadosamente etiquetado con su nombre en latín. Había estuches llenos de polillas tigre de ardiente colorido; estuches dedicados a las mariposas amarillas comunes; sinfonías de color naranja y amarillo pálido; estuches de polillas esfinge de suave color gris, y estuches de llamativas mariposas de ortiga pertenecientes a la gran familia de las *Vanessa*.

En una caja grande y solitaria estaba clavada la mariposa emperador púrpura, la *Apatura Iris*, ese fatal espécimen que había dado su nombre y su muerte al Emperador Púrpura.

Recordé la mariposa y me quedé observándola con el ceño fruncido.

Le Bihan levantó la mirada del suelo, donde estaba agachado clavando la tapa de una caja llena de estuches.

—Entonces, ¿ha sido acordado ya que madame, su esposa, cede toda la colección del Emperador Púrpura a la ciudad de París? —preguntó.

Asentí.

—¿Sin aceptar nada a cambio?

—Es un regalo —dije.

—¿Incluyendo el emperador púrpura de ese estuche? Esa mariposa vale mucho dinero —insistió Le Bihan.

—¿No creará que deseamos vender ese espécimen, verdad? —respondí un tanto bruscamente.

—Si yo fuera usted, lo destruiría —dijo el alcalde con su voz estridente.

—Eso sería absurdo —repliqué—, tan absurdo como enterrar ayer el cilindro de latón y el pergamino.

—No fue absurdo —dijo Le Bihan obstinadamente—, y preferiría no discutir el tema del pergamino.

Miré a Max Fortin, que inmediatamente apartó la mirada de mis ojos.

—Son ustedes un par de viejas supersticiosas —dije, hundiendo las manos en los bolsillos—; se tragan todos esos cuentos infantiles.

—¿Y qué? —dijo Le Bihan malhumorado—. Hay más verdad que mentira en ellos.

—¡Oh! —dije con tono burlón—. ¿Es que el señor alcalde de St. Gildas y St. Julien cree en el *Loup Garou*?

—No, no en el *Loup Garou*.

—¿En qué, entonces... Jeanne-la-Flame?

—Eso —dijo Le Bihan con convicción— es historia.

—¡Y un cuerno! —dije—. ¿Quizás, monsieur alcalde, su fe en gigantes está todavía intacta?

—Los gigantes existieron... todo el mundo lo sabe —gruñó Max Fortin.

—¿Y usted es químico? —apostillé con desdén.

—Escuche, *monsieur* Darrel —chilló Le Bihan—, usted mismo sabe que el Emperador Púrpura era un científico. Pues bien, ¿qué me diría si le dijese que siempre se negó a incluir en su colección un Mensajero de la Muerte?

—¿Un qué? —exclamó.

—Ya sabe a qué me refiero... esa polilla que vuela de noche; algunos la llaman Esfinge Calavera, pero en St. Gildas la llamamos Mensajero de la Muerte.

—¡Oh! —dije—, se refiere a esa enorme polilla conocida comúnmente como Esfinge Calavera. ¿Y por qué diantres la gente aquí la llama Mensajero de la Muerte?

—Durante cientos de años ha sido conocida en St. Gildas como Mensajero de la Muerte —confirmó Max Fortin—. Incluso Froissart habla de ella en sus comentarios sobre las crónicas de Jacques Sorgue. El libro está en su biblioteca.

—¿Sorgue? ¿Y quién era Jacques Sorgue? Nunca leí ese libro.

—Jacques Sorgue fue el hijo de un sacerdote secularizado... he olvidado su nombre. Ocurrió durante las cruzadas.

—¡Cielo Santo! —exploté—, no he parado de escuchar cosas sobre cruzadas y sacerdotes y muerte y brujería desde que le pegué una patada a aquel cráneo y lo arroje a la gravera, y empiezo ya a estar cansado, se lo digo francamente. Cualquiera pensaría que estamos todavía en la oscura Edad Media ¿Sabe en qué año del Señor estamos, Le Bihan?

—Mil ochocientos noventa y seis —replicó el alcalde.

—Y sin embargo ustedes dos, hombres hechos y derechos, tienen miedo de una polilla calavera.

—Bueno, a mí no me gustaría que una de ellas se colara por la ventana —dijo Max Fortin—; trae mala suerte a la casa y a las personas que la habitan.

—Sólo Dios sabe por qué marcó a una de sus criaturas con una calavera amarilla en el dorso —observó Le Bihan fervorosamente—, pero yo creo que quiso enviarnos una advertencia y tengo intención de hacerle caso —añadió triunfalmente.

—Mire, Le Bihan —dije—, dejando volar la imaginación, cualquiera puede ver un cráneo en el tórax de ciertas polillas esfinge grandes. ¿Y qué?

—No es bueno tocarlas —dijo el alcalde meneando la cabeza.

—Chilla si se la roza —dijo Max Fortin.

—Algunas criaturas chillan todo el tiempo —señalé, mirando fijamente a Le Bihan.

—Los cerdos, por ejemplo —añadió el alcalde.

—Sí, y los burros —repliqué—. Escuche, Le Bihan: ¿afirma usted que ayer vio ese cráneo subiendo por el foso?

El alcalde cerró los labios fuertemente y recogió su martillo.

—No sea testarudo —insistí—, le he hecho una pregunta.

—Y yo me niego a responder —respondió bruscamente Le Bihan—. Fortin vio lo mismo que yo, que hable él.

Miré inquisitivamente al pequeño químico.

—No digo que lo viera realmente rodar hacia arriba por el foso por sí solo —dijo Fortin estremeciéndose—, pero... pero, entonces, ¿cómo subió por las paredes de la gravera, si no lo hizo por sí solo?

—No subió en absoluto, era un canto amarillo lo que confundió otra vez con el cráneo —contesté—. Estaba usted nervioso, Max.

—U... una piedra muy curiosa, monsieur Darrel —afirmó Fortin.

—Yo también fui víctima de la misma alucinación —continué—, y lamento decir que me tomé la molestia de hacer rodar dos inocentes piedras en el foso, creyendo en ambas ocasiones que se trataba del cráneo.

—Lo era —comentó Le Bihan encogiéndose de hombros, taciturno.

—Esto sólo demuestra —dije, haciendo caso omiso del comentario del alcalde— lo fácil que es conectar una cadena de coincidencias para que el resultado parezca tener cierto tufillo sobrenatural. Ahora bien, ayer noche mi esposa creyó ver al sacerdote enmascarado asomándose por su ventana...

Fortin y Le Bihan, que estaban arrodillados, se levantaron atolondradamente dejando caer el martillo y los clavos.

—¿Qué... qué ha dicho? —preguntó el alcalde.

Repetí lo que acababa de decir. Max Fortin se quedó lívido.

—¡Dios mío! —susurró Le Bihan—. ¡El Sacerdote Negro está en St. Gildas!

—¿No... no... conoce usted la antigua profecía? —tartamudeó Fortin—. Froissart la cita refiriéndose a Jacques Sorgue:

Cuando el Sacerdote Negro se levante de entre los muertos,

las gentes de St. Gildas gritarán en sus lechos.

Cuando el Sacerdote Negro se levante de su tumba,
¡que el buen Dios se apiade de St. Gildas!

—Aristide Le Bihan —dije enojado—, y usted, Max Fortin, ¡ya he oído bastantes tonterías! Algún gamberro lunático de Bannalec ha estado haciendo de las suyas en St. Gildas para asustar a viejos tontos como ustedes. Si no tienen nada mejor de qué hablar que cuentos para niños, esperaré hasta que recobren la cordura. Buenos días.

Y me marché, más inquieto de lo que hubiera querido reconocer.

El día se había tornado brumoso y nublado. Pesadas nubes húmedas pendían en el este. Escuché el oleaje que rompía con gran estruendo contra los acantilados y a las grises gaviotas chillando al tiempo que planeaban y viraban en el cielo. La marea subía atravesando la ribera del río, más y más alto, y vi algas flotando en la playa y *lançons* saltando sobre la espuma, finos destellos plateados en la oscuridad. Los zarapitos volaban corriente arriba en parejas o tríos; las tímidas golondrinas marinas planeaban atravesando los páramos en dirección a alguna charca apacible y solitaria y a salvo de la inminente tempestad. En todos los arbustos se congregaban pájaros silvestres, arremolinándose y piando nerviosos.

Cuando llegué a los acantilados me senté apoyando la barbilla sobre los puños. Una densa cortina de lluvia, que azotaba el océano a kilómetros de distancia, ya cubría la isla de Groix. En el este, tras el blanco faro sobre los acantilados, negras nubes cubrían el horizonte. Tras unos segundos se escuchó un trueno, amortiguado, distante, y finas madejas de relámpagos se desataron sobre la cresta de la inminente tormenta. Bajo el acantilado a mis pies el oleaje se precipitaba espumoso sobre la orilla, y los *lançons* saltaban

y brincaban y se agitaban hasta que parecían simplemente reflejos de los enmarañados relámpagos.

Giré hacia el este. Llovía sobre Groix, llovía sobre Sainte Barbe, llovía en esos momentos sobre el faro. Arriba, en el torbellino de la tormenta, planeaban unas cuantas gaviotas; una nube más cercana arrastraba velos de lluvia a su paso; el cielo estaba salpicado de relámpagos; los truenos explotaron.

Cuando me levantaba para irme, una fría gota de lluvia cayó sobre el dorso de mi mano, y otra más, y aún otra más en mi rostro. Eché una última mirada al mar, donde las olas bullían con extrañas formas blancas que parecían proyectar unos amenazadores brazos hacia mí. Entonces, algo se movió en el acantilado, algo tan negro como la negra piedra a la que se aferraba... un sucio cormorán elevaba su horrible cabeza hacia el cielo.

Regresé con paso lento a casa atravesando el sombrío páramo, donde los tallos de aulaga brillaban con un tenue verde metálico y los arbustos de brezo, que ya no eran de color violeta o púrpura, se inclinaban empapados y pardos entre las lóbregas rocas. La hierba mojada crujía bajo mis pesadas botas, los endrinos arañaban y horadaban mis rodillas y codos. Y cubriéndolo todo se extendía una luz extraña, pálida, sepulcral, en la que el rocío marino se agitaba en remolinos por todo el paisaje y me golpeaba el rostro hasta entumecerlo por el frío. En anchas franjas, hilera tras hilera, nube a nube, fue avanzando la lluvia sobre los infinitos páramos, y sin embargo no soplaba viento capaz de arrastrarla a tal velocidad.

Vi a Lys en la puerta de la casa cuando entré en el jardín, haciéndome señas para que me apresurara, y entonces, por primera vez, fui consciente de que estaba calado hasta los huesos.

—Pero ¿en qué estabas pensando quedándote fuera cuando amenaza tormenta? —dijo—. ¡Oh, estás chorreando! Ve rápido y cámbiate; te he puesto ropa interior caliente sobre la cama, Dick.

Besé a mi esposa y subí al piso de arriba para cambiarme la ropa empapada por algo más cómodo.

Cuando regresé a la salita había un fuego de madera de deriva en el hogar, y Lys estaba sentada en la esquina de la chimenea bordando.

—Catherine me ha dicho que la flota pesquera de Lorient ha zarpado. ¿Crees que corren peligro, cariño? —preguntó Lys, levantando sus ojos azules del bordado y mirándome cuando entré.

—No hay viento y no habrá marejada —dije, asomándome a la ventana.

A lo lejos, al otro lado del páramo, podía distinguir los negros acantilados alzándose en la niebla.

—¡Qué manera de llover! —murmuró Lys—. Acércate al fuego, Dick.

Me eché sobre la alfombra de piel con las manos en los bolsillos y la cabeza apoyada sobre las rodillas de Lys.

—¡Cuéntame una historia! —dije—. Me siento como un niño de diez años.

Lys posó un dedo en sus labios escarlata. Siempre me gustaba verla hacer eso.

—¿Te quedarás muy callado, entonces? —dijo ella.

—Tan callado como la muerte.

—Muerte —repitió una voz, muy suavemente.

—¿Has hablado, Lys? —pregunté, girándome para poder verle la cara.

—No, ¿y tú, Dick?

—¿Quién ha dicho «muerte»? —pregunté, sobresaltado.

—Muerte —repitió una voz, suavemente.

Pegué un brinco y miré a mi alrededor. Lys también se levantó, dejando caer las agujas y el bordado al suelo. Parecía estar a punto de desmayarse, y se apoyó pesadamente sobre mí; la llevé a la ventana y abrí una rendija para que le diera el aire. En el momento en que lo hice, un relámpago en zigzag rasgó en dos el cenit, un trueno retumbó y una ráfaga de lluvia irrumpió en la habitación, arrastrando al interior algo que se agitaba... algo que revoloteaba y chillaba y que cayó sobre la alfombra con alas aterciopeladas y mojadas.

Nos inclinamos sobre la criatura, con las cabezas juntas, Lys agarrada a mi brazo, y vimos que era una polilla calavera empapada de lluvia.

El oscuro día pasó lentamente mientras nos calentábamos al fuego, cogidos de las manos, su cabeza apoyada en mi pecho, hablando del dolor y el misterio y la muerte. Porque Lys creía que había cosas en la tierra que nadie podía entender, cosas que jamás debían ser nombradas hasta que Dios

enrollara el pergamino de la vida y todo acabara. Hablamos de la esperanza, el miedo y la fe, y el misterio de los santos; hablamos del principio y del fin, de las sombras del pecado, de los augurios y del amor. La polilla seguía en el suelo agitando sus lúgubres alas al calor del fuego, con la calavera y las tibias grabadas claramente sobre su cabeza y su cuerpo.

—¿A qué deberíamos temer —pregunté— si hay un mensajero de la muerte en nuestra casa, Lys?

—La muerte debería ser bienvenida por aquellos que aman a Dios —murmuró Lys, y tomó el crucifijo sobre su pecho y lo besó.

—La polilla podría morir si la echo fuera a la tormenta —dije tras un momento de silencio.

—Déjala que se quede —suspiró Lys.

Más tarde, esa misma noche, cuando mi esposa se quedó dormida, me senté junto a su cama y leí la Crónica de Jacques Sorgue. Amortigué la luz de la vela para no molestarla, pero Lys parecía estar cada vez más inquieta y finalmente me llevé el libro a la salita, donde las cenizas del fuego crepitaban y se blanqueaban en el hogar.

La polilla calavera estaba aún sobre la alfombra frente al fuego donde la había dejado. Al principio pensé que estaba muerta, pero cuando la observé más detenidamente vi un resplandor centelleante en sus ojos de color ámbar. La sombra blanca lineal que proyectaba en el suelo temblaba con el titilar de la vela.

Las páginas de la Crónica de Jacques Sorgue estaban húmedas y pegajosas; las iniciales grabadas en color oro y azul dejaron un rastro de escamas azules y doradas donde pasé la mano.

—No es ni siquiera papel, es pergamino fino —me dije, y sostuve la página descolorida cerca de la llama de la vela y leí, traduciendo con dificultad:

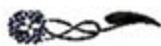
Yo, Jacques Sorgue, fui testigo de todas estas cosas. Y fui testigo de la Misa Negra en la capilla de St. Gildas-sobre-el-Acantilado. Y fue oficiada por el Abate Sorgue, mi pariente: por cuyo mortal pecado el sacerdote apóstata fue arrestado por el muy noble marqués de Plougastel, y condenado por él a ser

quemado con hierros candentes, hasta que su abrasada alma abandonó su cuerpo y voló hacia su señor, el diablo. Pero cuando el Sacerdote Negro yacía en la cripta de Plougastel, su señor Satán llegó de noche y lo liberó y lo llevó por tierra y mar hasta Mahmoud, que es Sultán o Saladino. Y yo, Jacques Sorgue, en viajes posteriores por mar, he contemplado con mis propios ojos a mi pariente, el Sacerdote Negro de St. Gildas, montado en los cielos sobre una enorme ala negra, que era el ala de su señor Satán. Y esto también fue presenciado por dos hombres de la tripulación.

Pasé la página. Las alas de la polilla en el suelo comenzaron a agitarse. Continue leyendo, mis ojos se nublaban a la cambiante luz de la vela. Leí sobre las batallas y los santos, y leí cómo el Gran Sultán hizo un pacto con Satán, y luego llegué al Sieur de Trevec, y leí cómo capturó al Sacerdote Negro en la propia tienda de Saladino y se lo llevó y decapitó tras marcarlo en la frente. «Y antes de comenzar a sufrir», decía la Crónica, «maldijo al Sieur de Trevec y a sus descendientes, y afirmó que, sin duda, regresaría a St. Gildas. “El sufrimiento que me impongas, yo te lo impondré a ti. El mal que sufra a tus manos, tú y tu descendencia lo sufriréis en las mías. ¡Ay de tus hijos, Sieur de Trevec!”». Escuché un golpeteo, un fuerte aleteo, y la llama de la vela centelleó como si soplara una brisa repentina. Un zumbido llenó el cuarto; la enorme polilla iba de un lado a otro, aleteando, zumbando, golpeándose contra el techo y las paredes. Dejé caer el libro y avancé unos pasos. En ese momento revoloteaba sobre el alféizar de la ventana y durante unos instantes la tuve bajo mi mano, pero la criatura chilló y retrocedí sobresaltado. Entonces, de repente, se lanzó en línea recta atravesando la llama de la vela; la luz titiló y se apagó, y en ese mismo instante una sombra entre las sombras se agitó afuera. Levanté la mirada hacia la ventana. Un rostro enmascarado me observaba.

Tan rápido como un pensamiento, desenfundé mi revólver y disparé todos los cartuchos, pero el rostro avanzaba a través de la ventana, el cristal se fundía ante él como la niebla y en medio del humo del revólver vi que algo se arrastraba rápidamente al interior del salón. Luego intenté gritar,

pero la criatura se aferró a mi cuello y caí de espaldas sobre las cenizas del hogar.



Cuando abrí los ojos estaba tendido sobre el hogar, con la cabeza entre cenizas frías. Me puse de rodillas lentamente, me incorporé dolorido y avance tambaleante hacia una silla. En el suelo estaba el revólver, que brillaba bajo la pálida luz de la mañana. Mi mente fue aclarándose poco a poco; miré, estremecido, a la ventana. El cristal estaba intacto. Me acucillé con el cuerpo en tensión, recogí el revólver y abrí el tambor. Todos los cartuchos habían sido disparados.

Maquinalmente, cerré el tambor y me guardé el revólver en el bolsillo. El libro, las Crónicas de Jacques Sorgue, estaba abierto a mi lado sobre la mesa, y cuando me dispuse a cerrarlo posé los ojos en la página. Estaba totalmente salpicada de lluvia y las letras se habían emborronado, de manera que la página era simplemente un manchón confuso de oro, rojo y negro. Mientras avanzaba tambaleante hacia la puerta lancé una temerosa mirada por encima del hombro. La polilla calavera reptaba temblorosa por la alfombra.

IV

El sol había ascendido unas tres horas. Debí de quedarme dormido, porque me despertó un repentino galope de caballos bajo la ventana. La gente gritaba y llamaba desde la carretera. Me levanté de un salto y abrí las ventanas. Le Bihan estaba allí, era la imagen viva de la desesperación, y Max Fortin estaba junto a él limpiándose las gafas. Acababan de llegar algunos gendarmes de Quimperlé y pude oírlos en un lateral de la casa, pisoteando y repiqueteando sus sables y carabinas mientras conducían sus monturas a mi establo.

Lys se incorporó en la cama, murmurando entre dormida e inquieta algunas preguntas.

—No lo sé —respondí—. Voy a ver qué significa todo esto.

—Es como el día que vinieron a arrestarte —dijo Lys, mirándome con semblante preocupado. Pero la besé y me reí de ella hasta que me devolvió la sonrisa. Luego me eché por encima un abrigo y una gorra y bajé apresuradamente las escaleras.

La primera persona que vi en la carretera fue al brigadier Durand.

—¡Hola! —dije—, ¿han venido a arrestarme otra vez? ¿A qué demonios viene todo este jaleo?

—Nos llegó un telegrama hace una hora —dijo Durand con tono displicente—, y con suficiente motivo, creo. ¡Mire allí, *monsieur* Darrel! Señaló el suelo a mis pies.

—¡Por todos los santos! —grité—. ¿De dónde ha salido ese charco de sangre?

—Eso es lo que quiero averiguar, *monsieur* Darrel. Max Fortin lo descubrió al amanecer. Mire, también hay salpicaduras por toda la hierba. Un rastro lleva a su jardín, a través de los lechos de flores hasta su propia ventana, la que se abre desde el salón. Hay otro rastro desde este punto a través de la carretera y hacia los acantilados, luego hasta la cantera de grava, y desde allí atravesando el páramo hasta el bosque de Kerselec. En un minuto saldremos al galope para inspeccionar el bosque. ¿Quiere unirse a nosotros? *Bon Dieu!* El tipo ha debido de sangrar como un buey. Si Max Fortin no hubiera confirmado que es sangre humana, jamás lo hubiera creído.

El pequeño químico de Quimperlé se acercó en ese momento, frotando las gafas con un pañuelo de colores.

—Sí, es sangre humana —dijo—, pero hay algo que me tiene intrigado: los glóbulos son amarillos. Nunca antes vi sangre humana con glóbulos amarillos. Pero su inglés, el tal doctor Thompson, afirma que lo es...

—Bueno, es sangre humana, en todo caso... ¿no es así? —insistió Durand, con gesto impaciente.

—Sí... sí —admitió Max Fortin.

—Entonces es mi obligación seguir el rastro —dijo el corpulento gendarme; llamó a sus hombres y les ordenó que montasen.

—¿Oyó algo ayer noche? —me preguntó Durand.

—Oí la lluvia. Me pregunto cómo es que la lluvia no borró estos rastros.

—Debieron producirse después de que cesara la lluvia. Mire estas salpicaduras grandes, de qué forma permanecen en la superficie y aplastan las briznas húmedas de la hierba. ¡Puf!

Eran coágulos pesados y de aspecto maligno, y me aparté de ellos con un nudo en la garganta por las náuseas.

—Mi teoría —dijo el brigadier— es ésta: unos cuantos pescadores Biribi, probablemente islandeses, se echaron demasiadas copas de coñac al gaznate y terminaron peleándose en la carretera. Algunos fueron acuchillados, y llegaron a trompicones hasta su casa. Pero sólo hay un rastro, y sin embargo... sin embargo, ¿cómo es posible que toda esa sangre provenga de una sola persona? Bueno, digamos que el hombre herido primero se tambaleó hasta su casa y luego regresó aquí, y se alejó, borracho y moribundo, Dios sabe dónde. Esa es mi teoría.

—Una muy buena teoría —dije con calma—. ¿Y van a rastrearlo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente. ¿Viene con nosotros?

—Ahora no. Les alcanzaré a caballo dentro de un rato. ¿Van a ir al lindero del bosque de Kerselec?

—Sí; nos oírán por nuestras llamadas. ¿Viene usted, Max Fortin? ¿Y usted, Le Bihan? Bien, monten en el carromato.

El enorme gendarme se marchó doblando la esquina hacia el establo y al poco regresó montado en un robusto caballo gris, con el sable reluciendo sobre la silla de montar; sus galones de color amarillo claro y blanco lucían impecables. El pequeño grupo de mujeres con cofia blanca y sus hijos se apartó cuando Durand espoleó al caballo y se alejó al trote seguido por sus dos guardias montados. Poco después Le Bihan y Max Fortin partieron en el destartado carromato del alcalde.

—¿Va a venir? —dijo Le Bihan con voz estridente.

—Dentro de un cuarto de hora —repliqué, y regresé a la casa.

Cuando abrí la puerta de la salita la polilla calavera golpeaba sus fuertes alas contra la ventana. Durante unos segundos vacilé, luego me acerqué y abrí la ventana. La criatura salió revoloteando, zumbó sobre los lechos de flores durante unos instantes, y a continuación salió disparada por el

páramo en dirección al mar. Reuní a los sirvientes y les interrogué. Josephine, Catherine, Jean Marie Tregunc, ninguno de ellos había escuchado el más mínimo ruido durante la noche. Entonces le pedí a Jean Marie que ensillara mi caballo, y mientras les hablaba Lys bajó las escaleras.

—Querida —comencé a explicar, acercándome a ella.

—Debes contarme todo lo que sabes, Dick —me interrumpió, mirándome con semblante grave.

—Pero no hay nada que contar... sólo una riña de borrachos, y alguien herido.

—Y vas a caballo... ¿adónde, Dick?

—Bueno, al lindero del bosque de Kerselec. Durand, el alcalde y Max Fortin ya han salido hacia allí, siguiendo un... un rastro.

—¿Qué rastro?

—Un poco de sangre.

—¿Dónde la han encontrado?

—Allá en la carretera.

—¿Se acerca este rastro a nuestra casa? —dijo Lys persignándose.

—Sí.

—¿A qué distancia?

—Llega hasta la ventana de la salita —dije, rindiéndome finalmente.

Presionó la mano con más fuerza en mi brazo.

—Ayer noche soñé...

—Y yo también... —pero entonces recordé los cartuchos vacíos en mi revólver, y me callé.

—Soñé que corrías un gran peligro —continuó ella—, y no podía mover las manos ni los pies para salvarte; pero tenías un revólver y te grité para que dispararas...

—¡Y disparé! —grité, excitado.

—¿Tú... tú disparaste?

—Mi cielo —dije tomándola entre mis brazos—, algo extraño ha pasado... algo que todavía no llego a entender. Pero, por supuesto, debe haber una explicación. Creo que ayer noche disparé al Sacerdote Negro.

—¡Ah! —exclamó Lys.

—¿Es eso lo que soñaste?

—¡Sí, sí, eso fue! Te supliqué que disparases...

—Y eso hice.

Su corazón latía contra mi pecho. La abracé con fuerza en silencio.

—Dick —dijo ella finalmente—, quizás mataste a la... la criatura.

—Si era humano no fallé —respondí lúgubrementemente—. Y era humano —continué recobrando cierta compostura y avergonzado por haber estado a punto de derrumbarme—. ¡Y tanto que era humano! Todo el asunto está lo suficientemente claro. No fue una pelea de borrachos, como cree Durand; fue la broma pesada de un gamberro borracho, por la que ha pagado su precio. Supongo que debí llenarle el cuerpo de plomo y que se alejó arrastrándose para morir en el bosque de Kerselec. Es un asunto terrible; siento haber disparado tan precipitadamente, pero los idiotas de Le Bihan y Max Fortin me habían puesto tan nervioso que estaba histérico como una colegiala —concluí enojado.

—Tú disparaste... pero el cristal de la ventana no se rompió —dijo Lys en voz baja.

—Bueno, la ventana estaba abierta. Y en cuanto a... a lo demás... tengo un ataque de nervios, será un doctor quien me libre del Sacerdote Negro, Lys.

Miré por la ventana a Tregunc, que esperaba con mi caballo en la entrada.

—Querida, creo que será mejor que me una a Durand y los otros.

—Yo iré también.

—¡Oh, no!

—Sí, Dick.

—No lo hagas, Lys.

—Sufriré cada segundo que estés fuera.

—El camino a caballo es muy fatigoso, y no sabemos con qué desagradable visión podrías encontrarte. Lys, ¿no creerás realmente que hay algo sobrenatural en todo este asunto?

—Dick —respondió suavemente—, soy bretona —me pasó los dos brazos por el cuello y continuó—. La muerte es un regalo del Señor. No la

temo cuando estamos juntos. Pero sola... oh, mi querido esposo, ¡temería a un Dios que pudiera apartarte de mi lado!

Nos besamos limpiamente, sencillamente, como dos niños. Entonces Lys corrió a cambiarse el vestido, y la esperé paseando de un lado a otro del jardín.

Salió, enfundándose sus finos guantes. La aupé a la silla de montar, di una rápida orden a Jean Marie y monté.

En esos momentos, en una mañana como esa y con Lys cabalgando a mi lado, era imposible que pudiera acobardarme con pensamientos terroríficos, fuera lo que fuese que hubiera ocurrido o fuera a ocurrir. Además, Môme nos siguió a hurtadillas. Le pedí a Tregunc que lo atrapara, porque temía que acabara con el cerebro hecho papilla bajo los cascos de nuestros caballos si nos seguía, pero el astuto perrillo esquivó a Tregunc y saltó disparado tras Lys, que ya trotaba por la carretera. «No importa», pensé, «si le golpean vivirá, porque no tiene cerebro que perder».

Lys me esperaba en la carretera, junto a la capilla de Nuestra Señora de St. Gildas. Cuando me uní a ella, se persignó, yo me quité la gorra, y a continuación sacudimos las riendas y partimos al galope hacia el bosque de Kerselec.

Hablamos muy poco mientras cabalgamos. Siempre me gustaba ver a Lys sobre la silla de montar. Su exquisita figura y adorable rostro eran la encarnación de la juventud y la elegancia; sus cabellos rizados brillaban como hilos de oro.

Por el rabillo del ojo vi al perrito malcriado, Môme, que nos acompañaba jovialmente a un costado, sin prestar mucha atención a las pezuñas de nuestros caballos. La carretera discurría por el borde de los acantilados. Un sucio cormorán alzó el vuelo desde unas rocas negras y pasó aleteando pesadamente sobre nuestra ruta. El caballo de Lys reuló, pero ella lo contuvo y señaló al pájaro con la fusta.

—Ya veo —dije—; parece ir en nuestra dirección. Es curioso ver un cormorán en el bosque, ¿verdad?

—Es una mala señal —dijo Lys—. ¿Conoces el refrán de Morbihan?: «Cuando el cormorán vuela en dirección opuesta al mar, la Muerte se ríe en el bosque, y los leñadores sabios construyen barcos».

—Ojalá —dije con toda franqueza— hubiera menos refranes en Bretaña.

En esos momentos ya teníamos a la vista el bosque; entre la aulaga pude divisar los destellos de los jaeces de los gendarmes y el brillo de los botones de plata de la chaqueta de Le Bihan. La maleza era baja, así que pudimos avanzar sin dificultad, y trotamos por el páramo hasta llegar donde estaban Le Bihan y Durand gesticulando.

Ambos se inclinaron ceremoniosamente ante Lys cuando nos acercamos.

—El rastro es terrible... es como un río —dijo el alcalde con su voz chillona—. Monsieur Darrel, creo que probablemente *madame* no deseará acercarse más.

Lys tiró de las riendas, se detuvo y me miró.

—¡Es horrible! —dijo Durand, arrimándose a mí—; parece como si un regimiento sangrante hubiera pasado por aquí. El rastro da vueltas y más vueltas por este lugar entre los matorrales; lo perdemos en ocasiones, pero siempre volvemos a retomarlo. ¡No puedo entender cómo un hombre... no, ni veinte hombres... pueden sangrar con tanta abundancia!

Un «hola», seguido de otro, sonó en las profundidades del bosque.

—Son mis hombres; están siguiendo el rastro —murmuró el brigadier—. ¡Sólo Dios sabe qué encontraremos al final!

—¿Quieres que regresemos, Lys? —pregunté.

—No, cabalguemos hasta el lindero oeste del bosque y desmontemos allí. El sol calienta mucho ahora, y me gustaría descansar un poco —dijo ella.

—La linde oeste del bosque está limpio de cualquier sorpresa desagradable —afirmó Durand.

—Muy bien —respondí—; Le Bihan, avísame si encuentran algo.

Lys hizo virar a su yegua y la seguí por el mullido brezo, mientras Môme trotaba alegremente detrás.

Entramos a los soleados bosques hasta alejarnos un cuarto de kilómetro de donde habíamos dejado a Durand. Ayudé a Lys a bajar de su caballo, pasé ambas bridas por una rama y, ofreciendo a mi esposa un brazo, la ayudé a llegar a una roca plana cubierta de musgo que se asomaba a un

riachuelo poco profundo y borboteante entre hayas. Lys se sentó y se quitó los guantes. Môme apoyó la cabeza en su regazo, recibió una caricia no merecida y se acercó vacilante a mí. Yo fui lo suficientemente blando para perdonarle su delito, pero, para su pesar, le ordené que se echase a mis pies.

Apoyé la cabeza en las rodillas de Lys, mirando al cielo a través de las enrevesadas ramas de los árboles.

—Supongo que lo he matado —dije—. Me ha dejado terriblemente impresionado, Lys.

—No podías saberlo, cielo. Podría haberse tratado de un ladrón, y... de todas formas... Dick, ¿has vuelto a disparar tu revólver desde aquel día hace cuatro años, cuando el hijo del Almirante Rojo intentó matarte? Yo sé que no.

—No —dije, sorprendido—. Es un hecho, no lo he disparado. ¿Por qué?

—¿Y no recuerdas que te pedí que me dejaras cargarlo por ti el día en que Yves enfureció y juró que te maría a ti y a su padre?

—Sí, lo recuerdo. ¿Y bien?

—Bueno, pues... pues antes de cargar las balas en tu revólver, las llevé a la capilla de St. Gildas y las sumergí en agua bendita. No te rías, Dick —dijo Lys suavemente, posando sus frías manos en mis labios.

—¡Reír, querida mía!

Sobre nuestras cabezas el cielo de octubre brillaba con una tonalidad clara de amatista, y los rayos del sol ardían como llamaradas anaranjadas atravesando las hojas amarillentas de las hayas y los robles. Los mosquitos y moscas bailoteaban y se agitaban en lo alto; una araña descendió desde una ramita hasta casi tocar el suelo y quedó suspendida al final de su hilo.

—¿Tienes sueño, querido? —preguntó Lys, inclinándose sobre mí.

—Sí... un poco; apenas dormí dos horas ayer noche —respondí.

—Duerme, si quieres —dijo Lys, y me tocó los ojos acariciándome.

—¿Te pesa mi cabeza sobre las rodillas?

—No, Dick.

Estaba ya medio dormido; sin embargo, aún escuchaba el riachuelo borboteando bajo las hayas y el zumbido de los insectos del bosque por encima. En breve, incluso estos sonidos se acallaron.

Lo siguiente que recuerdo es que me incorporé de un respingo y en mis oídos retumbaba un grito, y vi a Lys encogiéndose aterrorizada junto a mí, cubriendo su blanco rostro con ambas manos.

Me puse en pie de un salto, Lys volvió a gritar y se aferró a mis rodillas. Vi al perro huir a toda prisa tras un arbusto, luego escuché que gemía, y volvió a aparecer retrocediendo, lloriqueando, con las orejas y la cola gachas. Me incliné y solté la mano de Lys.

—¡No vayas, Dick! —gritó—. ¡Oh, Dios, es el Sacerdote Negro!

En un instante crucé de un salto el riachuelo y me abrí paso por los matorrales. No había nada. Miré a mi alrededor; inspeccioné cada tronco de árbol, cada arbusto. De repente, lo vi. Estaba sentado sobre un tronco caído, con la cabeza reposando en las manos y envuelto en una mohosa túnica negra. Durante unos segundos mis cabellos se erizaron bajo la gorra; el sudor comenzó a cubrirme la frente y las mejillas; luego me calmé y recordé que aquel ser era humano y que probablemente estaba mortalmente herido. ¡Ay, mortalmente! Y es que allí, a mis pies, se extendía el húmedo rastro de sangre, sobre hojas y piedras, atravesando una pequeña hondonada hasta la figura de negro, que reposaba silenciosamente bajo los árboles.

Vi que no tenía escapatoria, aunque hubiera tenido las suficientes fuerzas; frente a él, casi a sus pies, se extendía una ciénaga brillante y profunda.

Cuando avancé, crujió una ramita bajo mis pies. Al oír el ruido la figura dio un leve respingo, luego volvió a bajar la cabeza. Llevaba el rostro oculto bajo una máscara. Me acerqué al hombre y le insté a que me dijera dónde estaba herido. Durand y el resto irrumpieron atravesando el arbusto en ese mismo momento y corrió a mi lado.

—¿Quién es usted, que esconde un rostro enmascarado tras una sotana de sacerdote? —exclamó el gendarme.

No hubo respuesta.

—Mire... mire la sangre seca cubriendo la sotana —murmuró Le Bihan a Fortin.

—No dice nada —dijo.

—Quizás esté demasiado herido —susurró Le Bihan.

—Le vi levantar la cabeza —dije—, mi esposa le vio arrastrarse hasta aquí.

Durand dio un paso hacia delante y tocó la figura.

—¡Hable! —le ordenó.

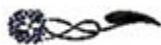
—¡Hable! —exclamó Fortin con voz temblorosa.

Durand esperó unos instantes; luego, con un súbito tirón hacia arriba le arrebató la máscara y echó hacia atrás la cabeza del hombre. Vimos las cuencas vacías de un cráneo. Durand permaneció erguido rígidamente; el alcalde gritó. El cuerpo del esqueleto surgió súbitamente de debajo de la sotana putrefacta y se derrumbó sobre el suelo ante nosotros. De entre las prominentes costillas y la dentadura sonriente comenzó a manar violentamente un torrente de sangre negra, bañando la hierba anegada; luego la criatura se agitó y se sumergió bajo la negra humedad de la ciénaga. Diminutas burbujas irisadas de aire aparecieron en el barro; los huesos fueron engullidos lentamente y, cuando los últimos fragmentos desaparecieron por completo, de las profundidades y por la orilla reptó una criatura, brillante, temblorosa, que agitaba las alas.

Era una polilla calavera.



Ojalá tuviera suficiente tiempo para contarles cómo Lys logró deshacerse de las supersticiones... Y es que nunca supo la verdad de todo este asunto, y nunca la sabrá porque me ha prometido que jamás leerá este libro. Me gustaría poder hablarles de nuestro Rey y su coronación, y qué bien le quedaba la ropa de su coronación. Ojalá pudiera contarles que Yvonne y Herbert Stuart marcharon con una partida de caza en Quimperlé y los perros corrieron hacia la cantera atravesando el mismísimo pueblo, derribando a tres gendarmes, al notario y a una vieja. Pero me estoy poniendo parlanchín y Lys ya me llama para que vaya y escuche al rey decir que tiene sueño. Y a Su Majestad no hay que hacerle esperar.



LA CANCIÓN DE CUNA DEL REY

Sella con un sello de oro
el pergamino aún enrollado de su vida;
arrópale bien en su toca púrpura;
cenizas de diamantes, carbón cristalizado,
gotas de oro en cada pliegue perfumado.

Las alas carmesí de la Pequeña Muerte,
revuelven su cabello con tu aliento sedoso;
ardientes alas de pecados futuros,
espléndidas plumas proféticas,
cubren sus ojos con colores y tonos,
mientras la blanca luna gira y el viento arrecia,
y las estrellas gotean desde el firmamento.

¡Ondead, oh alas de la Pequeña Muerte!
Sellad su visión y sofocad su aliento,
envolved su pecho con una mortaja de piedras
preciosas;
de norte a norte, de oeste a oeste,
¡ondead, oh alas de la Pequeña Muerte!,
hasta que la blanca luna se recoja en los cielos
agrietados,
y los fantasmas de Dios se alcen.

LA LLAVE DEL DOLOR

(The Key to Grief)

El dedo que se mueve va escribiendo, y,
habiendo escrito,
sigue moviéndose; ni toda tu piedad ni
todo su ingenio
lograrán que retroceda ni borre
media línea,
ni todas vuestras lágrimas
emborronarán ni una sola palabra de ella.

FITZGERALD

El halcón salvaje al cielo que el viento
barre,
el ciervo al salutífero monte,
y el corazón del hombre al corazón de la
joven,
como era en tiempos pasados.

KIPLING

Estaban haciéndolo muy torpemente. Lograron pasar la cuerda alrededor del cuello y atar las muñecas con tallos de arbusto, pero volvió a caerse, con los brazos y piernas estirados, girándose, retorciéndose sobre las hojas y rompiendo todo lo que le ataba como una pantera atrapada.

Les arrebató la cuerda y se aferró a ella con los puños ensangrentados; hincó los dientes hasta que las hebras de yute se aflojaron, se soltaron y se rompieron, royéndolas con sus blancos dientes.

En dos ocasiones Tully le golpeó con un gancho de extracción de resina. Los sordos golpes impactaron sobre una carne tan rígida como la piedra.

Jadeante, cubierto de musgo del bosque y hojas podridas, con las manos y el rostro manchados de sangre, se sentó en el suelo observando el círculo de hombres que le rodeaba.

—¡Pegadle un tiro! —gritó exasperado Tully, limpiándose el sudor de su frente bronceada; y Bates, respirando pesadamente, se sentó en un tronco y sacó un revólver del bolsillo trasero. El hombre en tierra lo miró; había espuma en las comisuras de su boca.

—¡Atrás! —susurró Bates, pero su voz y su mano temblaban—. Kent, ¿no vas a quedarte quieto?

El hombre en tierra lo fulminó con la mirada.

—Tienes que morir, Kent —insistió—; todos lo dicen. Pregunta a Zurdo Sawyer, pregunta a Dyce, pregunta a Carrots... Debes ser ahorcado por ello... ¿no es así, Tully?... Kent, por amor de Dios, ¡resígnate ante estos caballeros!

El hombre en el suelo jadeó; sus ojos brillantes no se movieron.

Tras unos instantes, Tully saltó sobre él de nuevo. Hubo un revuelo de hojas, un crujido, un grito ahogado y un gruñido, y luego los golpes y el forcejeo de dos cuerpos revolcándose en la maleza. Dyce y Carrots saltaron sobre los hombres que luchaban. Zurdo Sawyer recobró la cuerda, pero las hebras de yute cedieron y tropezó. Tully comenzó a gritar:

—¡Me está ahogando!

Dyce se alejó a trompicones hacia el claro, doliéndose de una muñeca rota.

—¡Disparad! —gritó Zurdo Sawyer, y empujó a Tully a un lado—. ¡Dispárale, Jim Bates! ¡Dispárale en la cabeza, por Dios!

—¡Apartaos! —gritó Bates, mientras se levantaba del tronco caído.

La muchedumbre se apartó a derecha e izquierda; un rápido estallido retumbó... otro... y otro más. Luego, en medio del torbellino de humo, una figura alta se tambaleó, asestando puñetazos... puñetazos que sonaban nítidamente como latigazos.

—¡Se escapa! ¡Dispárale a la cabeza! —gritaron.

Se escuchó un trote de botas pesadas en el bosque. Bates, desfallecido y aturdido, giró la cabeza.

—¡Dispara! —gritó Tully.

Pero Bates estaba mareado; su revólver humeante cayó a tierra; su blanco rostro y sus ojos claros se contrajeron. Duró tan sólo unos segundos; partió tras los otros, zambulléndose y abriéndose paso por los arbustos de mimbre y la maleza de cicuta.

A lo lejos oyó a Kent avanzando a trompicones como un joven alce en noviembre, y supo que se dirigía hacia la playa. Los otros también lo sabían. Ya se divisaba el grisáceo brillo del mar que dibujaba una línea recta a lo largo del lindero del bosque; ya se escuchaba el suave golpeteo del oleaje contra las rocas rasgando el silencio del bosque.

—¡Tiene una canoa allí! —aulló Tully—. ¡Va a embarcar!

Y allí estaba, arrodillado en la proa, remando aferrado a la pala por el mango. El sol naciente brillaba como un rayo rojo sobre la pala que aparecía y desaparecía; la canoa se lanzaba a la cresta de una ola, quedaba suspendida allí con el remo goteando al viento, se zambullía en las profundidades, se deslizaba, se inclinaba, se balanceaba, y de nuevo salía disparada a las alturas, se tambaleaba y volvía a zambullirse.

Tully corrió directamente hacia la orilla de la ensenada; el agua rompía contra su pecho, desnudo y sudoroso. Bates se sentó en una desgastada roca negra y observó la canoa con indiferencia.

La canoa disminuyó de tamaño hasta convertirse en una mota gris y plata, y cuando regresó Carrots, que había ido al campamento de resina en busca de un rifle, no habría sido más fácil disparar al punto en el agua que a la cabeza de un somorgujo durante el crepúsculo. Así pues, siendo de

naturaleza ahorradora, disparó una sola vez y prefirió guardarse los otros cartuchos. La canoa todavía era visible y se dirigía a mar abierto. En algún lugar más allá del horizonte se cernían las Llaves, un atolón de rocas lisas como cráneos, negras y húmedas en la base y blancas en las crestas por los excrementos de aves marinas.

—¡Se dirige hacia la Llave del Dolor! —susurró Bates a Dyce.

Dyce, gimiendo y protegiéndose la muñeca rota, volvió su rostro desenchajado hacia el mar.

La última roca en el atolón era la Llave del Dolor, un pináculo erosionado por el mar. Desde la Llave del Dolor, hacia alta mar y a un día de travesía a remo, si es que alguien osaba vadearla, se alzaba la extensa isla boscosa conocida como Dolor en los mapas de la inhóspita costa.

A lo largo de toda la historia de la costa, dos hombres habían realizado la travesía hasta la Llave del Dolor, y de allí a la isla. Uno de ellos era un trampero adicto al ron que vivió para contarlo; el otro era un universitario; encontraron su maltrecha canoa en el mar, y un día más tarde su maltrecho cuerpo fue devuelto a la costa.

Así pues, cuando Bates susurró algo a Dyce, y cuando Dyce llamó a los otros, sabían que el fin de Kent y su canoa no andaba lejos, y partieron de regreso al bosque, sombríos pero satisfechos porque Kent recibiría su merecido cuando el demonio se presentara para reclamarle lo que le debía.

Zurdo habló brevemente sobre los peajes del pecado. Carrots, con un ojo puesto en el ahorro, sugirió un plan para dividir equitativamente las propiedades de Kent.

Cuando llegaron al campamento de recolección de resina amontonaron los efectos personales de Kent sobre una manta.

Carrots tomó nota del inventario: un revólver, dos ganchos de resina, un gorro de piel, un reloj chapado en alpaca, una pipa, una baraja de cartas nuevas, un jergón de resina, cuarenta libras de resina de abeto y una sartén.

Carrots barajó las cartas y lanzó pensativamente el comodín al fuego. Luego repartió las cartas nuevas entre todos.

Cuando los bienes y bártulos de su antiguo compañero fueron repartidos a suertes (porque no había forma de hacer trampas), alguien se acordó de Tully.

—Está allá en la orilla, observando la canoa —dijo Bates con voz ronca.

Se levantó y se aproximó a un montículo en el terreno cubierto con una manta. Comenzó a levantar la manta, vaciló y finalmente se dio media vuelta. Bajo la manta yacía el hermano de Tully, al cual Kent había disparado la noche anterior.

—Supongo que será mejor que esperemos hasta que regrese Tully —dijo Carrots con inquietud. Bates y Kent habían sido compañeros de campamento. Una hora más tarde Tully regresó.

No habló con nadie ese día. A la mañana siguiente Bates lo encontró de nuevo en la costa, cavando y le dijo:

—¡Hola, Tully! ¡Me parece que no somos muy buenos en esto de los linchamientos!

—No —dijo Tully—. Coge una pala.

—¿Vas a enterrarlo allí?

—Sí.

—¿Donde pueda escuchar las olas?

—Sí.

—Bonito lugar.

—Sí.

—¿En qué dirección lo vas a enterrar?

—¡Donde pueda vigilar a aquella maldita canoa! —gritó Tully fieramente.

—Pero él... no puede ver —se arriesgó a apostillar Bates con cautela—. Está muerto, ¿no es así?

—¡Se levantará de debajo de esa arena cuando la canoa regrese! ¡Y te aseguro que regresará! ¡Y Bud Kent vendrá dentro, muerto o vivo! ¡Coge una pala!

La débil luz de la superstición relampagueó en los ojos de Bates. Vaciló unos instantes.

—Los... los muertos no pueden ver —dijo—, ¿verdad?

Tully volvió su rostro desencajado hacia él.

—¡Mientes! —rugió—. ¡Mi hermano puede ver, muerto o vivo! ¡Y verá a Bud Kent en la horca! ¡Y saldrá de su tumba para verlo, Bill Bates! ¡Tenlo por seguro! ¡Tenlo por seguro! Por muy profundamente que lo entierre, se

alzará de esa arena y me avisará cuando regrese la canoa! ¡Yo lo oiré; yo estaré aquí! ¡Y viviremos para ver a Bud Kent ahorcado!

A la caída del sol enterraron al hermano de Tully, con el rostro vuelto hacia el mar.

II

En la Llave del Dolor las olas verdes rompen durante todo el día. Blanca en la cumbre y negra en la base, sobre las puntiagudas rocas se alzan unas crestas agrietadas que se inclinan como boyas de balizamiento. En los pilares rocosos pulidos las aves marinas anidan... aves de alas blancas y ojos brillantes, que se acurrucan y acicalan las plumas y aletean y golpetean sus picos anaranjados mientras la espuma pulverizada se derrama y salpica el arrecife.

Cuando amaneció, el sol dibujaba vetas carmesí en cruz sobre las aguas; las aves marinas se juntaron, apiñándose en hileras en una masa amodorrada de vaporosas plumas.

En el punto en el que sol de mediodía bruñía el mar, una ola color ópalo dejaba su estela, lánguida y silenciosa; un ave marina desplegaba una lánguida ala.

Y en el silencio de las aguas se deslizaba una canoa, teñida de bronce por los rayos del sol, perlada con gotas de sal ensartadas desde proa hasta estribor, que se abría paso entre las algas en una estela de brillo diamantino, y a babor un hombre empapado de sudor.

Arriba las gaviotas planeaban en círculos, girando una y otra vez sobre las rocas y el mar, y su clamor llenaba el cielo resonando con pequeños murmullos entre las rocas.

La canoa crujió contra un saliente de color ébano; las algas se agitaban apartándose con la corriente; los pequeños cangrejos marinos descendían verticalmente de lado, más y más abajo, hasta las límpidas profundidades con sombras más verdes. Así fue la llegada de Bud Kent a la Llave del Dolor.

Arrastró la mitad de la canoa sobre la plataforma de roca y se sentó, jadeando profundamente y con un brazo bronceado apoyado en el remo. Permaneció allí durante una hora. El sudor se secó bajo sus ojos. Las aves marinas regresaron, llenando el aire de suaves trinos lastimeros.

Tenía una marca amoratada alrededor del cuello, un círculo rojo y descarnado. La sal marina ardía en la herida; el sol horadaba su piel como un collar de acero al rojo vivo. Se palpaba el cuello de vez en cuando y en una ocasión se lo lavó con fría agua salada.

A lo lejos, al norte, una cortina de niebla pendía sobre el mar, densa, inmóvil como la bruma de los Grand Banks. No apartó los ojos de allí ni un solo segundo; sabía lo que era. Detrás estaba la Isla del Dolor.

Durante todo el año, la Isla del Dolor está escondida tras bancos de niebla, unas murallas de bruma blanca mortecina que la rodean por todos lados. Los barcos la vadean manteniéndose a distancia. Algunos hablan de manantiales de agua cálida que fluyen en largas distancias hasta el mar y que producen vapor eternamente.

A su regreso, el trampero contaba historias de bosques y ciervos y flores por doquier; pero había bebido mucho desde entonces, y mucho se le perdonaba.

El cuerpo del universitario arrastrado por el agua hasta la ensenada estaba totalmente desfigurado, pero algunos afirman que cuando lo encontraron sostenía en una mano un capullo carmesí marchito, grande como un cántaro de melaza.

Así pues, Kent se quedó tendido inmóvil junto a la canoa, la garganta le ardía por la sed y tenía los nervios a flor de piel mientras reflexionaba sobre todas estas cosas. No era miedo lo que blanqueaba su firme piel bajo el bronceado; era el miedo al miedo. No debía pensar... debía silenciar el terror; sus ojos no debían flaquear jamás, su cabeza no debía volverse ante aquella muralla de niebla en el mar. Con dientes apretados hizo retroceder al terror; con ojos brillantes miró a los ojos vacíos del miedo. Y así derrotó al temor.

Se levantó. Las aves marinas giraban arriba en los cielos, lanzándose, revolviéndose y gritando, y el seco golpeteo de sus alas resonaba con un chasquido entre las rocas.

Bajo la afilada proa de la canoa las algas se inclinaban, se sumergían y se apartaban; las soleadas olas rompían con fuerza, brillando y bailoteando. ¡Splash!, ¡splash!, ¡de proa a popa! Y en ese momento se puso de rodillas en la canoa otra vez, y la pala pulida osciló y se hundió, barriendo el agua, osciló y de nuevo se hundió.

Lejos, a su espalda, el clamor de las aves marinas continuaba resonando en sus oídos, hasta que el suave movimiento de la pala ahogó todo sonido y el mar se convirtió en un mar de silencio.

No soplaba ningún viento que le secara el caliente sudor de las mejillas y el pecho. El sol proyectaba un camino de llamas ante él y lo siguió hacia la inmensidad de las aguas. El océano inmóvil se abría bajo los remos y se rizaba inocentemente a ambos lados, tintineando, espumajeando, chispeando como la corriente en un arroyo de bosque. Miró a su alrededor, a aquel mundo de lisa superficie de agua, y el miedo al miedo surgió y volvió a aferrarse a su garganta. A continuación bajó la cabeza, como un toro torturado, y se sacudió el miedo al miedo de la garganta, y hundió el remo en el mar como un carnicero corta carne, hasta la empuñadura.

Y así llegó hasta el muro de niebla. Al principio era tenue, tenue y frío, pero fue haciéndose más denso y más caliente, y el miedo al miedo intentó colarse en su mente, pero no vaciló ni miró atrás.

Entre sombras, la canoa avanzó rápidamente; el agua gris fluía a la altura de la regala, aceitosa y callada. En el casco se proyectaban sombras, columnas de bruma que flotaban sobre las aguas recubiertas de una película de penumbra a jirones. Formas gigantescas se alzaban a alturas vertiginosas sobre su cabeza, produciendo mortajas desgarradas de nubes. Los amplios pliegues de la niebla se balanceaban, oscilaban y temblaban cuando él los rozaba; el blanco crepúsculo se oscureció bajo una sombría penumbra. Y entonces el muro fue perdiendo densidad; la niebla se convirtió en bruma, y la bruma en calima, y la calima se alejó flotando y desapareció en el azul de los cielos.

A su alrededor se extendía un mar de color perla y zafiro, que lamía una y otra vez un banco de arena plateada.

Y así arribó a la Isla del Dolor.

III

En el banco de arena plateada las olas iban y venían constantemente, rompiendo como ópalos molidos sobre granos de arena que cantaban con el murmullo de la espuma.

En la orilla, tropas de pequeñas aves anadeaban en el banco de arena, agitaban sus alas perfiladas por los rayos de sol y se escabullían hacia el interior, hasta donde penetraba la blanca playa veteada con las sombras del lindero del bosque.

El agua a su alrededor cubría poco, límpida como el cristal, y podía ver la arena acanalada brillando en el fondo, donde flotaban algas púrpura y delicadas criaturas marinas nadaban y se arremolinaban y volvían a desperdigarse a cada palada del remo.

Como terciopelo rozando contra terciopelo, la canoa se arrastró por la arena. Kent se incorporó, desembarcó tambaleante, arrastró la canoa un largo trecho hasta los árboles, la giró boca abajo y se desplomó junto a ella con la cara pegada a la arena. El sueño llegó para alejar el miedo al miedo, a pesar del hambre, la pelea en el bosque y el disparo. Soñó con el campamento, con sus cuarenta libras de resina de abeto, con Tully y con Bates. Soñó con el fuego y la tetera ennegrecida por el humo, con el fétido olor de las sucias sábanas, con las cartas grasientas y con su nueva baraja de cartas guardadas durante semanas para agradar a los otros. Soñó con todo esto, echado allí con el rostro hacia abajo sobre la arena, pero no soñó con el rostro del muerto.

Las sombras de las hojas se movían sobre su rubia cabeza, llena de encrespados rizos cortos. Una mariposa volaba a su alrededor y se posaba ora en sus piernas, ora en el dorso de sus bronceadas manos. Durante toda la tarde las abejas zumbaron revoloteando entre los capullos de flores silvestres; las hojas en lo alto apenas se agitaban; las aves de playa anidaban al borde del agua; la fina marea, dormida sobre la arena, reflejaba el cielo.

El crepúsculo empalideció el cenit; una brisa se agitaba en la profundidad de los bosques; una estrella brillaba con luz trémula, se apagaba y volvía a brillar, perdía intensidad, y brillaba.

Llegó la noche. Una mariposa volaba como una exhalación de un lado a otro bajo los árboles; un escarabajo zumbaba alrededor de un montículo de algas, caía y después se abría paso por la arena. En algún lugar entre los árboles se distinguía un sonido; la melodía de un pequeño riachuelo, armonioso, interminable. Lo había oído mientras dormía; hilaba todos sus sueños como una aguja de plata, y como una aguja se clavaba... se clavaba en su seca garganta y en sus labios cuarteados. Pero no lograba despertarle; la fría noche le atravesaba de pies a cabeza.

Al amanecer un pájaro despertó y trino. Otros pájaros se agitaron, inquietos, medio adormilados; una gaviota desplegó un ala entumecida en la orilla, se atusó las plumas, se rascó el cuello erizado y dio dos pasos lentos hacia el mar.

La brisa marina se estremeció tras el banco de niebla; agitó las plumas de las gaviotas dormidas; hizo que las hojas susurraran. Una ramita crujió, se rompió y cayó. Ken se agitó, suspiró, tembló y se despertó.

Lo primero que escuchó fue la melodía del arroyo, y se dirigió con paso vacilante al bosque. Allí fluía un riachuelo angosto y profundo bajo la grisácea luz de la mañana; se estiró junto a él y sumergió las mejillas en el agua. Un pájaro también bebía en la charca... un pajarillo suave y esponjoso, valiente y de brillantes ojos.

Sentía las rodillas más firmes cuando finalmente se incorporó, haciendo caso omiso de las gotas que le salpicaban los labios y la barbilla. Escarbó y desenterró con la navaja algunas raíces blancas medio enmarañadas en la ribera del riachuelo, las limpió en la charca y se las comió.

El sol tiznaba el cielo cuando regresó a la canoa, pero la eterna cortina de niebla, a lo lejos en el mar, lo ocultaba a sus ojos.

Levantó la canoa, colocándola boca arriba sobre su cabeza y sujetando en cada mano la pértiga y el remo, y la transportó al bosque.

Tras apoyarla en el suelo, se quedó parado unos instantes, abriendo y cerrando la navaja. Luego miró hacia arriba, a las copas de los árboles. Allí había pájaros, si consiguiera cazarlos. Miró el riachuelo. Había marcas de sus dedos en la arena; también había huellas de algo más... la pezuña puntiaguda de un ciervo.

No tenía nada más que su navaja. La abrió de nuevo y la miró.

Ese día recogió almejas y se las comió crudas. También estuvo vadeando los pantanos e intentó pescar con la pértiga, pero no logró atrapar nada excepto un cangrejo amarillo.

Fuego es lo que deseaba. Golpeó y rasgó guijarros similares al pedernal, y deshilachó yesca de un palo de madera de deriva secada al sol. Los nudillos le sangraban, pero no logró hacer fuego.

Aquella noche escuchó ciervos en el bosque y no pudo dormir de tanto pensar, hasta que el amanecer llegó tras la pared de niebla, y se levantó para beber hasta hartarse en el arroyo y roer almejas crudas con sus blancos dientes. De nuevo se empeñó en hacer fuego, deseándolo como nunca había deseado el agua, pero sus nudillos volvieron a sangrar y el cuchillo rascaba una y otra vez la yesca en vano.

Su mente, quizás, había quedado dañada de alguna manera. La blanca playa parecía elevarse y caer como un tapete blanco sobre una chimenea ventosa. Además, los pájaros que corrían por la arena parecían grandes y jugosos, como perdices, y él los persiguió, lanzándoles conchas y trozos de madera de deriva hasta que apenas pudo arrastrar los pies por la inestable playa... o tapete, fuera lo que fuese. Aquella noche los ciervos le despertaron intermitentemente. Los oyó chapoteando y gruñendo y trotando por la orilla del arroyo. En una de esas ocasiones se levantó y se escabulló sigilosamente tras ellos con la navaja en la mano, hasta que un paso en falso en el arroyo le hizo darse cuenta de su locura y regresó a tientas a la canoa, temblando.

Llegó la mañana, y de nuevo se sació en el arroyo, echado sobre la arena donde innumerables pezuñas con forma de corazón habían quedado marcadas claramente; y de nuevo sacó las almejas crudas de sus conchas y se las comió, gimoteando.

Durante todo el día la blanca playa subía y bajaba, se elevaba y aplanaba ante sus brillantes y secos ojos. En ocasiones perseguía a los pájaros de la playa, hasta que la inestable superficie le hacía tropezarse y caer de bruces en la arena. Entonces se levantaba gimiendo, y se arrastraba al cobijo del bosque, y observaba a los pequeños pájaros cantores en las ramas, gimiendo, siempre gimiendo.

Sus manos, pegajosas por la sangre, golpearon metal y pedernal, pero tan débilmente que ahora ni tan siquiera brotaban frías chispas.

Comenzó a temer la noche inminente; temía escuchar a los grandes y calientes ciervos moviéndose entre la maleza. El miedo le agarrotaba una vez más, bajó la cabeza, apretó los dientes y de nuevo se sacudió el miedo de la garganta.

Entonces partió sin rumbo en dirección a los bosques, apartando arbustos, raspando árboles, chafando musgo, ramitas y troncos mohosos, balanceando sus manos magulladas, siempre balanceándolas.

El sol ya se había puesto tras la niebla cuando salió del bosque y llegó a otra playa... una cálida y suave playa sonrojada por el resplandor de las nubes vespertinas.

Y sobre la arena, a sus pies, había tendida una joven dormida envuelta en el sedoso vestido de su propio cabello negro, de cuerpo voluptuoso, de piel morena y suave, como si fuera una flor en medio de la playa cobriza.

Una gaviota aleteó por encima de sus cabezas, chillando. Los ojos de la joven, más oscuros que la noche, se abrieron. Y entonces sus labios se separaron para dejar escapar un grito, suavizado por el sueño.

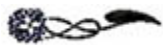
—¡Ihó! —la joven se levantó, frotándose los aterciopelados ojos—. ¡Ihó! —volvió a gritar con expresión de asombro—. ¡Inâh! —la arena dorada se arremolinaba alrededor de sus diminutos pies. Sus mejillas se ruborizaron—. ¡E-hó! ¡E-hó! —susurró, y escondió el rostro tras el cabello.

IV

El puente de estrellas se extiende en los mares celestes; el sol y la luna son los viajeros que lo atraviesan. Esto lo sabían los habitantes de Isantee, desde hace cientos de años. Chaské se lo dijo a Hârpam, y cuando Hârpam lo supo se lo dijo a Hapéda, y de esa manera se expandió ese conocimiento a Hârka, y desde Winona a Wehârka, de un lado a otro, siempre avanzando, avanzando, como un entramado o una malla, hasta llegar a la Isla del Dolor. ¿Y cómo llegó? ¡Sólo Dios lo sabe!

Wehârka, cotorreando en los pantanos, quizás se lo dijo a Ne-kâ, y Ne-kâ, en lo alto de las nubes de noviembre, podría habérselo contado a Kay-óshk, que a su vez se lo contó a Shinge-bis, que se lo dijo a Skeé-skah, que se lo dijo a Sésó-Kah.

¡Ihó! ¡Inâh! ¡Contemplad esta maravilla! Y éste es el destino de todo conocimiento que llega a la Isla del Dolor.



Cuando el resplandor rojizo se desvaneció de los cielos y la arena se hundió en las sombras, la joven separó la sedosa cortina de su cabello y le miró.

—¡Ehó! —susurró de nuevo con suave placer.

¡Y es que para entonces la joven ya sabía con total certeza que él era el sol! Había cruzado el puente de estrellas en el crepúsculo azul; ¡había llegado!

—¡E-tó!

La joven se acercó, temblorosa, transida de éxtasis por aquel milagro sagrado surgido ante ella.

¡Era el Sol! Su sangre teñía el cielo del atardecer; su sangre teñía las nubes al anochecer. En sus ojos, el azul del cielo aún brillaba, extinguiendo dos estrellas azules, y su cuerpo era tan blanco como el pecho de la Luna.

La joven extendió ambos brazos y estiró tímidamente las manos con las palmas hacia arriba. Levantó el rostro hacia el suyo y cerró los ojos lentamente; las espesas pestañas vibraron.

Se quedó de pie como una joven sacerdotisa, totalmente quieta a excepción del repentino temblor de alguno de sus miembros; latidos rápidos palpitaban en su torneado cuello. Y de esa forma le adoró, desnuda y sin reparos, incluso cuando él tropezó y cayó pesadamente de bruces; incluso cuando la brisa de la tarde, que se deslizaba sobre la arena, agitó los rizos en la cabeza del hombre, como los vientos agitan el pelo de un animal muerto en el polvo.



Cuando el sol de la mañana asomó por la pared de bruma, y ella vio que el sol seguía allí y le vio tirado en la arena a sus pies, entonces supo que era un hombre, y sólo un hombre, pálido como la muerte y manchado de sangre.

Y sin embargo... ¡Milagro de milagros!... El divino asombro en los ojos de la joven se intensificó, y su cuerpo pareció desvanecerse y arrugarse tembloroso, y desvanecerse de nuevo.

Porque, aunque era tan sólo un hombre el que yacía a sus pies, le había resultado más fácil admirarlo como dios.

Kent soñaba que se calentaba al fuego... fuego que ansiaba con tal intensidad como nunca había ansiado el agua. Enloquecido por el delirio, se arrodilló ante las llamas, frotándose las manos ajadas, lavándose las llamas teñidas de carmesí. También tenía agua, agua fresca y aromática, que rociaba su carne abrasada, que le lavó los ojos, el cabello, el cuello. Tras eso llegó el hambre, una feroz y desgarradora agonía que le abrasaba y atenazaba y desgarraba sus entrañas; pero eso, también, se esfumó, y soñó que había comido y su cuerpo estaba caliente. Entonces soñó que dormía, y cuando durmió ya no soñó más.

Un día se despertó y la encontró tumbada a su lado, con las suaves palmas de sus manos fuertemente unidas, sonriendo, dormida.

V

Desde ese momento los días comenzaron a correr más rápido que la marea sobre la playa cobriza, y las noches, azules y espolvoreadas de estrellas, venían, se esfumaban y volvían, sólo para expirar al amanecer como el aroma de una violeta.

Contaban las horas como se cuentan burbujas doradas que guiñaban con un millón de ojos sobre la orilla festoneada de espuma, y las horas terminaban y comenzaban, y brillaban iridiscentes, y desaparecían como desaparecen las burbujas en el fino rocío del arco iris.

Aún había fuego en el mundo; la joven lo encendía con un solo toque de su mano y donde ella elegía. Un arco hecho con la seda de su propio

cabello, una flecha rematada con plumas de aves marinas y con punta de concha, una cuerda hecha con el plateado tendón de un ciervo, un gancho de hueso pulido... estos fueron los misterios que él aprendió, y los aprendió riendo y con la sedosa cabeza de ella inclinada junto a la suya.

La primera noche que fabricaron el arco y afinaron la lustrosa cuerda, ella lo condujo sigilosamente hasta el arroyo atravesando el bosque iluminado por la luna, y allí se quedó, de pie, susurrando, escuchando y susurrando, aunque ninguno de los dos entendía la voz que amaba.

En las profundidades del bosque, Kaug, el puercoespín, rascaba y olisqueaba. Oyeron a Wabóse, el conejo, tamborileando, tamborileando, trotando sobre las hojas muertas bajo la luz de la luna. Skeéskah, el pato carolina, pasó flotando, silencioso, bellísimo como una flor de agua.

Fuera en la plácida extensión de plata del océano, Shinge-bis, el somorgujo, rasgaba el perfumado silencio con su risa indolente, e incluso Kay-óshk, la gaviota gris, se revolvió en sueños. Les llegó el sonido repentino de chapoteo en el riachuelo, un suave chapuzón, y unas pisadas amortiguadas sobre la arena.

—¡Ihó! ¡Mira!

—No veo nada.

La voz amada era tan sólo una melodía sin sentido para ella.

—¡Ihó! Ta-hinca. ¡El ciervo rojo! ¡E-hó! ¡El ciervo macho le seguirá!

—Ta-hinca —repitió él, cargando una flecha.

—¡E-tó! ¡Ta-mdóka!

Así pues, arrimó la flecha a un lado de la cabeza, las plumas grises de gaviota rozaron su oreja, y la oscuridad zumbó con la melodía de la armoniosa cuerda.

Así murió Ta-mdóka, el ciervo macho de siete puntas.

VI

Como una manzana que se lanza rodando al aire, así giraba el mundo sobre la mano que lo lanzaba al espacio.

Y un día, a principios de primavera, Sé-só-Kah, el petirrojo, se despertó al amanecer y vio a una joven a los pies de un árbol en flor, que abrazaba a un bebé arrullado entre los velos sedosos de su cabello.

Al oír su débil llanto, Kaug, el puercoespín, levantaba su cabeza de pinchos. Wabóse, el conejo, se quedaba inmóvil con los flancos palpitantes. Kay-óshk, la gaviota gris, daba saltitos por la playa.

Kent se arrodilló y con un brazo bronceado rodeó a ambos.

—¡Ihó! ¡Inâh! —susurró la chica, y alzó el bebé ante las rosadas llamas del amanecer.

Pero Kent temblaba mientras los contemplaba, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sobre el pálido musgo verde se proyectaban sus sombras... tres sombras. Pero la sombra del bebé era blanca como la espuma.

Debido a que era su primogénito, lo llamaron Chaské, y la joven cantaba cuando lo acunaba entre el sedoso abrigo de su cabello; todo el día cantaba al sol:

Wâ-wa, wâ-wa, wâ-we... yeá;
Kah-wéen, nee-zhéka Ke-diaus-âi,
Ke-gâh nau-wâi, ne-me-go S'weén,
Ne-bâun, ne-bâun, ne-dâun-is âis.
E-we wâ-wa, wâ-we... yeá;
E-we wâ-wa, wâ-we... yeá.

Fuera de la isla, en el apacible océano, Shinge-bis, el somorgujo, escuchaba, acicalándose las plumas del pecho satinado en silencio. En el bosque, Ta-hinca, el ciervo rojo, volvió su delicada cabeza al viento.

Aquella noche, por primera vez desde que llegó a la Isla del Dolor, Kent pensó en el muerto.

—¡Aké-u! ¡Aké-u! —trinó Sé-só-Kah, el petirrojo. Pero los muertos nunca regresan.

—Amado, siéntate junto a nosotros —susurró la joven observando sus ojos preocupados—. Ma-cânte maséca.

Pero entonces Kent miró el bebé y su blanca sombra sobre el musgo, y tan sólo suspiró:

—¡Macânte maséca, amada! La muerte está sentada observándonos desde el otro lado del mar.

Ahora, por primera vez conoció algo más que el miedo al miedo; conoció el miedo. Y con el miedo llegó el dolor.

Nunca antes pensó que el dolor pudiera estar escondido allí, en el bosque. Ahora lo supo. Sin embargo, esa felicidad, que renacía eternamente cuando las dos manitas se entrelazaban alrededor de su cuello, cuando los frágiles dedos se aferraban a su mano... esa felicidad que Sé-só-Kah conocía cuando trinaba junto a su compañera de nido... que Ta-mdóka conocía cuando lamía a sus cervatillos moteados... esa felicidad le daba coraje para enfrentarse al dolor con sosiego, en sueños o en las profundidades del bosque, y le ayudaba a mirar de frente los vacíos ojos del miedo.

Comenzó a recordar con frecuencia el campamento, a Bates, su compañero de dormitorio; a Dyce, a quien había roto la muñeca de un golpe; a Tully, a cuyo hermano él mismo había disparado.

Incluso le parecía oír el disparo, la repentina explosión entre las cicutas; de nuevo vio la cortina de humo, vio fugazmente una alta figura que caía entre los arbustos.

Recordó todos y cada uno de los incidentes minuciosos del juicio: la mano de Bates apoyada en su hombro; Tully, con barba roja y ojos desorbitados, reclamando su muerte; mientras tanto Dyce escupía y escupía y fumaba y propinaba patadas a los troncos ennegrecidos que sobresalían del fuego. También recordó el veredicto, y la terrible risa de Tully, y la sogá de yute nueva que desataron de uno de los paquetes de resina en embalaje comercial.

Pensaba en todas estas cosas, a veces mientras recorría los pantanos con la lanza con punta de concha presta; y entonces no atinaba con la lanza. A veces pensaba sobre ello cuando se arrodillaba junto al riachuelo del bosque acechando el chapoteo de Ta-hinca entre los berros: en esos momentos la lanza emplumada silbaba errando de lejos, y Tamdóka pateaba el suelo y resoplaba, e incluso la marta pescadora blanca, estirada sobre un tronco podrido, echaba los bigotes hacia atrás y se escabullía a las profundidades más oscuras del bosque.

Cuando el niño cumplió un año, hora tras hora engarzada con cada puesta de sol y cada amanecer, parloteaba con los pájaros, y llamaba a Ne-Kâ, el ganso salvaje, que contestaba al niño desde el cielo:

—¡Al norte! ¡Al norte, querido!

Cuando llegaba el invierno (no hay heladas en la Isla del Dolor) Ne-Kâ, el ganso salvaje, volaba muy alto en las nubes y le llamaba:

—¡Al sur! ¡Al sur, querido!

Y el niño le respondía con un suave susurro en una lengua desconocida, pero entonces la madre se estremecía y lo cubría con su cabello sedoso.

—¡Oh, amado! —decía la joven—, Chaské llama a cualquier ser vivo... a Kaug, el puercoespín, a Wabóse, a Kay-óshk, la gaviota gris... les llama y ellos le entienden.

Kent se inclinó y miró a los ojos de la joven.

—Calla, amada mía; no es *eso* lo que temo.

—¿Entonces qué es, amado?

—Su sombra. Es blanca como la espuma de las olas. Y de noche... he... he visto...

—Oh, ¿qué?

—El aire que lo rodea brilla como una rosa pálida.

—Ma cânté maséca. Tan sólo la tierra perdura. Hablo como quien va a morir... ¡Lo sé, oh, amado mío!

Su voz cesó como un viento de verano.

—¡Amada! —gritó él.

Pero ella cambiaba ante sus ojos; el aire se espesó, su cabello ondeaba como jirones de bruma, su delgada figura se balanceaba, perdía intensidad y se agitaba, como la niebla sobre un estanque.

En sus brazos, el bebé era una figura de bruma, rosado, difuso como el aliento en un espejo.

—Tan sólo la tierra perdura. ¡Inâh! ¡Es el final, oh mi amado!

Las palabras llegaban con la niebla... una niebla tan amorfa como el éter... una niebla que avanzaba y que le rodeó totalmente, y que surgía del mar, de las nubes, de la tierra bajo sus pies. Conmocionado por el terror, avanzó tambaleante llamándola:

—¡Amada! ¡Y tú, Chaské, oh, amado! ¡Aké u! ¡Aké u!

Lejos, en el mar, una estrella rosada titiló unos segundos entre la niebla y se apagó.

Un ave marina chilló, sobrevolando la inmensidad de las aguas que humeaban niebla. De nuevo observó la estrella rosada; se acercó; su reflejo resplandecía en el agua.

—¡Chaské! —gritó.

Escuchó una voz mortecina a través de la asfixiante niebla.

—¡Oh, amada, estoy aquí! —volvió a llamar Kent.

Se escuchó un sonido en los pantanos, un destello en la niebla, la llamarada de una antorcha, un rostro blanco, lívido, terrible... el rostro del muerto.

Cayó de rodillas; cerró los ojos y los abrió. Tully estaba de pie frente a él con una sogá enrollada.



¡Ihó! ¡Contemplad el fin! Sólo la tierra perdura. La arena, la ola opalina en la playa dorada, el mar de zafiro, la luz polvorienta de las estrellas, el viento y el amor morirán. La muerte también morirá, y yacerá en las orillas de los cielos como el cráneo blanqueado que yace allí en la Llave del Dolor, pulido, vacío, con los dientes enterrados en la arena.



ROBERT WILLIAM CHAMBERS nació en Brooklyn el 26 de mayo de 1865 y murió el 16 de diciembre de 1933. Era hijo de un abogado, nieto de un médico y descendiente directo del fundador de Rhode Island. Su hermano Walter fue un famoso arquitecto.

Robert estudió en el Instituto Politécnico de Brooklyn, pero le interesaban más los deportes, el dibujo y la entomología. En 1886 se trasladó a París para estudiar bellas artes. Sus trabajos fueron expuestos en el Salón de 1889.

En 1893 volvió a Nueva York y vendió sus ilustraciones a las principales revistas de actualidad: *Life*, *Truth* y *Vogue*. Se convirtió así en uno de los dibujantes más conocidos del momento. En 1894 publicó su primer libro, *In the Quarter*, un muestrario de escenas de la vida bohemia a la manera de Murger o Du Maurier basadas en las notas que tomó en París. Se supone que nadie esperaba que se dedicase a escribir, ni siquiera él mismo, aunque según sus amigos tenía una facilidad natural para contar historias. En 1895 publicó su segundo libro, *The King in Yellow* (*El Rey de Amarillo*), en el que combinaba nuevos retratos parisienses con originales historias de fantasía y terror que tuvieron un enorme éxito. Ahí empezó su carrera literaria y su continua y pasmosa variación de temas y estilos.

En *The Maker of Moons* (1896) y *The Mystery of Choice* (1897) siguió aún la estela de *El Rey de Amarillo*, pero en *The Search of the Unknown* (1904) se decantó más bien por la ficción científica. Después escribió un sinnúmero de novelas históricas, relatos de detectives y novelas rosa ambientados en la alta sociedad de Nueva York.

Todos sus libros se vendieron bien y un par de ellos incluso alcanzaron la condición oficial de superventas. No necesitaba ese dinero para vivir y lo invirtió en sus muchas y onerosas aficiones: coleccionar mariposas, muebles, porcelana japonesa, alfombras y arte chino, y plantar árboles en la hacienda de 800 acres de su familia. Dicen que llegó a plantar, con sus propias manos, ¡más de 20.000! Todo eso parecía importarle mucho más que la reputación literaria. Que la crítica lo despreciase e ignorase ni mucho menos le quitaba el sueño. Como dijo en cierta ocasión: «¡Literatura! ¡Esa palabra me pone enfermo!»

Lovecraft debió considerar lamentable que aquél que había apuntado a lo más alto del terror cósmico con sus primeros cuentos se rebajase después a escribir folletines para las masas. En una carta a Clark Ashton Smith se refirió a Chambers como un «titán caído».

Murió a los sesenta y ocho años, tras ser operado de una dolencia intestinal. Había entregado a la imprenta más de ochenta libros entre novelas y recopilaciones de cuentos, aunque no es fácil determinar exactamente cuántos: acostumbraba a reciclar el material para volver a venderlo y no siempre quedaba claro si se trataba de una obra completamente nueva o una mera reedición o revisión.

Notas

[1] Rafael Llopis: *Historia natural de los cuentos de miedo*, Júcar, Madrid, 1974. <<

[2] Lovecraft, H. P.: *El horror sobrenatural en la literatura*, Valdemar, Madrid, 2010. Pág. 100. <<

[3] Lovecraft, H. P.: *Íd. Op. Cit.* Pág. 102. <<

[4] Para los cuentos fantásticos de Ambrose Bierce ver: *¿Pueden suceder tales cosas? Cuentos fantásticos completos*, Valdemar, Madrid, 2005. <<

[5] Sólo se me ocurre un autor actual del género que sea capaz de evocar la misma o parecida sensación, y de inscribirse tanto en la tradición del cuento de horror clásico como en la de la modernidad, utilizando a menudo recursos narrativos muy similares a los de Chambers: Thomas Ligotti. <<

[6] Fragmento del poema de Robert Browning “Andrea del Sarto”, sobre el pintor renacentista. (*N. del T.*) <<

^[7] *Salmos* 104, 22. (*N. de la T.*) <<

[8] Deformación de diego, usado de forma peyorativa para referirse a españoles, italianos y portugueses. (N. de la T.) <<